

JAIME TORRES BODET

30

EDUCACION
Y CONCORDIA
INTERNACIONAL

Discursos y mensajes

(1941-1947)

EL COLEGIO DE MEXICO

EDUCACION Y CONCORDIA INTERNACIONAL

Fecha de esta primera edición, 1948

Derechos reservados conforme a la ley

Copyright by El Colegio de México, Nápoles 5, México, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

distribuido por

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Pánuco, 63 - México, D. F.

EDUCACION Y CONCORDIA INTERNACIONAL

Discursos y mensajes

(1941-1947)

CULTURA Y ARTE. PRÓCERES Y MAESTROS.
ASPECTOS Y PROBLEMAS DE LA EDUCACIÓN.
CAMPAÑA NACIONAL DE ALFABETIZACIÓN.
CONCORDIA Y BUENA VECINDAD. ORGANIZA-
CIÓN DE LA PAZ.

por JAIME TORRES BODET

EL COLEGIO DE MEXICO

I

CULTURA Y ARTE

MISION DE LOS ESCRITORES

CELEBRAMOS hoy el 21º aniversario de la fundación del Pen Club Internacional. Ante la amable invitación que se me hizo para dirigiros la palabra con tal motivo, reflexioné que no sería, acaso, ni ocioso ni impertinente el considerar aquí, con vosotros, ciertas preguntas que cada instante propone ahora a nuestras conciencias. ¿Qué somos, como escritores? Y, durante los tiempos de guerra, ¿en qué consiste nuestra misión?

Nada más vehemente que el propósito de expresarse. Nace el sér y, en seguida, un mundo incógnito lo circunda. Todo se opone, de hecho, a su voluntad de definición. Le resisten las cosas, con su presencia; le resisten las almas, indescifrables, y, más que todo, le resiste su propio cuerpo, que no lo hospeda sino en la proporción en que lo aprisiona; máquina que gobiernan las leyes de los instintos, los reflejos de la defensa, las necesidades del hambre, el horror de la muerte y los espasmos rápidos del placer. No obstante, pronto se afirma la convicción de que todo ese mundo exterior, macizo e impenetrable, se nutre de la voluntad de quien lo contempla.

Con sólo cerrar los ojos, con sólo abrirlos, el niño más indefenso aniquila un paisaje, niega una aurora o, al contrario, aceptándolos, los devuelve a la realidad imperiosa de lo creado. Un gigantesco poder de conformación yace en el ánimo más humilde, pues nada existe en sí mismo, efectivamente, sino por relación al espectador. Estrellas, árboles y silencios, campos y mares, crepúsculos y países, todo vive en nosotros, para nosotros, y el único testimonio de su existencia depende de nuestro sér.

Durante años, todo niño es poeta porque posee el don de inventar el mundo, jugando con las distancias y con los tiempos, transformando una alcoba en isla, una alfombra en césped, un escabel en caballo, una estatua en dios. Hay que reconocer que esta forma de poesía se adapta difícilmente a las necesidades convencionales de la colectividad en que el hombre se desarrolla. La escuela no tarda en domesticar todas las

fuerzas alucinantes del párvulo. Por obra de la enseñanza, suele perderse el sentido mágico del idioma. La actividad, orientada hacia fines prácticos, adquiere un carácter interesado. Lo que era necesidad en la infancia se vuelve lujo en la edad adulta, y la palabra —que en la niñez fué conjuro— se despoja de sus derechos de invocación. En realidad, ciertas mentes no se resignan al pragmatismo moral de este aprendizaje. Para ellas, el placer de expresarse sobrevive a la utilidad de comunicarse. Así empiezan, materialmente, la grandeza y la servidumbre del escritor.

El problema de la expresión literaria es el más complicado de los problemas espirituales. ¿Qué es lo que mueve a un sér a dedicar lo íntimo de su vida a una actividad que consiste, exclusivamente, en dar forma concreta a sus sensaciones? ¿Por qué razón, en lugar de vivir —como el hombre de acción— o de verse vivir —como el místico— o de averiguar los motivos de por qué vive —como el psicólogo—, el artista no considera que vive sino cuando logra inmovilizar, en una fórmula plástica, los momentos fundamentales de su contemplación?

Todos —hasta el poeta, en las horas no positivas de su existencia— somos sujeto y objeto a la vez: voluntad que anhela, ansiedad que sufre, ambición que marcha, memoria que fluye, puente vibrante entre lo pasado y lo porvenir. Pero lo que caracteriza al problema de la expresión es que el sér que se expresa no tiene historia. Sujeto puro, su actividad abandona todo contacto con los azares circunstanciales de la experiencia y, en el colmo ya de lo personal, se impersonaliza y se entrega entero al objeto exterior en que se recrea.

Para el artista, no existe sino el presente. De ahí la perennidad de sus creaciones, concebidas fuera del tiempo, en un mundo abstracto, que es, por eso mismo, la revelación más concreta de lo real. Una pera de Cézanne y una Virgen de Rafael están hechas de células inmutables. Nada las envejece. Y lo mismo ocurre, en poesía, con las mujeres de Shakespeare, con los reyes de Homero y con los personajes de Pérez Galdós o de Jean Racine. Ahí están, sepultados en las páginas de los libros, aparentemente momificados, aunque siempre dispuestos a reproducir frente a nuestros ojos los mismos gestos, las mismas frases. Como esas semillas que los arqueólogos hallan en los sarcófagos faraónicos y que, a pesar de los siglos, vuelven a germinar en la tierra en que se las siembra, así también las pasiones que el genio deposita en el interior

de sus claros protagonistas, al menor contacto con el lector, recobran toda su fuerza y, con patético automatismo, repiten ante nosotros su eterno drama. La paradoja del arte descansa, inquietamente, en este cruce de lo individual con lo general. En tanto que el filósofo y el hombre de ciencia buscan al hombre en sí, en lo que tiene de más genérico —y, a menudo, no encuentran sino fragmentos perecederos de humanidad—, el artista, que no persigue sino casos únicos y exclusivos, da de repente con la cantera misma del Universo. Al apresar el instante, toca lo eterno.

A la luz de estas consideraciones cabe preguntarse: ¿Cuál es el papel del escritor en la sociedad? Hasta ahora, hemos hablado de su grandeza. Empecemos a describirle en su servidumbre. Ante todo, procede una observación. Nada perjudica tanto al poeta como el deseo de agradar a un público conocido. Su verdadera manera de servir a la sociedad no consiste en lisonjearla —ni en zaherirla—, sino en procurar, por todos los medios posibles, ser siempre él mismo. Y esto, precisamente, es lo más difícil. Tan pronto como un escritor adquiere aunque sea un asomo de vaga notoriedad, todo se confabula para arrancarle a la vía auténtica en que trabaja.

Considerando los riesgos de estas incitaciones, hay todavía quien suponga que la más cómoda posición es la del orgullo. Pero aquí también nos aproximamos a un error indudable: el del aislamiento. Si el artista se perfecciona en la soledad, el hombre, en cambio, no tiene derecho a prescindir de la colaboración con las masas que representa. Por grandes méritos que posea, el artista debe comenzar por ser hombre, profundamente. Cuanto más humano sea el escritor, cuanto más se mezcle a las aventuras de la existencia, más probabilidades tendrá de allegar el caudal de sensaciones y pensamientos que su obra requiere para durar. Un Goethe que no hubiese vivido en la Corte de Weimar, un Cervantes que no hubiese peleado en Lepanto, un Quevedo que no hubiese aceptado el amparo del Duque de Osuna y un Dostoyewski que no hubiese sufrido ni la epilepsia ni el cautiverio, no serían el Goethe, el Cervantes, el Quevedo y el Dostoyewski que hoy admiramos.

Ninguna escuela supera a la de la vida. En ella se tiempla no solamente la espada del héroe, sino también el espíritu del artista. El poeta, el pintor, el músico mismo, deben hundirse lo más que puedan en las aguas no siempre amenas de la existencia; pero, en las horas de la

máxima angustia, su símbolo habrá de ser el de Camoens, quien, según cuentan sus biógrafos, se salvó del naufragio en la desembocadura del río Mekong nadando con un solo brazo, mientras que, con el otro, sobre las olas coléricas, llevaba en alto, como un mensaje, el manuscrito de *Los Lusíadas*.

La grandeza del arte descansa en una aptitud singular para convertir cada error vencido en un nuevo y firme peldaño de la escalera que nos conduce hasta el bien y la libertad. Acaso en este carácter de la obra artística resida la verdadera alianza entre la filosofía de la moral y la filosofía de la belleza. Todo éxito supone, indirectamente, un éxito ético. Y no porque sea necesariamente mejor, desde el punto de vista artístico, el libro que educa o el poema que guía, sino porque la máquina misma de las pasiones, movida por el deseo de lo bello, produce júbilo, paz y serenidad.

Hubo una época en la que el hombre comprendió plenamente esta capacidad de depuración de la poesía. El milagro ocurrió en Atenas, varios siglos antes de Jesucristo. Un sol mágico alumbra aún, en estos momentos, como el frontispicio de un templo dórico, el recuerdo de aquella hora en la cual el hombre, lejos de avergonzarse de serlo, hizo de sí mismo la medida del mundo y el común denominador de la creación. En ninguna edad ha sido tan evidente la comunicación entre el poeta y el ciudadano. Aunque, asimismo, en ninguna ha habido noción más clara de la frontera que entre uno y otro debe imponer el sentido crítico del artista.

Sólo viviendo íntegramente su propia vida, en Salamina como soldado y como consejero áulico en Siracusa, Esquilo y Platón se hicieron dignos de escribir la *Orestíada* o de dialogar con Sócrates entre los olivares que pueblan las orillas melódicas del Cefiso. Pero, al mismo tiempo, sólo olvidando que aleccionaron en vano a Dionisio el Joven o que combatieron sin miedo contra los persas, esos ilustres varones pudieron dar a sus obras aquel tono eterno e impersonal que buscamos inútilmente en otros autores y merced al cual podrían sus escritos sobrevivir incluso a la desaparición total de sus biografías.

Pasear, disertar, discutir, tolerar a Jantipa y sentarse al banquete con Alcibíades, fueron funciones que Sócrates realizó como ejercicios morales de un alma limpia, tensa, elástica, insobornable. Vivir, en suma, representó para los helenos una gimnasia magnífica del espíritu, que

deberíamos imitar invariablemente, pues nada enrarece tanto el ambiente del arte como el desprecio o el odio de la existencia.

Y una de las formas más nobles de la existencia del escritor es la lucha por el derecho y la libertad. En una edad en que la barbarie mecánica de las dictaduras intenta arrasar no sólo a los pueblos independientes, sino a los altos conceptos de justicia, de honor y de humana fraternidad, el intelectual no puede encerrarse dentro del frío egoísmo del *dilettante*. Todo lo obliga a actuar con valor y con decisión.

Libertad y cultura van siempre unidas. Reconociéndolo así, los intelectuales de este Continente no han de dejarse vencer por el pesimismo. Nada puede eximirles de sus deberes de hombres y de ciudadanos. América es tierra de libertad y sus designios se encuentran ligados a la razón de ser de la democracia. Mas, para afirmar su perduración, es indispensable advertir con exactitud que tan magnífica empresa reclamará de todos nosotros un don absoluto y sin reticencias.

En una página ilustre evoca Renán el caso de aquel solitario budista que, para salvar de la muerte a una alondra, ofreció al halcón que la perseguía una parte de su existencia. El ave de presa aceptó la proposición. En seguida, una balanza bajó del cielo. En ella, sobre uno de sus platillos se posó la alondra ligeramente. Sobre el otro platillo, el místico solitario depositó un trozo de carne, arrancado a su propio cuerpo. La posición del fiel no cambió.

—“Será preciso —pensó— añadir algún otro fragmento, de mayor peso.” Y, pedazo a pedazo, fué aumentando la ofrenda. Pero era en vano. Los platillos permanecían inmóviles. Para que el equilibrio se estableciera iba a ser necesario que el santo hombre sacrificara todo su sér. Y así lo hizo, en efecto, miembro tras miembro. Al caer el último gramo de su persona, se movió el fiel. La alondra, entonces, pudo escapar y el alma del solitario voló al Nirvana.

He querido recordar este viejo apólogo, porque pienso que ilumina certeramente la condición de nuestra conciencia en esta hora crítica para el mundo. Sobre uno de los platillos de la balanza está la alondra que pretendemos salvar de la muerte que quieren darle los gerifaltes pérfidos de la guerra. Sobre el otro platillo debemos depositar, para conseguirlo, no una parte sucinta de nuestra vida, sino toda nuestra existencia, confiadamente, pues la menor reserva nos perdería.

El que se da, debe darse entero: lo mismo a una fe, que a un amor,

que a una causa política o filosófica. El ideal no admite falsas compensaciones. Su balanza exige dádivas totales. Nuestra dádiva, la de los hombres de América, tiene que ser así. Si queremos conservar el bien por el que vivimos, hemos de principiar por saber que no lo preservaremos con tributos tímidos y precarios. Sólo entregándonos por completo a la alta tarea que nos incumbe lograremos vencer al sombrío halcón que amenaza actualmente nuestro destino.

II

LA PRENSA Y LA CULTURA

CON ÍNTIMA complacencia asisto a este acto en el que veo reunidos a numerosos amigos de ayer y de hoy, compañeros —dentro del periodismo— en esas actividades del pensamiento y de la expresión escrita a las que consagré, durante años, mi más entrañable esfuerzo y mis anhelos más persistentes.

Una reunión como ésta me brinda grata oportunidad para atraer la atención de ustedes sobre el concurso que los periodistas de México pueden dar al Gobierno en la obra de movilización educativa y de integración cultural que corresponde encauzar a la Dependencia que está a mi cargo.

No incurriré en el error de decir aquí lo que ustedes saben mejor que yo: el poder de persuasión de que disponen quienes escriben en los diarios y en las revistas. Semejante poder representa una fuerza tan evidente que los que usan de ella, si son honestos, advierten —en su propia capacidad— el regulador moral de sus ambiciones.

Un elemental sentido patriótico exige ahora que esa fuerza sea un auxiliar constructivo de la Administración. Ello me anima para augurar que una empresa de la magnitud que aspira a tener la que ha iniciado la Secretaría de Educación, hallará en ustedes no sólo un eco de simpatía sino un aliento y una cooperación positiva, cálida y eficaz.

EL PERIÓDICO, LIBRO DEL PUEBLO

Para muchos de nuestros compatriotas el único libro accesible es el que ustedes redactan todos los días o las revistas que, semana a semana, lanzan al público. En países de población menos pobre, la influencia de los periódicos no es inferior a la que en México tienen, pero se equilibra —dentro de una armonía acaso más matizada— con la influencia de una producción literaria, científica y artística más abundante y, sobre todo, mejor difundida que entre nosotros.

Esta situación especial en que se encuentran ustedes en nuestra

Discurso pronunciado ante el Sindicato de Redactores de la Prensa.—México, D. F., 29 de marzo de 1944.

Patria implica, ostensiblemente, una responsabilidad especial. Mucho han hecho ya ustedes, y los Gerentes y Directores de los periódicos, al elevar el tono de los comentarios críticos en las planas editoriales, al dignificar la información con un sentido de justa imparcialidad, al atender secciones bibliográficas oportunas, al reducir, a las proporciones precisas, las notas de policía y al eliminar el escándalo de las columnas en que hace años campeaba con letras rojas. Todo esto merece encomio y, como titular de una Secretaría que tiene el deber de velar por la preparación de la infancia y de un sector vital de la adolescencia, lo hago constar ante ustedes con hondo aprecio.

Sin embargo, con ser mucho lo que ha logrado en los últimos tiempos el periodismo, me pregunto —y tal vez se pregunten ustedes junto conmigo— si eso es ya todo lo que pueden hacer los diarios y las revistas para mejorar el nivel ético e intelectual de nuestra nación. Son, en efecto, tan numerosas y tan sutiles las relaciones entre el redactor del periódico y la opinión, que el primero tiene en sus manos múltiples medios para completar la labor educativa que se efectúa en el interior de las aulas y en la paz de las bibliotecas. Un investigador desaparecido, el profesor Moisés Sáenz, narró en su libro *Carapan* las reacciones conmovedoras que producía, en 1933 y en una comunidad indígena del Estado de Michoacán, la lectura en voz alta de los diarios. Esa sola y humilde satisfacción —saber lo que ocurre en México— alcanza todavía hoy, en muchas regiones de la República, las proporciones de un lujo insólito del espíritu. ¿Cómo no habría esa realidad de animar en ustedes el sentido de orientación popular que es el orgullo más puro del periodismo, ayudando a nuestros maestros en su difícil tarea de redención y acendrando esas cualidades que ayer no más elogiaba un distinguido escritor mexicano —al inaugurar la Hemeroteca de la Universidad Nacional Autónoma— como las características más señaladas del periodismo: el amor de la justicia, la exaltación del bien y el amparo del débil y del oprimido?

PROGRAMA NACIONAL DE EDUCACIÓN

Por su contacto con la información general están ustedes al tanto de cuáles son nuestros propósitos en materia educativa. Pensamos, como uno de los pedagogos más distinguidos de este Hemisferio, que “la edu-

cación de la juventud es el medio más económico del progreso” y creemos que no hay sumas mejor invertidas que aquellas que se dedican a perfeccionar las escuelas, los talleres, las bibliotecas y los laboratorios; en síntesis: todos los instrumentos que exige la validez de la educación. Un perfeccionamiento de tal linaje no habrá de ser nada más material. De ahí que se presenten ante nosotros, al mismo tiempo, cuatro tareas indeclinables: la coordinación de los programas y de los textos, el mejoramiento y la modernización de las técnicas, la consolidación del espíritu nacional de los profesores y el incremento de las construcciones escolares en la República.

EDUCACIÓN SOCIAL PARA UN FIN COMÚN

Se habla mucho actualmente en el mundo de los problemas que planteará a las naciones, vencidas o victoriosas, el término del conflicto. México está otorgando al examen de esos problemas una atención previsor, consciente y cauta. Sin embargo, no creo engañarme al manifestar que por buenas que parezcan las soluciones que de tales estudios resulten en lo futuro, ninguna de ellas será efectiva si no se apoya sobre una educación social para un fin común.

El equilibrio de esa educación social con el respeto de la individualidad y la libertad de los educandos, constituye la aspiración mayor de nuestros esfuerzos. Sin duda, un equilibrio como el que indico será difícil de establecer. Pero nada es nunca sencillo en las tareas de quien acepta el compromiso de enseñar con honradez, con altura y con rectitud.

Caracteriza a la vida, en efecto, su extrema complejidad. Y —cuando no se resigna tan sólo a acatar el rigor de un dogmatismo fanático o de un simplismo de fórmula demagógica— la ilustración necesaria para preparar a vivir participa siempre de esa complejidad ondulante y patética de la vida.

La dificultad de la obra contiene, en sí misma, el mejor estímulo. Pienso, por otra parte, que para llevarla a cabo acertadamente la aportación de ustedes será muy útil. Hasta sus mesas de trabajo, todos los días, todas las noches, llega un caudal de informes, de quejas, de sugerencias que pone a ustedes, como por medio de una antena finísima, en comunicación permanente con el país. Si ustedes logran decantar

el volumen de ese caudal y proyectarlo, purificado de toda escoria, hacia los surcos espirituales en que vamos a laborar incansablemente, la germinación de esos surcos será mejor.

Ninguno de nosotros se cree infalible. Nada podría confortarnos por tanto más vivamente que contar con la experiencia que ustedes tienen y aprovecharla con atención. Cuanto intenten ustedes por desnublar el ambiente en que habremos de actuar, obligará nuestra gratitud y redundará en beneficio para la Patria.

ESPERANZAS Y REFLEXIÓN

Existía —y existe quizás en el Louvre, si los invasores no lo han enviado a las galerías de Munich o de Berlín— un cuadro célebre en los anales del romanticismo: *La balsa de la "Medusa"*. La *Medusa* fué una fragata que encalló el 2 de julio de 1816. Ciento cuarenta y nueve pasajeros construyeron una gran balsa con las maderas del barco inútil y, por espacio de doce días, se empeñaron en luchar contra la tormenta. Al término de aquel lapso, ciento treinta y cuatro náufragos habían perecido. Los quince restantes lograron ser rescatados tras de múltiples incidentes.

Como tema de esa pintura, eligió Géricault el minuto en que los últimos tripulantes vislumbran la orilla del salvamento. Entre los mástiles rotos y las velas desgarradas, sobre los cadáveres que no se han resuelto a arrojar al mar, los supervivientes se tienden ansiosamente hacia el punto del horizonte en que adivinan la posibilidad de una nueva vida. Dos figuras sobresalen: la de un adolescente de pie que hace con un trozo de tela blanca señales desesperadas en el vacío y la de un hombre sentado, de espaldas a esa promesa. Su brazo izquierdo retiene el cuerpo de un joven muerto. Y, en su mirada, se ahonda la luz de una estoica meditación.

He tratado de recordar a ustedes esa dramática escena porque pienso que nuestra civilización se halla, ahora, como la balsa de la *Medusa*. Un mar encrespado la envuelve. Un cielo tenebroso la cubre. Muchos son los viajeros que no han podido resistir a las tempestades atravesadas. Sin embargo, la ilusión de llegar continúa enhiesta. Y, en cada uno de nosotros, hay un hombre que reflexiona y otro que espera. Uno, que agita al aire la banderola de sus ensueños. Y otro que busca,

en la estela sangrienta, la explicación del pasado y, acaso, el consejo del porvenir.

Aisladamente, uno y otro resultarían truncos, incomprensibles. El que espera, espera con un deseo próximo al frenesí. Y el que reflexiona se opone inconscientemente a la realidad, Pero, juntos, ¡qué significación elocuente tienen sus actitudes! Y ¡cómo nos enseñan que, en los desastres, el equilibrio del alma consiste en una mezcla sensata de pensamiento y de inspiración!

En nuestro tiempo, ambas categorías son necesarias e indispensables. El mundo está en crisis. Un desquiciamiento total siembra la duda y el desencanto hasta en los más intrépidos corazones. No obstante, una voz nos dice que, más pronto o más tarde, volveremos a pisar esa tierra firme en la que edificaremos una nueva época, de justicia, de paz y de dignidad.

III

EL APRENDIZAJE HISTORICO

CARACTERIZA al aprendizaje histórico, tal como debe alentarlo y guiarlo la educación en las democracias, su capacidad de renovación perenne, su confianza en las fuerzas múltiples del espíritu y su equilibrada coordinación de los elementos que hacen tan rica y compleja a la humanidad.

DETERMINISMO TOTALITARIO

Semejante amplitud contrasta con el simplismo determinista de quienes ostentan, al par que Spengler, un pesimismo fundamental, cuya tesis gira en torno al eje de la concepción orgánica del Estado o, a imitación de los geopolíticos, exaltan un materialismo telúrico invulnerable a las transformaciones libertadoras del pensamiento o, como Rosenberg y los técnicos del racismo, basan la historia sobre una ecuación biológico-geográfica en la que, a menudo, el factor físico de la sangre les parece más importante y más decisivo que el factor físico de la tierra.

Por el camino de ese simplismo llegan los geopolíticos a proclamar que toda nación que no es digna de ser martillo es el yunque obligado de las demás, en tanto que los partidarios de Spengler se gozan en la definición de una decadencia que permitiría la consolidación de los dictadores y los secuaces de Rosenberg clasifican a los países en pueblos-amos y pueblos-siervos, abominando del mestizaje y procurando, por la opresión sistemática, apresurar el triunfo del *herrenvolk*.

Todas estas interpretaciones políticas de la historia sirven a un interés de partido, si no de grupo, y hay —al examinarlas— quienes se ven inclinados a opinar, junto con Huizinga, que toda civilización determina lo que quiere que sea su propia historia.

SENTIDO ÉTICO SUPERIOR

Sin embargo, si adoptáramos tal concepto en su integridad, ¿cuál sería nuestro propósito al reunirnos a discutir acerca de las ventajas de

Apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México.—México, D. F., 11 de mayo de 1944.

que nuestra historia se enseñe con ese sentido ético superior que —anticipándome al resultado de las deliberaciones que aquí se inicien— creo ya descubrir en el plan general de vuestros trabajos? ¿No será, más bien, que la declaración de Huizinga lleva al extremo ese hecho, señalado por Valéry cuando precisó que el carácter real de la historia estriba en su participación en la historia misma y que la idea del pasado constituye sólo un valor auténtico para el hombre animado por el entusiasmo del porvenir?

Por oposición a estas reflexiones, vienen a mi memoria ciertas frases de Bayle, el cual —en su *Diccionario Histórico y Crítico*— anotaba orgullosamente: “En la medida de lo posible, el historiador tendrá que colocarse en la situación de un estoico, a quien ninguna pasión conmueve. Insensible a todo lo demás, cuidará tan sólo los intereses de la verdad y a ella sacrificará hasta el amor a la Patria... pues, en cuanto historiador, es, como Melquisedec, sin padre, ni madre, ni genealogía.”

¡Cómo revelan estas palabras al autor que las escribió! Si he subrayado el párrafo en que concluyen, fué para haceros sentir hasta qué límite el afán de la objetividad extremada en materia histórica suele también inducir a extravíos a quien la intenta, o, para ser exacto, a quien se figura capaz de intentarla con plenitud, ya que, en estas disciplinas de la cultura, se equivoca tanto el que aspira a encerrarlo todo dentro del círculo de la asimilación personal, cuanto aquel que se considera dueño de prescindir por completo de esos orientadores del juicio que son la Patria, la educación, la familia, el respeto de las instituciones y la imaginación del mejoramiento de su país.

En el término medio en que descansa la realidad, las enseñanzas históricas representan una ayuda insustituible para comprender el presente y, al mismo tiempo, para concebir sin proféticos dogmatismos el futuro de la nación. De ahí la urgencia de cimentarlas en el conocimiento sereno y circunstanciado de lo que fué; pero de ahí también la necesidad de no reducirlas a una enumeración, que resultaría en no pocos casos muy engañosa, pues, hasta en las obras que se reputan más objetivas, está presente —aunque a menudo disimulada— la doctrina económica y filosófica del autor. Por equivocada que se le juzgue, la sinceridad que se muestra valientemente previene, al menos, la acción defensiva de los lectores. En cambio, el eclecticismo fingido aprovecha, en favor de la causa que no confiesa, el orden de selección de los

materiales, la distribución de los documentos y hasta esas tácitas omisiones que puedan dar a las síntesis —en apariencia más despojadas de sectarismo— una intención polémica, por oculta, más peligrosa y difícil de denunciar.

PELIGRO DE LA SISTEMATIZACIÓN EXCESIVA

Con razón se ha dicho que es menester conservarse en guardia frente a los riesgos de una absorción abusiva del pensamiento por las fórmulas y los métodos de la historia, y que el sentido histórico debe quedar conformado por las condiciones plásticas de la vida, porque, si se aparta de la función de la sociedad, la defrauda y la debilita inconscientemente.

Por lo que a México atañe, hay igualmente que precaverse contra la tentación de tomar la serenidad del criterio y la imparcialidad de la información como ausencia de todo interés político en el historiador. Según acertadamente lo apunta Croce: “la profundidad de la visión histórica lleva implícita profundidad de interés ético y político”; idea que amplía, dentro de otro capítulo de su obra, en forma que no me resisto a reproducir porque aclarará los motivos que nos incitan a examinar con reserva la posición de quienes pretenden que, en nombre del ideal de concordia que sustentamos, se prive a la historia de nuestro pueblo de lo que tiene de más genuino: el espectáculo del esfuerzo para alcanzar la verdad de sus libertades.

“La afirmación —indica el propio Croce— de que, para narrar la historia, es necesario elevarse sobre las pasiones y alejar ideas y juicios preconcebidos, se convierte con facilidad en otra: se ha de narrar fuera de toda participación en las luchas de la vida. . . El giro de las frases y el sonido de las palabras pueden engañar fácilmente. Sin embargo, las actitudes que delinean estas afirmaciones son radicalmente distintas y la segunda de ellas está en contraste con la naturaleza misma de la historiografía.”

Bien está, por cierto, que se cancelen los odios en la redacción de los libros de historia de nuestra Patria. Bien está, asimismo, que se emprenda una campaña depuradora para arrancar a los textos las páginas negativas. Como Secretario de Educación, aplaudiré todo lo que se haga en ese sentido; pero, como funcionario y también como hombre, habré siempre de preocuparme por que, en nuestro empeño de eliminar los

enconos, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios y por tender sobre los dolores de lo pasado —que son historia y, como historia, son enseñanza— un velo hipócrita y tembloroso que daría a las nuevas generaciones una impresión descastada de nuestra vida y que, por desfiguración de los arduos asuntos que trataron de resolver, colocaría a los héroes de México en la equívoca posición de protagonistas sin contenido y de seres que pelearon contra fantasmas.

UNA HISTORIA QUE DEFienda A LA PATRIA

Ambicionamos una era de paz durable y de unidad sólida y constructiva. Pero sabemos que nada se halla más alejado de la paz verdadera que el artificial apaciguamiento y que no es ocultando los yerros como se les supera, sino considerándolos sin rencores y procurando enmendarlos con dignidad.

Toda la historia, vista en conjunto, es una epopeya del hombre que, a través de ascensiones y de caídas, de derrotas y de victorias, va buscando incansablemente la independencia de su destino. Si esto es exacto en lo universal, ¿qué razones podrían asistirnos para desear que, por lo que concierne a nuestro país, esa epopeya se registrase con pluma inerte y con tinta incolora y avergonzada?

Para explicar esa fe entrañable con que debemos aproximarnos a la contemplación de nuestra existencia, bastaría evocar la figura de un maestro vital como Justo Sierra, que también en esto se anticipó a los problemas morales que revisamos. ¿No fué él, en efecto, quien al inaugurar la Universidad Nacional, en 1910, se expresó en estos términos intachables: “Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas, en teorías incesantes, para adorar a Atenea Promakos, a la ciencia que defiende a la Patria”?

Si hay, señores, un estudio que defienda a la Patria, es el de la historia. Y, para que la defensa de las violencias del exterior y de los egoísmos y las venalidades del interior, os halláis congregados en este instante, a fin de que, en la actividad a la que habéis dedicado lo mejor del espíritu que os anima, la simulación de la rectitud no brinde un escudo impuro a las fuerzas del retroceso y la vocación del progreso

no invoque nunca, como argumentos, la pasión exclusiva, la propaganda personalista y la difusión de lo exótico y lo mendaz.

VISIÓN COMPLETA Y ESCENARIO UNIVERSAL

Entre otras ideas, que la limitación de un discurso no me permite desarrollar, creo conveniente detenerme, antes de concluir, en dos observaciones indispensables.

La primera es la de que ningún ensayo en esta materia sería fecundo si desprendiéramos arbitrariamente de nuestro juicio el análisis ponderado de los juicios que no son nuestros y si, suponiéndonos poseedores de una verdad inmutable sobre el pasado, lleváramos la preferencia de nuestro ánimo a una sola parte de los recuerdos —los que halagan tal vez nuestra inclinación— y procuráramos ignorar, en la voz ajena, la opinión de quienes acaso no encarnaron en todo momento el ideal progresista de México, pero que no por eso dejaron de intervenir con derecho en la vida de la República. Cuanto más honda y fundada sea nuestra convicción, más obligados nos sentiremos a confrontarla con las convicciones de los demás. México es un todo. Y una visión incompleta de las razones que algunos sectores de México tuvieron para vivir y para luchar, eliminaría de nuestra historia ese elemento crítico necesario que sólo temen los déspotas o los débiles. La amplitud del alma no es un lujo en estos estudios sino una condición primordial y un deber común.

La segunda de las observaciones que he mencionado se apoya en la conveniencia de no enfocar los acontecimientos de nuestro pueblo en un escenario aislado, hermético y sin contacto con las realidades del Continente y también del mundo. Ningún país vive nunca solo y ningún problema se ofrece desvinculado de otros problemas que, en sus orígenes o en sus repercusiones, afectan y mueven a toda la humanidad.

Estoy seguro de que no falta entre los presentes quien, en cierto período de sus investigaciones, haya advertido cómo determinadas dificultades —que parecían sólo locales— se acentuaban e iluminaban por comparación con las crisis o con los triunfos que, en ese mismo período, afligían o estimulaban a naciones próximas o distantes. Trasmitir a los capítulos de la historia de México esa dimensión eterna, la dimensión de lo humano por relación con lo universal, será sin duda una conquista efectiva de esta reunión.

Al hacer votos por vuestro éxito, permitidme que evoque una escena admirable del primer *Fausto*. Aquella en la cual, del espejo encantado en que el sabio se mira anhelosamente, surge el futuro. Después de todo, la historia bien entendida y bien enseñada debe ser eso: un espejo activo, en cuya límpida superficie nuestro pasado explique nuestro presente y augure, hasta el punto en que son razonables las previsiones, nuestra continuidad en lo porvenir. Creador espejo que no requiere, para auxiliarnos, mayor hechizo que la luz que sobre él proyecten el patriotismo de la pesquisa, la integridad de la información, el respeto de la justicia y la devoción social por la libertad.

Esas cualidades son, por fortuna, las que siempre hallamos en la conciencia de los grandes historiadores. Y es natural que así sea ya que, para terminar con dos frases de Goethe —que, en esta guerra, provocada por el menos goethiano de los germanos, conviene rememorar con exactitud—, “no se conoce bien sino lo que se ama” y “cada momento tiene un valor infinito, pues representa toda una eternidad”.

EL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA

Nos HEMOS congregado hoy no como funcionarios o periodistas, como civiles o militares, como artistas o historiadores, como colegiales o cate-dráticos, sino ante todo —y sobre toda otra consideración— como me-xicanos. Es decir: como hijos que se dan cita en una de las casas más venerables de la familia histórica nacional, a revisar los valores de un patrimonio que por igual a todos nos pertenece, a respirar el aire de nuestros héroes y a contemplar, en el desfile de las banderas que lle-varon a la victoria o que defendieron con honor en el sacrificio, la evo-cación de otro gran desfile: el del pueblo mismo, que se ha ido pasando de mano en mano y de generación en generación una bandera que no está hecha con materias perecederas, pero que ondea en nuestro cora-zón cada vez que oímos las notas de nuestro himno y que flota en el mástil más alto de nuestra historia, izada por todos los mexicanos que sucumbieron para que nuestra Patria pudiese vivir con independencia, progresar con decoro y persistir con diáfana rectitud.

Por eso, desde el Primer Magistrado de la República hasta el es-colar más modesto se hallan presentes —o, por la limitación del espacio, representados— en esta festividad. Y su presencia no es solamente una presencia corpórea, sólida, perceptible, sino una presencia de espíritu mexicano; pues, aunque el alma de nuestra historia no pueda natural-mente circunscribirse al perímetro de un museo, aunque sus aspiraciones y sus impulsos formen la base de nuestro desarrollo lo mismo en la paz de los campos que en el centro de las ciudades y aunque, donde quiera que un compatriota nace o fallece, la historia entera de nuestro pueblo sigue su curso, hay lugares que, por su esencia, son síntesis nacionales de esa corriente de vida en constante superación.

Uno de esos lugares es este sitio, encumbrado en la cima de una colina elegida por los aztecas como baluarte; paseo durante la época colonial; esbozo de palacio y después de archivo; asiento del Colegio Militar en 1841; pedestal glorioso de las proezas en que perdieron la vida los Niños Héroes; mansión de ornato del Archiduque Maximilia-

Inauguración del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec.—Mé-xico, D. F., 27 de septiembre de 1944.

no y, por temporadas más o menos largas, residencia de varios Jefes de Estado durante los últimos años del siglo xix y los primeros lustros del siglo xx.

Colina estoica, centinela que el Valle envuelve con lo más varonil y más terso de su paisaje: el espectáculo del Ajusco, la perspectiva de los volcanes, la majestad pensativa de un cielo insigne y el bosque próximo donde se elevan los ahuehuetes como un ejemplo de esa alianza de inmensidad y delicadeza, de fuerza y de tenuidad que sorprende y cautiva en México y que halla en esos árboles seculares su emblema augusto por la ciclópea energía de las raíces, el vigor de los troncos atormentados y la elegancia irónica del follaje, leve como una sombra y persistente y conciso como una máxima.

¿Qué mejor marco podía escogerse para el Museo de nuestra historia que este recinto y este paisaje, que por sí solos son ámbito del pasado, escenario de la ciudad presente, centro de la ciudad futura? Y, para quienes fingen no comprender todavía el alcance de nuestra Revolución, ¿qué mejor testimonio que el hecho de que haya sido un gobierno emanado de esa Revolución el que decidiera que este lugar—antaño morada de Presidentes— fuera entregado al pueblo y que sea ahora un gobierno igualmente emanado de la Revolución el que se honre ofreciendo aquí un tributo a lo más genuino que el pueblo tiene: el amor de sus tradiciones, la custodia de sus reliquias, el orgullo de su ejecutoria como Nación?

Bien está, por cierto, que instalemos este Museo en el Castillo que ocupó antes nuestro Colegio Militar, puesto que, si el estudio imparcial de la historia constituye una garantía de persistencia para la Patria y la misión de un ejército democrático es la de proteger las instituciones que son producto legítimo de su historia, ¿quiénes podrían con más derecho servir de escudo al acervo histórico nacional que los broncees en que reencarnan los aguiluchos de 1847? Juan de la Barrera, Juan Escutia, Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez, sus estatuas hacen la guardia de este establecimiento. Y podemos confiar en la guardia que hacen, porque sabemos que si sus cuerpos cayeron peleando por defenderlo, su ánimo no ha caído e inspirará en todo tiempo a los jóvenes mexicanos un estímulo generoso y una enseñanza ferviente de gallardía y de pundonor.

En semejante sentido de lealtad a lo nacional estriba indudablemente el significado profundo de este Museo. En sus salas alternan las épocas más distintas, los más opuestos semblantes, las antinomias más ostensibles. Como en capas geológicas sucesivas vemos en ellas la impaciente codicia de la conquista hecha por la espada y la evangélica gracia de la persuasión obtenida por el libro, la suntuosidad de los señores de la Colonia y la miseria dramática de los siervos que, por cada misionero a quien respetaron, conocieron y padecieron a quién sabe cuántos encomenderos.

Viene, después, la zona inmortal de la Independencia; los balbuces de la libertad que nació en Dolores y que, apenas nacida, tuvo que recorrer con los pies desnudos, enjuta y débil, entre los cardos de un trópico sin piedad, todas las rutas de la persecución y de la ignominia. Más tarde, por fin, la emancipación. Pero una emancipación que, frecuentemente, sólo constaba en fórmulas declamatorias, en cláusulas arrogantes, en imitaciones absurdas de imperios y en amagos sombríos de dictaduras.

Epoca de crisis, de pronunciamientos, de invasiones, de intervenciones. Mutilación de nuestro territorio. Violines austríacos entre el redoble de los tambores de los patriotas. Carrozas con coronas bordadas en el terciopelo de los cojines; tronos precarios; fusilamientos. Y, por encima de ese ir y venir de soldados y de edecanes, por encima de esas iniciales borradas y repintadas, a toda prisa, sobre las portezuelas de los vehículos o en el escudo de las vajillas, por encima de los tratados suscritos en la hora del infortunio, la constancia del pueblo, del pueblo auténtico, fiel a la memoria de Hidalgo, a la energía de Morelos, al holocausto de los cadetes de Chapultepec, a la generación admirable de la Reforma, a la epopeya del 5 de mayo, a la tenacidad de Juárez y, entre defecciones y fugas y sangre y balas, a una empresa apremiante y a un éxito indiscutible: la perduración de lo nacional.

Tras de aquellas etapas, nuevas jornadas de crisis, nuevas sublevaciones. Tres decenios de reelección sistematizada. El noble magisterio de Justo Sierra. Y, en 1910, otra vez el pueblo, el clamor del pueblo exigiendo tierras, invocando sufragios, ansiando escuelas. La elevación y el martirio del presidente Madero. Y, en respuesta al clamor del pueblo, un paso más hacia la realidad de nuestros derechos, un sentido más justo en la distribución de las responsabilidades; la Revolución y la

Patria estrechamente unidas en una obra que ningún mexicano honrado podrá negar; la de organizar nuestra libertad sobre la única base estable que tienen todas las libertades: el respeto a la igualdad humana y el concepto de la redención colectiva por el trabajo.

He ahí, señores, lo que veremos una vez más al trasponer las puertas de este Museo. Retratos de hombres que lucharon unos con otros y a menudo unos contra otros; cóleras y pasiones que creyeron por un momento derrocar los principios que, sin quererlo, consolidaban; polvo de siglos y luz de ideas; objetos que duraron más que la voluntad de sus poseedores y espíritu que persiste sobre la caducidad y la inercia de los objetos. . . .

Si estuvieran con nosotros en este instante quienes vivieron y murieron para que México fuese algo de lo que hoy es —y si se hallaran también aquellos que imaginaron otras modalidades para el esfuerzo de nuestro pueblo—; si monárquicos e insurgentes, conservadores y reformistas, liberales y reaccionarios resucitaran, ¿qué consejo mejor podrían proporcionarnos que el de no vulnerar la unidad ascendente de la nación? Ellos, que no admitieron en vida la coexistencia de sus entusiasmos dispares y vehementes, no han logrado evitar que los cubra, por encima de los sepulcros, un amor que es respeto para los héroes y magnanimidad y perdón para los que erraron.

Unos y otros están aquí. De unos y otros fluye nuestro presente. No obstante, por amplio que sea el perdón de México, unos están aquí como constructores, como descubridores, como civilizadores, como libertadores. Ante sus sombras nos inclinamos con íntima gratitud. Ellos han alcanzado por fin el derecho heroico de fraternizar con sus contrincentes y sus rivales. Pero no aceptarían que fuera nuestro recuerdo fosa común y nunca tolerarían que abandonásemos la obra que comenzaron, que su muerte dejó inconclusa y que es la redención general por la libertad, la organización de la libertad en la independencia y el robustecimiento de la independencia por la justicia.

Gran lección de cómo será la unidad de nuestro futuro es, por consiguiente, esta visita, que no supone la contemplación de un archivo mudo. Y lección todavía más elocuente si meditamos en el símbolo que resulta de la confrontación material del museo y de la ciudad.

Dentro de los muros de este Castillo se alza el primero, con sus anaqueles y sus vitrinas, sus repertorios y sus catálogos. Frente a él, la

ciudad se extiende: tráfico bullente, dédalo de calles, parpadeo de luces, vida en ignición. Sin embargo, entre la ciudad y el museo, la historia marca una vinculación invisible que ilustra el culto de los abuelos, tal como Renán lo puntualizó en una célebre conferencia. “El hombre —dijo— no se improvisa. La nación, como el individuo, es la resultante de un largo legado de esfuerzos, de sacrificios, de abnegaciones. Tener hazañas comunes en el pasado y, en el presente, una voluntad común; haber afrontado en conjunto vastas empresas; querer intentar otras todavía: éstas son las condiciones esenciales de todo pueblo. En el pasado, una herencia de glorias y de pesares que compartir; en el futuro, un mismo programa que realizar; haber sufrido, gozado, esperado juntos...” ¿No es, acaso, esta suma de circunstancias la que define, bajo el perfil de cambiantes fisonomías, el rostro eterno, la continuidad misteriosa y patética de la Patria?

Los muertos, los grandes muertos mandan aún en nuestras conciencias. Y su ejemplo magnífico nos invita a venir aquí, cada vez que la duda nos sobresalte, a avivar la llama de nuestra libertad y a escuchar, en su silencio sublime, la voz de México.

EL INSTITUTO ANGLO-MEXICANO DE CULTURA

BAJO los auspicios del Consejo Británico, con el patrocinio de la Embajada de la Gran Bretaña y con la participación de distinguidos intelectuales de México y de Inglaterra, se ha establecido el Instituto Anglo-Mexicano de Cultura que inaugurará, dentro de breves instantes, el señor Presidente Avila Camacho.

Un nuevo lazo de franca y segura amistad queda así afirmado entre nuestra Patria y el Reino Unido. Un lazo al que prestigia, en primer lugar, la circunstancia de haber podido tenderlo entre la tormenta, a pesar de la lucha armada, en años en que el esfuerzo de nuestros pueblos está consagrado principalmente a superar los obstáculos de la más tremenda conflagración que haya jamás desencadenado, en la historia, un conjunto de déspotas sometidos al fanatismo del odio y al culto trágico de la fuerza.

La creación de institutos como el presente no es, sin embargo, un fortuito alarde de serenidad en la hora de las espadas. Por el contrario, el hecho de que se efectúen inauguraciones de este linaje en nuestros países —y de que se efectúen precisamente en tiempo de guerra— prueba con elocuencia hasta qué punto los hombres que creen en la libertad, que viven para lograrla y que están dispuestos a morir para defenderla, sienten el compromiso de sustentar esa libertad sobre el más estable de todos los equilibrios: el equilibrio de las culturas.

No fué tampoco un casual suceso el que, hace más de dos años, se instalara igualmente en Londres, en el edificio de nuestra representación diplomática, una Sociedad Británico-Mexicana que persigue fines muy parecidos a los que han determinado, como meta de sus afanes, los miembros de esta honorable corporación.

Aquella Sociedad, formada por mexicanos residentes en Inglaterra, por ingleses que conocen nuestro país y por intelectuales de una y otra nacionalidad, interesados en estudiar la literatura, la ciencia y el arte de México y de Inglaterra, encontrará incuestionablemente un poderoso estímulo y una eficaz colaboración en el Instituto que inauguramos.

* Ceremonia inaugural del Instituto Anglo-Mexicano de Cultura.—México, D. F., 29 de noviembre de 1944.

Agrupaciones de esta alta categoría son, a mi juicio, respuestas vivas a la amenaza de toda opresión internacional. Por eso es tan importante que consten en los anales de esta contienda. En efecto, su presencia misma revela por qué luchamos: por un orden realmente nuevo; el de la armonía profunda de las conciencias, que los tiranos se imaginaron poder trocar por el orden cruel de la servidumbre.

Siempre he creído que la paz perdurable no será aquella que anuncien únicamente las cláusulas de un tratado, al final de un período de armisticio, sino esa otra —la paz activa, la paz creadora— que se inculque en los hombres desde la escuela, para cuya organización se prepare a los pueblos por la virtud y cuyos baluartes no sean ya los cañones sino las almas.

Pero una paz de horizontes tan amplios resultará impracticable si no se basa en tres condiciones complementarias: la limitación de las ambiciones de los Estados por el Derecho, la regulación de los intereses de los países por la equidad y el mejoramiento gradual de los pueblos merced a la educación.

En las colectividades en que se educa a las masas para ver exclusivamente, en los seres que habitan más allá de las propias fronteras, a enemigos en potencia o a esclavos en perspectiva, la cultura —por desarrollados que nos parezcan sus sistemas científicos e industriales— es sólo un mito. En ellas, nadie se adiestra para comprender en verdad la razón de sus semejantes, sino para mandar a quienes se resignan a ser mandados y para obedecer, ciegamente, a quienes exigen ser obedecidos.

Contra esa educación, que sólo invoca el poder oprobioso de la violencia y que abre a la mente sólo dos rutas —el dominio absoluto o la sumisión total—, la educación de las democracias habrá de ser, cada día más, una educación para la universalidad de las grandes normas que garanticen el porvenir de una convivencia libre, justa y civilizada.

He ahí por qué hemos de esforzarnos por aumentar y perfeccionar los contactos espirituales de las naciones. Y he ahí, también, por qué actos como éste contienen una plausible confirmación del más cordial de nuestros anhelos: el de construir el mundo de mañana sobre la confianza que despierta en los pueblos el conocimiento recíproco, el respeto de los valores morales y la solidaridad de la inteligencia.

Grande ha sido siempre la contribución inglesa a la causa de la cultura mundial. Desde los cuentos de Chaucer hasta los relatos de Law-

rence y de Aldous Huxley, desde los dramas isabelinos hasta las comedias de Bernard Shaw, desde los poemas de Spencer hasta, por ejemplo, los cantos de Francis Thompson y desde los ensayos de Bacon hasta los libros de Bertrand Russell, ¿cómo no advertir una noble continuidad en los cauces de la filosofía, de la novela y de la lírica de Inglaterra? Continuidad hecha, ante todo, de independencia, de tolerancia y de ese amor por la naturaleza y de esa fidelidad a las costumbres que tan elocuentemente resumen la devoción de un pueblo entero por la morada de sus días y por el esfuerzo de sus antepasados.

En el concierto europeo, la nota británica emana de un instrumento precioso e inconfundible, que atina singularmente en la revelación de lo inalienable que esconde cada cosa o cada momento, en la significación peculiar del caso concreto y en la autenticidad de lo individual.

Si aludo a estos caracteres, que tanto indican a quienes buscan, en la mejor tradición de Inglaterra, una defensa perpetua para la dignidad entrañable de la persona, es porque sé que los admirables representantes de la poesía y del pensamiento ingleses, Shakespeare, Milton, Locke, Newton, Shelley, Dickens —¡y tantos, que no menciono!— van a cooperar con vosotros, señores miembros del Instituto, a través de los profesores que aquí trabajen, para una obra que es nuestra obra: la de entendernos, la de estimarnos y la de sentir palpar, bajo las diferencias de idiomas y de costumbres, de métodos y de climas, la unidad de la condición humana... Unidad que John Donne definió con palabras conmovedoras cuando dijo, en una de sus páginas más certeras, que todo hombre es parte de un Continente y que la muerte de todo hombre nos disminuye porque cada uno de nosotros es una parte de la humanidad.

VI

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ, POETA DE TODAS LAS HORAS

ASISTIMOS hoy a un acto de justicia. En esta sala, reservada por la tradición oficial para servir de escenario a la recepción de los representantes diplomáticos acreditados ante nuestro Gobierno, el Señor Presidente de la República ha querido entregar a un poeta el premio *Manuel Avila Camacho*, instituido, en 1944, por la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos.

El escritor a quien celebramos, embajador permanente de las letras de nuestra Patria, no necesitará hacer presentes ahora sus nítidas credenciales. Son sus libros. Obras austeras, de emoción acendrada, forma prócer y vibrante y diáfano pensamiento. Obras que a muchos de los aquí reunidos nos acompañaron durante años en la integración de la adolescencia y en cuyas páginas encontramos, desde aquellos días, un consejo de comprensión para los humildes, una lección de estoicismo ante los dolores y un ejemplo admirable de humanidad.

Poeta de todas las horas, Enrique González Martínez ha dedicado la vida entera a una empresa que por sí sola merece encomio: la lealtad a su concepto del bien y de la belleza, la fidelidad a su vocación.

En un mundo rápido y veleidoso, entre tareas y transacciones que a muchos otros —por arduas— han impelido a renunciar a lo más exclusivo de su mensaje, él logró conservar sin desviaciones la línea de su destino, con rectitud que sorprende a quien la contempla, pues semejante continuidad obedece tanto a la categoría del artista, como a la voluntad del hombre.

Cuando médico de provincia en la juventud, cuando Ministro Plenipotenciario en la madurez y, ahora, en la paz de una noble consagración —que es en él, todavía, ardimiento y fuerza— la voz de González Martínez siempre ha expresado las inquietudes de un alma atenta a las pruebas de la experiencia; de un alma a la que la esfinge ha propuesto todos los enigmas de las pasiones y que ha sabido contestar a la esfinge,

Entrega al poeta Enrique González Martínez del Premio *Manuel Avila Camacho*. México, D. F., 2 de marzo de 1945.

invariablemente, con sagacidad que no sólo brota de la aptitud del talento sino de la hondura del corazón.

Desde *Preludios* hasta *Bajo el Signo Mortal*, los volúmenes de poesía con que ha enriquecido González Martínez el acervo de nuestra literatura podrían agruparse en torno a tres temas que se articulan como los tiempos de una sonata. De una sonata lógica y persuasiva a la que, en conjunto, cabría dar el título que él colocó sobre la primera página del *Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño*.

Fuerza, bondad y ensueño son, en efecto, las calidades de su lírica varonil. Y fuerza, bondad y ensueño, lúcido ensueño, sintetizan, por otra parte, las excelencias de todo gran poeta, ya que la fuerza sin la bondad es como un árbol, enhiesto y recio, pero sin fruto; en tanto que una bondad desprovista de fuerza está en inminente peligro de convertirse en flaqueza y abdicación. Y ambas, bondad y fuerza, sin el ensueño, carecerían de ese desprendimiento que hace del arte una escuela constante de independencia y una suprema enseñanza de libertad.

Pero esa libertad y esa independencia, condiciones indispensables de toda obra concebida en términos de belleza, son de linaje tan delicado que necesitan partir de una disciplina estética elegida con absoluto desinterés, la cual —recordando una metáfora célebre— simboliza, para el impulso de su ascensión, lo que el aire para las alas del aeroplano: al principio, un obstáculo; luego, una base.

Caracterizan así al verdadero artista muchas de las cualidades que, en lo político, desearíamos ver realizadas en el orden democrático del futuro. Una plenitud en la afirmación, limitada por el respeto de aquellas normas éticas y sociales que dan sustento interior a la libertad, y un rigor en el cumplimiento de los deberes que colectivamente permite y explica el ejercicio de los derechos de la persona. Porque así como el arte decae cuando suprime las dificultades que se inventa a sí propio para vencerlas y superarlas, así también disminuyen las fuerzas de una nación cuando intenta el pueblo prescindir de los compromisos morales que lo organizan. Y, por la misma razón por la que el arte fallece —según decía un agudo ensayista— en el ambiente de la facilidad, la democracia suele perder su pujanza emancipadora donde los hombres olvidan que la facultad de ser libres es consecuencia de un persistente servicio

mutuo y de una subordinación espontánea al porvenir de la Patria y al bien de la humanidad.

Todo artista sincero demuestra, con el ejemplo, que es la civilización de naturaleza tan misteriosa que quien pretende huir de su responsabilidad huye también de su autonomía. De ahí que el espectáculo de un pintor o de un escultor, de un músico o de un poeta, por desasidos que se imaginen de todo pacto, sea en realidad un espectáculo confortante para los que no apreciamos la libertad como un capricho y un aislamiento, sino como un equilibrio de obligaciones que nos depara precisamente ocasión de sentirnos más personales e independientes cuanto más solidarios hayamos sido con los intereses y los derechos de los demás.

El artista resulta así, involuntariamente quizá, un educador sutil de la democracia. Por eso, sin duda, los regímenes totalitarios adivinan en él un testigo adverso y un delator incoercible para el futuro. Sin quererlo, él los denuncia con su presencia. Su sola voz contiene ya una crítica inexorable porque, donde la única literatura tolerada sale de los Ministerios de Propaganda, todo aquél que no elogia al tirano lo niega implícitamente y hasta el silencio ante la injusticia es para la censura del despotismo un recurso indirecto de acusación.

Lo que da, por tanto, su más expresivo sentido a la ceremonia que nos reúne es su desinterés total. El premio *Manuel Avila Camacho* no ha sido otorgado a un hombre de grupo ni de partido. Para obtenerlo, el literato que lo recibe no necesitó en ningún momento dejar de ser lo que es: un poeta, un poeta auténtico. Y ocurrió que, siéndolo plenamente, tuvo también que ser, como todo escritor genuino, un depositario de las misiones severas de nuestro tiempo. Porque todo escritor genuino lleva en su alma una antena sensible que recoge el eco de lo pasado y los estremecimientos patéticos del presente. Y porque, por solitario que lo juzguemos, el individuo —como lo declaró en certera sentencia Ortega y Gasset— es sólo individuo, individuo humano, “en cuanto contribuye a la realidad social y en cuanto es condicionado por ésta.”

La poesía equivale a un perdón que la vida brinda a todos nuestros errores. Sin esperanza, no habría poetas. Y la esperanza constituye una juventud perpetua para el espíritu.

Honrando a un poeta nuestro Gobierno se honra a sí mismo. Y, estableciendo un premio anual para distinguir a los escritores que han

ofrecido la integridad de su esfuerzo a la creación abnegada y consciente de un arte digno, los libreros y editores de México revelan tanto amor a las tradiciones de su trabajo como devoción para la actividad cultural en que participan.

Al felicitarlos por el acierto de su primera designación, saludo en la persona de Enrique González Martínez a uno de los ilustres exponentes de la intelectualidad mexicana y hago votos por que su obra y las de todos sus compañeros continúen abriendo al paso de nuestro pueblo esa clara senda por la que suben las nuevas generaciones. Porque es a ellos, a los artistas de la palabra, el sonido, el color y la forma de México, a quienes incumbe el deber sagrado de modelar, con la materia cambiante de los sucesos, el rostro vivo, plástico y puro en el que resaltan las facciones eternas de nuestra Patria.

DEBER Y HONRA DEL ESCRITOR

EL INGRESO de un escritor en el seno de una corporación como la presente no se halla, por cierto, exento de otoñal y severa solemnidad. Y es que no suele penetrar en recintos de esta categoría quien no ha sufrido ese noble estrago con que la edad va arrancando la profusión de las hojas a los árboles encendidos y desnudando a las almas de aquel ropaje de actitudes cambiantes y de palabras innecesarias que se pretende, en los años mozos, confundir con la auténtica juventud.

Distinción de tan alto linaje no es trofeo para el pasado de quien la obtiene, sino estímulo a más rigor en su obra y en su conducta, condición de silencio para muchas estériles fantasías y límite al capricho con que el artista que se deleita eludiendo los métodos regulares cree compensar, en esparcimiento gratuito y en ocio libre, su posición de soldado sin regimiento y de nota sin pentagrama, inasible y sola.

Sin embargo, de semejantes meditaciones —que no niegan la vaga melancolía en que se tiñe la reflexión con la madurez— surge, a la postre, la certidumbre de que la reja del pentagrama, para esa nota que se imagina excluída de ella, representa en el fondo el andamio firme de su orden lógico y natural. Sin sus líneas y sus espacios —limitados, pero precisos— la nota más ambiciosa perdería significado, porque donde no existe una escala, es decir, una relación de valores determinada ¿cómo podría alcanzar su sentido exacto —por cimero que deseáramos concebirlo— el signo, aislado e individual?

Esta lección de modestia es la primera enseñanza que imparte vuestra Academia a sus nuevos miembros. Si la elogio, al entrar aquí, es porque nunca he disimulado mi inclinación para todo lo que despierte sana confianza en una unidad susceptible de hacer que quienes la acepten sean tanto más leales con ellos mismos cuanto mejor perciban y reconozcan que, entre hombres independientes, la uniformidad absoluta denuncia monotonía, pues la unidad verdadera emana del equilibrio, de las libertades armonizadas, de la tolerancia y respeto mutuos.

Aunque no creyera espontáneamente lo que he expresado, según

Discurso de ingreso en la Academia Mexicana, correspondiente de la Española. México, D. F., 11 de abril de 1945.

lo creo, me induciría a insinuarlo, entre diversos otros motivos, la circunstancia de que me encuentro sustituyendo a un escritor tan distinto del que yo he sido: el señor don Teodoro Torres, persona de eminentes prestigios a quien consagro un recuerdo de íntima estimación y cuya muerte dejó en las letras de nuestra Patria un lugar que los adjetivos póstumos no señalan como el vacío patético de una ausencia, sino al contrario, como la presencia definitiva de un ingenio sonriente, lúcido y fiel.

Tras de rendir homenaje a su ilustre nombre y agradeceros muy cordialmente la honra que me habéis hecho al invitarme a sumar mi esfuerzo a las tradiciones preclaras de esta Academia, permitidme, señores, utilizar la atención que otorgáis al recipiendario a fin de discurrir con vosotros, por un momento, acerca de los problemas que nos plantea —como escritores y como hombres— la crisis que aflige al mundo; crisis tan honda y tan inquietante que no hay colectividad capaz de escapar a sus graves incitaciones, ni conciencia que no se sienta comprometida por el deber de buscarle una solución.

Estamos atravesando una selva oscura, de la cual hemos de salir a costa de todos los sacrificios, menos de uno: el de la fe en la virtud humana.

En este descenso entre las tinieblas, todos los pueblos, todos los seres —hay que reconocerlo con entereza— tuvimos alguna culpa, aunque sea exigua, por acción o por inacción. Los delincuentes que inscribirá en sus registros la historia son los tiranos: jefes de autómatas, que hipotecaron en su provecho todos los mecanismos de la técnica y de la ciencia, todas las aptitudes de la disciplina y la economía, e incluso —a veces— todas las formas externas de la cultura.

Pero si, en lo político, es un consuelo observar la unanimidad con que las naciones libres se han pronunciado contra la pasión de esos delincuentes, en lo personal no podemos limitarnos a reprobarlos. Sería, en verdad, demasiado cómodo encarnar al mal en unas cuantas cabezas de déspotas sanguinarios ya que, para quienes piensan imparcialmente, resulta obvio que esos déspotas estarían desde hace tiempo en una cárcel o en una clínica si, en la hora en que asaltaron el poder, hubiese habido en el mundo entero una jerarquía activa de los valores espirituales que hiciese inútil la conjuración de su crueldad.

Ese constituye, señores, el problema candente de nuestro tiempo.

La crisis en que vivimos es, hoy, una crisis bélica; fué ayer, y será acaso también mañana, una crisis económica. Ha sido, siempre, una insuficiencia jurídica; pero, desde hace ya muchos años, representa algo más alarmante: una crisis ética. De esta última ¿quién tendría derecho a declararse irresponsable? Y, en la responsabilidad de esa crisis, atañe a los escritores, a los intelectuales, a los filósofos, una parte proporcionada a la calidad de su vocación.

Siento que peco aquí contra la serenidad habitual de estas reuniones, al referirme a una angustia viva en vez de ofreceros, pongo por caso, la limpia autopsia de un asunto de crítica literaria. Sin embargo, siento asimismo que, en una era como la actual, no es posible ya para el escritor olvidar al hombre y que, cuando todo está en riesgo de perecer —porque una paz mal organizada traería consigo tantos perjuicios como una serie de convulsiones y de contiendas— venir a hablaros de la decadencia de la elegía, del crepúsculo de la égloga o del desfallecimiento del soneto, supondría de mi parte una lamentable deformación y equivaldría a imaginaros desvinculados del ejercicio de la única profesión para la que todo instituto de esta importancia es academia abierta sobre la tierra: la profesión de los hombres que aman el bien.

Precisamente porque existieron, durante lustros, muchas generaciones que creyeron poder servir a la inteligencia sin servir a la humanidad; precisamente porque existieron, durante lustros, muchos especialistas de la cultura que edificaron en el aire sus utopías y muchos oficiantes del arte que declararon malsano para su obra cuanto excediese el espacio breve de lo que llamaron su “torre de marfil”, es por lo que llegó a establecerse, en gran parte de las naciones, un doloroso divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura.

Ahora bien, ese divorcio ha provocado tantos desastres que no podríamos atrevernos a acusar de él, exclusivamente, a las mayorías que lo admitieron. Donde el intelectual haya renunciado a sus funciones de orientador, la paz futura requerirá que el divorcio a que aludo desaparezca. Porque si un pensador español habló de la rebelión de las masas antes del conflicto, la inteligencia ha experimentado otras formas sutiles de rebeldía: el orgullo del aislamiento, la negación al servicio público y la creencia de que el civismo es tan sólo oficio, mera especialidad.

Reconstruíd —si no— el espectáculo de los años que sucedieron a

la primera tremenda guerra de nuestro siglo. Salvo contadas y honrosísimas excepciones ¿qué hicieron los estadistas? Desconfiar de la inteligencia. Y ¿qué hicieron, a su vez, numerosos intelectuales? Apartarse del ágora ciudadana, abdicar de sus compromisos de dirección.

Alejándose así del esfuerzo de los demás ¿cómo cabía esperar que no se alistasen a suplantarlos esos simuladores —seudofilósofos y pseudoartistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfrenados de propaganda?

En México, el fenómeno que menciono se presentó, por fortuna, con menor acuidad que en otros países. Muchos supieron participar, desde las páginas de sus libros, desde las columnas de los periódicos, desde la tribuna, desde la cátedra, en la obra conjunta de afirmación y, también, de crítica constructiva que exige a los depositarios de la cultura la evolución de la sociedad. Pero no se trata ya de limitar a una Patria la rectitud de esa vigilancia por el espíritu. Para el mundo que va naciendo, entre ruinas, sollozos y bombardeos, metralla y muerte, miseria y sangre, estamos todos, todos los escritores, todos los artistas, todos los pensadores, obligados a imaginar un vivir mejor.

Pasada la hora de los estrategas, vendrá la de los políticos. La diplomacia se empeñará en conciliar muchas diferencias, en ligar y fundir muchas voluntades. No obstante, nuestra cita con el destino es irremisible. A las más generosas Cartas Políticas y Económicas, están demandando los pueblos la adición de otra Carta fundamental: aquella en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta; aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes se pongan al fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería, a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema por el espíritu.

Ninguna nación, ningún grupo, ningún individuo se hallará en aptitud de servir a la paz del mundo, mientras esa paz no se afiance en una filosofía de la vida que dé a la vida su pleno significado: el cumplimiento de una misión.

Porque, sin duda, estará muy bien que nos preocupemos por defendernos de los adversarios que encuentra siempre la libertad; mas conviene igualmente no olvidar nunca que no pocos de esos adversarios

perecerán por su propio impulso, como castigo de su violencia, según ocurrió con el rival hipócrita de Teágenes cuando fué a derribar de su pedestal a la estatua que los tasio le consagraron. Cayó la imagen del vencedor; pero, al desprenderse, vino a rodar sobre el cuerpo del envidioso y, con su peso, lo sepultó.

En cambio, si de los enemigos del exterior nos salvan frecuentemente las circunstancias, ¿quién podría salvarnos, sino nosotros, de ese enemigo que va en nosotros a donde vamos; que escucha, antes que nosotros, nuestro secreto, por misterioso que sea el mensaje que lo contiene y discreta la voz que a solas nos lo transmite; de ese enemigo que nos derrota, a veces, cuando vencemos y que sólo vencemos cuando logramos dominar en nuestra conciencia el grito del egoísmo, la avidez del odio y la fiebre sórdida del placer?

No conseguirá vivir en paz con sus semejantes quien no sea digno de vivir en paz con su propio yo. De ahí que en estos instantes, en que deseamos estructurar una educación que sirva a la paz, a la democracia y a la justicia, sintamos la extrema urgencia de no apoyar solamente el acento de la enseñanza sobre el aspecto de santa lucha que anima al hombre en la definición de sus facultades políticas y sociales; sino también —y de modo concomitante— sobre el rigor de su equilibrio interno como persona y su capacidad para superar, en sí mismo, el estallido oscuro de las pasiones. O, para decirlo con términos diferentes: no se libera tan sólo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándole por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para con sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.

Se ha hablado mucho de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer, de los derechos del escritor, de los derechos del joven, del técnico y del artista. Hemos ido creando, en todos los órdenes de la sociedad, una mentalidad de cobradores insatisfechos. Acontece por consecuencia que quien demanda cumple menos de lo que exige y da en servicio menos de lo que pide para servir. Se instala así, a corto o a largo plazo, durante la paz, un déficit colectivo, que las naciones sólo saben pagar con su aportación para alguna guerra; lo que, después de todo, más que pagar, equivale a querer saldar indirectamente una deuda, merced a la liquidación general de una bancarrota.

Lo anterior nos demuestra que uno de los valores que procede instaurar, dentro del sentido humano de la cultura, es el valor espontáneo, intrínseco, del deber. Pero ya no el deber militar de matar o morir, que aceptan los pueblos cuando se desatan las ofensivas, sino el deber civil de vivir y de hacer vivir conforme a normas insospechables; el deber de sacrificar un poco de nuestro goce, todos los días, para no sacrificarlo en su integridad sobre las aras trágicas de la guerra; el deber de ser fuertes, fuertes a tiempo, en la armonía de una convivencia justa y civilizada, a fin de no tener que aprender a ser fuertes en la contienda, cuando la fuerza se mide por lo que niega y no por lo que asegura, por lo que destruye y no por lo que edifica.

Tenemos, frente a nosotros, el esbozo complejo y arduo de un nuevo mundo. Un mundo que no brotó de un azar de la geografía, sino de una voluntad insistente, compacta, adusta: la historia humana. Ese esbozo será a lo sumo forma insensible, desierta y muda mientras no le comuniquemos un alma propia. Y esa alma sólo podrán transmitirla quienes posean la capacidad de entregar a su obra todo su ser.

Por espacio de muchos años hemos oído a algunos intelectuales opinar de manera abstracta sobre los temas que hacen la paz y la guerra de los países. Incluso a raíz de firmada la tregua de 1918, hubo escritor europeo, de maestría, que definiera la paz como un equilibrio de símbolos solamente. El talento se había engreído en jugar así, no sin terribles irreverencias, con las metáforas. Pero sucede que las metáforas son un momento no más de la realidad: el momento rápido y fotográfico en que la materia se vuelve signo, alusión, emblema. Y comprobamos, por la experiencia de lo sufrido, que nuestro papel inmediato va a consistir en resucitar las figuras yacentes bajo los símbolos.

Si los artistas de antaño se complacieron, viendo cómo se convertía Dafne en laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y frígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.

Quiere ello decir, sin alegorías, que se impone a las nuevas generaciones una tarea cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar

la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia y el pensamiento.

El alma que aguarda ese nuevo mundo se erguiría mañana airada contra nosotros si no tratásemos todos de fabricarla con lo más acendrado de nuestra fe. Lo que más ha faltado a los constructores de nuestra actual civilización es la fe en el hombre, la devoción para sus ideales y el examen crítico necesario para distinguir con exactitud entre la esperanza y el espejismo.

A la técnica de la prisa es indispensable sobreponer la técnica de la solidez. Que en cada cual se precise la psicología del arquitecto, del "arquitecto de su destino". En ello, los escritores y los artistas de México están tan comprometidos como los de cualquier nacionalidad. Es menester, en efecto, que el mundo que ayudemos a organizar sea un mundo en orden. Y que el orden que lo regule derive de la única disciplina susceptible de conjugarse con nuestro amor a la libertad: el orden por el espíritu.

En un debate, presidido por el profesor Osorio de Almeida, se discutió, hace algún tiempo, acerca de la transformación de los valores de la cultura. Entre otros, hizo uso de la palabra en aquella ocasión un desterrado político de Alemania, Werner Thormann, de quien son las siguientes frases que no me parece superfluo reproducir en este lugar: "En todos los dominios de la vida pública —exclamó el orador— nuestra tarea es la de impedir que el hombre se convierta en un simple instrumento." Y añadió: "Hemos presenciado la liberación de las masas, pero aún tenemos que conciliar esa emancipación con el concepto de la personalidad." A lo que Raymond de Saussure no tardó en objetar: "Una disminución de la responsabilidad individual frente al conjunto de la sociedad, un deseo de pedir todo de ella y de no procurarle nada en cambio, tal fué la característica principal del período de preguerra."

Advertimos que, en esta supuesta antinomia entre la responsabilidad de la sociedad y la responsabilidad de los individuos o entre la emancipación de las masas y el desenvolvimiento de la persona, la solución positiva tendrá que ser, indefectiblemente, una solución moral. Ya en el ocaso del siglo XVIII, Kant aconsejaba: "Obra de manera que trates siempre la voluntad libre y razonable, es decir, la humanidad, en ti y en el prójimo, como un fin y no como un medio."

No hay postulado jurídico que no ilumine este reflector: lo mismo la libertad del ser en la democracia de la nación que la soberanía de los pueblos en la democracia de las naciones; pues lo que el imperialismo económico y el totalitarismo —técnico o práctico— han pretendido ejercer, tanto en el seno de los países como por el avenimiento tortuoso de las potencias, es el uso del prójimo como medio, el empleo del semejante como inferior y el sometimiento de la voluntad —que, por sí misma, es un fin augusto— a transitorias finalidades que alteran la convivencia y desquician el orden universal.

En todas las latitudes, en todos los climas, bajo todos los cielos, los hombres que escriben, piensan y enseñan deben procurar hacer de la paz y la libertad algo dinámico y sustantivo, y no situaciones de tímida estabilidad y de simple exclusión de la muerte y la servidumbre. El interés por la paz y el fervor por la libertad fueron declinando en los pueblos y en las conciencias antes de que estallaran materialmente las hostilidades que padecemos, en parte porque —a la sombra de las nociones de paz y de libertad— habían cristalizado muchas injusticias y prosperado muchas mentiras; pero en parte, también, porque los promotores de la cultura no acertaron a inculcar en las masas una imagen viviente de esas nociones y se contentaron con definir las por sus límites negativos: la paz, como negación de la guerra, y la libertad, como negación de la tiranía.

Acaece, no obstante, que el ánimo de los individuos y la convicción de los pueblos se enardecen difícilmente por aquello que se les brinda en términos restrictivos y que la libertad y la paz son condiciones que han de estimarse, ante todo, por sus aspectos de afirmación. A partir de Versalles, no fueron pocos los libros que difundieron el odio y el miedo de la contienda. Barbusse y Duhamel, Arnold Zweig y Dorgelès, Remarque y Romain Rolland —para no mencionar sino a novelistas de éxito incuestionable— hicieron de sus obras requisitorias vehementes contra la guerra.

Mas, a cambio de aquellas requisitorias, ¿cuántos fueron los escritores que se atrevieron a cantar positivamente los méritos de la paz? Por tenebrosa que fuera la novelística de la guerra, la de la paz destilaba también acíbar y desaliento, pesimismo y desolación.

¿Qué ejemplos de humanidad proponían los literatos más celebrados a sus lectores? En Francia, el inmoralismo de *Los Monederos Falsos* descritos con tan persuasivo talento por André Gide, y la sociedad

decadente que dió pretexto a los admirables análisis de Marcel Proust. En Alemania, el culto de la muerte, de Thomas Mann, y las crueles indagaciones de Jakob Wassermann. En Italia, los personajes nocturnos de Svevo y de Pirandello. En Praga, las agónicas turbulencias de un Kafka y, en Inglaterra, cuando no las digresiones irónicas de Aldous Huxley, el exacerbado sensualismo enfermizo del *Amante de Lady Chatterley*...

Entre las perspectivas de un armisticio sin grandeza y los cuadros de una guerra sin magnanimidad, lo que germinaba naturalmente, en el público, era la indiferencia. ¿Valía la pena renunciar a la lucha para incurrir en ese marasmo que se nos daba como resumen y anestésico de la paz? A fin de contrarrestar la sensiblería llorosa de ciertas horas de la literatura decimonónica, se exageraron las pretensiones de un intelectualismo geométrico y efectista. Poetas, de angulosa prestancia, llegaron a declarar que el corazón había pasado definitivamente de moda. Antes que de los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros. Y, si restamos algunas obras excepcionales, la mayoría de la producción literaria esparcida en el mundo entre 1918 y 1940 puede clasificarse en dos largas series: la de los textos que tendían al idealismo, por evasión de la realidad, y la de aquellos que proclamaban, como único realismo posible, la eliminación de los ideales.

¿Qué representaba tan seria antítesis, sino una dimisión moral de la inteligencia? Porque no hemos de resignarnos a que el papel de la inteligencia haya de reducirse a copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos, sino a tomar, al contrario, los elementos dispersos en la naturaleza y a organizarlos con energía, a fin de proporcionarnos una galería de modelos, dichosos o infortunados, nobles o ruines, pero contrastándolos —como siempre ha ocurrido en las grandes épocas— sobre el fondo de una concepción coherente, inspirada y sólida de la vida.

Todos un poco nos encontramos, en estos días, como Renán, cuando escribió su *Plegaria sobre el Acrópolis*. Todos, en efecto, quién más, quién menos, podríamos, como él, afirmar que “llegamos tarde al umbral de los misterios de la belleza simple y verídica.” Porque hemos vivido enfermos de escepticismo y porque, para decirlo con sus palabras, “una filosofía indudablemente perversa nos indujo a creer que lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, el dolor y el placer podían transformarse

unos en otros, merced a matices indiscernibles, como los del cuello de la paloma”, nos sentimos ahora situados ante el deber de elegir lo bueno con osadía y de rechazar lo malo con decisión, de servir al bien con todas las fuerzas de nuestro convencimiento y de oponernos al mal incansable, perennemente.

Nuestra dignidad —y tal vez no sólo la nuestra— dependerá del acierto con que escojamos entre el camino de la llanura que lleva, entre muelles ondulaciones, a la comodidad y al desistimiento, y el camino de la montaña que va, entre riscos, hacia el heroísmo de la belleza y de la verdad.

La obligación más alta de los artistas y de los escritores de nuestro tiempo es la de devolver a los hombres una esperanza. Pero no la esperanza blanda y afeminada de que la paz equivale a una póliza contra todos los riesgos de la existencia, sino la varonil esperanza de que vivir es aceptar los peligros, sobrellevarlos y saber dominarlos con valentía, en función y por obra de un ideal.

Quiera México que todos sus escritores —los presentes y los ausentes— merezcamos asumir esa obligación. Tal es, señores, el voto que elevo, fervientemente, al unirme a vuestra Asamblea.

EL INSTITUTO FRANCES DE LA AMERICA LATINA

HAY EN LA historia poderosas naciones que se distinguen por su tesón en el tiempo de la cosecha. Otras, en cambio, suelen poner lo más puro de su entusiasmo en la dádiva de la siembra. Pueblos incomparables, la fama acuña —sobre el oro nítido del recuerdo— el perfil de su símbolo prestigioso: la silueta del sembrador.

En la vocación de esos pueblos —que, como el griego de la edad clásica y el español de los siglos renacentistas, viven perennemente de lo que dieron— se ilustra Francia; la dulce Francia de Alda la Bella y Clemencia Isaura, la Francia caballeresca de Juana de Arco, la pensativa Francia metódica de Descartes, la inmortal Francia de la Revolución del 89, la Francia mártir de los cuatro años recientes de ocupación.

Sembradora de ideas y de doctrinas, de instituciones y de esperanzas, Francia lo ha sido desde los tiempos de la Edad Media, cuando iban a estudiar a sus universidades los inquietos discípulos de diversas tierras, hasta esos otros —también oscuros, por engañosos— que precedieron a la guerra mundial en que nos hallamos. Tiempos terribles, durante cuyo transcurso, escindida del tronco vital de las responsabilidades cívicas apremiantes, la flor soberbia de una cultura, que soñó persistir por sí misma gallardamente, se vió amenazada por la mano sangrienta del agresor.

Sólo el que da se agranda y, por gracia del espíritu, se enriquece. De ahí que Francia —que ha dado al mundo tantas auroras de voluntad y de pensamiento y tantas experiencias de trabajo, de arte y de bienestar— surja, como la planta, de la muerte de la semilla en la que se entrega y, digna de las victorias en la victoria, encuentre hasta en las crisis más dolorosas una fuerza nueva para empezar otra vez y para vivir.

Y es que existen países a los que no impone lastre la madurez; ejecutorias que representan augurio de éxito y culturas que, aunque se ofrezcan a menudo al espectador en calidad de plácido testimonio, contienen tantas reminiscencias como promesas y, más que orgullo de lo

Acto inaugural del Instituto Francés de la América Latina.—México, D. F., 16 de abril de 1945.

pretérito, son explicación de la actualidad y faro de luz lanzada sobre el futuro.

A tal categoría pertenece la profunda cultura de Francia. Cuando la califico así, de profunda, pienso en el escritor que, al regresar de un paseo por las ciudades francesas del Mediodía, exclamaba elocuentemente: “¡Venturoso país, que puede encontrar, para todo, una tradición profunda dentro de sí!” Porque la tradición de Francia es tenerlas todas. Es decir: ha trabajado, sufrido, gozado y creado en todas las direcciones y “ha dado a su alma todas las formas posibles”.

Este vibrar en todas las direcciones y a todos los vientos del espíritu ha hecho de Francia una insospechable tribuna de independencia. Si en algún lugar resultaría inconcebible el totalitarismo, es por ello en Francia; ya que cualquier acción política en semejante sentido no implicaría sólo la deformación escolar que supone en las sociedades nazifascistas, sino la transgresión de un enorme pasado autónomo, en el que conviven los más opuestos criterios y las disponibilidades más encontradas: Rabelais y Pascal, Montaigne y Rousseau, Ingres y Delacroix, Berlioz y Debussy, Pilon y Rodin, Voltaire y Balzac, Hugo y Mallarmé.

Con razón, antes de que sonara la hora del retorno, los intelectuales franceses refugiados en Argel afirmaron en célebre manifiesto: “Una Francia totalitaria no sería Francia. Francia es una, ciertamente; pero su unidad se parece a la de los organismos vivos. Antes que imponer la unión a las diversas voces que constituyen el coro —que es la voz de Francia— y antes que reducir al mismo denominador los temperamentos originales, el genio francés los asocia y, ordenándolos para un fin superior, compone una armonía enriquecida con los contrastes que alienan en toda libertad.”

Ahora bien, ¿qué mejor lección de confianza en la libertad —en la libertad de la inteligencia— que este acto, en el que tenemos la honra de inaugurar un Instituto ideado en los minutos más álgidos de la lucha, cuando aún el gobierno liberador no se había instalado siquiera en la metrópoli de su patria?... Quienes lo concibieron en esos días sentían perfectamente que un país no muere mientras subsisten las raíces inmateriales de su cultura.

El cuerpo de Francia, su territorio, podía encontrarse vejado por la violencia del enemigo ya secular. Mas el alma de Francia se erguía libre. Y, en tanto que el alma de Francia se irguiese así, lúcida, tensa,

intacta, no había en verdad razón para hablar de derrota entre los franceses, pues las batallas las ganan la fuerza y la habilidad, pero las batallas son episodios rápidos de la guerra y el triunfo definitivo no se conquista tan sólo con la fortuna de los ejércitos; se conquista, igualmente, con la tenacidad en el patriotismo y con la fe en los valores morales que son la base, recóndita e inmutable, de la nación.

Al establecer en esta capital el Instituto Francés de la América Latina, la administración del Señor General De Gaulle demuestra, entre otras cosas, una percepción penetrante del fervor con que profesamos el culto de la amistad franco-mexicana. El viaje de los distinguidos intelectuales franceses que hoy nos visitan nos depara, asimismo, una espléndida prueba de esa amistad. En nombre del señor Presidente Avila Camacho me complazco en darles la bienvenida y expreso al señor Ministro Garreau-Dombasle y a los diversos animadores del Instituto mis felicitaciones por el acierto de su labor y mis votos por la intensificación de las relaciones espirituales que ligan a nuestros pueblos.

Creo que fué un profesor alemán quien, después del armisticio de 1918, manifestó su sorpresa al leer —al pie de un monumento levantado, en alguna de las pequeñas aldeas francesas, al soldado desconocido— una inscripción que decía: “Muerto por la Civilización.” Su mente no comprendía por qué razón, en el sitio indicado aparentemente, por fidelidad a los ritos nacionalistas, para escribir el nombre de Francia, el cincel del artista humilde optó por ese otro vocablo —civilización— que a sus germánicos compatriotas ha resultado siempre vago y brumoso.

Pero nosotros advertimos muy hondamente el sentido de aquella frase. Para Francia, Patria y Civilización son nociones complementarias. Y, como México aspira también a una convivencia internacional en que el principio de cada soberanía se integre dentro del respeto de los derechos humanos que deben formar la esencia del mundo civilizado, mi mejor augurio en estos instantes es el siguiente: que esta casa de estudios, en la que mexicanos y franceses van a colaborar, se haga digna, en todo momento, del ideal superior de esa convivencia.

LA HISTORIA, PERPETUA AFIRMACION

Todo Congreso de historiadores señala a quienes concurren a inaugurarle el deber de hacerlo con absoluta sinceridad.

Están, en efecto, tan enlazadas las disciplinas de vuestro estudio con lo esencial de nuestra conducta como hombres libres que no habría esfuerzo, mérito o vicio —en nuestras palabras y aun en nuestro silencio— que no acabara por impregnar la materia viva en que tenéis el orgullo de trabajar.

Sois, señores, en mucho, nuestra conciencia. Conciencia activa, a la que es natural que pidamos esas virtudes sin cuyo amparo resultarían prejuicios vuestros dictámenes y aventurado vuestro rigor: la universalidad en el planteamiento de los problemas, el fervor en el patriotismo y la rectitud en el uso de la verdad.

Ninguna parte del mundo se entiende aislada. Cierta distinguido profesor español me indicaba, un día, que su estancia en México le había deparado ocasión propicia para corregir y perfeccionar el conocimiento de su país, porque España vivió en América —y particularmente en las tierras de nuestra Patria— tres de los siglos más importantes de su existencia.

Lo mismo podría decirse de otros países. Para afirmarlo, no sería preciso acudir siquiera a relaciones tan íntimas y fecundas como la que acabo de mencionar. El mundo es uno. Y, así como Goethe colocaba el oído sobre el trémulo pecho de Europa, para percibir las palpitaciones de la Revolución del 89, esperando entender lo que reclamaba, con sus sístoles y sus diástoles gigantescas, el corazón de esa libertad que latía en París, así nosotros, todos nosotros, sin compararnos con el poeta nacido en Francfort, hemos vivido múltiples horas en estos años lejos de las ciudades y de las calles en que pasaban nuestras personas, con la imaginación atenta al estrépito de los aviones germánicos en el cielo de Londres, al disparo de los cañones de Stalingrado o al avance de las tropas aliadas sobre las costas de Normandía.

¿Por qué?... Porque en esos lugares, remotos, se estaba forjando

Apertura de la VII Reunión del Congreso Mexicano de Historia.—Guanajuato, 16 de septiembre de 1945.

nuestro destino. El destino de una civilización que no admite divisiones artificiales y en el cual nos hallamos constantemente comprometidos, pues dependemos todos los hombres unos de otros y la injuria que, a millares de kilómetros de distancia, cometen las tiranías sobre un conjunto de seres como nosotros, que aprecian la paz y la independencia como nosotros, es una injuria que nos vulnera directamente y una herida que nuestros órganos no delatan, pero de cuyos labios, tarde o temprano, acabaría por escapar algo más encendido y valioso que la sangre de nuestras venas: la savia de nuestra fe.

UNIVERSALIDAD DE CRITERIO

En uno de sus libros fundamentales, escribía Burckhardt: "El mejor estudio de la historia patria será aquel que considere la patria en parangón y en conexión con la historia universal, iluminada por los mismos astros que han irradiado sobre otros tiempos y amenazada por los mismos abismos y el mismo riesgo de caer en la misma noche."

Mientras quiera esquematizarse la historia sin relacionar cada acontecimiento de un pueblo con los sucesos trascendentales de los demás, nos sentiremos tan incapaces de comprenderla como de gustar una sinfonía quien pretendiese escuchar exclusivamente, desde el principio hasta el término de la obra, el individual recitado de un instrumento.

Constituye un lugar común aludir al "concierto de las naciones". Sin embargo, bajo el gastado relieve se advierte aún, en el metal de la fórmula ya oxidada, la incisiva verdad que la troqueló. En cualquier instante, está coadyuvando cualquier país a la realización de la tierra entera. Somos puntos y sólo puntos de un inconcluso tejido inmenso que, a través del tiempo y del espacio, va describiendo la permanente expansión de lo general. De ahí que todo auténtico historiador, por mucho que limitativamente perfore el campo de una época y de una localidad, baja a la postre a una zona oscura en la cual el más tímido golpe de su piqueta da en esa capa universal y magnética de la historia, donde el polvo no pertenece a ninguna patria, a ninguna raza, porque en ella todas las patrias y todas las razas se mezclan, se reconocen y se confunden.

LA HISTORIA, PERPETUA AFIRMACIÓN

Sin aspirar a esa solidaridad de carácter póstumo, recoge el historiador su laurel más noble cuando percibe —y logra que sus lectores o sus alumnos perciban, junto con él— esa otra solidaridad, la que más importa: la solidaridad para el éxito de la vida.

Hay colectividades que, o por muy viejas, o porque abrigan la certidumbre de que sus antepasados fueron dichosos, prematuramente dichosos, fuertes y grandes, sitúan la edad de oro en el paraíso de lo perdido. Se sobreviven. Y, dominadas, consciente o inconscientemente, por la idea del apremiante retorno, obran cual ríos que, a cada paso, a cada esguince del cauce y a cada obstáculo del terreno, anhelaran volver a su manantial. En ellas, los movimientos sociales de más cómoda propaganda son los que invocan un imperio abolido, una gloria extinta; es decir: aquellos que, a menudo sin declararlo, buscan una restauración.

Hay, en cambio, colectividades de otro linaje, como la nuestra, que si miran a lo pasado no pueden lógicamente encontrar ahí un remanso en el cual inmovilizarse. Para éstas, el único paraíso posible está en el futuro. Su ayer implica una propulsión incesante hacia las orillas de una promesa que, por comparación con todo lo que aceptaron, tienen derecho a representarse más luminosa y, también, mejor.

Los historiadores que no explicasen por qué las colectividades de semejante naturaleza suelen ser revolucionarias, no habrían captado ni la calidad de su impulso ni los motivos de su confianza en la intrepidez como medio de descifrar sus enigmas propios y recurso para llegar, más de prisa acaso, a su latente y próxima realidad.

Basta seguir la epopeya de nuestro pueblo para persuadirnos de que, incluso cuando se expresa entre continuas zozobras y sobresaltos, la historia es siempre una insistente, terca y magnífica afirmación. Ahora bien ¿cómo podría desempeñar la función que le corresponde el historiador que no respetase el significado patético de ese *sí* que, de boca en boca y de generación en generación, le transmiten sus precursores? ¿Y qué atención reservar a los críticos que intentasen, con su escepticismo o con su ironía, acallar ese *sí* tremendo, pronunciado a veces por quien tenía los pies sangrantes sobre la hoguera del sacrificio, el cuello enjuto bajo la cuerda de la tortura y el pecho desnudo y franco frente a los rifles del invasor?

Para interpretar la amplitud de esa afirmación, no creemos ya suficiente aquel don precioso, de universalidad en el juicio de los fenómenos, que al principio de estas palabras me atreví a proponer a los investigadores de nuestra historia.

Para interpretar la amplitud de esa afirmación, sería ineficaz un talento frío, habituado a la disección de apariencias muertas. Lo que exige reiteración tan apasionada es pasión creadora en quien la comprueba, sensibilidad cordial en quien la traduce y amor, verdadero amor para el pueblo que la sustenta.

PATRIOTISMO Y CULTO A LA LIBERTAD

O, si queréis que lo diga con términos diferentes: puede ser que haya manifestaciones abstractas del pensamiento, ecuaciones matemáticas, fórmulas químicas, en las que no adivinen los aprendices esa solución interior de continuidad que los joyeros llaman *jardín* en el esplendor de las esmeraldas y que traiciona, en algunas obras científicas, la inferioridad moral de aquellos que las producen. Mas, en la historia, los defectos morales nunca se disimulan. No existen generaciones a las que salve una historia escrita por intelectuales carentes de un positivo culto a la libertad. Y es que el culto a la libertad, en lo que concierne al historiador, no representa una cualidad adjetiva o un valimiento suplementario, sino una condición intrínseca, indispensable.

He ahí lo que levanta ante vuestro paso tantas y tan sutiles dificultades. En vuestras labores, una verdad exenta de patriotismo envenena el ánimo. Y un patriotismo exento de verdad se destruye a sí propio, defrauda a la inteligencia y acaba por corromperla, pues según dijo el autor del *Espíritu de las Leyes*, “todos estamos obligados a morir por la Patria; nadie a mentir por ella”.

No queremos que parezcan los hechos, en vuestras manos, sustancia tan dócil y tan flexible que os sirva para demostrar cualquier tesis preconcebida. Pero no podemos querer tampoco que, en la exposición de los hechos indubitables, falte la base de una profunda y sincera emoción humana.

Entender al pueblo, sentir al pueblo y sentirlo a la vez en la espontaneidad de las masas y en la calidad específica de los héroes, ésa es la misión constructiva de todo historiador concienzudo y probo. Y ésa es, señores, vuestra misión.

MÉXICO, PROTAGONISTA

La historia de México se desenvuelve ante vuestros ojos. Y ¿qué ha sido esa historia nuestra sino dolor, controversias, pugnas tenaces por definirnos mejor a nosotros mismos?

Tan en el fondo yacía la veta que un siglo no fué bastante para encontrarla, en su pureza límpida y generosa. La Independencia y, después, la Reforma y, después, la Revolución deben examinarse, por consiguiente, como etapas de un mismo viaje para descubrir a nuestro país.

Con sus cualidades y sus defectos, sus asperezas y sus ternuras, sus triunfos y sus derrotas, México está ya aquí. El es el protagonista supremo del drama de nuestras vidas particulares. En lo que dice —y en lo que calla— vibra una voluntad de justicia que coincide singularmente con la voluntad de justicia que exalta al mundo.

EN LA PAZ Y EN LA GUERRA

Sabemos, mejor que nunca, que el cimiento más resistente de cualquier paz no estará en el equilibrio de las fuerzas transitorias, sino en la armonía emancipadora de las conciencias.

Medid, por tanto, vuestra aptitud para lograr, en el terreno que os incumbe, esa armonía emancipadora. Y, al caminar entre los cadáveres y las ruinas que dejan las divergencias de lo que ha sido, me permitiréis que os exhorté a reflexionar sobre la lección que encierran estas líneas del *Libro de los Jueces*: “He aquí —declara el antiguo texto—, he aquí, en el cuerpo del león muerto, un enjambre de abejas y un panal de miel.” Así nosotros vemos, ahora, cómo los enjambres de la paz tienen que organizarse entre los escombros trágicos de la guerra.

Enseñanza admirable, que nos induce a no desconfiar de la vida ni aun en las crisis más tormentosas de la cultura; porque, hasta en el casco vacío de los obuses, habrá algún ave que forme nido en la prodigalidad de las próximas primaveras. Y esa enseñanza —que no prohíbe, naturalmente, el sagrado hervor de una cólera bienhechora para con aquellos que supusieron que los obuses eran razones y que la luz de una espada podía cegar la lucidez persuasiva de un argumento—; esa enseñanza, que pone siempre, sobre los errores de la nación, la fe en la nación y, sobre

los errores de los Estados, la fe en la humanidad; ésa es la enseñanza histórica que conforta; la que nos invitará a regresar, sin odio, a la tarea de merecer y agrandar la Patria y de ayudar a los otros pueblos a hacer del mundo una morada legítima para el alma, donde el perdón no se torne ficticio apaciguamiento ni la concordia resulte débil renunciación.

EL PREMIO NACIONAL DE ARTES PLASTICAS

EN EL PRÓLOGO a la segunda edición de su *Crítica de la Razón Pura* escribió Kant estas austeras palabras: "Por oposición a las exigencias de nuestras inclinaciones, sólo la representación de nuestros deberes nos proporciona conciencia de nuestra libertad."

Inscribo ese pensamiento sobre el pórtico de esta Exposición. Y lo inscribo con optimismo porque, al convocar a nuestros artistas, arquitectos, escultores, pintores, dibujantes y grabadores, la Secretaría de Educación Pública no tuvo en cuenta exclusivamente la necesidad de facilitar los estudios de revisión y de selección del Jurado que otorgará, en 1946, el Premio Nacional establecido por Ley del 30 de diciembre de 1944, publicada el 9 de abril de 1945.

FUNCIÓN PRIMORDIAL DEL ARTE

Tanto como aquella necesidad, indujo al Gobierno a patrocinar esta Exposición el deseo de recordar a los ciudadanos la función primordial y viril del arte.

En efecto, siendo el arte ante todo expresión del sér, en lo que posee de más genuino e intransferible, constituye a la vez una forma espléndida de confianza en la solidaridad del linaje humano. Hasta en sus realizaciones aparentemente más individuales y más gratuitas, nos brinda siempre un testimonio de la alianza entrañable en que se celebran las conquistas pacíficas del progreso y es una fuerza de cohesión y concordia, que mejora y eleva a la sociedad.

Atenta, de preferencia, a las crisis bélicas y políticas, la curiosidad histórica suele fijarse principalmente en aquellos sucesos que señalan etapas, materiales e incuestionables, de la marcha del hombre en pos de la libertad; expediciones militares o comerciales; revueltas cívicas o económicas; democracias que surgen, bajo arcos de espadas y de discursos; coronas que se enmohecen en los bazares de los tiranos; dictadores que caen a los pies de la estatua de sus rivales, sin saber que en los pliegues

Apertura de la Exposición Nacional de Artes Plásticas.—México, D. F., 22 de julio de 1946.

de la túnica que los cubre llevan el pergamino en cuyos renglones se adivina el estilo del delator. . .

DOS HEROÍSMOS: EL DE LA ACCIÓN Y EL DE LA VERDAD

¿Qué son, no obstante, tantas crisis bélicas y políticas? ¿Qué presencia aislada habremos de atribuir al puñal de Harmodio, a la jactancia irónica de Alcibíades, al ostracismo de Coriolano, a la muerte de César, al patíbulo de Carlos I y a la guillotina de los Convencionistas? ¿Y cómo no percibir el impulso que enlaza todos esos torrentes de lágrimas y de sangre con el curso vivificador y cordial de la libertad; de la libertad por la ciencia y por la virtud; de la libertad por la indagación y por la belleza?

Imaginemos, sin el sacrificio de Sócrates, a la generación posterior a Pericles. Y las astucias del príncipe maquiavélico, en la luz del Renacimiento, sin la sonrisa, misteriosa y aguda, de Leonardo. ¿Qué sería, sin el de Shakespeare, el reinado dramático de Isabel? ¿Y qué el crepúsculo hispánico del imperio sin el perdón del *Quijote* —y el de Cervantes? ¿Qué, en fin, podrían las fuerzas sin las ideas, la energía de la experiencia sin la energía de la verdad y el heroísmo arriesgado y súbito de la acción sin el heroísmo, arriesgado y paciente, del pensamiento?

PRIMACÍA DEL ESPÍRITU. SUS DEBERES

Sin embargo, no apresuremos las deducciones. Esta primacía del espíritu —que está en la base de toda fe en la obra emancipadora de la cultura— nos llevaría a abstracciones también erróneas si, al proclamarla, olvidáramos la relación que existe invariablemente, en el propio espíritu, entre el concepto de sus derechos y el concepto de sus deberes; el compromiso que tiene el héroe, en la acción o en el pensamiento, de responder a las condiciones con que lo ciñen las circunstancias y los vínculos que ligán a toda gran personalidad con las inquietudes de las masas ante las cuales —queriéndolo o no queriéndolo— ejerce el papel de intérprete.

Es aquí, en este punto de nuestro examen, donde cobran toda su nitidez las palabras de Kant, que cité al principio.

No hay en la naturaleza cuerpo sin forma; ni, en el espectáculo de nuestros derechos, facultad sin obligación moral, pues lo que circuns-

cribe una facultad es lo que, a la postre, dándole forma, le da existencia. Así, hasta en la esfera del supremo desinterés; es decir, en el arte mismo, el hombre alcanza su máxima independencia por su máxima intensidad de adhesión a una disciplina.

Se aplaude a veces al que destruye una obligación, sin pensar que invalida indirectamente aquella parte prístina del derecho que, sin cansancio ya en esa obligación, pierde contacto eficaz con las realidades. En semejante sentido, la creación estética constituye una cátedra de civismo para los hombres. Libera, sí. Y libera gozosamente. Pero libera acatando sus propias leyes. Y, cuando ocurre que, por pretéritas, o por torpes, rompe esas leyes, las sustituye en seguida con otras normas, a menudo más rigurosas y más estrictas.

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

En pocas actividades se advierte, como en el arte, el problema vital de la libertad. Porque la libertad del artista auténtico —como la del auténtico ciudadano— estriba continuamente en la conciencia interior de un orden; no en la sujeción exterior a una autoridad. Se funda en la concepción coherente de un mundo unido, en el que todas las responsabilidades son solidarias. Y nunca acierta, ni en el minuto de la excepción que aventura el genio, si no es haciendo de ese minuto una confirmación de la regla humana, pues en vez de juzgar sus obligaciones como un obstáculo, las considera como el cimiento de sus derechos y el trampolín que acrecienta su ímpetu de expansión.

El que aprecie en su plenitud este equilibrio trascendental que demuestra el arte, arco iris de paz tendido entre las congojas del individuo y las tribulaciones de la humanidad, apreciará igualmente, sin duda, el interés con que vemos la comunicación generosa que es fácil reconocer entre la aptitud de nuestros artistas y las esencias de nuestro pueblo. Uno y otros van por la misma ruta. Uno y otros buscan la victoria del mismo anhelo. Uno y otros quieren ser lo que oscuramente sienten que son en lo íntimo de sí mismos. Ser lo que México logrará cuando emerja, completamente, no de las relaciones que son fecundas —ya que toda civilización manifiesta un sistema sutil de interdependencias—, sino del sometimiento a la imitación. Y ser perdurablemente, por la expresión de lo perdurable que hay en nosotros; ser cada vez con mayor hondura;

con mayor personalidad en lo mexicano y con mayor mexicanidad en lo universal.

La amplitud dada, por disposición de la Ley, a esta Exposición —que abarca tanto la arquitectura y la escultura como la pintura, el dibujo y el grabado— incitó al Gobierno del Señor Presidente Avila Camacho a agregar al Premio Nacional, de veinte mil pesos, cuatro recompensas, de cinco mil, las cuales serán otorgadas de acuerdo con el fallo que emita la Comisión Administradora constituida para el año de 1946. Figuran en dicha Comisión los señores don Justino Fernández y don Manuel Toussaint, como representantes de la Universidad Nacional Autónoma de México; los señores don Federico E. Mariscal y don Salvador Toscano, como representantes de la Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”, y los señores don Alfonso Caso y don Diego Rivera, como representantes del Colegio Nacional. A todos expreso aquí el reconocimiento de la Secretaría de Educación Pública por la colaboración que se han servido prestarle en la organización del certamen que hoy iniciamos. Y manifiesto, además, mi íntima gratitud para todos los artistas que, dentro o fuera del concurso, decidieron acoger la invitación que les dirigimos a fin de hacer de esta Exposición, en virtud de la calidad de sus producciones, una muestra que fuese digna de la riqueza artística del país.

DESCUBRIMIENTO DE MÉXICO

Revelación de México es, en el fondo, lo más valioso que ofrecen a nuestro aplauso las artes plásticas mexicanas. Exploración y revelación. O, lo que es lo mismo, invención de México, si damos al término invención su acepción sociológica más certera, la que arranca del tiempo todo lo nuevo y sitúa lo que descubre en la substancia íntegra de lo eterno.

Exploración y revelación que ligan, como la serpiente emplumada de Quetzalcóatl, a las conclusiones del pasado las del presente y las perspectivas ávidas del futuro. Magistral determinación con que los mejores se han encontrado a sí propios buscando a México y han aprovechado, sin pedantismo, sobre el muro, en la tela o en el cartón, muchas de las lecciones de la gran escultura precolombina. Virtud de hallazgo tan sorprendente que hasta en el rostro de un niño contemporáneo, en la curva melódica de un paisaje o en la dispersión angular de los alcatra-

ces de una florista parecen ciertos pinceles y ciertos lápices acentuar el misterio de una cultura que, por sí sola, es historia e historia ardiente: la del pueblo que, en el otoño del altiplano y entre las lanzas de oro de sus maizales se detiene a mirar la extensión del campo, el casco de nieve eterna que corona las sienas de sus volcanes y, posadas al fin sobre la llanura de sus valles serenos, claros y tersos, como escudos caídos —¿tras de qué hazañas?— las rodelas de jade de sus lagunas.

Entre ese pueblo, que es nuestro pueblo, y la ansiedad de expresión de nuestros artistas se tiende un puente, que es nuestra vida. Siguiendo el impulso público y precediéndolo, muchas veces, con el poder de esa síntesis creadora que da a las afirmaciones más esforzadas de la belleza el valor de una previsión y la solemnidad de una profecía, el arte ha ido eliminando del tránsito de aquel puente no pocos de los estorbos de una experiencia trágica y ya ruinosa.

¿Cómo no comprender, entonces, lo que pretende esta Exposición? Ella y las recompensas que a su término se confieran aspiran a presentar a nuestros artistas un testimonio nuevo de nuestro aprecio. Estímulo bien humilde para aquellos que nos conceden un estímulo tan soberbio: el de enseñarnos a confiar en nuestra existencia educándonos, libremente, para sentir con entereza y para ver con sinceridad.

Según repiten los tratados de geometría, fué el sabio Tales quien precisó por primera vez la altura de una pirámide, calculándola por su sombra. Toda nacionalidad y toda cultura pueden medirse asimismo por la extensión de la zona —de influencia viva— que proyectan sobre nosotros. Sólo que, para no equivocarnos, es menester compararlas con otra sombra: aquella —afirmaba Plinio— que alarga al hombre, precisamente, a la hora solar en que son iguales la longitud de su sombra y la de su cuerpo.

Que esta unidad de medida humana sea, en nuestro caso, más que el halago o el amor propio, el respeto de la verdad. México y el arte de México lo merecen. Porque ni México ni su arte tratarán de consolidarse sobre lo falso. Y únicamente el rigor con que se conozcan y se definan les permitirá persistir entre lo adventicio y perfeccionarse y crecer en lo permanente.

MEXICO Y LA CULTURA

AL PATROCINAR la elaboración del presente libro, el Señor Presidente Avila Camacho aprobó el deseo de que, por el prestigio de las personas llamadas a redactarlo, por la amplitud de la perspectiva en que trabajasen y por la absoluta libertad de criterio garantizada a sus conclusiones, fuera un resumen de cuanto opinan —como representantes del pensamiento de la República— acerca de lo que México, en términos esenciales, ha realizado en el campo de la cultura.

Para cumplir semejante propósito, se imponían desde luego el escrúpulo de la selección y el rigor de la brevedad.

Escrúpulo de selección, en primer lugar, puesto que no se trataba de establecer una enciclopedia donde cupiesen, por su orden y en sitio propio, todas las señales y las presencias, pasajeras o estables, de la cultura.

Y, en seguida, rigor en la brevedad, ya que el público al que tiene este libro que dirigirse no es aquél, limitado, de especialistas, cuya paciencia descubre tiempo bastante, a pesar del apremio de otras funciones, para agrandar, detallar y profundizar el horizonte profesional de sus experiencias.

Mucho más complejo e indefinido, el conjunto al que dedicamos esta lectura podrá contener lo mismo a los estudiantes de alguna escuela universitaria o técnica, al exponente medio de la cultura, sin capacitación decisiva para afrontar determinadas cuestiones artísticas o científicas, al hombre de acción que se preocupe de veras por conocer el concurso que ofrece su Patria al mundo y hasta, a menudo, al educador, al filósofo y al político —de otra raza, de otro hemisferio, de otra nación— que, haciendo un alto en su desarrollo, se pregunte súbitamente: ¿Qué busca México? ¿Hacia dónde va? ¿Y qué me ha dado, en historia, en fuerza, en belleza o en lucidez, el saber de los mexicanos?

Dos escollos se levantaban frente a este libro. Los que se yerguen siempre que intenta formular el balance de su cultura algún pueblo jo-

Introducción al libro *México y la Cultura*, editado por la Secretaría de Educación Pública.—México, D. F., 1946.

ven. Joven y antiguo, como es el nuestro. Tradicional y, a la vez, revolucionario. Con una innegable proporción de ignorantes y desvalidos y, al propio tiempo, con promociones de refinada inquietud y real acierto en la lucha por el bien y por la verdad.

Tales escollos son la jactancia —que se deleita en los éxitos aislados y que, al juzgarlos, suele olvidar el dolor de las mayorías— y la rutina cínica y egoísta de quienes miran ese dolor negativamente, sin compartirlo, y, abrumados por la idea de cuanto falta, se guarecen bajo el amparo de un pesimismo tan confortable como infructuoso.

Situar, en México, el dominio de la cultura fuera de la evolución social del pueblo que la sustenta habría significado condenar indebidamente esa evolución. Y condenar, con igual injusticia, el alcance de esa cultura. Porque, después de todo, lo que distingue la cultura de una colonia de la cultura de un país libre es que, en el caso de la colonia, la eminencia de ciertas cimas individuales puede salvarse, más mal que bien, adherida a las estructuras de la metrópoli; mientras que el creador, en un país libre, es el depositario de una porción insustituible e irrenunciable de la dignidad histórica de su pueblo.

Como el árbol del que habla un poeta nuestro, que cuanto más atreve la audacia de su ramaje a la inmensidad magnífica de la luz más debe hundir su raíz en la noche pródiga de la tierra, la cultura tiene que compensar en profundidad lo que ansía y proclama en elevación. Si no lo hace, cae de improviso, rechazada por el suelo que no interpreta, que no la nutre y que, al sentirse no comprendido ni revelado espontáneamente, repudia su ornato superficial y la flora postiza que lo recubre.

Función y ornato. He ahí, en el fondo, los términos que traducen, en sus extremos, nuestro entusiasmo y nuestra reserva ante muchos problemas de la cultura.

En las épocas vigorosas, de positiva salud social, la cultura se presenta siempre a los hombres como función: manifestación orgánica y generosa que lleva en su cumplimiento su propio adorno y que sólo precisa, para ser bella, resolver sus dificultades sinceramente, con originalidad, con franqueza, con plenitud.

En las épocas de desquiciamiento moral, la cultura pierde el sentido de su función. Y, en los edificios, como en los libros, como en las

ciencias, se vuelve lujo, aparato decorativo, lepra que roe, con adjetivos declamatorios, la blanda prosa que el sustantivo y el verbo ya no sostienen; urticaria de encajes que irrita el cuerpo de los muros endebles y mal fincados; disfraz que esconde, tras de pórticos opulentos, patios en ruinas y, tras de andamios de metáforas ilusorias, el trabajo de un pensamiento que no consigue, por más que hace, disimular su vacío, su soledad. . .

De todo hemos tenido en la heredad de nuestra cultura. Eras sencillas, honestas y despejadas, limpias de oropel y de falso alarde. Y eras retóricas y prolijas en que el soneto y el cuadro al óleo —cuando no el teorema y el silogismo— parecieron querer cubrirse con ese polvo con que plateaban los peluqueros, antiguamente, las cabelleras más cortesanas del Viejo Mundo.

Así, por las páginas de este libro, como en rápida galería, desfilan siglos de incertidumbre y edades de afirmación, horas de acometida y horas de decadencia.

Junto a la sensibilidad, la ironía y la gracia de las figuras totonacas, la patética majestad de las obras maestras de la escultura de los aztecas. Junto a las primeras manifestaciones de la arquitectura española en el Virreinato, iglesias-fortalezas de líneas góticas y bóvedas con nervaduras ojivales, las portadas y arcos, de ornamentación plateresca, de las capillas renacentistas; la pausa varonil y severa del estilo herreriano y, en las floraciones póstumas del barroco, la personalidad del artífice autóctono que, en las volutas del churriguera, llega a esplendores inusitados aunque no desprovistos de frenesí. Junto a los retratos y a los murales de Santiago Rebull, los paisajes de José María Velasco, los grabados de Posada y los frescos de Rivera, de Orozco y de Alfaro Siqueiros.

Lejos de los tratados de Física y de Didáctica de Fray Alonso de la Veracruz y del humanismo que orientó a Sigüenza y Góngora en sus pesquisas, el entusiasmo reformador que alentó a Clavigero, el pensamiento positivista de Gabino Barreda, el fervor generoso, patriótico y encendido de Justo Sierra, la meditación heroica de Antonio Caso y la inquietud, la temperatura y la cromática vibración que se advierten en el iberoamericanismo de Vasconcelos.

Al lado de la obra de juristas como Rejón y Mariano Otero, las de hombres como Ignacio L. Vallarta y Emilio Rabasa, la capacidad de un

Martínez de Castro, la visión de los autores de la Ley del 6 de enero de 1915, de la de Relaciones Familiares y de las iniciativas que cristalizaron en los artículos 27 y 123 de nuestra Constitución Política vigente y, en materia de Derecho Internacional, por encima de la contribución de los tratadistas o de los diplomáticos, una larga y noble ejecutoria colectiva de probidad, de energía, de fe en la justicia y de respeto para los ideales de una convivencia libre, digna y civilizada.

Tras de los procedimientos que hicieron posible el método inventado por Bartolomé de Medina para el beneficio de los minerales de plata y oro, los trabajos de Elhuyar y los de Andrés Manuel del Río, así como las enseñanzas del ilustre Colegio de Minas y las investigaciones de Río de la Loza, de Lucio, de Alfonso Herrera.

Continuando la tradición benemérita de los fundadores de hospitales del siglo xvi, la iniciación médica del Colegio de Santiago Tlaltelolco, la creación de las primeras cátedras de medicina en la Universidad de México, los estudios del insigne Francisco Hernández, protomédico de Indias, el inolvidable esfuerzo de Casimiro Liceaga y de sus colaboradores en el Establecimiento de Ciencias Médicas y, entre muchos otros, las cualidades de un Pedro Escobedo, de un Miguel Jiménez, de un Francisco Montes de Oca, de un Hidalgo y Carpio, de un Juan María Rodríguez, de un Rafael Lavista, de un Ramón Macías y de un José Terrés, para no citar a los más distinguidos cirujanos y clínicos contemporáneos.

A siglos de distancia del culteranismo elegante y razonador de Juana de Asbaje y del aire diáfano en que Ruiz de Alarcón estudia su geometría de caracteres, en los versos de algunos maestros del Modernismo (Amado Nervo, González Martínez y, antes que en ellos, en las *Odas* del propio Gutiérrez Nájera) el tono de ética admonición que relaciona todo un aspecto de nuestra lírica con la altura en que descollaron los mejores poetas de la meseta castellana. Sobre el placer parnasiano de los sentidos, que Díaz Mirón provoca por imágenes táctiles de las cosas —tersura del alabastro, tenuidad de la pluma, rotundidad de un bronce o de un fruto en punto de madurez— el escalofrío de espanto que se desliza, nerviosamente, bajo el clásico mármol del *Idilio* de Othón, el fatalismo de Luis G. Urbina, que vivió despidiéndose de las horas y diciéndole adiós a la vida, a partir de la adolescencia, y la Patria que asoma tras del ventanal provinciano que admiraba López Velarde, el

descubrimiento íntimo de su esencia, el júbilo de sus páginas, el relámpago de sus loros, las compotas de su alacena y el olor, “a pan bendito”, de su verdad. . . Y en tantos otros maestros de la poesía y la prosa de México, entre los más antiguos y los más jóvenes, ese anhelo de transparencia y esa fórmula de alusión, que nada tienen por cierto de espeso y de tropical, pues el profesor de dicción de casi todos nuestros autores es el sol agudo del altiplano: el que no se adhiere a las superficies, pero las pule, y no modula los panoramas como los canta la luz marítima de otros climas, pero se goza en articularlos con claridad. Con claridad que compendia métodos de abstracción.

Ahora bien, ¿qué demuestra esta variedad? ¿Y qué indican, en movimiento y exactitud, tantas oscilaciones que, por simétricas, parecen durante años contar el tiempo, como el péndulo de un reloj, y en otros, por arrítmicas y fugaces, dan la impresión de medir un temblor de tierra como un sismómetro?

Heterogeneidad de temperamentos y de recursos. Riqueza de curiosidad y de fantasía. Avidez de impulsos. Pero también —hay que confesarlo— receptividad excesiva al influjo del extranjero, facultad de improvisación más que de esfuerzo lento y mayor apetencia de brillo que de secreta, silenciosa y humilde tenacidad.

Sin embargo, estas mismas observaciones no tardan en resultarnos superficiales. Porque, si pasamos del plano de la cultura que está en el libro, en el cuadro, en la estatua, en el microscopio del naturalista o en el pizarrón de ecuaciones del matemático, al plano de la cultura viva del pueblo, a la música de sus danzas y de sus cantos, a las flores ingenuas de su cerámica, a la paciente repetición de sus sueños y de sus juegos, lo que nos preocupaba por la extrema movilidad nos sorprende de pronto por la quietud, por la armonía cauta y conservadora de los elementos y las costumbres, por el apego a la tierra eterna, simbolizado en las alas hieráticas del zenzontle que decora los cántaros en que bebe y en el coro festivo con que saluda, al final de sus rebeliones y de sus ferias, el preludio inefable de un nuevo día.

¿Qué significa ese gran contraste —lección suprema, si no me engaño— de un volumen como *México y la Cultura*?

Por una parte, que las formas de la cultura las han buscado siempre las minorías. Pero, por otra parte, que solamente han podido afirmarse

y prevalecer aquellas realizaciones en que acertaron las minorías a interpretar y captar el sentido del pueblo, dando a sus éxitos de expresión las posibilidades de permanencia que caracterizan al pueblo dichosamente.

Toda nuestra marcha hacia la cultura ha sido lucha contra defectos que no excusamos. Lucha contra nuestra pasividad, contra nuestra inercia y contra cierto lánguido conformismo que tiñe incluso el coraje de nuestras masas con una trágica devoción por la muerte y por el dolor. Mas, en la lucha, sólo han triunfado los hombres, las obras y las generaciones que aceptaron el problema en su integridad; sin negar y sin preferir a ninguno de los factores de nuestra vida; partiendo, ante cada asunto, del conocimiento leal de las realidades y no de la solución que les proponía el remedio extraño, la fórmula asiática o europea, buena tal vez para el habitante de Bangkok, para el labrador de Georgia o para el obrero de la cuenca del Ruhr, pero ineficaz ante las preguntas del agricultor de Yuriria, del platero de Taxco, del alfarero de Tlaquepaque, del tejedor de Saltillo o de la encajera de Aguascalientes.

Se comprende así que nuestra cultura, en sus líneas más importantes, haya seguido hasta ahora un camino muy parecido al descrito por nuestra historia. Una y otra van ascendiendo, con interrupciones y con caídas, hacia lo auténtico. Y entiéndase que lo auténtico no lo concebimos aquí restrictivamente, como lo tradicional o como lo folklórico, sino como aquello que seremos cuando seamos lo que sólo nosotros podemos ser, sin que pongamos vanidad en lo que logremos ni sintamos envidia de la fragancia —más penetrante tal vez o tal vez más suave— que otras ramas del árbol de la cultura den a aspirar a la humanidad.

Consecuente con tal criterio, este libro no es un ensayo sobre la cultura del mexicano, sino una síntesis de los materiales mayores de esa cultura. Y, en caso de haber atinado, según lo creo, quienes lo hicieron, podrá servir como antecedente para un ensayo de aquel linaje, por diversos motivos tan apremiante y trascendental.

¿En cuáles horas de nuestra vida fué cultivo de nuestro pueblo nuestra cultura? ¿Y en cuáles otras resultó apenas inicua tala lo que debía, siguiendo el símil, ser fértil poda? ¿Cuándo se aproximaron el saber y la técnica a nuestro huerto, para cuidar la esperanza de una cosecha? ¿Y cuándo, en cambio, se aproximaron para tallar, en el tronco sin hojas, el asta a lo largo de cuyos flancos manos audaces se levantan

taron para izar pabellones de extranjería? ¿En qué puntos se anticipó al ocaso de la colonia el amanecer de la independencia? ¿Y en qué otros, bajo la piel de la independencia, continuó circulando, por las arterias de la República, la angustia de la colonia?

Todas estas preguntas deben plantearse ante cada una de las secciones de este resumen. Y no porque estemos atravesando una crisis pueril de nacionalismo; sino, al contrario, porque buscamos un equilibrio en verdad mundial, en que la interdependencia de las ideas y de las fuerzas no constituya el dominio injusto de los intereses de alguno sobre los principios de todos. Porque anhelamos una armonía internacional que no sea el *solo* de un país, de un imperio o de una cultura, frente al silencio de un auditorio desposeído. Porque sabemos que esa armonía requiere voces individuales, características, diferentes. Y que la nuestra valdrá en el coro por lo que afirme como bien suyo: el tono de su verdad y el registro prístino de su ser. En suma, porque sentimos que en la paz de mañana, rápida o larga, cada pueblo tendrá que dar a todos los otros el máximo de sí mismo y sólo estará en aptitud de ofrecer su contribución conociéndola con certeza y depurando, cada día más, el concepto genuino de lo que es.

En un capítulo de los *Upanishads*, cierto joven inquiriere de su maestro: “Cuando en la muerte —le dice— la voz del hombre regresa al fuego, su aliento al aire, su vista al sol, su cuerpo al polvo y su sangre al agua, ¿dónde, entonces, se encuentra el hombre?”

El capítulo no nos explica lo que el maestro contestó al joven. Pero sí menciona que ambos se retiraron, durante horas, a hablar de la acción del hombre y concluyeron que lo bueno sólo llega a ser bueno por medio de la acción.

He citado esas viejas palabras porque, a mi juicio, se relacionan curiosamente con el propósito de esta obra. En efecto, lo que define a los pueblos —y a las personas— es la calidad de su acción, el conjunto de hechos que representa el valor permanente de su conducta.

En nuestro caso, ese conjunto tiene ya forma y, en numerosos terrenos, sentido propio.

Al resumirlo, no lo ofrecemos como un legado, sino como un augurio y un compromiso: el compromiso de ver incesantemente, en nues-

tro esfuerzo hacia la cultura, un esfuerzo de redención colectiva, perenne y arduo.

México ha vivido buscando en todo —y en todo instante— su libertad. ¿Cómo sorprendernos, por consiguiente, de que lo mejor de su aportación al progreso se halle orientado por ese ímpetu que, en cualquier adelanto humano, reconoce una promesa moral de emancipación?

Los hallazgos de nuestros artistas, las disertaciones de nuestros filósofos, la indagación de nuestros sabios y la inquietud de nuestros legisladores —cuanto se cifra en la síntesis de estas páginas— será medido, a la postre, por lo que haya servido o por lo que sirva para salvar el destino del hombre en México, para darle conciencia de sus deberes, para afianzarle en el uso de sus derechos y para enseñarle a colaborar con todos los hombres en la paz de una inteligencia regida por la justicia y de una confianza fundamentada sobre el goce de la belleza, el conocimiento de la verdad y el ejercicio de la virtud.

Esperamos que el contenido de este volumen no sea indigno de esa medida, la más austera. Y que su lectura estimule a los mexicanos a continuar entendiendo a México, amando, descubriendo y haciendo a México, en la concordancia de dos responsabilidades indeclinables: la revelación de lo nuestro y la solidaridad con lo universal.

II

PROCERES Y MAESTROS

MADRE MEXICANA

VENIMOS aquí, grandes y pequeños, párvulos y adultos, funcionarios, escritores, artistas y periodistas, discípulos y maestros, a colocar la primera piedra de un monumento que repetirá el que cada uno de nosotros ha levantado en el interior de su corazón para ti, madre mexicana, testimonio humano, familiar y patético de la patria.

Y cuando digo que venimos aquí grandes y pequeños, discípulos y maestros, hablo un idioma que no es el tuyo, porque frente a ti —por larga que sea la ruta que nos separe de la escuela y de la niñez—, todos seguimos siendo discípulos, aprendices de tu indulgencia, alumnos de tu esperanza, pequeños eternamente ante tus lecciones de piedad, de firmeza y de abnegación.

Patria eres, madre, para nosotros, dondequiera que estés. Viva, en el hogar, distribuyendo los goces y las labores, atenuando las penas, venciendo las inquietudes y ofreciendo a todos un afecto tan insondable que, al repartirse, no se divide: se multiplica.

Patria, asimismo, si yaces bajo la tierra, porque es Patria el suelo glorioso en el que descansas. Y Patria, Patria profunda es también la conciencia en que te guardamos todos aquellos que, al regresar de esta fiesta, ya no podremos comparar con el símbolo que exaltamos una presencia consoladora, fecunda, activa, sino el recuerdo de una presencia, el tránsito de una sombra, el eco íntimo de una voz, la imborrable memoria de una caricia y, en el secreto de nuestras almas, la validez de un ejemplo diáfano y sin rival.

Viva o muerta, igualmente, eres consejo, principio, norma. Dentro de nuestros actos, como la semilla en la fruta, como el esqueleto en el cuerpo, bajo la apariencia de lo que llamamos nuestro entusiasmo, nuestra voluntad, nuestro esfuerzo, tú permaneces. Guía constante, cada vez que avanzamos te continuamos. Cuanto más penetramos en nuestra esencia, más completa y más claramente te descubrimos, pues, por mucho que el hombre ascienda no habrá triunfado si no es su triunfo digno de que una madre halle en él un motivo auténtico de con-

Colocación de la primera piedra del Monumento a la Madre.—México, D. F., 10 de mayo de 1944.

fianza para el bien de la vida que da a otro sér. Y, al contrario, cuando en medio de los errores y de las luchas en que olvidamos tus enseñanzas, solemos volver los ojos a tu tristeza o el pensamiento a la imagen de tu verdad, comprendemos que aquellas luchas y esos errores son armas con que te herimos, ya que tú no puedes, madre, querer que sean tus herederos hermanos violentos e inconciliables. Y en esas horas, el remordimiento se hace promesa: la de merecer tu excelencia por la virtud.

Aquí, en este sitio, tu estatua se erigirá. Metales y piedras de México se combinarán para dar a México una visible prueba de la veneración que sentimos para todas las madres de la República. ¡Que nada turbe tu encarnación dentro de la forma con que el cincel mexicano te represente! Y que desde ese pedazo de cielo que ocupará tu figura imperecedera, no veas nunca mancharse a tus hijos con la sangre ferviente de sus iguales.

¡Porque tú, madre mexicana, sabes mejor que nadie, mejor que nosotros mismos, que no hay lugar para los rencores en la existencia de un pueblo justo y que la grandeza y la dicha de la nación están reclamando lo que tú pides, menos tal vez con tus brazos que con tus lágrimas: nuestra libre, sincera, definitiva, generosa y honrada fraternidad!

MORELOS, MAESTRO DE LA ACCION

LA VIDA de Morelos debe considerarse como uno de los momentos más puros de la conciencia histórica mexicana.

Fulgurante en la acción, seguro en las convicciones, apasionado y firme en los ideales, estoico en el sacrificio, el héroe nace en la oscuridad, crece en la pobreza, surge a la gloria entre los estruendos de un mundo que cae en ruinas —el de las colonias mantenidas por España durante siglos sobre las tierras americanas— y, tras de recoger de las manos de Hidalgo la lámpara trémula de la libertad, atraviesa como un meteoro el cielo de nuestra Independencia, juega sobre el accidentado tablero de la Tierra Caliente una partida trágica de ajedrez en que son los realistas sus contrincantes y, a lo largo de las casillas de luz y sombra de aquel tablero —días y noches de angustia, de astucia, de sobresalto, de éxito y de infortunio—, mueve las piezas de sus tropas improvisadas con una audacia estratégica en que se alían la intrepidez del genio y la constructiva confianza del fundador.

Grande en los triunfos y en las desgracias, lo encontramos siempre dispuesto a servir una causa que no había de ceñir a sus sienes los lauros definitivos de la victoria, pero a la que su mente iba a dar la positiva amplitud nacional que no habían imaginado sus precursores y a la que su fusilamiento, en esta misma tierra, ennoblecida por el martirio, añadiría, el 22 de diciembre de 1815, la sangre de un corazón que nunca latió con indiferencia frente al dolor de sus compatriotas.

Lo vemos, en el paso de los abruptos desfiladeros, frente al espectáculo marítimo de Acapulco o bajo la estrellada frescura de las noches de Tehuacán, rodeado por un ejército cuyos hombres llevan en alto armas que sirvieron más tiempo a la Independencia que los brazos morenos que en constantes batallas las sustentaron. El fondo de su retrato esencial es ése precisamente: el paisaje denso y bravío de nuestro Sur; cielos cambiantes, en que a las lluvias más torrenciales suceden con brevísimos intervalos los resplandores más promisorios y más serenos; cafetales agrestes, apretándose en puñados de verdor junto a la

Conmemoración del aniversario del fusilamiento de José María Morelos y Pavón. San Cristóbal Ecatepec, Méx., 22 de diciembre de 1944.

sombra morada de las colinas, donde las alas de los zopilotes resbalan plácidamente, lisas, rígidas y lustrosas, pavonadas como en acero por los reflejos metálicos de la luz...

Sobre ese fondo solar, se perfila el carácter del personaje: su enérgico laconismo, que en la proclama de un día célebre le inspiró palabras de desprecio viril para quienes gastan el tiempo en estériles discusiones; su concepto de la grandeza como servicio, que le incitó a preferir al tratamiento de Alteza el prestigio de Siervo de la Nación; su abnegación por la libertad, que le indujo a privarse espontáneamente de la autoridad del jefe, convocando al Congreso de Chilpancingo y acatando las decisiones del de Apatzingán.

Lo mismo en las calles de Cuautla, entre el olor de la pólvora y el hambre de los sitiados, que en las noches de marcha sobre los valles, entre el estremecimiento humeante de las antorchas, Morelos exalta un símbolo y un augurio, un testimonio y un compromiso, una realidad y una ingénita aspiración. Pueblo, y pueblo de México, es el héroe que aquí cayó bajo las balas de los soldados de Calleja. Todo lo grande de nuestro pueblo alentó en su vida valiente y grave, en la amargura de su ironía concisa y tensa, en su amor por la tierra espléndida y maternal.

Como hijo del pueblo, que trató de unificar en la independencia, sintió Morelos que era indispensable emancipar a la América mexicana—según llamó a nuestro país el Decreto Constitucional expedido en 1814—no sólo del yugo político de la metrópoli, sino de la tiranía de un sistema económico desprovisto de verdadera justicia social. Esa concepción, en la que se anticipó a muchas de nuestras empresas revolucionarias, cristalizó en la declaración imborrable de Chilpancingo, que no me resisto a leer aquí, porque constituye el monumento mejor a la memoria del prócer que celebramos: “El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo, de la América Septentrional, por las provincias de ella, declara solemnemente que, por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada; que, en tal concepto, quedá rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español, que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y facilidad interior.”

Y agrega: “La soberanía dimana inmediatamente del pueblo. Las

leyes deben comprender a todos, sin excepción de privilegiados. Como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso serán tales que obliguen a la constancia y al patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres y aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.”

¿Cuál de nuestros problemas no está expresado —o latente— en esas líneas claras y generosas? ¿Y por cuál de esos postulados no nos sentiríamos resueltos a luchar todavía hoy?

La Revolución de 1910 hizo suyos, profundamente suyos, aquellos designios insospechables y sus hombres vivieron y perecieron, como Morelos, para organizar una soberanía sin privilegios, un patriotismo sin inconstancias y una legislación que proteja el jornal del pobre y que modere a esos dos enemigos de la paz pública: la opulencia de los afortunados y la indigencia de los menesterosos.

Ciento veintinueve años después de la muerte del héroe insigne, venimos aquí a prometerle combatir con tesón contra la ignorancia, el hurto y la rapiña, y velar para que las leyes sean, como él se lo proponía, superiores en todo tiempo al interés de los grupos y a los resentimientos coléricos de los hombres.

Nuestro ideal democrático halla en Morelos un predecesor de máxima calidad. El se adelantó a todos en el anhelo de dividir la propiedad de la tierra, acaparada por unos cuantos, y de conceder a los pequeños agricultores las facilidades indispensables para su esfuerzo. Antes de que plasmaran en el lema de *Tierra y Libertad*, él sintió la urgencia de recoger los clamores de todos los despojados y de devolver a los mexicanos la Patria misma, la Patria, en lo que tiene de más constante, el suelo donde reposan nuestros mayores, el suelo donde los hijos de nuestros hijos laborarán.

Pero si esto explica sobradamente el fervor con que acuden a rendirle homenaje los campesinos, no debemos olvidar que hubo en su conducta un valor de alcance más elevado: su voluntad de establecer la unidad de México sobre la base de la democracia.

En un país en el que, por espacio de más de un siglo, tantos caudillos se prolongaron y destruyeron, aplicando a las instituciones más venerables el molde transitorio de su capricho y el arbitrario sello de su fórmula personal, admira ver el respeto con que Morelos pugnó por limitar el poder logrado en el campo de las batallas y el cuidado que

puso en no arrojar nunca, sobre uno de los platillos de la balanza, el peso de su espada de vencedor.

Con razón escribe al respecto don Justo Sierra: "Investido de la plenitud del poder ejecutivo, Morelos se hallaba debilitado por la ingerencia que en todo se atribuía la Asamblea, a la cual jamás intentó imponerse, ni pretendió doblegar, dando así un supremo ejemplo de civismo." No importa que esa virtud democrática haya en ocasiones disminuído las posibilidades bélicas del Generalísimo. En efecto, con ser admirables sus títulos como militar, juzgamos más admirables aún sus títulos como ciudadano.

Y es frente al ciudadano, frente al ciudadano José María Morelos, ante quien nos inclinamos en este instante, pidiéndole nos enseñe a ser siempre fieles a la soberanía popular, servidores de la Nación, soldados de su independencia, ejecutores de sus propósitos y defensores inquebrantables de sus leyes. Porque él, Morelos, demostró como pocos la validez con que afrontan las grandes almas las responsabilidades crueles de su destino. Y de él podríamos repetir lo que Guillermo el Taciturno exclamó, en una hora de austeras resoluciones: que no es necesario esperar para acometer, ni apoyarse en el triunfo obtenido para perseverar.

Todo auténtico héroe es un maestro de la acción. Todo héroe educa. Y la lección de Morelos nos obliga, hoy más que nunca, a cultivar esas cualidades que un pensador francés definió soberanamente cuando afirmó que si la antigua monarquía encontró sustento en la nobleza de la estirpe, el apoyo de las democracias genuinas deberá ser la nobleza de la virtud.

MARTÍ, PALADIN DE CUBA

HACE cincuenta años, el 19 de mayo de 1895, sobre el suelo de Cuba yacía el cadáver de un hombre de frente comba, nariz delgada y ojos que en vida fueron ejemplo de un mirar hondo, sereno, grave, a la vez íntimo y persuasivo. . . Aquel cadáver era el despojo de una existencia extraordinariamente rápida y lúcida. El corazón que, durante un poco más de ocho lustros, latió dentro de ese pecho fué el corazón de uno de los más generosos americanos: el corazón de José Martí.

¿Por qué camino —de rebeldía y de privaciones— había guiado la voluntad a José Martí hasta aquel encuentro con lo más perdurable de su conciencia que es, en los héroes, la muerte hallada en el cumplimiento de una misión?

HOMBRE Y ESTATUA

Decía Rilke que cada uno de nosotros lleva su muerte en lo más secreto de su persona, como en la pulpa del fruto va la semilla. En efecto, toda biografía no constituye otra cosa que el itinerario de un viaje hacia la cita definitiva consigo mismo; cita que implica la consagración suprema para los grandes, el instante en que el cuerpo desaparece y la piedad de los sucesores se apresta a sustituirlo con el símbolo de la estatua. Pero si hay, en la galería de los constructores continentales, alguna estatua en que el mármol póstumo no se atreve a contener el perfil del hombre que representa, esa estatua, señores, es a mi juicio la del inquietante e inquieto protagonista que hoy celebramos: la estatua vívida de Martí.

Revolucionario, viajero, poeta y batallador, Martí se inscribe, con innegable derecho, en la teoría de los más celebrados descubridores americanos; en la tradición de los navegantes, como Colón; en la tradición de los misioneros, como Vasco de Quiroga; en la tradición de los libertadores, como Bolívar, Wáshington y Morelos.

Para él, América no fué únicamente un hecho, sino un deber; porque este Hemisferio no se ofreció jamás a su entendimiento como un

Homenaje a José Martí en el cincuentenario de su muerte.—México, D. F., 19 de mayo de 1945.

horizonte geográfico limitado, sino como una promesa histórica, de esperanza para toda la humanidad.

META DE MARTÍ: ENCONTRAR A AMÉRICA

El camino al que antes me referí: ese camino que, por mares, valles y serranías, llevó al cantor de la “niña de Guatemala” hasta el combate trágico de Dos Ríos, tenía una meta, una meta augusta: encontrar a América. Pero no a la América destrozada, que recorrieron sus pasos de guía y que sus manos de apóstol acariciaron con devoción, sino a la América libre a la que dedicó sus discursos más penetrantes: esa América que todavía está en formación en nosotros mismos, haciéndose lentamente con lo mejor de nuestras ambiciones y nuestros actos, tropezando aún —para germinar— con nuestros defectos; luchando, en suma, por ser lo que su nombre le augura desde hace siglos: la cuna de un mundo nuevo.

Muchos son los que han visto a América. Menos los que la han comprendido. Pocos, muy pocos, los que supieron sentirla, como Martí. La sintió tan hondo que podría decirse ahora, sin exageración, que América fué para él un padecimiento: algo que no estaba sólo en su espíritu, sino en cada gota del caudal magnífico de su sangre; una tortura tan exclusiva que no había nada, en su pensamiento, que no aceptase la sumisión a esa causa última; un ideal de dominio tan absoluto que hasta la autonomía del artista y la piedad del patriota vivían en su alma como demostraciones de su culto continental.

La sensibilidad, la lectura, los viajes, el trato del europeo, los años de estudio en España e incluso la amplitud de un talento abierto a todas las curiosidades y expuesto a todas las tentaciones, no consiguieron alejar ni por un minuto a José Martí de aquella función primordial, exhaustiva y apasionante: encontrar a América. Todos sus amores, hasta el de Cuba —y entenderán lo mucho que digo quienes recuerden qué poderosas raíces tuvo en su ánimo el patriotismo— fueron para el excelso cubano revelaciones, coincidentes o sucesivas, de un solo amor: el amor a América.

MADRE AMÉRICA

Por eso, en la carta que envió a su madre el 25 de marzo de 1895, antes de partir para la aventura que había de concluir con el holocausto

que conocemos, no acertamos a distinguir entre la gratitud del hijo y la pasión del americano y no sabemos si se despide de una mujer o de la tierra entera de un Continente. La carta a que aludo principia así:

“Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida. Y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?... Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.”

Madre América, según él la llamó, ¿qué habitante de este Hemisferio hizo jamás de su vida un ejercicio tan limpio que, al despedirse de ella, tuviera más argumentos que él para hablar así, confundiendo acaso, aunque sin quererlo, el entusiasmo cívico y la ternura filial, la verdad del hombre y la efusión del libertador?

En esas líneas, que son como el testamento de su capacidad poética más insigne —la que advertimos en sus acciones— Martí confiesa, con emocionante modestia, lo que otros claman desde las cumbres: su fidelidad al deber y su vocación para el sacrificio.

Sólo aquel que posee en tan alto grado esas dos condiciones indispensables puede hablar sin falsía de virtud, de rigor y de libertad. Su obra de tribuno abunda en páginas elocuentes, en períodos y cláusulas admirables. Pero su mayor elocuencia vibra en la lealtad de esa vocación para el sacrificio de la que, a veces, como en la carta que he mencionado, más que jactarse, parece excusarse afectuosamente, no sin viril y patética ingenuidad.

MAESTRO DE JUVENTUDES

¡Noble y estoico José Martí! ¡Qué lección de energía sin arrogancias, de santa cólera sin rencores y, sobre todo, de intensa, de honda autenticidad, es la que se desprende para nosotros de sus páginas más felices! Maestro de juventudes fué en todo instante, lo mismo en 1889, cuando afirmó en Nueva York, durante la velada organizada por la Sociedad Literaria Hispanoamericana, que “sólo perdura la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos”, que cuando exclamó, en 1891: “Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que recibe cualquier mejilla de hombre.

Sáquese a lucir y a incendiar las almas y a vibrar como el rayo, a la verdad y síganla, libres, los hombres honrados.”

Quien descubre acentos tan convincentes para elogiar al género humano en la dignidad impecable de su destino, no pertenece exclusivamente a la casta de los precursores de nuestra América; se instala, con majestad incontrovertible, dentro del linaje de los forjadores más puros de la solidaridad democrática de los pueblos. Y es a ellos, a los videntes, como Martí, a quienes debemos volver los ojos en estas horas de irrecusable y tremenda definición.

El hablaba, pensando en la paz que sobrevendría para sus compatriotas, después del fragor de las luchas de independencia. Y nosotros nos reunimos a recordarle, pensando en la tarea de paz que habrá de incumbir —y no a América solamente— tras de esta crisis que ha conmovido, hasta en sus cimientos, la estructura material y moral de la convivencia civilizada.

AUTENTICIDAD SIN ABDICACIONES

El consejo de su voz y el testimonio de su conducta cobran por consiguiente, en los actuales tiempos de prueba, una magnitud de prestigios indiscutibles. Sólo siendo sinceros y originales, como él quería, lograremos participar en el intento de dar al mundo una nueva fe. Sólo sintiendo —como él quería— que, frente a la igualdad espléndida del espíritu, no haya desigualdades de razas o de colores, ni de vejez o de mocedad en la obligación, alcanzaremos el plano de inteligencia, de rectitud y de ética madurez que sirve de base a las construcciones políticas permanentes. Sólo buscándola en las entrañas de nuestra propia naturaleza, como él quería, sin abdicaciones ni mimetismos, encontraremos la veta de la universal justicia y de la positiva fraternidad.

Porque él sentía la independencia de su país, como suele sentir el artista, entre los dedos con que se esfuerza por modelarla, el misterioso peso inminente de la medalla en que sus anhelos se perpetúan. Y también nosotros sentimos hoy, por humilde que sea nuestra aptitud para afrontar responsabilidades tan gigantescas, que de la paz que alumbra nuestra esperanza no estará nada más pendiente la libertad de nuestras naciones, sino nuestro concepto de la persona como persona, nuestro sentido íntegro de la vida y nuestro derecho a ver en nosotros mismos, sin rubor, sin hipocresía y sin malestar.

Este, después de todo, es el eterno valor de los grandes hombres. Su acción no cesa cuando fallecen. Mientras sus ideas conservan fuego bastante para animar y encender nuestras existencias, están junto con nosotros, viven por nosotros y con nosotros. Por eso, medio siglo después de muerto, para obtener la paz que buscamos, austera y franca, segura y justa, combate al frente de nuestras filas un soldado sin armas, un verdadero soldado libre: José Martí.

México se da cuenta de su presencia. Y —en esta noche de aniversario— la acoge, con emoción.

ANTE EL SEPULCRO DE ANTONIO CASO

FRENTE a esta tumba, estoy seguro de que todos los presentes quisiéramos levantar —por ahora con la palabra, mañana con el mármol— la estatua nítida del maestro.

Porque eso fué, en todo instante y por encima de cualquier otro mérito, el mexicano insigne que hoy sepultamos: un maestro, un guía, un apasionado y magnífico educador. Le imagino en estos momentos como le vi por primera vez, hace ya 28 años, frente a su cátedra de Sociología, o, un poco después, en la Escuela de Altos Estudios, frente a su cátedra de Estética: lúcido y elocuente, atento a su vocación, fiel a su verdad, honrado en sus convicciones, intransigente en la defensa de lo que consideró una de las más altas dignidades del hombre: el heroísmo del pensamiento.

Y, al proyectar el recuerdo sobre los hechos de su existencia y sobre la sucesión de sus obras —caudal soberbio que ilustra la producción filosófica de la Patria— siento con emoción la unidad admirable de su destino y comprendo el fervor con que las generaciones que se formaron ante su ejemplo le rinden el mejor de los homenajes al llamarlo, sencillamente: el Maestro Caso.

Pudieron algunos, en ocasiones, no estar de acuerdo con ciertas tesis que sustentaba; pero la misma expresión de esas diferencias era, en el fondo, un tributo para su fe en el valor de la discusión sincera y una confirmación de su amor por la libertad de la inteligencia.

En el aula, en el libro y en la tribuna, como todo maestro genuino, fué invariablemente un animador. Sembró inquietudes. ¿Y qué siembra mejor para cosechar verdades? Vivió vibrando a todos los vientos, como las cuerdas del arpa eolia, y el son que su alma dió siempre fué un son auténtico, noble, viril.

Le afectaron las crisis máximas de la vida. Sin embargo, en las dudas más hondas y en los mayores padecimientos luchó inquebrantablemente por ser veraz con su concepción del bien y de la belleza, leal

con sus semejantes hasta en la angustia, leal con su propio ser hasta el sacrificio.

Y he aquí que nos inclinamos ante su muerte como nos acercábamos a su voz, en la adolescencia: con respeto y con gratitud. Con gratitud, porque no son los crespones del luto los que advertimos principalmente en la majestad de esta ceremonia: sino la permanencia de lo más acendrado de las lecciones en que su palabra valiente se definió.

Afirmaba Nietzsche que, para ser inmortal, hay que morir muchas veces durante la vida. Agonías, combates, son los procesos más promisorios de nuestro espíritu. Y agonías, combates, fueron las experiencias de las que supo la pluma del buen maestro rescatar sus más puras realizaciones como ciudadano estoico de la cultura.

Esta muerte, que nos congrega junto a su féretro, es la postrer de esas agonías. De ella sale también, como de sus libros, una enseñanza límpida y generosa. La enseñanza cabal de su vida entera; la que sintetizó Marco Aurelio al manifestar que debemos pasar todos nuestros días como si cada uno de ellos hubiese de ser el último: sin indolencia, sin disimulo.

Alma intrépida, voluntad enhiesta las del filósofo al que despedimos esta tarde, bajo el cielo del valle que dió a su espíritu no poco de su luz y de su rigor. La tierra materna de nuestra Patria le recibe hoy, como lo que fué: un hombre recto, un maestro ejemplar, un gran mexicano.

CONMEMORACION DE LA BATALLA DEL 5 DE MAYO DE 1862

NOS REUNIMOS hoy para celebrar una de las glorias más puras de nuestra historia: la defensa de Puebla, la batalla del 5 de mayo. En días como éste, los mexicanos, por alejados que vivan materialmente de su país, oyen la voz materna de la República y, al igual que lo hacéis vosotros, se inclinan todos ante la memoria nítida de sus héroes.

Al pasar la mirada por vuestros rostros cruzan mi mente imágenes que, sin duda, a muchos de los que se hallan congregados en este sitio no son extrañas. Pintorescos rincones de Morelos o de Guanajuato, riscos de Zacatecas, playas de Acapulco y de Veracruz, claridad del cielo en las mañanas de Oaxaca, luz del Valle de México; luz que, por diáfana y por precisa, parece una forma de inteligencia. . . A alguna de esas imágenes —y de otras, que no menciono— se encuentra indisolublemente ligado un recuerdo vuestro. Y ese recuerdo, individual y distinto en cada persona, os atrae en este minuto y os aproxima a México entero.

En este ambiente, saturado de emoción por vuestro entusiasmo, evocamos la jornada del 5 de mayo.

Llevaba entonces, apenas, la República Mexicana ocho lustros de independencia y la codicia europea —que no había cesado de rodearla con amenazas tácitas u ostensibles— acababa de desatar la agresión cruel. Frente a los ejércitos mandados por Lorencez, Zaragoza iba a medir sus fuerzas con las de un adversario que se jactaba de ser ya dueño de México “por la superioridad de su raza, de su organización y de su disciplina.”

La suficiencia del invasor hubo de estrellarse contra el heroísmo de los defensores de Puebla.

Siguió la guerra de intervención. Y en vano fué que Benito Juárez previniera a Maximiliano, en una epístola egregia, acerca de los peligros y la injusticia de la aventura. El Archiduque pagó el error con su propia vida. Pero, por larga y por dolorosa que fuera la intervención, las

Ceremonia organizada por la Colonia Mexicana de Los Angeles, California, E.U.A.
5 de mayo de 1946.

proezas del 5 de mayo enseñaron a todos los mexicanos, incluso a los más escépticos, a creer en sí mismos y a no perder la confianza en sus ideales.

Años más tarde, en Querétaro, el imperialismo europeo iba a tener que encontrar la tumba de un trono absurdo y cubrir, con toda la sangre vertida, un cetro que gobernó menos súbditos que ilusiones.

A la luz de los hechos que hemos vivido recientemente, lo comprendemos en toda su magnitud: la defensa de Puebla, el triunfo de Zaragoza, no son acontecimientos cuyo valor pueda entenderse tan sólo como episodios —brillantes, pero fugaces— en la lucha de una nación por su independencia. Bajo el sol de mayo, Puebla adquirió la prestancia de un símbolo indestructible. En efecto, al comprimirse allí, entre sus fuertes, la sangre heroica de las arterias más generosas de la República, Puebla fué, en aquella hora, el corazón vibrante de todo México.

Ahora bien, el corazón de cualquier país suele verse asaltado por enemigos ávidos y tenaces del exterior y por enemigos ocultos del interior. Por eso, precisamente, es necesario vivir defendiendo siempre el corazón de una patria en constante asedio. Y no defenderlo sólo desde los muros de una ciudad o entre el polvo de una trinchera; sino defenderlo cívicamente en los surcos y en los renglones: en los surcos, que son renglones de las páginas fértiles de la tierra, y en los renglones, que fingen surcos en las páginas de los libros.

Que otros, de buena o de mala fe, anestesien a sus hermanos con los ofrecimientos lánguidos de una paz que imaginan como si fuera una póliza para el ocio y la negligencia. Yo no me atrevería a engañaros con el anuncio de horizontes tan improbables. La paz es vida. Y la vida es lucha, lucha por ser y por mejorarse continuamente; lucha por aprender lo que no sabemos y por sojuzgar a las fuerzas de la naturaleza; lucha por superar los instintos malsanos que nos torturan; lucha, en fin, por vencer y por convencer. Por vencerse a sí mismo, sin arrogancia. Y por convencer a los otros, sin predominio.

Frente a esa lucha, todas las actividades están rodeadas por asechanzas imprevisibles; todo amanecer puede presagiar un 5 de mayo y el más humilde de todos los ciudadanos puede tener que ganar, como Zaragoza, una batalla soberbia contra el destino. Vosotros que vivís en esta ciudad y que habéis sentido crecer en ella esa concepción enérgica y laboriosa, de positiva ciudadanía, que enaltece el legado de un

Jefferson y de un Lincoln; vosotros, en cuyo espíritu alcanza el amor a México los acentos más depurados porque la Patria para vosotros no es un provecho, sino un emblema, una tradición y un desinterés; vosotros, en cuyas lágrimas varoniles, cuando surgen de vuestros pechos las notas de nuestro himno, parece irisarse a veces un paisaje remoto de nuestro suelo; vosotros entendéis, en verdad, qué importancia tiene el exaltar a nuestro país como aquí lo exalto, en su calidad de virtud y de testimonio, como pacto, como camino, como misión.

Allá se encuentra, mexicanos de California, la tierra en la que nacimos, con sus volcanes y con sus lagos, con sus llanuras y con sus bosques. Pero la patria no se deja ceñir por la geografía. La patria, la misión de la patria, las sentimos también aquí. Cada uno de vosotros lleva a la patria donde quiera padece, medita o goza. Cada uno de vosotros, con su trabajo, realiza un poco de esa misión; porque, de hecho, no es quien se aparta de sus orillas quien la abandona, sino aquél que, viviendo cerca o lejos de ella, no la merece; aquél que no la prestigia con su conducta. Ese sí, para ella, es el más ausente. Ese sí, para ella, es un desertor.

Pero México sabe perfectamente que, en vuestro caso, no es deserción la ausencia ni la distancia es desistimiento. En el seno de la gran democracia, a cuyo lado nos esforzamos por defender los principios de la civilización y de la justicia, estáis laborando vosotros por la justicia y por la civilización. Es decir: estáis laborando por México.

La presencia de México entre vosotros es lo que más quisiera encomiar en estos instantes. Un admirable escritor de nuestro Hemisferio describe, en alguno de sus relatos, las tribulaciones de cierto pueblo de fantasía, que trató de inventar una patria nueva. Sus jefes le dieron un estandarte. Sus obreros cercaron el campo con murallas hostiles e inaccesibles. Ya dentro de ellas, esperaron la dicha, que no llegó. Algunos, desconcertados, optaron por consultar a un soldado que, por espacio de mucho tiempo, combatiera en defensa de su país. El soldado les contestó: "Al establecer así las fronteras de vuestra patria, perdisteis la patria misma. La patria es amor y es obligación. Hasta donde el alma extiende sus rayos, la patria va junto con el alma." Y, volviéndose hacia su hijo, concluyó el hombre: "Traza, hijo mío, las fronteras de tu patria con la sangre de tu corazón. Todo aquello que la oprima o que la asfixie, a mil leguas de ti o a tu lado mismo, es el extranjero."

Si he invocado este apólogo es porque pienso que entraña una lección de autenticidad moral. México aspira a que lo honremos en su territorio y más allá de su territorio. Y a que lo honremos con hechos, no con lisonjas.

Semejante precepto cobra especial relieve frente a vosotros, que véis aquí, al mismo tiempo que los colores del pabellón nacional, las barras y las estrellas del pabellón norteamericano. Nuestras banderas no aguardaron la ocasión de esta fiesta para enlazarse, como se unen nuestras rutas hacia la meta de una convivencia pacífica, libre y justa. En las horas más tenebrosas del conflicto que provocó la agresión nazifascista también estuvieron juntas nuestras banderas y, juntas, las colocamos en la panoplia de las naciones que no admitieron vivir en la dependencia y prosperar en la indignidad.

Terminó la guerra; pero la amistad de México y de los Estados Unidos no ha terminado. Al contrario. Cada día que pasa advertimos con mayor limpidez que la paz de la tierra demandará el concurso de todas las razas, la adhesión leal de todos los hombres y que, para la solidaridad efectiva del mundo entero, es indispensable la solidaridad de los pueblos americanos.

América no es exclusivamente una entidad geográfica de posibilidades excepcionales. América es, asimismo, una promesa espléndida de la vida y una esperanza magnífica de la historia. Y todos debemos estrecharnos para cumplir, hasta el máximo, esa promesa y para realizar, hasta el máximo, esa esperanza.

Un protagonista de la epopeya contemporánea, el gran desaparecido, presente siempre, Franklin D. Roosevelt, hizo de su existencia una ejemplar lección de lo que entendemos por colaboración interamericana y por justicia continental. Una unidad democrática de principios y no una artificial uniformidad de culturas y de temperamentos. Una armonía de propósitos y no una monotonía de servidumbres.

Las democracias americanas, cuando oyeron mencionar a quienes querían el establecimiento de un *nuevo orden*, proclamaron igualmente, con energía, su aspiración hacia un orden nuevo. Pero, entre esos dos anhelos, existía una diferencia fundamental. Las dictaduras pretendían consolidar un orden impuesto por la violencia, en el cual uno hablase, para mandar, y todos los otros callasen, para obedecer.

El orden que desean nuestros pueblos es por completo distinto: un orden en el cual todas las expresiones sean genuinas y todos los argumentos sean escuchados. Un orden en el cual la soberanía de cada comunidad se manifieste espontáneamente, sin mayor cortapisa que el respeto de la soberanía de las demás. Una libertad política que no se encuentre minada por la dependencia económica. En síntesis, un entendimiento que agregue a la cooperación honrada del comercio, de la banca y de las industrias, la cooperación más augusta, la más fecunda: la del espíritu.

Manifestaciones como ésta revelan que ese orden nuevo principia por fin a adquirir formas de realidad. ¿Qué celebra México en este día?... Una victoria de México. Sin embargo, lo que proporciona a este acto un sentido propio es que aquella victoria, tan nuestra, América la percibe como una victoria del Continente.

Al asociarse a las autoridades y a los hombres de México, para señalar esta fecha de México, las autoridades y los hombres de los Estados Unidos subrayan el verdadero alcance humano de nuestra amistad internacional. Crea usted, por tanto, señor Alcalde de Los Angeles, que mi país reconoce la trascendencia de este homenaje y lo agradece profundamente.

En ocasión solemne, el Señor Presidente Avila Camacho, a quien tengo la honra de representar aquí, pronunció estas palabras:

“Queremos una convivencia limpia de las amenazas perpetuas que emanan de todos los apetitos de la hegemonía interior que indujo a ciertos sectores a sobreponer sus intereses de clase al interés de la colectividad. Y de la hegemonía exterior, cuyos resultados constantes son la violencia, la muerte, la ruina de la cultura.”

Por su parte, el Señor Presidente Truman, en su discurso del último 15 de abril, afirmó que “la solidaridad panamericana debe demostrar que es, en rigor, un baluarte de la paz democrática”.

Las palabras que cito explican el sentimiento que nos embarga. Al repetir las, quiero manifestar a todos los que me escuchan que México persevera en la obra de redención colectiva que se ha trazado, que los laureles del 5 de mayo no están marchitos y que, en la voluntad de concordia y de positiva justicia que nos anima, ponemos los mexicanos lo más encendido de nuestra fe en el porvenir de América.

Y para vosotros, compatriotas, que con vuestra sola actitud afirmáis que, sin residir en México, puede vivirse por México y para México, agrego el cordial saludo que nuestro Primer Magistrado os envía por mi conducto y que expresa, junto con el cariño de la tierra distante, nuestro intenso afecto y toda nuestra cálida estimación.

VI

HOMENAJE AL MAESTRO ANTONIO CASO

AL EXPEDIR el Decreto que instituyó el Colegio Nacional, el Señor Presidente Avila Camacho tuvo muy en cuenta la conveniencia de ofrecer a un grupo de personalidades representativas del pensamiento y del arte, de las ciencias y de las letras de nuestro pueblo una nueva oportunidad de acción, absolutamente libre, al servicio de la cultura.

Surgido el Colegio Nacional cuando se encontraba en guerra nuestro país con las potencias nazifascistas, su creación entrañó por muchos conceptos una gallarda respuesta a las amenazas de la barbarie y una reiteración de la fe —expresada por las voces más generosas del mundo— acerca de la norma de no incurrir en la imitación de los enemigos para vencerlos sino, al contrario, de combatirlos con esas armas que son orgullo y honor de la democracia y que, por eso, precisamente, pretendían eliminar de su *orden* los despotismos: la verdad y la libertad, el respeto de los valores morales, la bondad y el perdón de la inteligencia.

Revelaba así el Gobierno de la República, en el plano de la alta investigación, el mismo propósito que había de inspirarle, por lo que concierne a los iletrados, la Ley que inició la Campaña contra el Analfabetismo: defender a México íntegramente; defenderlo por el saber al par que por el trabajo y defenderlo, ante todo, con el espíritu y por el espíritu.

Avanzada del espíritu de la Patria viene a ser, por su rango, esta Institución que no debe perder en ningún momento el recuerdo de la emergencia que le dió origen. Y capitán del destino en esa avanzada era el maestro ante cuya gloria nos inclinamos. Porque nada traicionaría a un pensador de la estirpe de Antonio Caso como situarlo fuera del tiempo de dolor y de lucha que sirvió de escenario para su drama, pues la excelencia de su carácter no fué aislamiento y abdicación sino sufragio, fervor fecundo por el voto espontáneo de la persona y combate librado para lograr, por la extensión y el encauzamiento moral del conocimiento, todas las posibilidades del hombre libre.

Homenaje al Maestro Antonio Caso, organizado por el Colegio Nacional.—México, D. F., 6 de junio de 1946.

De ahí su intransigencia viril frente a la mentira. Intransigencia que no ofendía porque era fruto del rigor con que reclamaba, del crisol de su propia vida, el metal más puro, la voluntad más enhiesta, el desinterés más limpio, la lección sin halagos y la caridad positiva, la que no acepta complicidades con la flaqueza y con el temor.

—*Virtud es fuerza*, le oíamos repetir en el aula en que dirigía el concierto magnífico de sus clases. Y esa fuerza suprema de la virtud es la que exaltamos primordialmente en este instante y en esta Casa, que tanto debe al testimonio sin mácula de su ejemplo.

Durante años, fué conciencia de México ese testimonio.

Mexicano como el que más, Antonio Caso no puso su patriotismo en la tolerancia, que a veces contiene desdén o supone desistimiento. Lo puso en la afirmación de lo que creía. Y acertó en su impulso, porque la Patria, como la vida, es un deber de incesante mejoramiento. Y el patriotismo genuino es aquel que pide más a la Patria, más por la Patria; hoy, más que ayer y mañana, sin duda, más aún que hoy.

El sabía que los caminos más ondulantes y varios vienen del hombre y, tarde o temprano, por el júbilo o por la angustia, vuelven al hombre. Su filosofía no aconsejaba, por consiguiente, un cosmopolitismo precario y superficial, sino una plenitud eficaz de enlace entre el sér y la sociedad, entre la sociedad y el género humano. De ahí que al reflexionar en su magisterio, acudan a nuestra mente todas las pruebas de ese excelso equilibrio entre el mundo y el individuo; todos los actos, todos los libros, todas las expresiones que indiscutiblemente demuestran cómo se llega a la validez de lo universal por la realización nacional, valerosa y libre, de la persona: humanidad del *Quijote*, asociada a la mejor tradición hispánica y al individualismo intrépido de Cervantes; humanidad del *Ricardo III*, nutrida con todos los jugos de la violencia británica de la época y apoyada, a la vez, en la base insustituible del hombre Shakespeare, y humanidad de la *Sinfonía con Coros* —que él tanto amaba—, por beethoveniana tan expresiva de las culminaciones fáusticas que evidencia y, por expresiva del vértigo de un momento y la soledad de un genio, tan actual, tan sincera, tan permanente.

El hombre y el universo sólo se entienden del todo en el punto en el que se entregan el uno al otro sin reticencias y sin reservas; egregia cima en que el hombre se reconoce más personal cuanto más humano

y en cuya altura el universo no pierde nunca en profundidad lo que gana en distancia y en amplitud.

Algunos imaginaban a Antonio Caso alejado de las inquietudes trágicas de su pueblo. ¡Qué error más hondo! Su censura para todas las demagogias distaba mucho de equivaler a una negación pueril de lo popular. Vosotros, que tuvisteis la fortuna de conocerle, sabéis cómo se encendía ante la injusticia, cómo vibraba ante los escarnios y hasta qué punto —dueño él y dueño tan singular del arte soberbio de la palabra— sentía la congoja de los que ignoran, de los que callan, de los que sufren, de los que esperan. . .

Y ya que aludí, al principio, a la Ley que estableció la Campaña contra el Analfabetismo, permitidme que me refiera a las páginas que incluyó, sobre este problema de la República, en la cuarta edición de su *Tratado de Sociología*.

“Hay un dolor agudo —exclama en aquellas páginas—: la coexistencia de los alfabetos y los analfabetos en el mismo país y en el propio instante. En un mismo rincón del planeta hay hombres históricos e individuos prehistóricos. Gentes que conviven con los siglos y otras que sólo alientan *hic et nunc*.”

“No existe el pueblo —añade— sin la homogeneidad de la cultura. No puede existir. Inútil es pensar que se integre, orgánicamente, la democracia mexicana sin el imperio universal del alfabeto.”

Y concluye: “Cuando todos sepamos leer, habrá sonado la hora de la redención nacional.”

¡La hora de la redención nacional! ¿Quién no siente en su alma el deseo de apresurarla y de oír su toque, proclamando otra independencia, en el bronce simbólico de Dolores? ¿Y cómo no comprender que el maestro quiso transmitirnos en esas líneas su testamento de ciudadano, por tan lúcido, tan urgente?

Los niveles distintos de una cultura no deben juzgarse incomunicables. Es la cultura, en efecto, unidad recóndita, expansión del hombre que no ha de romper, por ningún motivo, el sagrado canje vital de la flor y de la raíz: armonía entre el héroe y la multitud; héroes que interpretan a sus pueblos; pueblos que dan a sus héroes la majestad más angusta: la de expresarlos.

Y he aquí que nos encontramos, en el recinto más libre, comprometidos por nuestra libertad, obligados por nuestros derechos, como el

maestro, para quien el significado de la existencia no fué nunca arbitrariedad, ni descanso, sino misión.

No somos en realidad mientras que pasamos, si lo que somos es lo que estamos siendo, lo que seremos cuando concluya ese proyecto de ser que es el existir. Pero tú, Maestro, eres ya lo que eras esencialmente. Y estás en ti porque estás en tus obras y, más que en ellas, en una obra que no tiene capítulos, ni catálogo de materias; la que más quisiste y a la que mayores méritos demandaste: la juventud de nuestra Nación.

Mas, pues te descubrimos todos los días —afianzándonos, al hacerlo, en el propio y continuo descubrimiento de lo que creemos nuestra verdad—, tus colegas han querido que sea yo quien, en nombre del Señor Presidente de la República, descorra el velo del retrato en que, merced al pincel de uno de nuestros insignes artistas, seguirás acompañando los trabajos de esta asamblea.

Con unción lo hago, maestro Antonio Caso. Y, al cumplir el honroso encargo que se me ha dado, me vuelvo a vosotros, señores miembros del Colegio Nacional, y os digo muy cordialmente: No hay presencia más promisoría que la de un gran desaparecido. Que la presencia de este mexicano admirable os aliente a perseverar, sin desmayos, en la empresa de autenticidad progresiva e intransferible que os pertenece.

VII

JOSE JUAN TABLADA

LA REALIDAD y la muerte tienen mil rostros. De ahí que un psicólogo penetrante haya observado que nos referimos, en general, a la muerte como si fuera idéntica para todos; cuando, en el fondo, hay tantas muertes como individuos, pues cada vida —mientras se extiende y se desarrolla o se concreta y se delimita— prepara su propia muerte: una forma de muerte exclusiva y particular.

Para algunos, la muerte es desistimiento, atardecer melancólico del carácter, voluntad que se rinde sin condiciones. Para otros, la muerte es ira, estremecimiento patético de la cólera, protesta que nada acalla, ni siquiera el polvo que cae sumiso sobre la boca en que el estertor implacable la eternizó.

Para el poeta de *Al sol y bajo la luna*, infatigable curioso de teorías y de paisajes, peregrino de libros y de naciones, inspector de impacencias y de inquietudes, la muerte, como la vida, fué un nuevo viaje. Vuelve a nosotros de la ciudad en que transcurrieron tantos años fecundos de su existencia. Y salimos a recibirle al final de la última expedición que le impuso la enfermedad y que la agonía no le evitó.

Presencia muda —y, por muda, elocuente— la del cadáver de quien vivió consumiéndose a toda hora y en todas las circunstancias. Joven, en el fervor de la adolescencia; pero no menos joven, por el espíritu, ante el estrago lírico del otoño; catador de avideces inextinguibles y, si fuera prudente llamarlo así, coleccionista lúcido de sorpresas.

Le vemos, en el ocaso de un largo día, nimbado por el sol de un estío de Cuernavaca, refugio para él de una senectud que parecía ya, a sus amigos, permanente y tranquila convalecencia. Y le imaginamos en Nueva York, de la que fué cronista; o en las noches de Bogotá o en cualquiera de las ciudades y los jardines en que sus ojos acariciaron el mundo inmenso, ansiosos de concentrarlo y sintetizarlo en la medalla de un epigrama o en la respiración irónica de un *hai-kai*.

Hay seres que es necesario enterrar junto con sus sueños, con sus esperanzas fallidas, con sus ideales irrealizables. Pero los sueños y los

Inhumación de los restos de José Juan Tablada en la Rotonda de los Hombres Ilustres.—México, D. F., 5 de noviembre de 1946.

juegos de los artistas les sobreviven. Y los juegos y los sueños del autor de *La Feria* nos acompañan en este instante y parecen burlarse de nuestra austeridad y son como la flauta del fauno ausente, en cuyos huecos los labios de los pastores suelen despertar todavía, si lo merecen, la canción incompleta, póstuma y fiel.

La piedad de la muerte nos restituye no el sér que tratamos y que ignoramos —pues en toda persona, por conocida que la estimemos, hay un drama interior, incomunicable— sino el recuerdo del entusiasta descubridor de escalofríos y de delicias de una época electrizada por presencias furtivas y luminosas.

La belleza, que perdona tantas angustias, hizo vibrar este corazón que hoy descansa en México. El poeta que sepultamos ilustró con ingenio la lengua prócer en que se expresan nuestros dolores y nuestros júbilos, captó la esencia de numerosas escenas de nuestra vida y buscó una forma distinta para ciertos aspectos característicos de nuestro arte y nuestra verdad.

Muchos de los que no se reunieron en el andén para despedirle, en el viaje ya sin retorno, han acudido aquí a fin de reiterarle un homenaje sincero de admiración.

¡Que la tierra materna lo cubra en paz!

WASHINGTON, REALIZADOR Y PRECURSOR

AL REUNIR a algunos de sus representantes capitalinos en esta plaza, frente a Jorge Wáshington, de quien celebramos el natalicio, en la mañana del mismo día en que rinden nuestras escuelas, como nosotros, un tributo ferviente de admiración a la figura de Francisco I. Madero, la juventud mexicana nos da un ejemplo de lo que es la amistad de los pueblos americanos. En efecto, el espíritu que la alienta, en manifestaciones de esta categoría, es un franco espíritu de concordia. Por encima de las distancias, buscan así las conciencias de los próximos ciudadanos la expresión más feliz de nuestro Hemisferio. Y la encuentran, certeramente, en la unión de dos sentimientos que estimulan y norman nuestra conducta: la confianza en la democracia y la rectitud en la independencia.

Cuando se alude a la vecindad de nuestros países suele insistirse en la vecindad material de sus territorios; mas no siempre se reconoce el valor que tiene otra vecindad, de linaje más persuasivo: la vecindad de los ideales.

Aquella —la contigüidad de los territorios— es una condición de la geografía. Esta —la afinidad de los ideales— deriva del corazón de los pueblos mismos. Y, por ser expresión de su voluntad, representa un espléndido triunfo del propósito de firmeza con que América prefirió, al aceptar su destino histórico, el sendero que, aunque difícil, nunca traiciona: la civilización como libertad y la organización política del Estado como cimiento de instituciones estructuradas para la dignidad esencial del hombre.

Grandes son los recursos del Continente. Sus playas, sus selvas y sus montañas forman a América una noble corona de inmensidad. Pero, entre tantos recursos, se eleva uno al que ofrecemos nuestro homenaje cada vez que acudimos ante la estatua de un héroe del Hemisferio. Y ese recurso —insustituible e insobornable— es el hombre nuevo, el hombre nuevo del Nuevo Mundo. El hombre que se llama, en México, Hidalgo, Morelos, Benito Juárez, Francisco I. Madero y, en los Estados Unidos, se llama Wáshington, Lincoln, Franklin D. Roosevelt y, en el

Aniversario del natalicio de Jorge Wáshington.—México, D. F., 22 de febrero de 1947.

Brasil, es Andrada e Silva, Santander en Colombia, Martí en La Habana, en Bolivia, Sucre, en la Argentina, Sarmiento y, a la luz de múltiples estandartes, Capitán de los Andes, Simón Bolívar.

Cuando se profundiza en los anales de otras historias se advierte pronto que, salvo rápidas excepciones, los exponentes más célebres de la acción —aunque desaparecidos, a veces, desde hace siglos— siguen pugnando, unos contra otros, en la herencia ideológica de sus pueblos: Temístocles contra Jerjes, Escipión contra Aníbal, Vercingétorix contra César, Richelieu contra los Habsburgos, Pitt contra Napoleón.

En cambio, en este Hemisferio, los héroes más singulares, los más auténticos, unidos aun sin saberlo, siguen la dirección de la misma estrella y caminan en pos de la libertad. Los mejores quieren constantemente salvar a América. Y en su deseo de salvarla, se sienten comprometidos a redimirla. A menudo, por la limitación de los éxitos temporales, sus hazañas y sus discursos parecen revelar exclusivamente una realidad dramática nacional, la voz de un exiguo jirón del espacio enorme en que sus patrias están erigiéndose y progresando. Pero incluso en esas hazañas y esos discursos, de horizontes restringidos por la necesidad, se reconoce una vibración que no es sólo suya, ni de sus gobiernos no más, o de sus países. En aquel estremecimiento, adivina el observador la proximidad de un protagonista pujante de la cultura. Y ese joven protagonista es el sér de América.

¿Por qué causas vivió y combatió Jorge Wáshington? Sin duda, por la independencia de las colonias que fueron germen de la Unión norteamericana. Sin embargo, en la fe que le guiaba había una fuerza humana de propulsión que no obedecía, sumisamente, a apetencias de fórmula regional. Los ideales que le infundían ánimo insigne hubieran podido exaltar lo mismo a los descontentos de Virginia que a los inconformes de Nueva España o Nueva Granada. Todos los hombres nacen iguales. Todos han recibido ciertos derechos inalienables: la vida, la libertad, la felicidad. Los poderes de los gobiernos emanan del consentimiento de los gobernados. Sobre semejantes principios —que hacen de la Declaración de Filadelfia un documento fundamental de la democracia— no sólo iban a coincidir los gestores de la Revolución Francesa, a la zaga de Juan Jacobo Rousseau y de Montesquieu, sino aquí, en nuestro Continente, todos los hombres de intrépido pensamiento y de visión audaz sobre el porvenir.

Esa comunidad democrática de intención que los intereses del siglo XIX no tardaron en desgarrar y en oscurecer, siguió avanzando, como subterránea corriente de nuestra vida, incluso bajo los páramos de un pasado tan rico en florecimientos como en desiertos. Y ahora, las raíces más vigorosas de la solidaridad continental han vuelto a nutrirse en las aguas de esa corriente. Hasta tal punto que con ser en extremo considerable la obra de Wáshington como realizador, estimamos todavía de más alcurnia su inspiración como precursor. E igual cosa podríamos repetir de los grandes creadores del Hemisferio, ya que sus brazos, al romper las cadenas de la opresión, dieron a América la oportunidad de cumplir su deber supremo: el de hacer de la libertad un régimen de equidad y procurar que el hombre no continúe siendo, en lo sucesivo, esa interrogación ante la noche que definiera un ilustre maestro de la República, sino al contrario, como lo soñaron los próceres de nuestra Independencia, una afirmación rotunda frente a la aurora.

Al fraternizar en sus héroes, los pueblos americanos aprenden a conocerse, a comprenderse y a respetarse en lo más puro de su existencia. Horas como ésta son elementos de un positivo civismo continental. De igual civismo al que, en ciertos sitios de Norteamérica, como en Los Angeles, congrega a los nacionales de ambos países para honrar a Hidalgo, el 16 de septiembre, y a Zaragoza, bajo el sol del 5 de mayo.

Los personajes más elevados de nuestra ardua experiencia histórica garantizan con su recuerdo la aspiración de nuestro futuro. En semanas en que la cordialidad de esa aspiración va a hallar un simbólico testimonio, merced a las primeras visitas de un Presidente de los Estados Unidos a la ciudad de México y de un Presidente de México a la Capital norteamericana, esta presencia de nuestros pueblos, asociados por lo que entraña, en todas las latitudes, promesa, gracia, ilusión y fuerza —es decir, por la juventud— nos conmueve como un augurio.

Que ese augurio no naufrague en las sombras del aislamiento y en los errores del egoísmo. Que nuestros héroes vean en nosotros una resolución absoluta e inquebrantable de prestigiarlos por medio de la justicia, con la justicia y en la justicia. Y que, al aproximarnos a su memoria, como hoy lo hacemos, sea invariablemente para mostrarles que la unión de América no descansa sobre el cambiante equilibrio de las pasiones sino sobre la alianza de los derechos, la armonía de la virtud y la solidaridad generosa de los principios.

EJEMPLO DE CERVANTES Y DE DON VASCO DE QUIROGA

MORELIA celebra hoy la fundación de la antigua Valladolid. Y, para festejar tan feliz acontecimiento, el Gobierno del Estado de Michoacán decidió instalar en este jardín dos estatuas que son dos muestras del aprecio de nuestro México a la inmortal vocación de España. Porque los hombres que representan —aunque nimbados por luz diversa en los escaños rígidos de la gloria— encarnan ambos nítidamente lo mejor de esa vocación, que fué siempre, en las grandes horas, dádiva intrépida de sí misma, amplitud de vigor humano, valentía sincera de las ideas en las empresas del pensamiento y, en las empresas de la conducta, valentía patética de la acción.

Pocos actos podían afirmar con mayor aliento el apego de nuestro pueblo a la fuente latina de su cultura y al idioma soberbio que la interpreta, como este acto en el que rendimos un homenaje de admiración al educador que esparció la semilla del castellano entre los indios de la Colonia, y al poeta que en esa lengua reveló al mundo la esencia del alma hispánica: su idealismo, tajante y claro cual una espada, y, también, su sencilla honradez ante la verdad de los seres, de los sucesos y de las cosas.

EMOCIÓN DE ESPAÑA

Para que nada faltase al cuadro, las fechas mismas que delimitan las biografías de los dos hombres simbolizados en estos broncees ciñen el tiempo de la más alta emoción de España. 1470, el año en que, se supone, nace Vasco de Quiroga. Y 1616, el año en que muere Cervantes. En ese lapso, de poco menos de siglo y medio, ¿qué aventuras no intentan los españoles? Con Cristóbal Colón o con Sebastián Elcano, sus carabelas van agrandando los mares, en tanto que, con Garcilaso y Lope de Vega, sus plumas van ahondando la poesía, así como sus artistas, sus pensadores y sus guerreros van ensanchando las márgenes de la historia.

Celebración del 406º aniversario de la fundación de Morelia, Mich.—18 de mayo de 1947.

Del encuentro de aquella España, levantada en lo más rotundo de la ola magnífica de la suerte, con el mundo mágico y prodigioso que habitaban los pueblos americanos, iba a surgir, en nuestro país, esa realidad que llamamos México: patria profunda que, por profunda, vamos descubriendo mientras la hacemos; patria nacida —como todos los grandes hechos— entre ríos de lágrimas y de sangre; patria que nunca dimi- tirá de sus tradiciones y cuya fuerza de persistencia no podrá residir jamás en el odio suicida con que otros pueblos quieren borrar de sí mismos alguna huella de su linaje, sino, al contrario, en la magnanimidad con que ligue todos los elementos, indígenas y europeos, que lucharon por dominarse y que hubieron de conjugarse para vivir.

Faros de esa difícil conciliación, por distintos títulos, fueron las dos figuras que Morelia reúne en este lugar. Uno, el fundador de hospitales y de colegios, pasó entre lanzas, entre las lanzas de la Conquista, acariciando —sobre la frente de los vencidos— el amanecer de la próxima redención. El otro hizo de su obra un consuelo perpetuo para los hombres y, a través de los siglos, nos ha enseñado que no hay extremos que no acaben por comprenderse, pues ni siquiera el extravío de Don Quijote, vértice del delirio en la mística trágica de la acción, agotó la indulgencia de Sancho Panza, rústico proverbial, entre el abejero de cuyos plácidos aforismos no deja nunca de adivinarse la miel del afecto humano.

DON VASCO Y CERVANTES

Imaginemos, por un minuto, el aspecto de Europa en los tiempos de Vasco de Quiroga o de Miguel de Cervantes. Las bases del feudalismo no han desaparecido completamente; pero principian a destruirse bajo el embate de un nuevo sistema político, económico, científico y cultural. Por comparación con el hombre de la Edad Media, que era, ante todo, el profesional de una servidumbre —la servidumbre del señor en el campesino, la del oficio en el agremiado y la del blasón en el caballero—, el hombre renacentista ha podido hallar, lo mismo en la paz de las bibliotecas que en la ansiedad de las búsquedas arqueológicas, algo más importante que un libro excelso o que un torso de mármol mediterráneo. Ha creído encontrar, al fin, el tipo de una ambición de fórmula universal.

Al trasluz de los palimpsestos o entre las lápidas de las tumbas, los anteojos del humanista y las piquetas del excavador han descubierto un indicio trémulo y venturoso: la promesa de un mundo hecho no para comprimir y angustiar al hombre, sino para libertarlo y estimularlo.

Misionero de esa promesa fué el insigne varón a quien nuestros indios llamaron padre, por la tarea evangélica que se impuso. Y, años más tarde, ¿qué fué Cervantes, sino un augurio de esa igualdad y esa libertad que suscitaron, después, nuestra independencia?

Sin alardes, sin vehemencias, sin manifiestos, la creación de Cervantes iba a tener que vencer la estructura dinástica e imperial del orbe español que la recibía, primero como deleite, y luego, sin darse cuenta, como inquietud.

Calificarle de precursor de la democracia de nuestro tiempo parecería retórica paradoja. Y, sin embargo, si algún guía del pensamiento demostró la solidaridad de la inteligencia con lo más elevado —y también con lo más humilde— de todo el hombre, ese guía del pensamiento fué aquel que supo eternizar la antítesis del *Quijote* y, junto con ella, el concepto del diálogo varonil que divide nuestra conciencia en dos arduas zonas: la que oye el gemido del viento contra las aspas de los molinos, y la que escucha, sobre las piedras, el compás de los lentos cascos del rucio.

Donde otros eligen —esto es, prefieren, y, por tanto, en el fondo, desdeñan lo que no exaltan—, Cervantes ama. Es decir, perdona. Y perdona porque comprende. Y sonríe porque perdona... Ahora bien ¿no es ése —esa equidad cervantina— uno de los dones más luminosos que España hizo al advenimiento moral de la democracia?

¡Democracia y latinidad! Tantas falsas teorías de imperialismo han pretendido erigir los usurpadores sobre el cimiento de lo latino que, al unir estas dos palabras —democracia y latinidad—, nos sobresalta un escrúpulo inevitable: el de recordar la jactancia con que los déspotas, todavía recientemente, intentaron oponer a la dignidad del hombre, como capacidad de superación y de independencia, el concepto mendaz de raza, como base de predominio o como fatalidad en la esclavitud.

CULTURA Y RAZA

No son, por cierto, esas teorías —que buscaban hacer del color una calidad, de la sangre un fuero y de la forma del cráneo una ejecutoria— las que invocamos en esta hora, frente a hombres como Don Vasco de Quiroga y como Cervantes. Nos hemos negado insistentemente a la admisión de cualquier racismo. Pero ¿cómo podríamos ignorar las relaciones que enlazan a nuestro pueblo con todos los otros pueblos hermanados por la latinidad en el plano supremo de la cultura? Esa cultura es para nosotros un ejemplo y un testimonio. Testimonio y ejemplo tanto más gratos cuanto que no los miramos los mexicanos como el producto de una herencia biológica irrevocable sino, más bien, como el resultado de una libre elección del ánimo y —casi podría agregarse— como la recompensa de nuestra propia y recóndita evolución.

La historia nos ha enseñado que la única jerarquía espiritual discernible a los hombres y a los Estados deriva de su aptitud para ser más justos, más generosos y más auténticos, o —para definirlo con otros términos— del entusiasmo con que se entregan al perfeccionamiento de su persona o de su país, dentro de un concurso en que la civilización no sería nada si no implicase un anhelo perenne de libertad.

Ante presencias inalterables, como las de Cervantes y Vasco de Quiroga, y, sobre todo, al reflexionar en la convicción que sus obras y sus acciones nos infunden cuando tratamos de defender la universalidad integral de la inteligencia, advertimos una vez más el error de quienes —como el filólogo de Sajonia— tuvieron la audacia de sostener que los pueblos son los rodeos que da la naturaleza con el propósito de llegar a la elaboración de unos cuantos genios. ¿No demuestran ellos, por el contrario, que los hombres se ilustran, precisamente, por el valor con que aciertan a descubrir las rutas que abre la historia para la mayor cohesión de la especie humana?

En una época agobiada por la simulación de la paz tanto al menos como en la guerra por el espectáculo de la muerte, volvemos a nuestros héroes. Porque son héroes —y héroes actuales de nuestra Patria— todos los que supieron manifestarse como héroes de la cultura de nuestro idioma, como héroes de nuestra verdad y de nuestros sueños. De ahí que en esta Morelia de Morelos, las estatuas de Cervantes y de Don Vasco tengan un sitio tan natural como aquél que ocupan el talento

del uno y la ternura del otro en la intimidad de nuestro corazón. Fué nuestro el uno por la consagración de su vida y por la virtud. El otro nos pertenece, como a todos los hombres, porque vivió para adiestrarnos a respetar, con equidad incontrovertible, todas las circunstancias del sér humano, en sus ascensos y en sus caídas, en sus atrevimientos y en sus zozobras, en su ambición soberana de triunfo y gloria, y en sus modestas aspiraciones de quietud, de penumbra y de bienestar.

JOSE GERVASIO ARTIGAS, PARADIGMA
DE INTEGRIDAD

Si ALGÚN hecho comprueba el fervor de América y da aliento expresivo a su juventud, ese hecho, a mi juicio, es la intimidad en que nuestros pueblos viven con sus libertadores.

En otras tierras suelen los héroes, desmenuzados por la psicología de la historia o diluídos en la niebla de la leyenda, convertirse en problemas complejos para el observador. Pero, en América, la presencia de nuestros héroes resulta tan inmediata que no podemos ni reducirlos, por la abstracción, al análisis de una crítica sistemática, ni reintegrarlos, por el lirismo, a la anónima inmensidad de las fuerzas de la naturaleza.

Héroes tan próximos y de participación tan directa en nuestra existencia, no aceptan casi la fragmentación de las papeletas en que distribuyen su tema los biógrafos minuciosos, y de mal grado admiten, incluso, los límites de la estatua en que nuestro culto, con estremecimiento póstumo, los invoca.

Hombres fueron, aun en el vértice de la hazaña. Y hombres son; hombres siguen siendo, no espectadores, en la actualidad de nuestro destino.

De ahí que tenga tal importancia el acercarnos al pedestal en que los ha erguido el atrevimiento devoto del escultor. Porque no es el bronce, ni la piedra, ni el mármol lo que podría instalarlos de veras en nuestro cielo. Sus brazos no están inmóviles, como los brazos de las figuras que los recuerdan, sino luchando para nosotros —y con nosotros— en un combate que no advertimos y que, no obstante, será el que un día, ya sin congojas, nos ofrezca la dicha en la libertad.

Hombres de semejante carácter, tan poco hechos a la costumbre de ser emblemas; héroes que viven aún para estimularnos, nunca resultan, ni siquiera en efigie, huéspedes dóciles. El recibirlos y el contemplarlos no es cosa fácil, pues, para recibirlos con dignidad y contemplarlos sin irreverencia, tenemos que levantarnos nosotros mismos hasta

Inauguración de la estatua de José Gervasio Artigas, donada a la ciudad de México por la ciudad de Montevideo, Uruguay.—México, D. F., 19 de junio de 1947.

ese plano moral en que se descubre, más allá de la gesta, el ejemplo vivo, más allá de los actos, las enseñanzas, y más allá de la gloria, la exhortación.

CUNA DE ESFUERZOS

¡Cuántas estatuas son exclusivamente tumbas erectas, frente a las cuales pasan las muchedumbres sin darse cuenta del mensaje escondido entre las cenizas y de la voz imprecante bajo los lauros! . . . Pero hay estatuas que son, en cambio, cuna de esfuerzos. Y ésta de Artigas, a cuyas plantas nos congregamos, vibra de augurios; porque el varón al que la consagra el amor de América no abandonó la causa que proclamaba ni con la muerte, y todavía es la estrella de su ideal la que orienta a sus descendientes en el camino.

¡Grande y lúcido Artigas! Le imaginamos sobre el lomo de uno de los corceles ágiles de su tierra; desdeñoso ante las intrigas; saludando por su apellido a cada uno de los soldados en que la adivinación del país naciente transformó a los campesinos de la Banda Oriental del Río de la Plata; gaucho señero, más largo en hechos que en alabanzas; hombre que, acaso, no dominaba como otros genios la teoría de su conducta, pero encarnaba esa teoría con telúrica intensidad hasta el punto de que un filósofo de su patria —el sutil pensador de *Ariel*— pudo escribir que “ningún caudillo personifica con tan característica energía la democracia espontánea, nacida de las entrañas mismas de América” y que “ninguno, como él, desplegó desde el primer momento, con tal fe y tal constancia, la bandera de los principios de organización que habrían de prevalecer como fundamento de la independencia y la libertad de los pueblos del Continente”.

ORGANIZADOR DE LA INDEPENDENCIA

¡Organizador de la Independencia! ¿Qué elogio más positivo y qué definición más austera de su virtud? Porque, en efecto, en aquella aptitud de organizador —de organizador tenaz de la independencia— reside la cualidad primordial del jefe en quien admiramos la voluntad sin abdicaciones, forjada al fuego de un entusiasmo tan varonil que sus llamas consumen pronto el incienso vulgar de los adjetivos, y que nos brinda, en el escenario del Nuevo Mundo, una biografía empuñada

por todo un pueblo, afirmativa y reverberante como una espada frente a la aurora.

Lo mismo en la triunfal jornada de Las Piedras que guiando en su éxodo al Pueblo Oriental; en los sitios de Montevideo igual que en el campamento de Ayuí; en la hora de concebir y dictar las célebres *Instrucciones* para los diputados, a quienes después rechazara la Asamblea Constituyente de Buenos Aires, o en el lento crepúsculo de su vida, tras del asilo pedido al Doctor Francia en el Paraguay, Artigas pensó y actuó como el depositario de los destinos de su República. Jamás desertó su causa. Por eso, al buscar un epígrafe de su gloria, nos sentimos tentados a repetir las palabras que dirigió, en ocasión memorable, al generalísimo Sarratea: "La libertad de América forma mi sistema. Plantearlo es mi único anhelo."

En días en que el concepto de los Estados de este Hemisferio solía mostrarse vago e informe, como el perfil evasivo de las montañas entre la bruma de un cálido amanecer, Artigas luchó por dar una línea exacta e irrevocable a las soberanías americanas. En definir esa línea de resistencia puso toda la exaltación de quien ve en la Patria no a la madre feliz a la que se hereda, sino a la hija, todavía débil y vacilante, a la que es necesario guiar cautelosamente entre las discordias del interior y proteger generosamente de las amenazas del exterior.

Pero el amor paternal que tenía por su provincia nunca le indujo a menospreciar el deseo de vincularla con las demás. Así es cómo, trasladando a la escala continental los principios que le animaban, podríamos hallar una norma eficaz para nuestros pueblos en el artículo décimo de sus *Instrucciones* de 1813. "Que esta provincia —exclamaba entonces— entre en una firme liga de amistad con cada una de las otras, para su defensa común, seguridad de su libertad, y para su mutua y general felicidad, obligándose a asistir a cada una de las otras contra toda violencia o ataques hechos sobre ellas o sobre algunas de ellas, por motivo de religión, soberanía, tráfico o algún otro pretexto."

RESPONSABILIDAD DE LA LIBERTAD

No obstante el tiempo transcurrido, América no ha encontrado fórmula más certera para defender lo que Artigas llamaba "las ventajas de la libertad" y para mantener gobiernos, como él decía, "de piedad y justicia, industria y moderación".

Aquella visión de Artigas coloca al héroe del Uruguay en la galería de los libertadores que, con Bolívar, comprendieron sinceramente la responsabilidad moral de la independencia y no miraron en ella una meta última, susceptible de preservar nuestra dicha por el solo hecho de conquistarla, sino un sendero para perfeccionarnos en el honor y un sistema para ayudar a vivir a la humanidad en la paz dentro del derecho y en la fraternidad luminosa de la justicia.

A 134 años de la redacción de esas *Instrucciones*, se repiten, en nuestro diálogo cívico, las mismas frases: paz indivisible, seguridad colectiva. Pero, igual ahora que entonces, cuando exponemos esos conceptos no postulamos una doctrina capaz de frustrar la osadía de nuestros pueblos sumergiéndolos en la inercia de un estado de gracia garantizado por el falso usufructo de la quietud.

La paz del mundo no se presenta a los hijos de este Hemisferio como una póliza universal contra todo riesgo. Ello hundiría, tarde o temprano, a nuestras Repúblicas en el ocio peor: el del egoísmo. Sabemos que vivir es luchar incansablemente. En consecuencia, nuestra voluntad fervorosa de paz no entraña, en manera alguna, un anhelo senil de jubilación. Nuestro pacifismo condena en verdad la guerra; mas no la condena porque la guerra sea una lucha y un sacrificio; sino porque entre todas las formas de lucha es la más inicua y, de todos los sacrificios, el más estéril. Y queremos la paz no por el deleite de la paz misma, ni mucho menos como el proyecto de un paraíso erigido “a la sombra de las espadas”; sino porque sólo en la paz real habremos de continuar, con mayor vigor, esa lucha que no requiere cóleras ni cañones: la que fecunda el trabajo humano, la que da a nuestra civilización su mejor sentido; esto es, la que libra al hombre de la ignorancia, de la miseria y de la injusticia.

En esa lucha, que nunca cesa, Artigas nos acompaña. Y la Intendencia Municipal de Montevideo —al ofrecernos su imagen, con deferencia que agradecemos profundamente— se asocia a nosotros, junto con todo el pueblo uruguayo, en la emoción de honrar y servir a América. Lo atestigua la presencia aquí de una Misión especial, a cuyos honorables componentes me complazco en saludar. La preside un general que es, a la par, un poeta, y un poeta que ha conquistado muy justos lauros con el caudal de su épica inspiración.

LECCIÓN DE AMÉRICA

El recuerdo de un hombre ilustre constituye un mensaje y una lección. Estimamos esa lección y recibimos ese mensaje con alegría tanto más viva cuanto que fueron manos sin mancha, manos de niños, las que se unieron en las aulas de las escuelas del Uruguay, a fin de donar materiales para el vaciado metálico de la estatua que inauguramos.

En cualquier momento, descubrir el perfil de un héroe es un acto de extrema solemnidad. Pero tal solemnidad se reviste de caracteres inolvidables en épocas, como ésta, frente al horizonte sombrío de los problemas que afronta el género humano.

Dolorido y sangrante aún, el mundo contemporáneo necesita volver a la escuela de sus maestros y aprender, de sus palabras y de sus actos, el arte magnífico del perdón. Porque sólo entregándonos totalmente a la obra de redención que nos enaltece, conseguiremos salvar la paz y nutrirla de un contenido cordial y eterno.

Ahora bien, para realizar ese don total, es indispensable que sepamos vivir en la cima de cada instante y que se acostumbre a brillar nuestro pensamiento en la combustión dramática de las cumbres. Pienso, al decirlo, en Shakespeare, cuando describe, en el castillo de Porcia, la inquietud de los príncipes pretendientes. Tres arquillas se alinean ante sus ojos. La primera es de oro y, sobre su tapa, se leen estas palabras: "Quien me elija ganará lo que muchos desean." La segunda, de plata, lleva la siguiente inscripción sobre su cubierta: "Quien me escoja obtendrá tanto como merece." La última, que es de plomo, ostenta la divisa más ambiciosa: "Quien me escoja debe dar y aventurar todo lo que tiene."

Engañados por las apariencias, dos de los solicitantes de la mano de Porcia prefieren el cofre de oro, que promete lo que muchos desean, y el de plata, que anuncia un premio adecuado al mérito. Pero la respuesta que codiciaban —el retrato y el *sí* de Porcia— yacían en la más pobre de las tres arcas: en la de plomo que rehusaron, ligeramente, porque reclamaba todo lo que tenían.

He recordado aquel inmortal apólogo, pues abrigo la certidumbre de que América deberá elegir con mayor valor que los príncipes shakespearianos. Nuestra Porcia se llama la libertad. Y para asegurarla, en la democracia, habremos de aventurar cuanto poseemos. Sólo así afian-

zará nuestro Continente esa victoria suprema, la que corona todas las otras: la victoria que vence a la victoria.

La misión de todo héroe genuino es la de alentarnos en la elección de la ruta que lleva a la humanidad a la consecución de su triunfo augusto. Que la presencia de Artigas, bajo el cielo de nuestra Patria, cumpla esa gran misión. Y que el bronce en que está fundida su estatua—ese *Artigas de bronce* que, para decirlo con palabras de Edgardo Ubaldo Genta, es “símbolo excelso de la unidad de pueblos independientes”— selle perennemente la amistad de nuestros países: México y Uruguay.

PRESENCIA DE BOLIVAR

CUANDO se piensa en las circunstancias que rodearon, cual las hadas pretéritas de los cuentos, la cuna del protagonista inmortal de América, se recibe la sensación de que los augurios depositados sobre esa cuna sólo anunciaban, en realidad, una cosa cierta: la vida que ahí empezaba no tendría paz.

Evoquemos las circunstancias a que he aludido.

Por una parte, en lo familiar, un hogar donde la riqueza aseguraba la tradición y permitía el esparcimiento de la cultura; pero que, por la audacia con que la época se gozaba en modificar los canales de la cultura, inducía a alterar esa tradición.

Por otra parte, en lo nacional, una incertidumbre anterior al advenimiento político del Estado; un país que ignoraba su esencia como país y, encerrado en los muros de la Colonia, miraba en la ley extranjera una imposición, en la educación un automatismo de servidumbres, en sus recursos la fuente de sus temores, y en su pueblo el tormento de una conciencia que anhelaba poner en orden lo que esperaba y lo que sufría.

Finalmente —y ya en dominios que no sé si calificar de internacionales, pues la palabra *internacional* no tenía entonces el valor que nosotros le atribuimos— un conjunto de masas, Africa, Asia, más perfiladas que definidas por el resplandor de los rayos que desde Europa atravesaban el cielo de un pensamiento del que iba a surgir la Revolución.

CORAZÓN DE UN CONTINENTE

Un niño nacido, como Bolívar, el 24 de julio de 1783, podía crecer inclinado hacia el sol de las monarquías desfallecientes. Seguir la causa del señorío crepuscular que, con la sangre, le transmitían sus precursores. O buscar, al contrario, en su propia fuerza, el sentido futuro de la República. Encontrar, en su propio dolor, el dolor del pueblo. Romper la estructura social que le proponía continuidad, conformismo y

Celebración del aniversario del natalicio de Simón Bolívar.—México, D. F., 24 de julio de 1947.

calma. Vencerse solo. Seguro entonces de su aptitud, vencer después a sus adversarios, de doctrina o de carne y hueso. Descubrir, en su alma, la voz de América. Sentir, dentro de su pecho, el corazón desnudo de un continente. Dar a ese continente un destino humano. Y saber que el destino de un nuevo mundo no puede ser sino el de ofrecerse a la libertad.

Ese —el más duro y el más glorioso— fué el camino magnífico de Bolívar. Camino que, de su América a nuestra América, hubo de conducirlo por muchas patrias; camino que le llevó a Roma como discípulo de Plutarco, a Londres como gestor de la independencia, a Kingston como profeta del Hemisferio, a Angostura, como legislador, a Boyacá como gran soldado, a Bogotá como presidente y, por fin, cierto día, hasta Santa Marta, como espectador de su propia muerte, poeta de su agonía, y filósofo trágico de sí mismo.

A través de ciudades y de llanuras, entre volcanes y sobre riscos, aquel camino tomó la cordillera por pedestal, fustigó las tinieblas como un relámpago y, tras de despertar en mil partes mil voluntades, cesó de pronto, sin concluir. Porque no podemos afirmar que haya concluído una ruta que todavía estamos abriendo para llegar, con Bolívar, hasta Bolívar.

PRESENCIA DE BOLÍVAR

La sola enumeración de los sitios que visitó y las múltiples condiciones en que tuvo que visitarlos nos revelan muy claramente la diversidad varonil de sus cualidades y la noble abundancia de sus presencias. Presencia, en México y en España, de viajero sentimental. Presencia de candidato a marqués en los salones de Carlos IV. Presencia de investigador de tormentas en el París inquietante del Primer Cónsul. Presencia de diplomático ante el Gabinete británico de 1810. Presencia de vencedor hasta en los desastres. Y, en las victorias, presencia de desdénso de la victoria.

¿Qué virtudes americanas no exaltaron el ánimo de Bolívar? ¿Y qué alturas, de las que puede codiciar un americano, no acometió con brío su intrepidez?

Orador, militar, político y estadista, fué al par que el Don Juan de la Libertad, uno de sus mártires más ilustres. Porque, siendo su vocación, la libertad resultó su culto, su fe, su dogma. Y él, que la res-

petaba como un precepto, la difundió entre las sombras como una aurora y la anunció, entre los odios, como un perdón.

¡Bolívar, progenitor! Y no me refiero exclusivamente a esas hijas dilectas de su osadía, las naciones que arrancó de la esclavitud con la espada o con la palabra. Porque, en sus labios, la palabra fulgía como una espada y, en sus manos, la espada se estremecía con el ardor de una imprecación. Me refiero, también, a esos otros pueblos que, por remotos, no recibieron de él la existencia misma; pero, a falta de la paternidad que se lega en la sangre de las batallas o en la tinta de las constituciones, reconocen la paternidad de su ejemplo en la persistencia y lo adoptan como su guía, a él para quien América —toda América— fué una sola pasión y un igual deber.

El hombre al que hubiera podido satisfacer el ser padre de patrias, sufrió de serlo. Le ufanaban los estandartes que repartía; pero le angustiaban las posibles rivalidades de esas banderas. Y, tras de dar libertad a muchas Repúblicas, comprendió que la dicha de esas Repúblicas nunca se lograría sino merced a la asociación dentro del derecho, en la armonía de la justicia y por los beneficios recíprocos de la unión.

UNIDAD EN LA LIBERTAD

Esto fué lo que, desde su muerte, nos empeñamos en llamar “el sueño de Bolívar”. En nuestros afanes por obtener, cada país por su propio esfuerzo, la independencia, la vida y el bienestar ¡qué lejos estábamos de advertir la posibilidad material de sus concepciones!

Utopía, sueño, quimera. . . Durante un siglo, esos fueron los nombres que mereció para muchos políticos realistas la unión de nuestras Repúblicas; porque, mientras cualquier cacique se aseguraba un altar de vergüenza en la cobardía de los esclavos, el paladín de los triunfos y las desgracias, el que llegó a compararse con Don Quijote en la cima desierta de su amargura, no podía arrancar al criterio práctico sino, a lo sumo, el reconocimiento —¿indulgente?— de su capacidad como soñador.

Superando el escepticismo que muchos experimentan ante los poderes del espíritu, hemos aprendido por fin —¡a costa de cuántos sacrificios!— que la derrota no es, a menudo, sino la máscara que protege los rasgos de la victoria, y que entre la aptitud creadora y el entusiasmo no existe más diferencia que aquella que separa, en el litoral del espejo,

a la figura y a la imagen. Hemos aprendido que Bolívar, según lo señala Waldo Frank, "aun en su fracaso es el símbolo de la posible victoria de una nueva cultura humana". Y hemos aprendido que, en América, su sueño significa el más positivo factor de todo intento de construcción.

"Lo mismo que a Colón —dice el escritor norteamericano— a Bolívar le faltaba la herramienta para realizar su proyecto." Así fué. Y así debió ser. Porque la síntesis de su genio no podía, contra la duración de su sola existencia endeble, completar una empresa que requería convertirse en paciente fruto de abnegación, madurado por muchas generaciones.

Paso a paso, nuestras Repúblicas hubieron de inventar los útiles adecuados para la fábrica que Bolívar, en un solo destello de inspiración, concibió en sus líneas fundamentales. La vida de relación en el Continente no tiene, desde entonces, mayor sentido. Y los instrumentos jurídicos, políticos y económicos que hemos ido allegando a partir de la fundación de la *Unión Internacional de las Repúblicas Americanas* ¿qué otra cosa son sino la herramienta que nos permite labrar ahora, en la realidad de los hechos, las iniciativas del Libertador?

Suyo fué, suyo será siempre, el sentimiento inicial a cuyo calor lograron desarrollarse los ideales del estadista. Y de él, siempre de él, serán los principios que descubrió en la profundidad de ese patriotismo que fué tan suyo: el patriotismo de un Continente.

Oigámoslos, con recogimiento, porque —antes y ahora y después— en ellos está el origen de la solidaridad de nuestras Repúblicas:

"El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común, que fijase sus relaciones exteriores y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente."

"El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos."

"Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas."

"La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas."

"Ninguno sería débil respecto al otro: ninguno sería más fuerte."

Mientras no alcancemos aquellas metas, dentro del patriotismo continental que, como una llama, le encendió para consumirle y le consumió

por la misma razón que le iluminó, la obra de Bolívar seguirá entre nosotros como un testigo: acusándonos, si la interrumpimos, estimulándonos a perfeccionarla y aguardando el término que le demos con el trabajo de nuestras manos, con la honradez de nuestras mentes y con la persuasión de nuestra verdad.

LA CARTA ORGÁNICA DE AMÉRICA

Afortunadamente, asociadas por el esfuerzo de la ascensión, las Repúblicas americanas avizoran ya, en la distancia, la inmensidad de la tierra prometida. Aquella que, si saben mantenerse fieles a su esperanza, será su tierra. La que el presentimiento bolivariano les destinó a fin de que, amándola y fecundándola, extrajeran de ella el caudal de una vida nueva, para una nueva humanidad, en un mundo nuevo.

Hemos de dejar atrás los recelos, los egoísmos y los rencores. Y, sin tardanza, hemos de establecer, con respeto absoluto para la libertad de cada país, los últimos peldaños del entendimiento continental. La Carta Orgánica de América —que, a iniciativa de México, considerada con el espíritu más generoso por la totalidad de nuestras naciones, se ha de escribir en Bogotá— marcará el principio de una era en la que todos nuestros pueblos, fortalecidos por la cooperación política, económica, social y cultural, propugnarán un ideal todavía más elevado: el de la paz permanente en una convivencia redimida de la enfermedad y de la miseria, del temor y de la ignorancia. Porque si, durante un siglo, nuestro fin ha sido la unidad de América, el fin de la unidad de América no puede ser otro que el bien y la dignidad del hombre, del hombre al servicio del mundo, en un mundo al servicio del hombre.

Así lo pensó él, el batallador representado por esa estatua; el que, desde todas las estatuas que le ha ofrecido el fervor de los pueblos de América, muere cien veces cada día para descender hasta el hombre que le contempla y que, a lo largo de las aceras, busca refugio en los huecos oscuros de la ciudad. Y así lo piensa, también, el hombre de la calle, el que desde abajo lucha por sostenerlo, a fin de poder algún día subir hasta su grandeza, entrar dentro de su bronce y vivir y triunfar con él.

A propósito del héroe que celebramos decía Rodó: "Falta que subamos nosotros y que sobre nuestros hombros descuelle, junto a aquellas figuras universales que sólo parecen más altas porque están más altos que los nuestros los hombros de los pueblos que las levantan." Y, adivi-

nando acaso nuestro momento, añadía el autor de *Ariel*: “Se acerca la plenitud de nuestros destinos, y, con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo.”

El mundo sangra —es cierto— por todas sus heridas, teme con todos los temores, llora con todas las lágrimas. Pero la conciencia de América está despierta. Y la luz de Bolívar rebosa sobre nosotros como la promesa —inefable— de un día mejor.

III

ASPECTOS Y PROBLEMAS DE LA EDUCACION

ASPIRACIONES Y META DE LA EDUCACION MEXICANA

AGRADEZCO al Señor Presidente de la República el deseo que me expresó de que mi primer acto como Secretario de Educación fuese el de concurrir en su compañía a la inauguración de vuestro Congreso. Ello implica una prueba de fe en lo que se propone emprender la Dependencia que ha sido puesta a mi cargo; pero, más aún, en lo que unos y otros conseguiremos si trabajamos unidos estrechamente, bajo el auspicio de los valores espirituales de solidaridad, de conciliación y de patriotismo que deben servirnos de guías en nuestra cruzada de educación.

De esa cruzada vosotros sois los soldados intrépidos y constantes. Nada, por tanto, podía parecerme más adecuado que aprovechar esta oportunidad para indicaros cuáles serán las bases de nuestro programa y cuáles los cauces de la colaboración que habremos de solicitar de vuestra honradez.

A la postre, México valdrá lo que valgan los hombres y las mujeres que en él habitan. Y el valor de las mujeres y de los hombres está en función de su integridad, de su aptitud para el bien y de su concepción social de sus derechos y obligaciones. En suma: de la espontánea subordinación de sus intereses particulares a los intereses de la comunidad.

Todas estas virtudes no se improvisan. Los talleres en que se forja el alma de un pueblo son los hogares y las escuelas. Y, cuando una parte de esos talleres se halla a merced de las tempestades políticas, el equilibrio se altera y los apetitos parciales se sacian a costa del progreso de la Nación.

Para que la obra del magisterio redunde en el beneficio que de ella esperamos, hay que apartarla no de las altas aspiraciones de la política—sin las cuales se establecería un contraste absurdo entre el maestro y el ciudadano—, sino de esas apetencias mezquinas, de núcleos o de personas, en las que tantos caudales humanos se han agotado.

Si hemos de hacer de la educación un baluarte inexpugnable del espíritu de México, habremos de comenzar por eliminar toda agitación malsana de sus recintos. Los derechos que habéis logrado son garantías

Sesión inaugural del Congreso de Unificación Magisterial.—México, D. F., 24 de diciembre de 1943.

que ninguna autoridad comprensiva intentará desarticular jamás. Lo que importa es que esas garantías no se conviertan ni en un escudo para la inercia, ni en una protección para el ocio ni en trampolines de asalto para eventuales demoledores. El evitar esos riesgos os interesa tanto como al Gobierno. ¿Cómo, en efecto, podría explicarse que os congregais para desmentir en común lo que, aisladamente, es materia vital de vuestros preceptos, orgullo de vuestro oficio y lema de vuestras cátedras: la disciplina, el celo patriótico y el respeto sincero del ideal?

Estamos viviendo horas de insólita gravedad. El mundo se encuentra en guerra. Y ninguno podría hoy prescindir con honor de las inquietudes que infunde un conflicto tan gigantesco, en el que no son nada más las tropas las que combaten, sino los pueblos y las ideas, las artes, las ciencias y las doctrinas: todas las manifestaciones de la materia y todos los instrumentos del espíritu. Ante esta movilización de conceptos que nos habíamos acostumbrado a juzgar como insobornables; ante esta esclavitud de las técnicas y ante esta imagen de una cultura que —tras de organizar a sangre fría la destrucción— acampa a la orilla de las trincheras, desliza folletos de propaganda en las mochilas de los soldados e inunda el aire con difusiones de cólera y de mentira, es natural que los seres se sientan sobrecogidos por el temor de que, en tan formidable contienda y aunque venzan los adalides de la justicia, salga maltrеча y herida la civilización de la Humanidad.

Con razón México se interesa por evitar que prospere sobre la tierra el sistema inicuo que ha cometido tantos delitos. Y con razón los maestros de México procuran unirse más firmemente para defender a la Democracia en lo que tiene de más genuino.

En su último *Informe* al Congreso, nuestro Primer Magistrado emitió estas palabras confortadoras: “Aspiramos a una enseñanza integral que fomente sin distinción las cualidades que hay en el hombre y no haga de él un esquema trunco, en que la especialización se concrete a reglas mecánicas y automáticas. Que el obrero, el agricultor, el artesano, el artista, el profesionista y el sabio mismo amen su oficio, su arte, su ciencia y su profesión, pero como fragmentos de un todo: el de la comunidad en que colaboran.”

“Democrática y mexicana por inspiración, nuestra escuela habrá de ser hondamente social en su actividad. Lejos de nosotros la pretensión de los dictadores que se apoderan del educando como pieza anó-

nima y obediente del sistema despótico que gobiernan. Sin embargo, tampoco estimamos que el papel de la escuela haya de ser en México el de un mero almacén de datos e informaciones. Lo que se sabe vale más por la forma como se sabe y por la finalidad ulterior a que se destina. Por eso, más importante que acumular materiales resulta indudablemente formar criterios.”

¿Cómo podrían estos plausibles propósitos no animar a nuestro país? Incorporado a la vida internacional por el descubrimiento de América, México está vinculado a los momentos más luminosos de toda la historia moderna: a la expansión de la sabiduría de Occidente, producida a partir de Colón y de Magallanes; a la aparición de ese nuevo modo de comprender la existencia política del que fueron magníficos testimonios la Revolución Francesa y la *Declaración de los Derechos del Hombre* y, ahora, al apasionado y viril fervor con que pelean los pueblos libres para derrotar a las fuerzas de la barbarie.

Si agregamos a estas circunstancias universales las que derivan de la evolución de nuestros aborígenes y si añadimos al pensamiento europeo, transmitido por los colonizadores, el patrimonio de los pobladores indígenas —cuya sangre fluye en las venas de millones de mexicanos— percibiremos lo que significa nuestra República: una síntesis generosa de anhelos y privaciones, de sufrimientos y de alegrías, de realidades y de ideales.

Todos esos ideales y esos anhelos se oponen irremisiblemente a la dictadura de la violencia. No es sólo nuestro Gobierno, es el alma de nuestro pueblo la que proclama la urgencia de suscitar una educación encaminada hacia el bien y hacia la justicia. Es el alma de nuestro pueblo la que nos manda. Y es ella, asimismo, la que deberá presidir vuestras discusiones.

¿Cuáles serán los principios de vuestra unificación? Corresponde a vosotros el precisarlos. Pero es un deber para mí el referirme a los fines que la Secretaría de Educación Pública tendrá que marcar a vuestras tareas. Permitidme, por consiguiente, plantear el problema en sus perspectivas más generales.

Para determinar lo que ambicionamos, conviene ponernos de acuerdo acerca de lo que fuimos y lo que somos. En resumen, nuestra civilización nos ofrece el fruto de dos culturas: la de Europa y la de las colectividades precolombinas. Si la contribución de las masas indígenas

—que México tiene a orgullo— es, sobre todo, ostensible en esos factores imponderables que emanan de la sensibilidad y el temperamento; si su influencia se enlaza a nuestro carácter como se adhiere al fuste de las columnas levantadas por los arquitectos de la Colonia la hiedra de los motivos ornamentales, en que el observador reconoce la mano del operario nativo, sensual y cauta; si su lágrima secular es la que irisa de pronto la emoción de nuestra poesía y de nuestra música, ¿cómo, en cambio, negar que las líneas cimeras de nuestras actuales instituciones, nuestra conciencia histórica, la unidad de nuestro lenguaje, el trazo de nuestras reglas jurídicas y la concepción de nuestra responsabilidad internacional hacen de la cultura de nuestra Patria una prolongación matizada, pero inequívoca, de la cultura espléndida de Occidente?

Ahora bien, los dos focos de esa cultura son el criterio claro y concreto de las humanidades greco-latinas y la filosofía piadosa del cristianismo. El primero ha inspirado nuestra inteligencia. La segunda impregna nuestra moral. Uno y otra se hallan presentes en nuestra vida. Y contra ambos está enderezada la máquina destructora del pensamiento totalitario.

Esto nos marca una norma estricta: la de perfeccionar nuestra educación sin traicionar nuestras tradiciones, pero sin promover obstáculos insalvables a la renovación incesante del porvenir. Tendremos que rechazar los procedimientos que modelaban al individuo sin tomar en cuenta a la sociedad, para el solo provecho efectivo de una casta, de un régimen o de un credo, y habremos igualmente de repudiar la crueldad de los dogmas nazifascistas.

De ahí que la educación del carácter nos parezca el precedente y el corolario de toda buena instrucción. En esta materia, la familia debe ser una colaboradora importante de los Gobiernos. Mas si el Estado no ha de cegar las fuentes que la enseñanza de la familia le proporciona, tampoco puede olvidar sus primordiales obligaciones de vigilante y de orientador. Una enseñanza que no desenvuelve en los seres el sentido nacional y social, los entrega —por abdicación o por impericia— a todas las amenazas, ya que la superficie más accesible a la corrosión de las propagandas desquiciadoras se halla frecuentemente en la conciencia dúctil de la niñez.

La libertad de creencias es un principio indispensable y vital de la democracia. Precisamente porque así lo apreciamos, pondremos nuestro

mayor empeño en acatarlo cumplidamente y consagraremos toda nuestra energía a velar porque los intereses organizados por las creencias no traten de minar esa libertad, que las leyes les aseguran, intentando luchar unas contra otras en nuestro seno e introduciendo subterráneamente en la estructura educativa de México esos gérmenes de discordia y de sectarismo que motivaron en el pasado tantos conflictos, tantos errores y tantos lutos.

Conservaremos intacta la ejecutoria de la Revolución Mexicana. La doctrina social que sustenta nuestra Constitución es una respuesta a los sufrimientos que México padeció durante esos períodos de su historia en los que, bajo el disfraz de un individualismo más aparente que verdadero, se intentó frustrar muchos de los propósitos colectivos esenciales para la libertad y la vida de la República: lapsos oscuros durante los cuales la inacción de las autoridades fué aprovechada no tanto con el objeto de liberar a los educandos del control de los órganos del Gobierno, cuanto para someterlos de hecho a influencias menos visibles, muchas veces extrañas y que podían estar en oposición con las causas legítimas del Estado.

Sin pasividades ni intolerancias, la educación ha de concebir algo más decisivo y fecundo que una somera tarea de ilustración o una simple habilitación de emergencia para ciertos oficios y profesiones. Sabemos cuántos dramas humanos tienen su origen en la contraposición del carácter de un pueblo y las formas externas de su cultura. Y sentimos que sería un error lamentable empeñarse en ceñir arbitrariamente el primero a las consecuencias de las segundas, pues tenemos la certidumbre de que las únicas culturas activas son las auténticas. Es decir: las que brotan, sin deformaciones artificiales, de las raíces de la comunidad.

Reconociéndolo así, proclamamos que en nuestro país la educación ha de tratar de enseñarnos principalmente a valorar nuestra propia alma, a estimar la eficacia de sus virtudes y a reconocer el lastre de sus defectos, asimilando las calidades aprovechables, coordinando las diferencias irreductibles; civilizando, en una palabra, a los grupos que el aislamiento y el abandono han dejado a la zaga del progreso de las ciudades; dando a los centros urbanos interés por las poblaciones del interior; inculcando en unos y en otras el amor de lo autóctono, de lo nuestro

y al mismo tiempo despertando en todos una vocación multiforme: la de la vida.

Sólo en un pueblo consciente del abismo que media entre la ciencia de vivir y la paciencia de vegetar, podrán florecer con vigor las manifestaciones más altas de la cultura. Nadie empieza una construcción por los adornos del frontispicio, sino por la obra de los cimientos. Por eso hemos de cuidar de no invertir los términos del problema, de no preferir a lo sólido lo brillante y de no incurrir en esos sistemas de domesticación y de amaestramiento que las minorías imponen de arriba abajo, ya que en todas las ocasiones en que el hombre ha logrado aquilatar su destino con lucidez, ha procedido de abajo arriba, subiendo de la multitud a la selección y haciendo de ésta un símbolo y un resumen.

Lo más entrañable de nuestra empresa radicará en incitar a vivir a la gran mayoría de nuestros compatriotas; porque la sabiduría de vivir no estriba en soportar la vida y en resignarse a llevarla como una carga. Y eso —con mayor o menor estoicismo— es lo que casi siempre hacemos los mexicanos.

Pero no se enseña a apreciar la vida con meras prédicas generales desprovistas de un sentido leal de la realidad. Cuando un maestro se acerca a los miembros de una colectividad despojada y olvidada desde hace siglos por la cultura, lo que éstos necesitan no es un discurso, sino una serie de reglas útiles y sencillas, algunas fórmulas —fáciles de aprender y de retener— para mejorar la técnica en lo que hacen, determinados consejos de salud física y de limpieza moral y, más que nada, calor sincero de simpatía, emoción de fraternidad humana, afecto, estímulo, estimación.

Una existencia pura es la mejor garantía de una enseñanza eficaz. En ocasiones, la bondad del espíritu y la nobleza del corazón valen tanto como un diploma. Os invito, pues, a que no admitáis en vuestro seno sino a maestros de conducta irreprochable y a que colaboréis con la Secretaría de Educación para preparar a las nuevas generaciones de profesores. Por nuestra parte, uno de nuestros mayores afanes consistirá en favorecer la creación de centros de capacitación para el magisterio: institutos normales en cuyos planes de estudio el pedantismo no asfixie a la realidad, las tendencias empíricas no inciten a desdeñar la amplitud del conocimiento humano y el deseo de esa amplitud no induzca tampoco a una imitación servil del pasado o de lo extranjero.

Estoy seguro de que, entre la compañía de un improvisado, que sólo debe su nombramiento a un azar político, y la de un colega salido de un buen plantel, ningún verdadero maestro se sentirá dispuesto a dudar. Todo profesor que aconseja el bien pero acepta el mal y lo practica por comodidad o por cobardía, no es un maestro. ¿De qué serviría instruir a nuestros alumnos si lo que van a leer al salir de la escuela es la constancia entristecedora de nuestras insuficiencias y nuestros vicios? Ante interrogación tan punzante vienen a mi memoria las palabras de Calibán en *La Tempestad* de Shakespeare: "Me habéis enseñado a hablar y he aquí lo que ello me ha reportado: sé maldecir. . ."

Y es que, mientras la Secretaría de Educación no sea un órgano efectivo de definición para la moral pública, llamarla *de Educación* constituirá a lo sumo un alarde retórico intrascendente.

La civilización suele llevar en sí misma a sus adversarios: el utilitarismo, la especialización exagerada y la creciente desproporción entre la capacidad del talento y el dominio de la virtud. A este respecto, citaré aquí las frases de un distinguido parlamentario noruego: "Si la educación democrática no inyecta en los jóvenes una convicción más honda y apasionada de los valores eternos de la vida que la instilada en la juventud totalitaria, las democracias no sobrevivirán, aun cuando ganen la guerra. Si la educación democrática no puede producir valientes soldados de la paz, creadores de la nueva libertad, hombres que se sacrifiquen gustosamente, jamás lograremos una paz duradera."

Este, señores, es el aspecto profundo de la cuestión. El ideal de la democracia y la vida de América están tan inextricablemente ligados que ser, para nosotros, es aspirar a ser íntegramente demócratas. Tanto es así que las vejaciones con que las tiranías personales han vulnerado a la democracia no han obtenido sino detener transitoriamente su evolución, originando conflictos en que la sangre de las masas, al derramarse, ha vuelto a sellar ese augusto pacto de alianza que América, en el amanecer de su independencia, firmó con la libertad.

Para que los nuevos mexicanos tengan fe en la educación que les sea impartida, de nada servirá el perfeccionamiento de nuestros métodos, si ese perfeccionamiento no se conjuga con la depuración de nuestra política y con el respeto de nuestras instituciones. Para nuestra cultura, uno de los riesgos más graves puede surgir de que —llevados de la superstición verbalista que singulariza a las colectividades en trance de

integración— consideremos que la democracia es una fórmula de repercusión automática, un conjuro mágico, y que basta invocarla en teoría para que opere, pues mientras nuestros actos no se ajusten a nuestros postulados, los niños y los adolescentes de nuestra Patria no entregarán a la educación sino un alma escéptica y angustiada.

Intencionalmente me he referido hasta estos momentos a un solo aspecto de nuestro problema educativo: el de la enseñanza primaria, con sus consecuencias directas en la incorporación de las masas adultas, rurales y urbanas. Juzgo, en efecto, que ese aspecto de nuestra actividad es el que tiene ahora máxima urgencia; pero el hecho de concederle el primer lugar en nuestra atención no nos autorizará a descuidar las posibilidades de la enseñanza técnica ni la necesidad —cada vez más clara— de una correcta formación secundaria, preparatoria y normal, ni, por supuesto, la suprema ayuda de un desarrollo universitario bien coordinado.

El peligro de la acción popular que nos proponemos podría residir en su permeabilidad para algo sumamente nocivo: el afán de improvisación. Si no deseamos caer en generalizaciones simplistas y en gestos líricos, hemos de resistir a la tentación de lo rápido y de lo fácil. Entre crear —por ejemplo— diez misiones accidentales, carentes de dirección y de material, y establecer un pequeño centro, modesto pero efectivo, dotado de útiles y de libros y administrado por profesores conscientes de su papel, nuestra elección no vacilará un solo momento. Lo primero constituiría un espectáculo; lo segundo implicará una labor.

Necesitamos técnicos tanto como maestros. Técnicos de la enseñanza y, también, técnicos de la industria. Sin embargo, cuidaremos mucho de no tomar los métodos por los fines y de no confundir el sentido práctico de la vida con una filosofía utilitaria, de egoísta y espesa mediocridad.

La técnica ha de ser un medio; nunca un propósito último y decisivo. Hay un oficio que priva sobre todos los otros: el de ser hombre. Evitemos por eso que, para enseñorear a la técnica, se pretenda deformar o empequeñecer nuestra humanidad. Y, ante cualquier perfeccionamiento episódico del instrumental de la civilización, nos preguntaremos como John Ruskin frente al cable que iba a unir por primera vez a la India con Inglaterra: “¿Qué mensaje transmitirá?”

Lo que da su importancia al telégrafo no es, en verdad, la corriente que lo atraviesa, sino el mensaje que conduce. Y en la función creadora de ese mensaje —que, por lo que concierne a nuestro país, será la lección perdurable de México— esperamos que colaboren con nosotros todos los elementos de enlace que posee la inteligencia: los maestros, las universidades y los periódicos, los pensadores y los artistas, los padres de familia y las agrupaciones representativas de la juventud.

Si me he extendido al daros a conocer los principales lineamientos del programa de la Secretaría de Educación Pública, es porque estimo que en una hora en que hacéis un sincero esfuerzo para lograr vuestra unificación, podrá alentaros sentir que esa unificación que buscáis nos es necesaria y que, una vez lograda, no la utilizaremos para ningún fin estrecho y partidarista, sino para servir mejor y con mayor eficacia a nuestra República.

Nuestras actividades abarcarán en lo sucesivo un escenario muy amplio. Para llevarlas a cabo será menester que el país no pierda confianza en vosotros, que os sienta siempre en un plano superior a la hostilidad de las sectas y a los rencores inútiles de los grupos. Aun separados, sois una fuerza; pero una fuerza de la que suelen salir disidencias, obstáculos y querellas. Juntos, vuestra fuerza será mayor y tendrá, además, un resultado más importante y más respetable: el de actuar paralelamente al espíritu de unidad que anhelamos todos los mexicanos.

II

LA UNIFICACION MAGISTERIAL Y LA MOVILIZACION DE LA CULTURA

MI PRIMER contacto personal con vosotros se efectuó hace apenas unos días en presencia del Señor Presidente de la República y con motivo de la inauguración de vuestro Congreso. Mi visita de hoy tiene otro propósito: el de contemplar el resultado de vuestras labores en pro de la unificación del magisterio de la República y felicitaros por el éxito obtenido.

Desde que se iniciaron esas labores manifesté que la Secretaría de Educación se colocaría en un plano superior a las divisiones y a los egoísmos estériles de los grupos. En este instante puedo añadir que, pese a las inquietudes que encuadraron las actividades de esta Asamblea, los frutos de su esfuerzo son ya visibles: una organización vigorosa ha sido creada. Al frente de ella se encuentra una Mesa Directiva acerca de la honestidad y del criterio de cuyos miembros debéis haber meditado antes de elegirlos, con absoluta franqueza y con elevado sentido de responsabilidad. Veo con satisfacción que en dicha Mesa figuran representantes de todas las Centrales que concurrieron al Congreso. Este hecho demuestra que el principio de la unificación ha prevalecido.

Creo, por otra parte, que la experiencia y el tiempo se encargarán de perfeccionar vuestra obra y que el mejor augurio de éxito será la actitud de cordura y de sana ponderación que todos adopten serenamente.

El organismo que habéis formado fuera de toda presión oficial se presenta como un organismo libre y, en tal calidad, tiene que responder al país con probidad y con honradez.

El 24 de diciembre, uno de vuestros oradores dijo —desde esta misma tribuna— que la Dependencia a mi cargo podía confiar en la adhesión unánime de los maestros, siempre que tomase en cuenta sus legítimos intereses. Ahora soy yo quien os dice: podréis contar con la amplia voluntad de comprensión de la Secretaría de Educación Pública

siempre que no intentéis interpretar esa voluntad como una flaqueza o un consentimiento previo para que intervengáis de manera unilateral en una dirección que, si ha de ser efectiva, deberá reunir dos condiciones fundamentales: la autoridad plena de los funcionarios y la armonía de esa autoridad con vuestras capacidades individuales y con vuestro aliento conjunto para servir a la Patria como merece.

No quiero dudar ni de este aliento ni de aquella capacidad. Pero me apresuro a comunicaros que, precisamente porque no dudamos de tales aptitudes, las pondremos a prueba sin dilación.

La Secretaría de Educación va a trabajar y va a trabajar cada día más. Así lo exige urgentemente el porvenir de México. Espero que todos vosotros trabajaréis con ella al ritmo que las circunstancias demanden, comprendiendo en cualquier momento que, dentro de una época de emergencia como aquella en que nos ha tocado vivir, el maestro es un elemento indispensable de nuestra perduración y una avanzada esencial de nuestra defensa. En tal virtud, su parcialidad, su pereza o su indisciplina constituirían una disgregación incalificable de la energía consciente de la República.

Necesitamos que, ahora que os habéis unido más estrechamente, no perdáis el tiempo en debates internos, superfluos y muchas veces perjudiciales; que todas las horas de vuestro calendario escolar se consagren realmente a las tareas educativas; que os incorporéis con ánimo generoso a las colectividades en que os encontráis destacados, ampliando, siempre que sea posible, el radio extraescolar de vuestras funciones y tendiendo a crear en todas las familias de vuestros educandos un espíritu de confianza, de cooperación y de patriotismo.

Conozco los sacrificios de la gran masa magisterial. Tengo, sobre todo, la sensación de que es menester ayudarla no sólo con el estímulo del afecto, sino con el mejoramiento de los instrumentos de que dispone y el sostenimiento de un servicio de información y de explicación acerca de las instrucciones y de los métodos que ulteriormente fijemos y establezcamos.

El maestro debe ser una fuerza de homogeneidad y no un fermento de división. Para que cumpla mejor con su cometido procuraremos no sólo perfeccionar su preparación merced a los centros de capacitación a que me referí en mi discurso del 24 de diciembre, sino facilitándole

obras de consulta, distribuyendo periódicamente boletines en que se determine la forma más oportuna de penetrar en la conciencia de los alumnos, de conquistar su adhesión sincera para la Patria y de hacerles trabajar de manera práctica, fomentando el despertar de sus vocaciones, encauzándolas hacia fines útiles y desarrollando, con el ejemplo, su moralidad y su fe en el bien.

Nuestro pueblo ha sufrido, durante siglos, un complejo de inferioridad que hace muy delicada la misión de los profesores. Hay que cultivar en él todas las aptitudes de la fraternidad social, sin fomentar las pasiones que engendra el resentimiento. Hacerle comprender que la forma más torpe y ciega de demostrar su energía es la de negar y de destruir. Suscitar en cada quien la seguridad en sí mismo, el tesón y el amor de la lucha honesta por la existencia, intensificando su capacidad de equilibrio humano y su devoción para la justicia dentro de un anhelo que supere la infecundidad de los odios pero que haga de la benevolencia y de la piedad cualidades viriles, de fuerza activa; no condiciones inertes, de resignación y de incertidumbre, de renunciamiento y pasividad.

Una de las cuestiones que nos interesan más vivamente es la de los libros de texto. Tengo el propósito de que, en lo futuro, se enseñe a leer en obras hechas de acuerdo con dos requisitos complementarios: el de que los textos desenvuelvan ideas de validez democrática incuestionable para todos los mexicanos y el de que su vocabulario utilice las tradiciones y la realidad de la naturaleza y del clima de cada región. Diversidad de formas y unidad de espíritu habrán de ser las bases de esos volúmenes de lectura. Así lo requiere la extensión de nuestro territorio, el aislamiento en que han existido algunas comarcas, el apego sentimental de diversas comunidades a su paisaje y a sus costumbres y la necesidad de fundir los regionalismos, sin destruirlos, dentro de un total positivamente armónico: el total de México. Las sugerencias que los maestros nos hagan a este respecto servirán, sin duda, como puntos de referencia a los encargados de redactar los libros que patrocinará esta Secretaría y que se imprimirán a sus expensas para poder obsequiarlos a los menesterosos y venderlos a los demás a un precio bajo y equitativo.

En la pobreza de nuestro campo, la escuela surgida de la Revolución debe ser —hasta por su aspecto— un símbolo del México futuro.

De ahí que sea un propósito entrañable de la Secretaría de Educación mejorar los establecimientos educativos en sus edificios y en sus equipos y hacer todo lo posible para que la escuela y el hogar del maestro sirvan de ejemplo de vida social.

Una escuela limpia, aunque sea modesta, es una invitación al estudio y una garantía de la salud. Debéis preocuparos porque vuestros planteles se conserven en escrupulosas condiciones de aseo. No puedo ofreceros lujos —ni siquiera un plan inmediato de edificación intensiva, como el que desearía llevar a cabo el Gobierno en el curso de su gestión—, pero sí una vigilante atención para sanear y alegrar el escenario de vuestras aulas y un constante esfuerzo para conseguir que las autoridades que no dependen de la Federación nos ayuden también en este sentido.

Nos empeñaremos porque la parcela escolar disponga de los implementos adecuados para que atienda el trascendental deber de hacer que los niños campesinos hagan más libre, más bella y más productiva la tierra de sus antecesores.

El equipo agrícola y el material deportivo que vamos a tratar de enviaros tendrán que ser aprovechados muy esmeradamente, enseñando a quienes los usen a cuidarlos como bien propio y alentando las labores y los juegos gimnásticos a fin de infundir fervor para las faenas de nuestro suelo y, a la vez, de fortalecer a los educandos con un ejercicio que no robe dedicación a las horas de clase, pero que las compense debidamente, ya que el mejor descanso colectivo es el cambio de ocupaciones y todo lo que vigoriza al cuerpo sirve también a la mente en sus facultades de claridad, de rectitud y de decisión.

No creemos que la técnica pueda enseñarse tan sólo en los libros y en los laboratorios. Se requiere, para lograrla, una observación directa de las condiciones en que se manifiestan las actividades humanas a las cuales se aplica. Por consiguiente, nos proponemos fundar establecimientos de enseñanza técnica en los sitios de producción e insistiremos en dar a la educación que en ellos se imparta una base firme que beneficie a la población del país rindiendo riqueza y, al mismo tiempo y en primer término, elevando el nivel cultural de todos sus miembros.

En las declaraciones que hice a la prensa el 23 del actual indiqué que nuestro Primer Magistrado me había encargado organizar la Sec-

ción Educativa del Consejo Supremo de la Defensa. Dentro de un lapso, que espero breve, exhortaremos a todas las iniciativas particulares—que por su seriedad así lo merezcan— para que integren con elementos selectos esa Sección. Me refiero, entre otros sectores, a los periódicos y a la imprenta, a los escritores, a los profesionistas y a los artistas, a las universidades, a las academias y a los ateneos, a las asociaciones de padres de familia y a las empresas del cinematógrafo y de la radio. La opinión de los maestros será escuchada debidamente y —según entonces veréis— trataremos de promover ediciones populares cómodas y baratas, películas de corto metraje sobre temas educativos o sobre procedimientos concretos para la utilización de nuestros recursos, viajes de investigación científica a zonas poco exploradas de la República y radiodifusiones que alternen conciertos y conferencias bien escogidos con biografías sintéticas de los grandes hombres, con imparciales resúmenes de historia, con recomendaciones agrícolas e industriales a los cultivadores y a los obreros y con lecciones sencillas, a la vez directas y amenas, respecto a determinadas cuestiones de civismo, de ética y de instrucción.

Como no cabe esperar que haya en todos los hogares un aparato de recepción, iniciaremos audiciones destinadas a los centros urbanos y campesinos distantes de las capitales de los Estados y de las poblaciones de importancia, mediante equipos de radio y altoparlantes instalados en automóviles, los que, siguiendo itinerarios cuidadosamente determinados, difundirán en sitios cercanos a las escuelas y otros lugares de reunión, programas educativos para los adultos y también para los menores. Esos programas se combinarán con vuestras actividades y, para tal objeto, os haremos llegar previamente circulares en las que consten los temas substanciales y la documentación apropiada para comentarlos con amplitud.

Estas anticipaciones representan sólo un esquema. Más adelante iréis conociendo en detalle todos los aspectos de nuestro plan de movilización cultural. En muchos de ellos vuestra participación será importantísima. Hago, pues, una amistosa excitativa al entusiasmo de todos los que me escuchan. No es, en efecto, con mentalidades egoístas y frías como lograremos vencer las dificultades, sino con ánimos entusiastas, capaces de comprender la misión redentora que, en pequeña o en amplia escala, la época nos asigna.

La actual guerra no nos ha reservado un papel de choque, sino de preparación y de producción. Producción de materiales básicos y estratégicos extraídos de nuestras minas y nuestros campos, y preparación de valores morales e intelectuales para la paz. Esta responsabilidad nos incumbe directamente. Aceptémosla sin demora.

PLANES EDUCATIVOS, PROGRAMAS DE ESTUDIO
Y TEXTOS ESCOLARES

INAUGURAMOS hoy el primer ciclo de trabajos de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Textos Escolares de la Secretaría de Educación Pública.

La amplitud del propósito perseguido requiere, sin duda, algunas palabras preliminares. Voy, por tanto, a explicar lo que esperamos de las labores de esta Comisión, a fin de que las gestiones de sus actuales miembros y las iniciativas de sus próximos asesores logren combinarse adecuadamente para que los debates no pequen por exceso de ambición académica y por carencia de sentido práctico y positivo.

Principiaré por decir a ustedes que, durante el curso del mes pasado, recibí la visita de numerosas delegaciones de profesores. En contra de lo que suponen quienes no creen en el desinterés y en el entusiasmo de la masa magisterial, las solicitudes que esas delegaciones me presentaron no tienden a resolver problemas estrechos y personales. Lo que esos mensajeros de la aspiración nacional de nuestras escuelas piden a la Secretaría de Educación puede sintetizarse, para honra suya, en torno a tres grupos de ideas: mayor justicia, mejor servicio y más diáfano espíritu de cohesión entre las autoridades del organismo que represento y los elementos que de él dependen en la República.

Tras de oír las demandas de los maestros, fuí a las escuelas primarias de la ciudad. Una población infantil, conmovedora, férvida y anhelosa, ha ingresado en ellas. Diferentes por la condición del origen y de la fortuna, aunque intuitivamente asociados por esa comunidad de la Patria que hace del párvulo una latente semilla de nuestra mexicanidad en integración, he hallado en esos niños y en esas niñas no pocas insuficiencias físicas; en ocasiones, mucha pobreza, pero, siempre, una voluntad despierta, una inteligencia rápida y penetrante y un sentido agudo, hasta doloroso, de su precoz responsabilidad.

Inauguración del Primer Ciclo de Trabajos de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Textos Escolares.—México, D. F., 3 de febrero de 1944.

¿POR QUÉ NUESTRAS ESCUELAS DAN RESULTADOS POCO SATISFACTORIOS?

Al volver de esa jira por los colegios, me he preguntado: ¿cómo es posible que, con una materia prima de calidad humana tan evidente, los productos elaborados por nuestra escuela sean, en términos generales, tan poco satisfactorios?

La respuesta a una pregunta de este carácter nos llevaría, si hubiera de ser completa, a consideraciones sociales, políticas y económicas, que no soy el llamado a intentar aquí. La culpa de este aprovechamiento precario de las aptitudes de nuestra infancia no corresponde exclusivamente a la desorientación que ha reinado en materia de educación. ¿Podríamos declarar, sin embargo, que no tiene parte en semejante fenómeno lo inconexo de los esfuerzos desarrollados para afirmar y para ilustrar el talento de nuestro pueblo?

No hablemos por ahora de los educadores incompetentes. Los hay, sin duda. Menos de lo que asientan sus detractores y más de lo que imaginan sus persuadidos panegiristas. Pero, aun suponiendo que fuera tarea sencilla superar e igualar el nivel cultural de la mayoría de esos educadores, ¿el resultado homogéneo sería inmediato? ¿No tropezarían esas futuras falanges de maestros y de maestras con los mismos escollos con que han tropezado sus compañeros? Y, para prescindir de los elementos económicos y sociales a que antes me referí, ¿no se percatan ustedes de que, en el fondo, el más grave de esos escollos es el producto de una falta de métodos y de medios; es decir: de una inadaptación esencial a la realidad?

ESCUELAS NUEVAS

En lo material, queremos escuelas nuevas. Y las tenemos instaladas bajo el signo de lo provisional —que es muchas veces, entre nosotros, el único perdurable— en antiguas mansiones incómodas y sombrías o en inmuebles insuficientes donde, por milagro, todo parece posible: hasta que se estudie. . . No obstante, esto —con ser ya duro— no resulta, a mi juicio, lo más inquietante. Grandes culturas se han definido y organizado en centros desprovistos de lujo y de bienestar. Peor impresión que la que producen los edificios la dan los libros que en sus aulas se leen, o mejor dicho, los que deberían en ellas leerse y analizarse. Y digo que deberían leerse porque la mayor parte de los alumnos no los poseen,

pues o son caros o son superfluos o la frecuencia de su mudanza —provechosa quizá a quienes lucran con su comercio— los convierte en amenaza perpetua para el erario de las familias menesterosas. Y, si en un acto de contrición lo confesáramos todo de una vez, ¿no encontraríamos que esa mutación de los textos tiene a lo menos alguna excusa: la fugacidad y la elasticidad lamentables de los planes y los programas? ¿Y no quiere todo ello significar que la unificación que han logrado los trabajadores de la enseñanza está exigiendo, si ha de ser útil, una unificación todavía más apremiante: la de los sistemas de la enseñanza que esos trabajadores impartirán?

La unión no es nada si no se intenta para un fin noble. A este respecto pueden ustedes estar seguros de que no sería yo quien tratara de allegar fondos para una edificación general progresiva de planteles educativos en la República si no pensase que ya no es tiempo de perder un solo minuto en oposiciones estériles de partido y que hemos llegado a ese punto crítico en el cual, sin una conciliación verdadera de todos los elementos sanos de México, los perfeccionamientos externos constituirían una jactancia administrativa y un derroche incalificable.

Cuando afirmo que hemos llegado a un instante crítico en materia de educación no hago sino expresar con franqueza lo que muchos callan por negligencia y lo que no pocos pregonan con finalidades políticas apenas disimuladas. Afortunadamente, la diferencia entre nuestra actitud y la de estos últimos consiste en que la nuestra no está impregnada ni de rencor ni de espíritu negativo. Al contrario. Creemos en México y, porque creemos en México, vamos a luchar porque la educación de los mexicanos sea cada día más digna y más coherente, más libre y más generosa, a fin de que las sumas invertidas en su ejercicio se aprovechen certeramente para bien de las nuevas generaciones.

REVISIÓN PARA LA POSTGUERRA

Emprendemos la revisión de nuestros sistemas educativos en plena guerra y esto nos impone un deber supremo: el de acondicionarlos para la formación moral del tipo humano, democrático y justo, que deseáramos ver fomentado no sólo en México, sino en todas partes durante los años de la postguerra. Si la victoria que anhelan los pueblos libres ha de garantizar los preceptos en cuyo nombre esos pueblos libres están peleando, la primera norma que las naciones señalarán a su educación

será la de convertirla en una doctrina constante para la paz. México, en este sentido, estará situado en una posición que puede enorgullecernos, ya que nunca hemos cultivado espontáneamente una animosidad combativa contra otros pueblos. La segunda norma radicará en elaborar una educación para la democracia, tanto en el plano de las relaciones entre los países como en el aspecto de las relaciones entre los ciudadanos de cada país. Esta guerra fué provocada por un grupo de potencias que, antes de lanzarse a la ejecución demoníaca de su plan de dominio total, abolieron en su interior el régimen democrático. En el seno de esas potencias, clanes armados disolvieron el parlamento, suprimieron los partidos y anularon la libertad de conciencia, de trabajo, de pensamiento, de expresión y de asociación.

En la tarea de afirmación democrática que espera el mundo, la educación representará un factor de efectos lentos y complicados; pero su importancia dentro del triunfo no debe menospreciarse. Por ello será menester que la enseñanza cívica no se reduzca a un papel de teórica expresión, sino que forme a los próximos ciudadanos en la práctica absolutamente consciente de sus derechos. O, para resumirlo en otras palabras: no bastará que la educación enseñe la democracia. Será preciso que la educación misma sea democrática.

Y aquí llegamos a la tercera de las grandes normas que habrán de regir los sistemas educativos de la postguerra: la de hacer de la educación una preparación leal para la justicia. Mientras las libertades se consignan en los tratados y en las constituciones como facultades desprovistas de realidad, y mientras no se otorgue a los individuos y a los países posibilidades fecundas para ejercerlas, la democracia y la paz continuarán en peligro de perecer. En efecto, ¿de qué sirve la igualdad ante las leyes donde no se asegura la igualdad humana ante la existencia? Acaso no baste la educación para establecer una democracia económica sin cuya virtud la democracia legal resulta frecuentemente una fachada solemne sobre el vacío. Pero, en este punto también, puede la enseñanza —siempre que se inspire en los nobles postulados de la justicia social— cimentar el terreno en que se construyan las estructuras más eficaces del porvenir.

EDUCACIÓN PARA LA PAZ, PARA LA DEMOCRACIA Y PARA LA JUSTICIA

Dentro de esas líneas generales —educación para la paz, educación para la democracia y educación para la justicia— tendremos que formular la doctrina de nuestra escuela, tomando lo mejor de nuestra tradición, no para inmovilizarnos en el pasado, sino para arraigar el futuro en el solar genuino de nuestra historia y para evitar que nuestro progreso carezca de solidez y autenticidad. Una escuela fundada en la tradición no es por fuerza una escuela *tradicionalista*. Lejos de nuestro ánimo está el deseo de hacer de lo mexicano una disciplina formal de inmutable conservación. Pero una educación racional no procede por saltos bruscos o caprichosos. Su principio es la continuidad. Y a respetar tal principio ha de tender cuidadosamente esta Comisión.

En el trazo de los planes y los programas, los miembros de este organismo atenderán, en primer lugar, a la conveniencia de imaginar una sucesión de sistemas abiertos y coordinados que no hagan del proceso completo, desde el jardín de niños hasta los últimos grados —a los que son tan pocos los que llegan, entre nosotros— una línea hermética e inflexible, sino una vía con escapes de derivación lateral, a fin de que los muchos que no disponen de recursos para seguirla hasta su término extremo reciban la oportunidad de carreras cortas y se acabe así con el tipo del estudiante fracasado y la antieconómica deserción escolar.

La articulación de esos sistemas deberá prever, al mismo tiempo que la realización íntegra del ciclo —que, en cierto modo, es meta de la cultura— la capacidad de las mayorías, estableciendo en la escala total estaciones de partida para esfuerzos técnicos provechosos y numerosos puntos de conexión para actividades sociales bien planteadas.

De este primer postulado se desprenderá para ustedes otro, que constituya su lógico complemento: el de velar porque, cualquiera que sea el grado en que la enseñanza concluya para el alumno, su preparación vital no resulte trunca en lo que concierne a los conceptos fundamentales de la existencia. Es decir: que, desde la escuela primaria, el educando posea una noción general, limpia, firme y austera, del mundo en que va a vivir y que, sobre ese conocimiento, elemental sin duda en la escuela a que me refiero, pueda levantar su preparación ulterior, ya sea a través de los riesgos del empirismo, si las circunstancias le obligan a las formas de aprendizaje a que se ve condenado el autodidacta, ya en

otros establecimientos educativos, si sus medios le permiten ahondar en ellos los cauces de las verdades primordiales asimiladas en la niñez.

INSUFICIENCIA DE NUESTRA PRIMARIA

La superficialidad y la insuficiencia de nuestra primaria es el origen de toda una serie de dramas educativos que urge evitar inmediatamente, ampliando el cuadro humano de sus trabajos, modernizando las técnicas pedagógicas y aprovechando los medios de relación social que el progreso pone a disposición del profesorado y que —como ocurre con el cinematógrafo y con la radio— han sido utilizados hasta ahora en nuestro país más por la industria y por el comercio que por la ciencia y la educación.

ACTIVIDAD Y VITALIDAD

En los estudios de revisión y coordinación de nuestros programas y nuestros textos, tal modernización implicará la necesidad de tomar en cuenta los principios directores —de actividad y vitalidad, de libertad e individualidad— en que coinciden todas las grandes corrientes de la pedagogía contemporánea. Por estos principios, que se hallan íntimamente ligados entre sí, la nueva pedagogía práctica supera las formas decimonónicas del memorismo intelectualista que sometía al alumno a un proceso ajeno a los intereses y a las aspiraciones de su edad y que se empeñaba en imponerle un esquema rígido y uniforme, mediante la sujeción a una disciplina arbitrariamente emanada del exterior.

Si queremos educar a los niños de México para la libertad y la democracia, deberemos enseñarles, antes que nada, a ser verdaderamente libres y a adquirir el arte de gobernarse a sí mismos, eliminando los procedimientos de mecanización y de ciega obediencia que aconsejan los profesores totalitarios. Como lo dijo admirablemente una célebre educadora, “el niño que no aprende a obrar por sí solo, a dirigir sus acciones y a gobernar su voluntad, se convierte en un adulto sumiso y siempre obligado a descansar sobre los demás, lo que a la postre suscita en él un complejo de inferioridad, del que nace, tarde o temprano, una subordinación pasiva a los *condottieri* y a los caudillos”.

APRENDER A SER LIBRES

Enseñarse a ser libre no es una empresa cómoda. Y esto lo saben los dictadores, pues el gregarismo en el que se apoyan es el producto de la pereza mental y del desistimiento del carácter de quienes ven en la libertad un compromiso molesto de elegir por sí mismos y de aceptar, en cada caso, el máximo de responsabilidad. De ahí que nos preocupemos porque la escuela de México esté fundada en la actividad y en el desenvolvimiento armónico de todas las facultades del educando: de su fuerza corporal, gracias al juego libre y organizado; de la eficacia de sus sentidos, gracias al trabajo manual; de la elevación de sus sentimientos, gracias a la autoexpresión estética por la poesía, la música y el dibujo; de la capacidad de su mente, gracias a un aprendizaje profundo en que los conocimientos no se adhieran a la experiencia, sino que broten de ella por natural y entrañable vertebración; de la nobleza de su carácter, gracias al desarrollo del espíritu de iniciativa; y de la honradez de su sociabilidad, gracias al vigor de la acción común y al fomento de dos convicciones complementarias: la de la interdependencia material de los intereses y la de la solidaridad humana de la conducta.

RESPECTO DE LA PERSONA

Pero nuestra escuela, además de activa en el valor pedagógico del vocablo, deberá ser también una escuela basada en la individualidad y en la libertad. Toda enseñanza que elude el respeto de la persona marcha al fracaso. El trabajo por serie, bueno para la producción de las fábricas, es inconcebible en la formación de los espíritus. Cuanto mejor se atienda a la individualidad del alumno y cuanto mayor libertad se le otorgue, dentro de los límites de esa solidaridad y esa interdependencia que he mencionado, las esperanzas de concertar sus cualidades características con las cualidades de los demás serán más sólidas, más seguras y socialmente más efectivas, ya que la autonomía moral de cada educando —por la madurez que depara a la independencia de su criterio— es la mejor preparación que puede proporcionar el Estado a quien, al llegar a la edad adulta, habrá de ejercer sus derechos y de cumplir sus deberes dentro de un régimen democrático.

Si conseguimos dar a nuestra enseñanza estas cualidades de actividad, de vitalidad, de individualidad y de libertad, que rápidamente he analizado, veremos que se transformará en un laboratorio continuo de mexicanidad trascendente y de positivo orden social. Será mexicana no por una imitación servil de sí misma y de las mecánicas del pasado, sino porque impulsará a quienes estudian a sentir a México, a entender a México y a concebir el destino de México como una fuerza creadora de porvenir. Y será social porque la unidad que buscamos no deberá establecerse sobre la admisión de los errores y los prejuicios, sino sobre una colaboración y un entendimiento dignos de mantenerse durablemente en virtud de la libre crítica, sustituyendo a la intolerancia la lucidez del examen propio, afinando en todas las almas la noción del derecho ajeno, avivando en cada experiencia el respeto de la experiencia común y convirtiendo así a la escuela en un factor colectivo de cohesión nacional y de acción patriótica.

CONDICIONES DE LOS LIBROS DE TEXTO

Lo que he dicho acerca de los programas es aplicable, punto por punto, a la cuestión de los libros de texto. Unos y otros tendrán que adaptarse a la misma finalidad, prescribiendo las fórmulas anticuadas y suprimiendo las copias sentimentales de autores que ni son nuestros ni poseen mayor prestigio que el discutible de haber hecho llorar abundantemente a las juventudes de su país. No creo que el amor, la dulzura y la suavidad sean virtudes escasas en nuestro pueblo. Más falta nos hacen, acaso, otras cualidades: la tenacidad, la alegría y la fe en el éxito. A las enormes dosis de pasividad y melancolía que han absorbido nuestros pequeños lectores hay que sustituir elementos de fortaleza y de confianza en la actividad. Sin desdeñar la imaginación, procuraremos no hacer de ella el abuso que nuestros textos revelan frecuentemente y que, distanciando al colegial de la realidad, lo incapacita para afrontarla y engendra esos tipos inadaptados que no advierten sino una angustia: la de vivir por obligación. El concepto científico de las cosas deberá penetrar y envolver hasta los relatos de mero divertimento y las reglas de higiene y de salud física no se destacarán en las páginas de esos libros como avisos médicos importunos, sino que se alojarán en el cuerpo de la lectura en forma de ejemplos concretos y asimilables.

Como quiera que la labor de redacción de los libros escapará a las actividades oficiales de quienes forman este órgano de consulta, lo que esperamos es que, en cuanto un programa haya sido aprobado por la Secretaría, la Comisión dé a conocer las condiciones que pedagógicamente habrá de llenar la obra adecuada para ilustrarlo. Convocaremos entonces a concurso a aquellos escritores y profesores que tengan ánimo de escribirlo, y el texto que alcance el premio será adquirido por el Estado, mediante una justa retribución, a fin de que pueda imprimirse por nuestra cuenta. Ello nos colocará en situación de vender los libros a bajo precio, sin espíritu de negocio y previendo, incluso, un margen de resistencia para distribuir de manera gratuita parte de la edición entre los hijos de padres verdaderamente necesitados.

Juzgo, señores, que las recomendaciones que aquí he apuntado podrán servir a ustedes para dar inmediatamente principio a las labores que les confía la Secretaría de Educación. Conozco el peso de la responsabilidad que en cada uno de los presentes deposita la opinión pública. Pero conozco también el fervor con que todos ustedes asumen tal responsabilidad y por eso auguro a la Comisión un período de estudios muy venturoso.

HACIA LA MEJOR CAPACITACION TECNICA

HACE años que la necesidad de una mejor capacitación técnica se viene sintiendo, de manera casi angustiosa, en nuestro país. En gran parte, el mundo de hoy pertenece a las nuevas técnicas y no sin razón ciertos pensadores modernos han declarado que el cambio decisivo en la historia de la vida superior acontece cuando la percepción de la naturaleza se transmuta en acción y cuando la técnica se convierte en saber primordial, del que se tiene conciencia clara.

Comentando este aspecto fundamental de la función específica de la técnica, el catedrático Lucia manifestó, en una conferencia sustentada hace años ante el cuerpo de profesores del Instituto Psicotécnico de Madrid:

“Si aceptamos como dos tipos posibles, puros e ideales, el del hombre teórico, cuyo solo afán es el de conocer por el placer del conocimiento, y el del hombre económico, que sólo piensa en la mejor manera de satisfacer las necesidades humanas, teniendo como principio supremo el del máximo resultado con el mínimo sacrificio, entonces se nos aparecerá el técnico como un tipo mixto, que participa de las ansias del conocer y de la pasión por crear.” O, para expresarlo con términos diferentes: el técnico está instalado en un plano particularmente expresivo de la existencia, entre el investigador desinteresado y el artesano práctico de la vida. Y su importancia reside en el total cumplimiento de esta difícil doble misión. . .

En efecto, si el investigador abdica de sus posibilidades de operación sobre la materia; si, por enclaustrarse en su gabinete, cierra las puertas a las cuestiones que le plantea la sociedad, su actitud, por respetable que pueda estimarse desde el punto de vista científico, deja de ser técnica. Y, al contrario, si por atender a ese género de problemas, descuida la solidez de los estudios indeclinables y se afana por resolver exclusivamente los asuntos concretos que se le ofrecen, se transformará —a lo sumo— en un agente de empírica suficiencia; pero renunciará a ser un agente técnico productivo y vulnerará la dignidad de su profe-

Apertura de Cursos del Instituto Politécnico Nacional.—México, D. F., 15 de febrero de 1944.

sión no sólo con merma de su autoridad personal, sino con detrimento del progreso común por el que se esfuerce.

De ahí que nos preocupemos porque la educación que se imparta en los establecimientos de este Instituto sea a la vez teórica sin alardes y práctica sin premuras. Han transcurrido ya varios siglos desde la fecha en que Francisco Bacon acuñó una fórmula que —con las reservas que impone toda síntesis ambiciosa— podría servir de lema al técnico inteligente: “saber es poder”. Por razones obvias, el saber que no suscita modos de poder, ignora los fines auténticos de la técnica, en tanto que el saber que, por poder aparentemente con más vehemencia, disminuye sus elementos de amplitud y preparación, no es un saber genuino y lo que gana en aptitudes superficiales de adaptación lo pierde en fuerza lúcida y verdadera.

La primera norma que para vosotros deriva de esta calidad de vuestra labor, es la de evitar las improvisaciones y apresuraros prudentemente, sabiendo que la rapidez de la obra futura dependerá de la lentitud en la iniciación.

Pero el peligro de las improvisaciones no es el único que os reservan vuestros estudios. Preveo otro, más inquietante, porque resulta no de una posición psicológica de impaciencia, sino del propósito al que corresponden vuestras carreras. Ese peligro es el de que vuestro fervor de especialización limite inconscientemente en vosotros el caudal de la humanidad. Queremos que seáis buenos ingenieros, buenos mecánicos, buenos electricistas, buenos médicos rurales, buenos economistas y buenos biólogos. Pero queremos también que seáis buenos ciudadanos y hombres completos. Y pensamos que no seréis lo primero con eficacia si caéis en el morbo de imaginar que, para serlo rápidamente, debéis ceñiros a una concepción utilitaria y pragmática de las cosas.

Al incitaros a la técnica, me siento en el compromiso de precaveros contra toda exageración; pues la técnica —como dijo del tiempo un estadista famoso— es siempre un factor neutral que, a semejanza de todos los neutrales, sirve y ayuda a los vencedores. Y para vencer lealmente en la lucha por la existencia, hay que ingresar en ella con un equipo humano bien coordinado.

Figuran en vuestros programas algunas asignaturas que, a primera vista, os parecerán arbitrarias e incluso inútiles. No lo penséis así. La historia, el derecho, el civismo y las bellas artes son puntos indispensa-

bles de relación para que entendáis con exactitud las necesidades del medio en que vuestras capacidades tendrán con los años que ejercitarse. No hay que confundir el progreso con la utopía, ni desear que la división del trabajo llegue al extremo de que el especialista en esta o aquella modalidad se despoje de todos sus atributos trascendentales, como hombre mismo. Las tiranías hacen del técnico una máquina efficacísima, pero ciega y absolutamente sumisa a los engranajes despóticos del Estado. Las democracias, en cambio, tratan de facilitar al técnico cuantos recursos sean aptos para que la precisión de su rendimiento nunca redunde en una dimisión de su responsabilidad moral.

De lo anterior se desprende otra conclusión. El universitario y el técnico no son rivales. Sus actividades, si se llevan a cabo coherentemente, se completan unas a otras con beneficio de la colectividad. Existe en México, como en todos los pueblos jóvenes, una proclividad natural a creer que nada puede emprenderse si no es contra alguien o contra algo. De esta proclividad ha nacido el prejuicio erróneo de que hay una competencia desventajosa entre las perspectivas del estudiante universitario y las perspectivas del estudiante técnico. Por fortuna, dicha opinión carece de fundamento. Cuanto mejores y más numerosos sean nuestros técnicos, mayores serán, sin duda, las oportunidades de los profesionistas salidos de las universidades de la nación. Y la recíproca es igualmente válida.

Hay en toda enseñanza técnica una tendencia instintiva a mecanizar los reflejos del individuo. En los países en los que esa enseñanza ha alcanzado un grado de perfección que nosotros desconocemos, será preciso que, cuando la guerra concluya, se afronte una reorganización positiva de los programas sobre bases de fórmula liberal. Entre nosotros, la circunstancia de que esta clase de disciplinas se encuentra apenas en el período elemental de su desenvolvimiento, nos marca la obligación de no equivocar la ruta para no vernos forzados a desandarla posteriormente y de no omitir los estudios que proporcionarán a los técnicos de mañana un sentido justo y correcto de la plenitud y complejidad de la convivencia.

LA EDUCACION NORMAL

EL CONGRESO de Educación Normal se celebra en un período singularmente propicio para meditar acerca de las enmiendas que la Administración debe ya prever en lo relativo a la enseñanza del magisterio, si se desea que los sistemas que estamos actualmente considerando hallen más tarde, en todos los profesores, guías fieles y competentes de la aspiración de saber que hay en el país. Diré inclusive que, si bien la fecha para la inauguración de esta junta fué señalada antes de que me hiciese yo cargo de la Secretaría de Educación, ninguna otra me habría parecido más oportuna, tanto por la ocasión que me brinda de participar en las ceremonias con que Coahuila festeja el quincuagésimo aniversario de la fundación de su Escuela Normal, cuanto porque los trabajos de organización que hemos emprendido —aunque habiendo salido, en parte, de la era augural de la iniciación— no han avanzado hasta el punto de no poder extenderse y vigorizarse aprovechando las conclusiones que aquí se adopten, en lo que atañe a uno de los temas centrales de nuestro estudio: la revisión de los métodos para mejorar el nivel cultural de quienes tendrán la misión de dar vida a las varias reformas que proyectamos.

EL MAESTRO Y LA REFORMA EDUCATIVA

Según lo saben los miembros de esta Asamblea, dichas reformas substancialmente consistirán en una campaña de construcción que nos permitirá aumentar en proporciones muy importantes los edificios escolares en la República y en una coordinación de los planes, de los programas y de los textos que equilibre los grados de la enseñanza y que, utilizando las características regionales, las armonice, dentro de una unidad patriótica.

El cuerpo y el espíritu de la escuela merecen, al par, nuestra reflexión. Sin un edificio digno, la escuela resulta frecuentemente cárcel de infancia. Pero sin una doctrina sólida e imparcial que oriente las enseñanzas que en él se impartan, el edificio más luminoso, más amplio y

Inauguración de la Convención de Educación Normal.—Saltillo, Coah., 23 de abril de 1944.

bello sería, a lo sumo, lujo precario donde la niñez y la juventud sólo aprenderían a despreciar la pobreza de sus hogares.

Y aun suponiendo que consiguiéramos que el continente y el contenido mejoraran al propio tiempo, ¿qué habríamos ganado si el responsable de establecer el enlace humano entre uno y otro, que es el maestro, no se encontrara, por su capacidad progresiva, a la altura de esas mejoras?... He aquí por qué, a mi juicio, una de las cuestiones de mayor trascendencia en estos momentos radica en modernizar y en multiplicar las escuelas normales de la República.

PLAN PARA 1945

En 1945 principiaremos a realizar una acción capaz de aumentar el número de los maestros normalistas en nuestro país. Al mismo tiempo, ampliaremos la Escuela Normal Superior —cuyo nuevo edificio empezará a levantarse en este año— y constituiremos otros planteles fuera de la ciudad de México, a fin de no centralizar excesivamente la máquina pedagógica.

¿Cuáles serán los propósitos que animarán al Estado para trazar la acción de los establecimientos a que acabo de referirme? Al formular la pregunta vuelvo al primer tema apuntado en párrafos anteriores: modernizar los programas.

No oculto a ustedes que partiremos de un plano más elevado que el que ha servido de plataforma de apoyo a las estructuras autorizadas hasta estos días. La obra que México espera de los profesores que estudian en las Normales exige de ellos una amplitud de conocimientos que no está en relación con los planes actuales de esas Escuelas.

Para no detenerme aquí en un análisis pormenorizado, ¿cómo ignorar el hecho de que, en la formación de nuestros maestros, no existe el tránsito que señalan, para otras profesiones, la educación secundaria y la enseñanza preparatoria? Semejante falta de transición constituye un error pedagógico incuestionable, ya que la determinación prematura de una vocación como la del educador es un riesgo para la sociedad y redundaría en perjuicio para los profesores que —insatisfechos con una actividad elegida a menudo sumisamente, por sugestión familiar y por mengua de iniciativa— tienen que poseer un carácter inquebrantable para ejercerla con entusiasmo y continuarla con devoción.

Es cierto que, mientras la capacidad financiera del Estado no permita pagar a los maestros sueldos mejores, la imposición de un período postprimario, como elemental requisito para ingresar en las aulas de las Normales, disminuiría sensiblemente el número de los candidatos para la carrera de profesor. El problema, por doble, es más angustioso. Implica una cuestión de programa y, para el Gobierno, una cuestión económica, ardua de resolver.

ENMIENDAS POSIBLES

Sin embargo, aun dentro de los cuadros vigentes, mucho cabe hacer en esta materia; sobre todo si se toma en cuenta que la educación superior adolece en nuestro país de un mal muy grave: el de su carencia de realidad. En lo general, las escuelas de México han seguido el hábito de impartir la enseñanza en cursos casi exclusivamente teóricos. No se acostumbra al alumno a ocurrir al laboratorio y a la biblioteca para ensanchar el saber que recibe en la cátedra y sólo por excepción nuestros estudiantes efectúan personalmente las experiencias imprescindibles.

Aunque esta deficiencia depende también de la pobreza con que están provistas nuestras escuelas, de la escasez de recursos de los laboratorios y de la ausencia de libros útiles en las bibliotecas, debe atribuirse, asimismo, a la vieja tradición de confiar en que el maestro entregue a los alumnos el total del conocimiento, sin que éstos hagan la labor de investigación; es decir: sin que sean agentes directos en su cultura.

La Secretaría de Educación se propone enriquecer a las escuelas normales con elementos adecuados para sus laboratorios y bibliotecas, y emprender un estudio de las posibilidades del trabajo docente a fin de que se aumente la participación del estudiante en la adquisición del conocimiento.

CONTACTO CON LA VIDA SOCIAL

Tendremos igualmente que preocuparnos por que, desde la escuela, el futuro maestro se ponga en contacto con los aspectos sociales que mayormente influirán en su profesión, organizando visitas de estudio a los centros donde trabajan y viven las clases a las que, en su mayoría, pertenecen los colegas que deberán instruir para bien de México.

La práctica en los establecimientos anexos a las Normales urbanas cumple una función en extremo valiosa; mas, para que dé los frutos que

ambicionamos, no bastará con que los alumnos de esas Normales conozcan bien las materias de los programas; será preciso, además, que conozcan bien las condiciones que prevalecen en la existencia de sus discípulos, que sepan cómo son las casas que habitan, cuáles las ocupaciones de sus familias y que, por el examen de la realidad que los configura, se sientan aptos para promover en su ánimo, mejor aún que la repercusión momentánea de una doctrina, el eco —durable y hondo— que suscita en todos los seres la confianza emanada de una recíproca comprensión.

No deseamos ya que, en lo sucesivo, la capital absorba automáticamente a las mejores promociones de profesores. He escrito en alguna parte que la escuela es un transformador mental, que capta la energía de la corriente histórica, la adapta a las circunstancias y la dirige, con inspiración y con método, a lo futuro. O, para expresarlo con otros términos, cada uno de ustedes es un guardaagujas que recibe el tren cultural del pasado y que debe saber proyectarlo —por una vía segura y libre— hacia las estaciones del porvenir. Pero, si la cualidad sustancial del guardaagujas es la puntualidad en el cumplimiento de sus funciones, la del maestro demanda virtudes extraordinarias ya que, en las zonas espirituales en las que actúa, no existen vías claras, definitivas y perceptibles.

LAS NORMALES RURALES

Un error infinitesimal en la dirección suele lanzar al abismo al convoy de varias generaciones. Por eso me siento en el compromiso de señalar a ustedes el más agudo de los problemas que confrontamos en este instante: el de las 19 Normales Rurales esparcidas en la República. Su estado es conmovedor. Los internados carecen de ropa. Los anaqueles no tienen libros. Y ¿para qué hablar de laboratorios o de talleres, cuando en múltiples ocasiones no hemos conseguido proporcionarles ni aperos de labranza, ni aun animales para crías de corral?

Una renovación absoluta se impone. Una renovación que será costosa, pero que resultaría absurdo diferir, atenuar o disimular. Si queremos que el maestro rural se convierta en un factor decisivo de la emancipación mexicana, tenemos que cuidar esmeradamente los planteles instalados para formarlo, enaltecendo las bases de su cultura y vivificando el estudio de las materias de utilidad práctica indiscutible, no

mediante la eliminación del análisis en que necesariamente se funda toda síntesis constructiva, sino merced a una aplicación de las teorías científicas generales a las cuestiones que están pidiendo desde hace siglos en nuestros campos un ejercicio más lúcido del saber y una fe más humana en la persuasión.

Además de haber dominado aquellas asignaturas que figuran en sus programas por un justo deseo de unificación nacional de los planes educativos y no por un vano prurito de simetría con los programas vigentes en las ciudades, el maestro que salga de esas escuelas deberá hallarse en aptitud de llevar a las comunidades agrícolas en que opere, más que una verdad puramente verbal —por abstracta, estéril o inaccesible— un resumen de civilización fecundante y un estímulo franco para vivir.

A fin de que esté en tales condiciones, habrá de contar desde luego con los conocimientos higiénicos y dietéticos destinados a atender la conservación y el vigor físico de los individuos. En segundo lugar, deberá poseer elementos exactos sobre las explotaciones agrícolas y las pequeñas industrias que sean practicables en las zonas en donde enseñe. Y, por último, será menester dotarlo con la información legal, histórica y cívica requerida para que oriente a la colectividad dentro de la vida total del Estado y de la República, fortaleciendo, en los habitantes de la región en que sirva, el sentido de la unidad mexicana e impulsándoles a cumplir lealmente con sus obligaciones de hombres y ciudadanos.

Del maestro rural depende, en gran parte, la creación del futuro pueblo de México. De ahí que nos parezca apremiante dar a las escuelas normales en que se educa, una atención mayor que la que hasta ahora han obtenido de la Secretaría, pues el profesor que se forma en un ambiente de incuria, de mentira y de menosprecio no podrá sino exagerar el resentimiento que invade el alma de los desheredados y, al comparar los ofrecimientos de las autoridades con la miseria de la instrucción, tendrá a la postre que acumular un rencor oscuro, el cual —trasmitido después a las poblaciones— concluirá por representar un fermento trágico de discordia.

La dignificación de las Normales Rurales es uno de nuestros deberes indeclinables. En efecto, una preparación incompleta y equivocada del maestro rural sería sumamente nociva para el país, puesto que, fomentando en él una actitud de inconformidad y de pesimismo, infundiría en las masas un espíritu de fracaso, incrédulo y negativo.

Anhelamos una cruzada emprendida por hombres que sean capaces de despertar optimismo, energía, salud moral. Ahora bien ¿cómo esperar que esa cruzada se intente si preferimos a la efectividad de la escuela la multiplicación de las estadísticas y si, satisfechos con afirmar que disponemos de varios millares de profesores, omitimos los sacrificios indispensables para que esos profesores sean verdaderamente maestros, hechos en establecimientos bien dirigidos, bien equipados, donde cada alumno vea y aprecie el producto de su labor y logre así comprobar, por sí mismo, que innumerables obstáculos pueden vencerse con el auxilio de un trabajo adecuado y perseverante?

Todas estas ideas permitirán a ustedes percibir el profundo interés que pongo en las deliberaciones de esta Asamblea. Una nueva etapa se anuncia para nuestros sistemas de educación y, en particular, para las escuelas normales de la República. Para que el Estado obtenga el éxito a que aspiramos, necesitaré contar con la voluntad de superación de todos los maestros de buena fe. Las críticas que he formulado a nuestros planes y a nuestros programas no contienen para ustedes censura alguna. Al contrario. Cuando veo lo que muchos de ustedes han conseguido merced al esfuerzo propio, la impresión que ese esfuerzo me causa es de aliento y de admiración. Pero la curiosidad del autodidacto no puede hacerlo y suplirlo todo. Y el afán que tengo de provocar en mis compatriotas una atención creciente para las técnicas de la vida, quedaría mutilado si no insistiera en que, dentro de esas técnicas, la que ustedes cultivan es, sin duda, la más urgente: la técnica de la educación.

Seguro de que encontraré el apoyo de ustedes para elevar esa técnica a la altura que ordena nuestro destino, saludo a los asistentes a este Congreso y hago votos porque su celebración contribuya a depurar en todos nosotros la conciencia de un ideal común: el de que la obra del magisterio, unificando a todos los mexicanos merced a la ilustración de la inteligencia y a la depuración auténtica del carácter, asegure a la Patria en su ascenso hacia el bien y la libertad.

LA MUJER Y LA UNIVERSIDAD

HACE años leí un volumen del que quisiera hablar a ustedes en esta ocasión. Me refiero a una de las mejores obras del novelista Aldous Huxley, la que ustedes conocen sin duda con el título de *Brave New World* y que ha sido traducida con el nombre de *Un mundo feliz*. Formula su autor una burla ingeniosa de todas las utopías y, concretamente, de la utopía totalitaria. Describe un futuro sumiso a las más inhumanas técnicas dirigidas. Un futuro en el que los hombres nacen en probetas, al calor de una incubadora, y crecen por millares, orientados desde la infancia para pertenecer y servir a una clase inmutable de la comunidad.

Todo se halla previsto en ese universo reglamentado. Los públicos asisten, a horas fijas, a espectáculos de televisión en los cuales —por medio de aparatos científicos infalibles— se puede, desde cada butaca, no sólo ver y oír a los actores, sino tocarlos. Las revoluciones, las guerras y los golpes de Estado han sido abolidos, no por un consentimiento de la moral colectiva, pero sí por la subordinación de las castas a la ley de la predestinación social. Y, en lo individual, se han eliminado todas las pasiones, todos los afectos. . . Ocurre, sin embargo, que el habitante de ese siglo supuesto se aburre infinitamente. La perfección mecánica de las cosas deja en su alma un hueco insondable: el que colma tan sólo, en la conciencia del sér humano, la noción de la libertad.

Así se deslizan monótonos y uniformes los días utópicos, cuando de pronto un individuo descubre un antiguo ejemplar de las obras completas de Shakespeare. Lo abre, lo hojea, lo lee y por su mente desfilan, como tentadoras incitaciones, nuestros errores, nuestros deseos y nuestros crímenes: Hamlet y sus dudas; el Rey Lear y la ingratitud de sus hijas hipócritas y egoístas; el Moro de Venecia y sus celos trágicos; Macbeth y su ambición.

Un antiguo mundo —el mundo eterno— se impone así al disidente de la utopía. La muerte, la ansiedad y la angustia —es decir, la vida— vencen a la técnica sabia y sin corazón. Se quiebra el equilibrio ficticio

de los autómatas y, con el dolor y por el dolor, la idea de libertad conduce al suicidio al lector de Shakespeare.

He recordado ante ustedes aquel apólogo porque lo que me impresionó más al leerlo fué la ausencia de la mujer en el imaginario futuro descrito por Huxley. O, para ser exacto, no tanto la ausencia de la mujer cuanto la abdicación de sus funciones más generosas, de madre, de hermana, de compañera y de defensora de los valores imprescriptibles de toda gran civilización. Esa dimisión y esa ausencia utópicas aclaran certeramente, por comparación con la realidad, la trascendencia de la mujer en nuestro destino. Y, pues me encuentro entre universitarias, no sólo la trascendencia de la mujer en sí misma, como mujer, sino de la mujer que piensa, de la que estudia, de la que —además de aconsejar y de consolar al hombre dentro del hogar— participa en sus actividades sociales más respetables: las de la liberación del espíritu por la ciencia.

Ningún homenaje mejor podría yo ofrecer a la mujer mexicana que esta exposición de lo que sería nuestra cultura sin la mujer: un erial abstracto, carente de alegría y de contenido. Pero el homenaje a que aludo implica, por otra parte, para la mujer universitaria un deber supremo: el de ser mujer antes que otra cosa, mujer en el pensamiento y en la conducta, mujer sobre todo, fiel a los compromisos de piedad y de abnegación que constituyen el patrimonio auténtico de su sexo, pues, si dejara de serlo un solo momento y si colocara un profesionalismo precario por encima de los derechos de su femineidad, perdería lo que la hace más admirable: esa inteligencia del corazón que una mujer muy famosa definió, hace tres siglos, como el arte exquisito de perdonar.

EL DIA DEL MAESTRO

ENTRE los constructores de un pueblo libre, ha reservado la vida al maestro un lugar de honor. Los elementos con que construye no son concretos y materiales. Los monumentos que erige no adquieren siempre forma para los ojos ni realidad ponderable para el conjunto de los sentidos. Pero acontece que, sin su obra —modelado invisible de los espíritus—, todas las otras creaciones del ser humano, por valiosas que nos parezcan, dejarían de tener un significado en el panorama de la cultura.

En efecto, lo que el filósofo piensa y el poeta escribe, lo que investigan los sabios y producen los industriales, lo que los viajeros descubren y los geógrafos puntualizan, en síntesis: toda la experiencia que la humanidad ha acendrado en siglos de dolores y de aventuras, de esperanzas y de pasiones, de imperios y de conquistas, está aguardando, para penetrar en la mente del niño y para llegar al adolescente, ese puente frágil, trémulo, ingrávito y sin embargo insustituible, que el maestro tiende entre el pasado y el futuro de una nación.

De un lado se hallan las viejas cosmogonías, las crónicas minuciosas, el espectáculo de las artes, las elaboraciones arduas y múltiples de las ciencias. Del otro, el alma todavía informe, anhelante y curiosa del nuevo sér. Entre aquel depósito gigantesco —cuyo contenido es nada menos que el resultado de la evolución general de la especie humana— y ese vaso límpido y cristalino, inteligencia abierta de la niñez, la enseñanza establece un complejo filtro y la sociedad lo pone, confiadamente, en las manos piadosas del profesor.

¿Cómo podría sorprendernos que ese acto simple: entregar al maestro la posibilidad del futuro de un educando, despierte inquietud y zozobra en el padre que lo ejecuta? ¿Y cómo podría el maestro no comprender que esa confianza que se le otorga exige de él otro don igual y que las virtudes que suelen considerarse, en algunas carreras, cualidades suplementarias —la abnegación, la honradez moral— constituyen la base misma, la esencia íntima y el indeclinable deber de su vocación?

Cuando se reflexiona sobre este enlace entre el padre y el profesor, se advierte inmediatamente que la fe que el primero brinda a la capacidad pedagógica del segundo, señala a éste un compromiso tácito de lealtad para con los derechos que aquél le cede por todo el tiempo que dura la educación. De ahí que la ley no escrita —pero inmutable— de la relación que entre ambos se desarrolla sea, primordialmente, la de que el maestro no lleve a cabo en ninguno de sus alumnos una acción que, por injusta o por disolvente, le ofendería si otros trataran de practicarla en sus propios hijos.

Es posible que existan determinadas profesiones —yo no lo creo— en las cuales la capacidad del talento logre excusar la aridez del alma y la indiferencia del corazón; pero tal cosa resultaría no sólo errónea sino inconcebible en lo que concierne a la profesión del educador. Y es que el maestro que no enseña con el ejemplo de la conducta, no enseñará tampoco con el consejo de la palabra.

Grandes son, según vemos, en todas partes, las obligaciones de los maestros; pero más las sentimos en una Patria como la nuestra, vehemente y joven, donde, junto al indígena sin recursos —testigo estoico de una civilización que no siempre se afana por comprenderle— hay sectores que adoptan, de las formas de la cultura, las más externas y desprendidas de la aptitud de lo nacional.

En un pueblo así, colocado en niveles muy diferentes, la función del maestro asume un aspecto de extraordinaria importancia: el de ligar a los que se creen más alejados y hacer de sus enseñanzas un medio cordial de unificación.

Pienso, en estos momentos, tanto como en el profesor urbano, en ese anónimo misionero, insuficientemente dotado y retribuido, que a muchos kilómetros de la capital de su propio Estado, en un clima a menudo tórrido e inclemente, bajo un mal techo, sobre un mal piso, enseña a leer y a escribir a los niños de la comunidad campesina en la que trabaja. Para la gran mayoría de los que no han contemplado ese cuadro vivo, el maestro rural representa a lo sumo una cifra más: el número cien o mil o diez mil de las estadísticas escolares. Para nosotros, es otra cosa. Para nosotros, ese maestro es México mismo que va regando, en la imaginación de sus hijos más desvalidos, la semilla de nuestra nacionalidad y de nuestro fervor en el porvenir.

En esas apartadas regiones de la República, el maestro, además de guía de sus discípulos, debe ser consejero de las familias, freno de las autoridades, apoyo de los débiles, mensajero auténtico de la Patria.

Pobre como es, humilde como es, su grandeza estriba en su servidumbre. Por eso mismo habrá de cuidar de que esa grandeza no se degrade si, en lugar de sembrar entusiasmos, siembra discordias.

Un maestro genuino es un emisario viril de la libertad. Su instrumento es la luz del conocimiento, no la sombra de la opresión y de la mentira. Su actividad, por tanto, no puede ceñirse a la mera instrucción de los escolares. Ilustrar el talento no es redimir cuando no se agrega a la ilustración de la inteligencia esos estímulos del carácter que tienen que hacer de la educación mexicana una fuerza conformadora, capaz de consolidar —dentro de la estructura de nuestras instituciones— los ideales de equidad y justicia social bajo cuyo amparo vivieron y combatieron los hombres que nos legaron el patrimonio de la Revolución.

Según lo expresé al inaugurar los trabajos de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes, Programas y Libros de Texto, queremos que sea nuestra escuela una escuela activa de democracia, donde se prepare a los próximos ciudadanos para la paz, para la libertad y para la justicia. Y, a fin de que esa escuela cumpla sus fines más elevados, resultará indispensable que el maestro se sienta invariablemente el depositario vital de las grandes normas que, como metas de su progreso, se ha fijado nuestro país en su intensa lucha por convertir en verdad —y en verdad total— su ansiedad infinita de independencia.

Un educador ejemplar, por su vida y por sus lecciones, depura el medio que le rodea, ya que del buen maestro cabe afirmar lo que Emerson opinaba del hombre bueno que, “como el fuego, lo trueca todo en su propia naturaleza, de manera que no podemos causarle daños porque, así como los ejércitos reales enviados contra Napoleón tiraban sus enseñanzas para seguirlo y, de enemigos, pasaban a ser amigos, así los desastres se convierten para él en bienes.”

Examinad, si no, vuestra propia conciencia en estos instantes. Detrás de cada acto justo encontraréis, aunque borrosa quizá por el tiempo, la recomendación ya remota de un buen maestro. En la balanza de nuestras vidas, las circunstancias se hacinan sobre uno de los platillos: son las fáciles transacciones, los intereses, los egoísmos, las mezquindades y los celos. Pero, en el otro, sentimos frecuentemente, soste-

niendo el equilibrio de nuestro espíritu, un peso estricto que es el recuerdo de una enseñanza impartida con probidad. Y ese peso, a la postre, es el que nos salva.

Maestros rurales, educadoras, profesores de primera enseñanza de las ciudades, maestros y maestras de secundarias y de normales, maestros y maestras de universidades y escuelas técnicas: para todos rinde este día un tributo amplio de afecto y de gratitud. No hay distinciones ni preferencias en la efusión de nuestro homenaje. Y ¿cómo podría haberlas si, desde el más modesto hasta el más encumbrado, va recorriendo el sistema esa curva lenta que parte de la intimidad sonriente de los jardines de niños y concluye —si es que concluye— en las aulas de los institutos de capacitación superior, para volver convertida en ciencia, es decir, en conceptos más generosos y claros sobre la vida, a los primeros peldaños de la enseñanza, estableciendo así un círculo eterno, en que todo debe enlazarse sin solución de continuidad?

Mucho hablamos ahora de unir a México. Y es a vosotros, maestros y maestras de la República, es a vosotros a quienes corresponderá la responsabilidad mayor en esta tarea. En vuestra marcha encontraréis múltiples errores, numerosos vicios, infinitas y hondas desesperanzas. Por momentos, ante la iniquidad manifiesta, una ola de ira, de santa ira, se agitará en vuestro pecho seguramente. Pensad entonces que la injusticia no se corrige con la injusticia, que la violencia no es el remedio mejor contra la violencia y que el arma más resistente para vencer las dificultades es la firmeza: el rigor del alma que no permite que la corrompan ni el conformismo pasivo ni la fugaz y colérica exaltación.

Maestros y maestras mexicanos: poco puedo ofreceros en este día como no sea una comprensión constante, emocionada y leal de vuestro destino. En cambio, mucho vengo a pedirlos, porque mucho es lo que necesita la Patria de sus educadores, en una época de guerra, cuando se avizora, incluso para después del conflicto, un período muy difícil en el cual, si aspiramos a participar con decoro, habremos de principiar desde ahora por exigirnos todos a todos más eficacia, más rendimiento y todavía más patriotismo.

Una parte esencial de nuestra existencia está en vuestra manos: la educación de las promociones del porvenir. Vuestra energía me garantiza que haréis cuanto sea menester para que esa obra obtenga el éxito que deseamos. En jornadas de prueba, como las que vivimos, las

horas de fiesta sólo pueden tener un sentido: el de que aquellos que las disfrutan se sientan dignos de celebrarlas por su perseverancia magnífica en el trabajo.

Confiando en que ése sea también el sentido que déis a esta ceremonia, os saludo muy cordialmente y os exhorto a ser siempre fieles a México, que cree en vosotros, porque —según lo dijo el gran novelista Pérez Galdós— “como la cantera contiene el mármol, materia de la forma, el pueblo posee las verdades grandes y en bloque”, y es ahí, en el pueblo de México, donde hallaremos los elementos originales que ofrecerán base imperecedera a nuestra cultura.

LA JUVENTUD Y LA PATRIA

PARA hablar convenientemente a la juventud se requeriría el dominio de esa palabra que alguna vez definió Rodó como un instrumento capaz de tener, en su insinuación dentro del espíritu, bien la esclarecida penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda sobre la arena. Porque la juventud lo contiene todo, en ese punto rápido y vulnerable en que la esperanza se hace promesa, el estudio acto, la avidez constancia, realidad la idea y responsabilidad insalvable la vocación.

La vida entera, con sus infinitas posibilidades, rodea a los jóvenes y trata de limitarlos dentro de alguna de sus fórmulas: ambición de gloria, ambición de riqueza, facilidad del deleite o improvisación en la técnica del poder. La ciencia, la política, la fortuna, parecen ofrecerles, de pronto, todas sus ascensiones. Pero, frente a cada camino, surge un enigma. Por eso alguien ha dicho que la juventud es la edad de Hamlet, príncipe de las dudas. Y por eso el deber de la madurez, cuando habla a la juventud, no consiste tanto en apaciguar esas dudas con superficiales atenuaciones cuanto en llevarlas a su último punto de desenvolvimiento, hasta ese término en que —por eliminación de las falsas incógnitas— se acendra la fe interior.

Un mundo injusto, dolorido, violento, sórdido y egoísta, se presenta ante vuestros ojos. En menos de treinta años, ese mundo se ha desgarrado en dos grandes guerras que, por el número de sus víctimas y por la precisión de los métodos destructivos, supera todo, absolutamente todo, lo que el hombre durante siglos pudo intentar para aniquilarse y —también— para envilecerse. Cuanto vuestros profesores os señalaron en las escuelas como un éxito de la civilización —los inventos más ingeniosos de la mecánica y de la química, las elaboraciones más complicadas del arte de razonar y de persuadir— ha perdido súbitamente prestigio de afirmación y, en vez de exaltar la vida, pretende exaltar el odio, el mal, la muerte, lo negativo.

Inauguración del Congreso de la Confederación de Jóvenes Mexicanos.—México, D. F., 1º de julio de 1944.

Os habiais educado en el fervor de la inteligencia. Y la inteligencia se ha convertido en una trágica antagonista. Os habiais alistado para rendir tributo a la ciencia humana. Y la ciencia humana se ha transformado en una máquina de agresión. El aeroplano y las radiocomunicaciones os parecían conquistas de paz para llegar más de prisa a vuestros hermanos. Ved lo que llevan ahora los aviones: bombas cargadas con explosivos de efectos cada día más desastrosos y arrasadores. Y recordad lo que las dictaduras han transmitido y transmiten desde las difusoras totalitarias: cólera y amenazas, traición y embuste, ira y crueldad.

¿Qué significa ese espectáculo doloroso? ¿Una defección total de las verdades espirituales? ¿Un cambio imprevisto de signo en el balance de todo nuestro progreso?... De ningún modo. Ni la filosofía, ni la ciencia, ni el arte, tienen la culpa del abuso que de ellos han hecho quienes desencadenaron esta inmensa conflagración en la cual, para orgullo de México, hemos aceptado con entereza nuestro papel.

Desconfiad de aquellos que os pongan en guardia contra esas fuerzas que, como fuerzas, adquieren siempre el valor de los hombres que las dirigen y que, crueles entre los dedos de los tiranos, en manos de los libertadores son libertad. Contra lo que habréis de poneros en guardia es contra el oculto adversario de la cultura, que no es —por cierto— la inteligencia, sino la falta de sentido moral de la inteligencia. Y, como jóvenes mexicanos, a lo que deberéis disponeros es a renovar el sentido moral de ese mundo en que vais a tener el honor de participar.

Al imaginar las tareas que os aguardan, siento ante todo la necesidad de afrontar un error común. Aludo concretamente al escepticismo con que numerosos sectores observan nuestros trabajos. Si hubiese venido aquí con el simple deseo de lisonjearos, callaría ese escepticismo; pero un Secretario de Educación que, para complacer a los jóvenes, los engaña, falta al más grave de sus compromisos con la Patria: el de vivir para la verdad y con la verdad y por la verdad. Así pues, veamos qué razones puede haber para desconfiar de vuestro entusiasmo.

Una, en primer lugar —de la que vosotros no sois culpables—: el egoísmo creciente que se descubre en muchos aspectos de la vida contemporánea y que, en no pocos jóvenes, se traduce por un ansia de éxitos inmediatos y una prisa notoria por alcanzar posiciones políticas prematuras. En segundo término, es preciso reconocer una falta de proporción entre los objetivos que se marca a sí misma la juventud y su

capacidad científica y de carácter para la lucha por la existencia. Al sentimentalismo romántico ha sucedido, en muchas ocasiones, un pragmatismo materialista que, si produjo en ellas daño evidente —y minó por espacio de años la solidez interior de las democracias— podría redundar en perjuicio grave para un país que, como el nuestro, debe ajustarse a la rectitud permanente de sus principios, ya que, según lo expresó el Señor Presidente Avila Camacho en septiembre de 1943, “el idealismo de México ha sido siempre la defensa más pura y la fuerza más alta de nuestra Patria.”

Tras de anotar estos motivos de honda preocupación, sería muy fácil —pero también muy injusto— reprochar exclusivamente a los jóvenes un estado de cosas que no se debe tan sólo a ellos. Más que con sus palabras, la juventud nos juzga con sus acciones. Su conducta es el fruto de nuestro ejemplo. En lo que emprende vemos de pronto, como en la ampliación de un espejo mágico, nuestras cualidades y nuestros vicios, hasta tal punto que quien critica a la juventud se acusa indirectamente de no haber ayudado a perfeccionarla, y quien la ataca confiesa que no tuvo en su pensamiento una finalidad augusta que trasmitirle ni un canon que proponer a su emulación.

El papel del educador no ha de consistir en flagelar a los jóvenes que le escuchan, sino en limpiar el ambiente de la enseñanza y enderezar sus diatribas no hacia las víctimas de la desmoralización que campea en muchos sectores sino hacia aquellos que han creado esa desmoralización con el éxito sistemático de sus procedimientos faltos de escrúpulos.

El fenómeno a que me refiero no es sólo nuestro. Es un fenómeno universal. Prueba, por ejemplo, del desistimiento europeo que precedió al actual conflicto, son las palabras que el profesor madrileño García Morente emitió en las conversaciones celebradas en 1933, a iniciativa del Comité de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones: “Con la Revolución Francesa —dijo en aquella oportunidad— el proceso de liberación iniciado en el siglo xvi alcanza su fin. Nos hallamos ahora en el término de aquel desarrollo y la actual cultura no sabe exactamente qué cosa hacer. Le falta una gran empresa por realizar. Estamos en ese punto en que la libertad no es ya un ideal por conquistarse. Hay que buscar otro, por el que puedan inflamarse los corazones.”

Afortunadamente, desde esos días, las democracias han reaccionado en forma espléndida y se han dado cuenta de que la libertad no es una condición estática, pasivamente garantizada por el pasado, sino un derecho que es menester ganar a cada momento y que cada promoción asegura para sí misma con sus privaciones y con sus méritos.

Os encontráis ante los umbrales de un supremo deber: el de cooperar, como mexicanos, en la organización de una convivencia en que cada hombre pueda aceptar, sin rencores ni suspicacias, la cordialidad de los otros hombres y estrechar dentro de las suyas, fraternalmente, lo mismo la mano del europeo y del oriental, que la diestra del africano, labrada en ébano, o la americana, de nuestros indios, fundida en bronce. . . Todas las razas, todos los pueblos, todos los ímpetus nacionales, tendrán que expresarse en el mundo de la postguerra. Si callara una sola voz, si un solo derecho se conculcase, toda la sangre que el presente conflicto cuesta a la humanidad se habría, indudablemente, vertido en vano. Porque la crisis en que vivimos no se resolverá con una arbitraria especificación de vencidos, de vencedores y de neutrales. Una paz que se estableciese exclusivamente sobre las bases de un equilibrio de circunstancias afortunadas, sería, a lo sumo, un armisticio de los ejércitos. Aprovechando esa tregua, se definirían, tal vez, en los mapas, nuevas fronteras; millares de soldados desencantados regresarían a sus hogares; el comercio, la agricultura y la industria recobrarían quizás, aparentemente, el aspecto de la normalidad. Sin embargo, en lo íntimo de nuestro sér, sentiríamos otra vez ese abismo oscuro que nada colma, sino la fe en una paz sincera y universal.

Con el trabajo de sus braceros, con los productos de sus campos y con los metales de sus minas, México está ayudando, en la medida de lo posible, al esfuerzo de los aliados. El objeto de todos, es uno solo: ganar la guerra. Pero, cuando la guerra termine, corresponderá a los jóvenes de todos los pueblos contribuir a una obra todavía más significativa: afianzar la paz, defender la paz, depurar la paz.

Por lo que a México atañe, a esa obra tendrán que entregarse también todos nuestros jóvenes. Nos habéis oído hablar insistentemente de unión patriótica. Pues bien, la unidad que deseamos no representaría nada valioso, si no estuviéramos decididos a avanzar por el camino de la emancipación económica, cultural y ética del país.

Unidos, sí, pero no como se unen los rebaños para guarecerse de la tormenta; ni como se unen las aves para emigrar en la temporada inclemente de los inviernos, sino como se unen los hombres, cuando son hombres y cuando tienen conciencia de lo que quieren y de lo que implican los postulados que hacen sagrada su firme unión. Unidos para crear, no para derruir; unidos en el progreso, no en la renuncia. Y unidos con la mirada puesta valientemente sobre el futuro; no con el corazón aherrojado por la nostalgia de las cadenas y por el más falaz de los espejismos del retroceso: la inclinación a la esclavitud.

Todavía es hora de que recíprocamente nos enseñemos a aniquilar en nosotros esa humillante afición que exhiben los individuos cuando vacilan entre la dignidad de la independencia, difícil pero fecunda, y la indignidad del consentimiento, cómoda siempre, pero servil.

La juventud es audacia, entusiasmo, ensueño. Por tanto, nunca la lograréis reunir en torno al asta de una bandera que está en derrota: la del temor a la libertad.

Sólo aprendiendo a ser libres tendréis derecho a tomar, mañana, esa arcilla plástica y generosa con que las generaciones modelan conscientemente la estatua viva de la Nación. Pero aprender a ser libres es aprender, a la vez, a ser responsables, cautos y reflexivos. Una libertad sin orden, no es libertad. Y un orden sin libertades, no es democracia.

Empeñaos, por consiguiente, en que no priven en vuestra unión ni uno ni otro extremos: ni la pasión crítica negativa, ni el ciego sometimiento a la tradición.

A fin de que vuestras actividades se desarrollen eficazmente, medid primero la distancia a la que os halláis de las metas que habéis fijado a vuestros propósitos, y advertid en seguida qué cosa os falta para llegar hasta el horizonte de vuestro anhelo. Preparaos entonces estoicamente, calladamente —y casi me atrevería a deciros, humildemente— porque no hay mejor amiga de la intrepidez verdadera que la humildad.

Dejad la arrogancia para los débiles, ya que, si tenéis una fuerza propia, esa fuerza se demostrará claramente por sus efectos, más que por la forma espectacular e inmodesta en que la exaltéis. Que los términos no os dividan cuando los hechos puedan uniros. Si ponderáis la energía que muchos de nuestros grandes predecesores hubieron de derrochar para ponerse de acuerdo acerca de las palabras, comprenderéis la importancia de no colocar la elocuencia sobre la vida, la pasión so-

bre las razones, y de no incurrir ya más en un error por desgracia muy peculiar de nuestras costumbres: el de preferir el brillo de los debates al respeto de la verdad.

Creo en vosotros, jóvenes mexicanos, y creo en vosotros, más aun que por vuestras virtudes —que deberéis probar con la realidad— por la circunstancia de que nuestro país, en gran parte, es la consecuencia del sacrificio de muchos jóvenes, del heroísmo de muchos jóvenes, del amor y la fe de muchos jóvenes mexicanos. Y, como nuestro Primer Magistrado cree también en vosotros profundamente, os expreso ahora en su nombre el deseo de que la unión de la juventud mexicana se consiga sin detrimento de ninguno de los principios que constituyen el patrimonio espiritual de nuestra República, y os exhorto a no olvidar jamás, en vuestros afanes, la admonición magnífica de Martí: “De altar se ha de tomar a la Patria, para ofrendarle nuestras vidas; no de pedestal para levantarnos sobre ella.”

Que sea la Patria, jóvenes mexicanos, esencia y guía, escuela y norma, ejemplo y norte de vuestra acción.

EL INSTITUTO TECNOLÓGICO DE DURANGO

NUESTRO país vive en ansia perpetua de educación. Y es tan viva la sed de saber que padece el pueblo que, por momentos, las autoridades se encuentran ante el problema de no advertir con exactitud a qué ciclos educativos dar preferencia.

Necesitamos aumentar —en cantidad y en intensidad— la enseñanza primaria, rural y urbana. Mas, apenas nos proponemos atender esa urgente necesidad, comprendemos que no es posible realizar un programa coherente de enseñanza primaria con profesores improvisados. Surge entonces la conveniencia de organizar numerosos planteles normales en que se pueda capacitar acertadamente a los miembros del Magisterio. Pero, en cuanto determinamos emprender tal actividad, descubrimos que no es factible constituir un plantel normal digno de ese nombre sin recurrir a pedagogos que hayan logrado un positivo dominio de las materias que integran los planes de estudio en los institutos de categoría superior.

Y ni ahí termina el complejo encadenamiento de los obstáculos, puesto que el personal docente de los institutos a los que acabo de referirme debe reclutarse entre un conjunto de intelectuales de alcurnia, especialistas, pensadores, sociólogos, literatos, cuyos trabajos suponen la existencia de universidades y de centros técnicos concebidos de acuerdo con un sistema de libertad verdadera y, a la vez, de máxima cohesión.

Todas estas relaciones demuestran que la cultura de un pueblo exige una clara continuidad entre las partes, aparentemente inconexas, de la enseñanza. Sin universidades y sin centros técnicos es improbable que existan buenas normales. Sin buenas normales ¿cómo habrá buenos profesores? Y, sin buenos profesores, ¿cómo esperar que haya escuelas primarias y secundarias que cumplan eficazmente su gran misión?

Esto revela que, según lo dijo el Señor Presidente de la República al inaugurar, en 1942, el Consejo Supremo de la Defensa: "Todo se toca y todo se enlaza en el círculo de las faenas educativas."

Recuerdo igualmente ahora una frase del escritor francés Paul Va-

léry: "No hay detalles en la ejecución." Si en alguna actividad esa frase resulta válida ello acontece precisamente en la actividad del educador, pues el menor descuido en una porción del sistema suele ocasionar desastres en todo el resto y repercute, tarde o temprano, en la existencia pública del país.

Dentro de este orden de ideas, procede afirmar que una de las omisiones que más perjuicio nos ha causado es la carencia de numerosas instituciones técnicas regionales en cuyas aulas se adiestre científicamente a los educandos para aprovechar con pericia y con inventiva los recursos naturales de la Nación.

No podemos ya escuchar con indiferencia el llamado apremiante de esos recursos. Allí están, sobre la superficie de nuestro suelo o en la oscuridad misteriosa de sus entrañas, en el silencio de nuestros bosques o en la sinfonía de las cascadas que se despeñan desde la cumbre glacial de nuestros volcanes. Son minerales que piden forma, caballos de energía que esperan freno, yacimientos que anhelan exploración: fuerzas indóciles y bravías que parecen irreductibles y que, no obstante, la iniciativa y la ciencia humanas acabarán por domesticar, por vencer y por coordinar.

Lo que la fantasía oriental de los cuentos atribuía a la magia de un genio benefactor: el dominio de la naturaleza para el provecho de la cultura, he aquí que la técnica nos lo ofrece y no por la intercesión de una imaginaria lámpara de Aladino, sino como recompensa espléndida del estudio y como indiscutible mérito del saber.

A los jóvenes mexicanos que en esta escuela y en las otras, del mismo tipo, que serán pronto construídas en el país, prepararán nuestros profesores en el arte de despertar y de transformar a los elementos, estará reservada una función de auténtica trascendencia: la de utilizar las riquezas de México con un ánimo generoso, no como fuentes de lucros individuales, sino como manantial cuyas aguas alivien la enorme pobreza de nuestras masas.

Esperamos, en efecto, que la educación que se imparta en México tenga una inmovible base moral y sabemos, por experiencia, que sin esa base moral no hay sabiduría que no se frustre, capacidad que no se corrompa ni técnicas que no adquieran proporciones dramáticas de agresión.

Queremos que los hombres de mañana sean, por la calidad de sus

conocimientos y por la soberanía de su acción sobre la materia, más dichosos, más prósperos y más fuertes; pero queremos, con mayor voluntad, que sean, sobre todo, más comprensivos y más cordiales, más lúcidos y más buenos. Porque, si todas las penalidades que ha impuesto al mundo esta conflagración internacional persiguen el establecimiento de una paz duradera, debemos preocuparnos porque semejante paz no resulte, como ya lo indica Spinoza, “una simple ausencia de la guerra”, sino “una virtud que deriva de la fortaleza del alma.”

EL DOCUMENTO ESCRITO Y EL LIBRO IMPRESO

Nos congrega, hoy, una férvida aspiración. La de afirmar nuestra obra en defensa de la cultura por medio de dos instrumentos a los que debe la inteligencia del hombre un estímulo incomparable: el documento escrito y el libro impreso.

Nuestra reunión se celebra en una hora de guerra internacional, dentro del marco de una conflagración que no ha respetado ninguna norma, y que, por culpa de los déspotas que la provocaron, ha intentado torcer todos los principios y amoldar las filosofías a la voluntad de justificar una política de agresión y un apetito mórbido de venganza. Este solo hecho nos compromete a reflexionar, en el umbral de vuestros debates, sobre el valor persuasivo de la cultura que defendemos, que es, ante todo, exaltación de la libertad, y decisión de emplear esa libertad no para el triunfo de una fórmula de violencia, sino para el completo equilibrio de las facultades creadoras del sér humano y para la dignidad de una convivencia fundada en la solidaridad generosa de los espíritus.

Lejos de suponer una digresión, estas ideas nos llevan directamente a la esencia vital de vuestros Congresos. En efecto, ¿cómo dirigir la función de las bibliotecas si no reiteramos, primero, el sentido activo, democrático, justo e igualitario, de la cultura que las bibliotecas habrán de cuidar y de propagar?

Toda organización eficaz se sustenta siempre sobre un acto previo, de crítica positiva. Y cada uno de los delegados aquí presentes sabe por experiencia que el catálogo de un centro de lectura vale a menudo tanto por lo que encierra cuanto por lo que omite. No paradójicamente se dió ya el caso de que, en ocasión como ésta, un escritor español exclamara un día, frente a la gigantesca acumulación de la letra impresa, que la misión del bibliotecario consiste en tratar al libro como "función viviente", no como objeto, y en ejercer sobre él una autoridad imparcial y honesta.

PREPARACIÓN DEL BIBLIOTECARIO

Admitiéndolo así, nos interesamos por acometer dos tareas inseparables. Difundir el libro e ilustrar al bibliotecario. Abrir la fuente de la cultura y acendrar, en los encargados de administrarla, el sentimiento de su mayor responsabilidad.

A este respecto, procede reconocer que no siempre ha sido considerada la actividad del bibliotecario con el aprecio que exige su profesión. Todavía ahora no es cosa rara que se presenten ante nosotros solicitantes de buena fe, los cuales —no creyéndose diestros para nada en particular— se juzgan aptos para “cuidar una biblioteca”, como si la obligación de un bibliotecario se redujese a las labores de un velador.

Y esto acontece, precisamente, en una época en que el hombre no sabe cómo discernir con exactitud entre todas las tentaciones de la lectura; en una época en que el transitar por los laberintos de la bibliografía requiere dosis enormes de pericia y de tenacidad; en una época en que la publicidad mercantil suele colocar en el mismo plano la novela pornográfica vergonzante y el tratado exquisito de arte, de doctrina y de convicción.

Ahora bien, si la escuela y la biblioteca no se articulan en forma estable y si ésta no se acrecienta —con libros, naturalmente, pero, al mismo tiempo, con un sentido limpio de orientación intelectual y moral en el funcionario nombrado para encauzarla—, nuestro adelanto en asunto tan importante será muy lento y, sobre todo, poco fructuoso.

Si fuéramos un país rico, podríamos arrostrar con menor peligro las eventualidades de una inversión intensiva aunque improvisada. Pero, cuando computamos nuestros cortos créditos oficiales para comprar libros, comprendemos que aumentar nada más las asignaciones a tal efecto sería un empeño a la postre estéril, si no intentásemos elevar a la vez el nivel del bibliotecario, facilitando sus estudios y alentándolo, a fin de que sepa obtener el mayor beneficio de los recursos, por fuerza escasos, que nos hallamos en aptitud de proporcionarle.

CREACIÓN DE UNA ESCUELA PARA BIBLIOTECARIOS Y ARCHIVEROS

Necesitamos emprender, en esta porción de nuestros trabajos, exactamente lo mismo que emprenderemos el año entrante por lo que atañe

a la mejor capacitación de los profesores. Y, si atenderemos a esa mejor capacitación instalando nuevas Escuelas Normales, ampliando las existentes y revisando los planes y métodos de enseñanza, habremos de coincidir en la conveniencia de inaugurar por lo menos un establecimiento central para la formación de bibliotecarios profesionales. En tal virtud, me complazco en anunciaros que nuestro Primer Magistrado ha autorizado ya los preparativos para crear una Escuela Nacional de Bibliotecarios y de Archiveros. Los programas de dicha escuela se encuentran en el período de elaboración. Por consiguiente, la celebración de vuestros Congresos nos permitirá oír vuestras sugerencias y yo os prometo hacer todo lo posible para acogerlas y aprovecharlas debidamente.

Siento, no obstante, que al conocer la determinación de que os doy aviso, una pregunta asciende hasta vuestros labios. ¿Cómo vamos a conseguir alumnos para el plantel que nos interesa, si paulatinamente no corregimos las deficiencias presupuestales que hoy prevalecen? . . . El bibliotecario y el archivero profesionales deberán esperar una remuneración que compense el alcance de sus esfuerzos. La Secretaría de Educación Pública así lo entiende y procurará suscitar, poco a poco, las reformas imprescindibles para que existan, a más de las plazas administrativas de que disfrutaban sus empleados, puestos para técnicos de carrera, a los que podrán aspirar quienes sigan todos los cursos del plantel a que me refiero, así como aquellos que, con laudable perseverancia, se han empeñado en elevar por sí propios su capacitación y están en condiciones, por tanto, de sustentar los exámenes relativos. No me parece superfluo añadir que los estudios especiales, efectuados en establecimientos reconocidos, serán motivo de revalidación en aquella escuela.

El urgente estímulo que reclama la profesión del bibliotecario se halla, por otra parte, en íntima consonancia con el interés que merece la iniciación de un sistema de bibliotecas de amplitud auténticamente nacional. Hasta ahora, en su gran mayoría, nuestros centros de lectura han persistido en locales inadecuados, con acervos insuficientes y con horarios sujetos más a menudo a la posibilidad de trabajo que es dable esperar de lo exiguo del sueldo fijado al bibliotecario que a las necesidades reales de los lectores.

El servicio no podrá mejorarse súbitamente, porque, en cualquier nación, constituye una de las prestaciones públicas más costosas y, para sostenerlo acertadamente, deberíamos contar con fondos de que ahora

no disponemos. Sin embargo, la actitud de cruzarnos de brazos ante el problema sería punible y, aunque con modestia, hemos de proyectar, desde luego, un rendimiento más coherente y una intensificación gradual de las medidas encaminadas a aumentar las partidas de adquisición.

BIBLIOTECAS POPULARES Y BIBLIOTECAS ESCOLARES

Dentro de esa esperanza, la Secretaría de Educación Pública ha determinado que, en todos los edificios escolares que construirá el Comité constituido por Ley del 23 de marzo de 1944, se reserve un local para Biblioteca. Ahí instalaremos dos tipos de colecciones: uno, de obras de texto y lectura para los alumnos; y otro, de consulta y de ampliación cultural para los maestros. Como coronamiento de este programa nos proponemos fundar en la nueva Escuela Normal Superior una Biblioteca Pedagógica Central, con facilidades de préstamo de libros para todo el país.

Nuestra atención no se limitará a las Bibliotecas de las Escuelas. Se fijará también, con intensidad, en la población que no asiste a ellas. Anhelamos multiplicar las Bibliotecas Populares que, aun dentro de lo módico de su actual situación, han sido de utilidad evidente para las zonas en que funcionan, y no omitiremos esfuerzo alguno para enriquecer las que existen hasta lograr que, por la renovación meditada de sus catálogos, documenten al público sobre las conquistas más estimadas de la técnica y de la industria, a fin de que —según las regiones— el obrero y el campesino hallen en ellas tanto un material bien seleccionado para el esparcimiento del espíritu y el ennoblecimiento de las virtudes del ciudadano, cuanto textos fáciles y modernos para completar su ilustración general y robustecer su preparación de manera rápida y efectiva.

NECESIDAD DE UN SISTEMA NACIONAL DE BIBLIOTECAS Y DE UNA LEY FEDERAL DE ARCHIVOS

El apoyo que ansiamos dar a la biblioteca, como auxiliar magnífico de la escuela, se vería frustrado si no pugnáramos por concertar las actividades que, separadamente, realizan los gobiernos, los municipios, los institutos y las asociaciones particulares. Sorprende el hecho de que hayan podido sobrevivir nuestras bibliotecas al lamentable divorcio

que entre ellas marca la falta de un programa común. De ahí que me parezca muy significativo el que figuren en el temario de esta Asamblea dos cuestiones, a mi juicio trascendentales: la estructuración jurídica de un Sistema Bibliotecario Federal y Estatal, y la discusión de las bases que sería recomendable fijar para la redacción de una Ley sobre reorganización y protección de Archivos.

Merced a la implantación de un sistema nacional, conseguiríamos, entre otras cosas, fomentar el intercambio de libros, de catálogos, de fichas bibliográficas y, hasta en ocasiones, el canje de personal especializado; todo lo cual, además de unificar los impulsos de los grupos y las personas, acrecentaría dichosamente la proyección social de las Bibliotecas.

Y, por lo que concierne a la iniciativa de Ley antes mencionada, ¿quién podría negar las ventajas de proteger mejor, en nuestros archivos, el patrimonio histórico mexicano: los documentos, base insustituible de investigación para el porvenir?

Por eso me congratulo singularmente de que bibliotecarios y archiveros estén congregados aquí. Unos y otros habrán de actuar en estrecha unión. Quien respeta el libro no puede menospreciar los tesoros de información que se encuentran confiados a la custodia de esos guardianes incorruptibles que deben ser, para seguridad de nuestro pasado. los archiveros. Símbolo de esta alianza serán muy pronto, en lo que fué en otro tiempo la Ciudadela, la *Biblioteca de México* —que alojaremos en una de las vastas alas de aquel recinto— y el Archivo General de la Nación.

EL ANALFABETISMO Y LAS BIBLIOTECAS

Una nueva etapa se abre ante nuestros ojos. México entero comprende y siente que debe participar cada día más en la integración homogénea de su cultura. Escuelas, laboratorios, archivos y bibliotecas tienen que combinarse para favorecer el armónico desarrollo de las futuras generaciones. ¿Para qué alfabetizar a los iletrados si no prevemos que enseñar a leer a quien no lo sabe impone el espléndido compromiso de dar lectura —y lectura útil, sana, libre, práctica y confortante— a quienes se han afanado por alcanzarla?

De todos los analfabetos que viven en la República, aquellos cuya condición resulta más deprimente son los que fueron de niños a alguna

escuela y que, más tarde, por falta de libros, de diarios o de revistas en que leer, olvidaron lo que aprendieron.

Esos analfabetos por desuso no se cuentan ya por decenas o por centenas. No. Son millares. Millares de hombres y de mujeres abandonados en la mitad del camino que iba a arrancarles de la incultura. Millares de hombres y de mujeres que, acaso por un instante, vieron la aurora de un mundo nuevo y que han tenido otra vez que hundirse en la sombra y en la miseria de la ignorancia. Millares de hombres y de mujeres cuya existencia debe excitarnos a acelerar el mejoramiento de nuestro sistema de bibliotecas y de ediciones y cuyo drama nos da un ejemplo y una lección.

Semejante lección servirá para que cuidemos celosamente de que, al margen de la Campaña contra el Analfabetismo, se realice una campaña de publicaciones a bajo precio y se amplíe la radiación tutelar de las bibliotecas, llevando el libro hasta los rincones más escondidos y más humildes. ¡El libro, maestro mudo pero constante; entidad suprema de la inteligencia de nuestro tiempo; alto testigo del pensamiento del hombre y emblema eterno, al que la democracia rinde homenaje porque es antorcha de independencia en las horas de servidumbre, arco iris de redención sobre la tormenta de los espíritus y, hasta en la hoguera donde lo arrojan los dictadores, su cuerpo estoico, quemado en vano, desprende luz!

EL INSTITUTO FEDERAL DE CAPACITACION DEL MAGISTERIO

UNA de las más nobles aspiraciones del magisterio federal encontrará, en el Instituto que inauguramos, promisorio y valiosa realización. Hace mucho, en efecto, que los maestros no titulados se hallaban en espera de una medida que les pusiese en condiciones de elevar el nivel de su exigua preparación y que, capacitándolos adecuadamente, les abriera los horizontes de un paulatino ascenso profesional.

Quienes han contemplado el fervor humano con que acuden esos maestros a los cursos organizados en varios centros de la República a fin de darles, aunque sea sucintamente, una oportunidad de mejoramiento, conservarán, como yo conservo, la impresión de un problema conmovedor: el de un grupo de hombres y de mujeres que se han consagrado a la enseñanza rural en los términos de una misión civilizadora pero que, poseyendo apenas —en su mayoría— un certificado de educación primaria, ven restringidas sus posibilidades pedagógicas por una limitación de la que, ciertamente, no tienen culpa.

ESTÍMULOS PARA EL MAESTRO RURAL

En su ansia de completar por sí mismos su adiestramiento, muchos dedican sus horas libres a la lectura, al estudio, al aprendizaje. Mas no siempre los elementos de que disponen apresuran, como sería de ambicionarse, la satisfacción necesaria de sus deseos. Los libros a menudo resultan caros, difíciles de adquirir. En ocasiones, las ciudades se encuentran lejos de los poblados en que retiene a esos profesores el deber oficial de su actividad. Frecuentemente, su anhelo de redención tropieza con obstáculos tan enhiestos que la desesperanza cunde en los ánimos más erguidos. No es insólito, pues, que por falta de estímulos permanentes el maestro abdique, ya sea emigrando a trabajos más lucrativos, ya prosiguiendo —con rutinaria monotonía— el desempeño de unas funciones que no le brindan ni expectativas auténticas de progreso ni, siquiera, recursos espirituales para poder continuarlas con interés.

Inauguración del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio.—México, D. F., 19 de marzo de 1945.

Afortunadamente, no son escasos los que logran sobreponerse a esta prueba en verdad desmoralizadora. Pero ello exige una vocación admirable de sacrificio. Y un sistema de educación nacional no debe fundarse sobre tanta miseria, sobre privaciones tan hondas y sobre la aceptación resignada de una existencia sin porvenir.

A la voz del pueblo —que demanda escuelas y más escuelas— se suma así la voz de los instructores que, para intentar con mayor eficacia las labores que les competen, piden más saber.

ATENCIÓN A LAS ESCUELAS NORMALES

El Gobierno ha escuchado esos dos clamores, iniciando con decisión la Campaña contra el Analfabetismo y autorizando un plan de institutos profesionales que le permita allegar, en lo sucesivo, una proporción razonable de catedráticos normalistas. Las Normales Rurales —que venían trabajando con un programa mínimo de tres años, como si la tarea del maestro rural fuese más sencilla que la del maestro primario urbano— irán extendiendo su ciclo a partir de 1945 hasta contar, en 1947, con los mismos seis grados que las Normales establecidas en las ciudades.

Estas, por otra parte, recibirán en breve un aliento confortador. Por lo que concierne al Distrito Federal, dos planteles —ejemplares realmente en su trazo— se hallan en curso de construcción, en los terrenos de San Jacinto. La cantidad de tres millones de pesos, asignada para su obra, dará una idea de la importancia que les concede nuestro Gobierno. Pero no deseamos concretarnos a lo que se haga en la Capital. En San Luis Potosí se ha resuelto, asimismo, la edificación de una gran Normal. Y procederemos en igual forma en Oaxaca y en Guanajuato, porque aspiramos a descentralizar la preparación de los profesores y sentimos que, entre nosotros, la vida de la provincia, con su paz tan fecunda para el espíritu, tendrá que proporcionar —todavía por largo lapso— un ambiente sereno y propio para establecimientos educativos del linaje que propugnamos.

LEY DE CAPACITACIÓN

Si afirmamos de tal manera la instrucción de las nuevas generaciones ¿cómo íbamos a incurrir, por desistimiento, en el abandono de los

millares de maestros sin título que están prestando servicios a la Federación? ¿Con qué derecho podíamos condenar al más duro estacionamiento, en la pobreza, en la duda y en la ignorancia, a esas legiones de hombres y de mujeres que han emprendido, durante lustros, la emancipación campesina llevada a cabo desde las aulas de la escuela rural?

Los maestros y las maestras no titulados podrán capacitarse, dentro de un período de seis años de estudios y por medio de los cursos que este Instituto impartirá desde hoy por correspondencia.

La forma elegida para esos cursos no ha obedecido a un capricho, sino a una necesidad. Sabemos que nada reemplaza completamente el contacto del alumno y del profesor, por la virtud esclarecedora de la presencia, del ejemplo, de la palabra. Pero no nos hallamos en aptitud ni de crear de una sola vez todos los centros que requeriría la capacitación de más de dieciocho mil maestros no titulados, ni, mucho menos, de desalojar a ese personal de los lugares en los que atiende a la enseñanza primaria de nuestro pueblo. Con sus limitaciones, inevitables, la instrucción por correspondencia vendrá a allanar las serias dificultades que confrontamos en cuanto a simultaneidad en los procedimientos, unidad en los métodos y dispersión de los educandos.

LECCIONES Y CUESTIONARIOS GRATUITOS

Redactadas por un cuerpo de distinguidos especialistas, las lecciones serán impresas por la Secretaría de Educación y enviadas, junto con un cuestionario preciso y claro, que los profesores-alumnos habrán de llenar en determinado plazo, a fin de que los correctores, que hemos designado en número suficiente, se percaten del desarrollo de sus estudios, rectifiquen los errores que adviertan y, mediante aclaraciones lógicas y oportunas, encaucen la continuidad del aprendizaje hasta aquel instante en que, concluida su preparación escrita, el profesor-alumno, durante los meses de vacaciones, pase a los Centros Orales donde completará su enseñanza y sustentará los exámenes relativos.

En ningún momento la acción que hemos proyectado supondrá gasto alguno para las personas que la aprovechen. Las lecciones se editarán por cuenta de la Secretaría y se distribuirán, con los cuestionarios, gratuitamente. Incluso los sobres en que estos últimos se devuelvan al Instituto serán franqueados por el correo sin costo de ninguna natura-

leza. En cambio, el Ordenamiento del 26 de diciembre de 1944 ofrece perspectivas económicas halagüeñas para quienes se acojan a sus legítimos beneficios, pues los profesores aprobados en los exámenes a que aludo recibirán, en el año siguiente a su promoción, un aumento de sueldos equivalente a la sexta parte de la diferencia que existe entre el salario inicial y el que corresponde a los profesores titulados.

NUEVOS PROGRAMAS

Quiero detenerme aquí sobre un aspecto que juzgo muy importante: el de los programas que regirán la instrucción por correspondencia a cargo de este Instituto. Dichos programas fueron considerados por la Comisión Revisora y Coordinadora que constituímos en abril próximo pasado. Su propósito es el de ahondar en todo lo posible la formación humana de la cultura magisterial, avivando al mismo tiempo que el amor por la ciencia, el sentido de la belleza, el rigor ético de la conducta, el culto de la paz, de la democracia y de la justicia, y la comprensión de los imperativos sociales que son augurio y también amparo de toda actitud constructiva frente al destino.

Porque siendo ideal del educador el de libertar, el de libertar a las almas de la esclavitud lacerante de la ignorancia, y coincidiendo en el verdadero maestro, como coinciden, la paciencia del sabio, la adivinación del poeta y la energía del hombre de acción, su función emancipadora resultaría frustránea si no partiese del postulado de que el dominio de la materia vale muy poco cuando no se concilia, en los seres que lo ejercitan, con el dominio de las pasiones, el respeto de la persona y la constante y ardiente adhesión al bien.

En la hora meridional de la Grecia clásica, Sócrates demostró que la libertad no estriba exclusivamente en escapar al yugo de los tiranos; ni, siquiera, en saber vencer los obstáculos exteriores; sino en saber vencerse a sí propio y romper las cadenas que atan al individuo al egoísmo de los instintos, a las veleidades del apetito y a la vehemencia confusa de la animalidad.

LA MORAL, DENOMINADOR COMÚN

A pesar de los siglos que desde entonces han transcurrido, aquellas limpias exhortaciones siguen teniendo patética validez. En el fondo, el

denominador común de todas las cuestiones educativas es de carácter moral. Abrigando esa convicción, en los nuevos programas hemos tratado de robustecer convenientemente el equilibrio de aquellas asignaturas que contribuyen a suscitar, además de un ineludible proceso técnico, la conciencia histórica, ética y cívica de los profesores; de suerte que, al terminar su preparación, no lleven éstos únicamente una vaga imagen de nuestras instituciones, sino una confianza democrática depurada por el examen de los asuntos fundamentales de nuestra tierra y una voluntad de equidad y servicio humano que oriente y acendre su inteligencia.

Hombres y mujeres íntegros y probos quiere el Gobierno que se gradúen en los cursos de este Instituto. Que, en su desenvolvimiento, no sea nunca un menguado utilitarismo límite de la ciencia, ni la ciencia escollo jamás para la virtud. Que lo que aprendan no quede superficialmente adherido a su entendimiento, sino incorporado entrañablemente a su actividad. Y que, al aprestarse a remediar las diferentes angustias que su ministerio haya de proponerles, sepan distinguir con exactitud entre la fórmula que esclaviza, porque hace de nuestro prójimo el siervo —callado y ciego— de un sistema automático irremediable, y la fórmula que redime, porque convierte el trabajo de cada quien en camino de luz, de esperanza y de libertad para todos nuestros hermanos.

AMPLITUD DE LAS MATEMATICAS

EL HECHO de que los matemáticos mexicanos celebren su segundo Congreso en estos momentos y lo celebren aquí, en Guadalajara, demuestra con elocuencia dos ideas dignas de estímulo: la idea de que la ciencia, sin excluir la visión de la realidad, debe seguir su proceso conscientemente, incluso en las horas de crisis que el mundo sufre, y la idea de que no han de centralizarse las actividades del pensamiento de México en la capital de nuestro país.

DIGNIDAD DE NUESTRA PROVINCIA

Aunque la noble tradición cultural de Guadalajara no lo justificase —como, por cierto, lo justifica—, entenderíamos claramente el propósito que inspiró a los organizadores de esta asamblea cuando eligieron, para efectuarla, el cordial ambiente de esta ciudad. La unidad esencial de México no se explica en función de una primacía capitalina, sino, al contrario, como resumen de una acción coordinada en que los Estados y Territorios tienen su parte, muy importante, según lo prueba el considerable número de profesores, de artistas y de poetas con que la provincia siempre ha contribuido a la integración del alma de nuestra Patria.

Pero si grandes son los elogios que requiere este espíritu de unidad, no menores son, a mi juicio, los que merecen los investigadores y los maestros que, interrumpiendo sus tareas inmediatas, administrativas, profesionales, docentes, y colocando en el mismo plano su celo de ciudadanos y sus cuidados de hombres de ciencia, se congregan hoy a deliberar con un sentido patriótico muy certero: el de que una de las maneras más hermosas de acatar a la tierra en la que nacemos consiste en ser positivamente leales para la actividad que elegimos por vocación, pues perfeccionándonos en el cumplimiento de nuestras obligaciones ayudaremos con hechos, con hechos ciertos y no con frases declamatorias, a mejorar en conjunto la vida de la comunidad.

Inauguración del II Congreso Nacional de Matemáticas.—Guadalajara, Jal., 28 de mayo de 1945.

Esta forma de patriotismo —que estriba en ser buen obrero si se es obrero, si agricultor, buen agricultor y, si matemático, como vosotros, buen matemático— es la que más urgentemente reclama nuestra República. Pienso, al decirlo, en aquel tenor que, no pudiendo atacar con firmeza ciertos agudos, prorrumplía al llegar a las notas altas en un frenético *Viva* dedicado a la población en la que cantaba. Muchos aplaudían —¡qué duda cabe!— y la romanza, entonces, volvía a escucharse, serena, pulcra, en el registro ya desprovisto de obstáculos, sin que el público se irritara por la omisión del bemol perdido dentro del júbilo popular.

No es así, por supuesto, como quisiéramos que se empleasen, para disimular dolorosas insuficiencias, las efusiones del patriotismo. Y si lo digo con energía es porque abrigo la certidumbre de que el método más honesto de vitorear a cualquier país, radica en trabajar para engrandecerlo; para engrandecerlo por la virtud, por la inteligencia, por la belleza o por la cultura.

LAS ARMAS DE LA PAZ

Sobre uno de los dos escenarios enormes de la guerra que provocaron los tiranos nazifascistas, la derrota de los ejércitos agresores nos permite ya descubrir un espectáculo de miseria, de muerte y de destrucción: cadáveres de pueblos y de ciudades, ruinas de hombres y de países, dolor, angustia, luto y enfermedad. En el otro escenario, la guerra prosigue. Pero también ahí la victoria de las Naciones Unidas avanza rápidamente. Y, dentro de un lapso que no podemos fijar con exactitud, la esperanza de una paz general se realizará.

¿Qué momento mejor para repetir, en la intimidad de cada conciencia, lo que las prácticas medioevales llamaban la velación de las armas del caballero? En efecto, al final de la guerra sucederá una labor de reconstrucción, de orden y de justicia, para lo cual deberemos todos alistarnos y adiestrarnos valientemente. Las armas que estamos velando no son ahora las armas del exterminio, sino las armas del saber, del trabajo humilde o de la audaz y benéfica indagación.

Son, en el caso del médico el bisturí y en el caso del químico la probeta; la máquina en el caso del industrial y el arado en el caso del campesino. En el vuestro, señores —no sé, realmente, cómo decirlo, pues habéis escogido lo más abstracto—, son las ecuaciones y los teore-

mas, los triángulos y los círculos; pero, en resumen, es, sobre todo, el juego de los símbolos matemáticos, la cifra pura.

Ahora bien, esos instrumentos —que los no iniciados desdeñan por cerebrales y por sutiles— fueron tan útiles en la guerra que no es sensato poner en duda su valimiento para la paz.

AMPLITUD DE LAS MATEMÁTICAS

Por la extensión de sus posibilidades y por el carácter general del idioma que usan para expresarse, las ciencias que son vuestra especialidad constituyen el máximo esfuerzo técnico por abarcar las formas del Universo y han convertido a la mente civilizada en un trasunto de la caverna alegórica de Platón, sobre cuyas paredes las cosas se manifiestan no con sombras tímidas y evasivas, sino con luces claras y perdurables.

El número, el signo, lo aparentemente menos cargado de materia y de densidad, es la base, para vosotros, de todo estudio. Mas acontece que con aquel aparato tan tenue actúan los matemáticos sobre el orbe con mayor influencia y vigor que los jefes de los gobiernos más absolutos. La inmensidad de la Tierra, con sus mares, sus ríos y sus montañas, es campo estrecho para su acción. Tras de medirla, va el matemático mucho más lejos y pronostica el turno de los eclipses, calcula el diámetro de los astros, sigue el itinerario de los planetas y examina por fin, en el microscopio, como si fueran las células de un tejido, las negativas en que la cámara denunció la posición de los cúmulos estelares.

No hay, en el fondo, ciencia ni arte que escape completamente a la aptitud de ponderación de las matemáticas. La pintura establece y resuelve problemas de perspectiva. La música y la poesía suponen ritmos. Y el ritmo y la perspectiva brotan del número, como decían los orientales que iban saliendo, de la cosmogónica flor del loto, todas las apariencias del mundo en que nos movemos.

IMPARCIALIDAD Y MODESTIA

Pero he aquí que, de esta misma universalidad de las matemáticas, derivan dos hábitos mentales excelentes. El de la imparcialidad, que es la honradez de la inteligencia, y el de la modestia, que es el buen gusto

de la razón. Quiero, sobre estos aspectos, citar las frases de dos ilustres representantes de las disciplinas que cultiváis. Me refiero a Hilbert y a Luis de Bröglie. El primero indica: "Cuando en nuestras investigaciones encontramos un problema o sospechamos un teorema, nuestro espíritu no queda satisfecho hasta que poseemos la solución completa del problema y la demostración rigurosa del teorema, o bien hasta que conocemos muy claramente el porqué de la imposibilidad del éxito y también, por lo tanto, el porqué de la necesidad del fracaso." Por su parte, el segundo afirma: "Cuando se ve cuánto mayor es la suma de nuestras ignorancias que la de nuestros conocimientos, se siente uno poco propicio a conclusiones precipitadas." Y añade: "Muchos han considerado la ciencia en razón de sus aplicaciones y esperan confiadamente en que, gracias a ella, se abrirá ante nosotros un porvenir de progreso en algún modo indefinido. Esta opinión requiere algunas reservas. No todas las aplicaciones de las ciencias son bienhechoras ni es verdad que su desarrollo tenga que asegurar el progreso real de la humanidad, porque, sin duda alguna, este progreso depende mucho más de la elevación espiritual y moral del hombre que de las condiciones materiales de su vida."

Grandes palabras, que nos revelan hasta qué punto el sabio sincero, geómetra o físico, siente ante todo la obligación de proceder con prudencia —con atrevida prudencia— en el campo de sus indagaciones. Esta confesión —que señala un deber constante a los matemáticos: el de no olvidar, por ningún motivo, que las construcciones más elevadas del pensamiento se desmoronan cuando no las sustenta, sobre el terreno de la cultura, el cimiento del bien moral— me autoriza a exhortaros a meditar, en el umbral de vuestros debates, acerca de la relación, cada vez más íntima, que hemos de establecer entre la actividad del especialista y la condición del hombre.

CIENCIA LIBRE

No es cierto que opere la inteligencia en compartimientos estancos y de naturaleza incommunicable. La cultura, al contrario, es precisamente eso que queda, en el alma de un individuo o en la estructura de un pueblo, cuando dejamos de examinarlos a través de la abstracta reja de una clasificación científica de las cosas. O, para explicarlo de otra ma-

nera: no se es culto —según Simmel lo declaraba— “por el mero hecho de haber cultivado este saber o aquella capacidad, sino cuando todos los logros particulares sirven para el desenvolvimiento del alma misma.”

La antigua imagen del sabio, aislado de las contingencias auténticas de la vida e ignorante de lo que no cupiese dentro de los límites de su cátedra o del espacio, aséptico y frío, de su laboratorio, ha perdido todo sentido ideológico y hasta, francamente, toda eficacia sentimental. El sabio es hombre y hace una ciencia destinada a servir al hombre. Pero, en su propósito de servirlo, debe partir de este postulado: que no hay valores capaces de servir a los hombres durablemente cuando se ponen los intereses del momento por encima de los intereses eternos de la verdad.

LA ACADEMIA MEXICANA DE EDUCACION INTEGRAL

LA CAPACIDAD de un espíritu se comprueba por su afición a reconocer el esfuerzo ajeno y su espontáneo placer en recompensarlo. Siempre ha sido, en efecto, aptitud de las almas grandes la estimación de los méritos positivos, pues mal ha de aplicar a sus propios hechos los principios de la virtud quien no sabe apreciarla en sus semejantes.

Existen generaciones que, negando lo que aprendieron, creen definir y afirmar lo que aún ignoran y piensan, acaso sin confesarlo, que el olvido es señal de fuerza y que, en los hombres de voluntad dispuesta a empresas magnas, la rebeldía excusa la ingratitud. Ocupadas en imaginar lo futuro, tales generaciones cierran los ojos a lo pasado y hacen así de un deseo justo —el de mejorar lo presente— un deseo inútil, porque todo en la vida es creadora y cambiante continuidad.

En cambio, existen otras generaciones para las cuales el respeto de los predecesores se torna frecuentemente indolencia, angustia, pesimismo y renuncia frente al progreso. Acostumbradas a imitar las fórmulas de su historia, la inmovilizan. Entre ambas disposiciones, confirma el juicio que tan peligrosa como una admiración incapaz de crítica sería una crítica desprovista de facultades de admiración.

Tras de medir los perjuicios que esos extremos han producido en nuestro país, los hombres de hoy deben prepararse a una actitud más patriótica y verdadera. No es prudente vivir principiando siempre; mas tampoco lo es intentar crecer sin avalorar los aspectos nuevos que ofrece a cada momento lo que podríamos suponer cosa ya juzgada.

Me he detenido en estas observaciones porque descubro en ellas un franco encomio para la obra, a la vez de examen y de homenaje, que la Academia Mexicana de Educación Integral inicia con esta fecha. Conmovidos por el silencio en que suelen caer los prestigios que no se fundan sobre un éxito material, los miembros de esta asamblea quieren honrar a los profesores más distinguidos de cada uno de los Estados y Territorios de la Federación y principian por inclinarse ante los ausen-

tes, ante los muertos, sobre cuyas lápidas no debemos admitir que prosperen nunca la cizaña de las envidias y el musgo del abandono.

Ocorre que, desde luego, se ha visto inducida esta Institución al empeño de comparar y ha concluído, a la postre, por escoger. Por escoger unos cuantos nombres, que presenta a nuestro recuerdo y que ilustrarán, con el tiempo, una galería a la que será conveniente regresar siempre que deseemos meditar sobre lo que ha sido la educación en nuestra República; cuáles fueron los talentos más puros que la guiaron y cuáles los corazones más generosos que captaron su realidad.

Nada falta a esta iniciativa porque, tan pronto como termine la selección de los desaparecidos, el desfile a la sombra de los cipreses, la Academia —según me indican sus directores— afrontará la tarea de rendir homenaje a los más ilustres maestros vivos. Tarea difícil ésta que apunto, ya que siempre fué la existencia proyecto incierto, cambio constante y posibilidad cotidiana, de error en algunos casos, y en otros, de paulatino mejoramiento o de imprevista superación. Tarea difícil, porque —al apreciar los valores próximos— el juez de imparcialidad más acrisolada tropieza con obstáculos incontables, de simpatía o de antipatía, de discrepancia o de coincidencia y, para decirlo sinceramente, de oposición doctrinaria o de parentesco sentimental. Tarea difícil, en conclusión, por el hecho mismo de que hay presencias a las que no es pertinente acatar sin escrúpulo de lisonja y cercanías que dan a las omisiones un sentido equívoco de censura.

Sin embargo, si en la proposición referente a los maestros que, por fortuna, siguen acompañándonos en la vida, la Academia actúa con la amplitud de criterio que nos permite augurar el desinterés de los postulados que invoca para su obra, semejante tarea será muy útil.

Los laureles póstumos son, de hecho, tanto un honor para la memoria de aquellos que los obtienen cuanto una satisfacción para la equidad de las colectividades que los dispensan. Pero resulta ya entre nosotros indispensable que no parezca la muerte una condición necesaria para alcanzar el aplauso que, sin pedirlo, merecen las existencias dignas y probas.

A principios del siglo XIX Larra afirmaba que escribir, en Madrid, era llorar. Es urgente que no se pueda decir mañana que pensar, educar y escribir fueron en México amargas demostraciones de una vocación patética de martirio.

Por fortuna hemos entrado ya en un período en el cual, aunque

con modestia, con la modestia que imponen nuestros recursos, principian a ser mejoradas las condiciones materiales de los trabajadores del pensamiento. En este año hemos presenciado un aumento general de los salarios de los maestros y el anuncio de un nuevo aumento: el que recibirán, a partir de 1946, los que sigan los cursos del Instituto de Capacitación y que sean aprobados en sus exámenes. Además, por lo que concierne a los escritores, a los sabios y a los artistas, fué promulgada recientemente la Ley que crea un premio anual de veinte mil pesos y que prevé, por cuenta del Estado, la organización de exposiciones y de ediciones en beneficio de la cultura.

Pero yo sé muy bien que, por importantes que sean las ventajas que sobre estas premisas se logren en lo futuro, su poder quedaría invalidado si no se adoptaran otras medidas de estímulo espiritual.

De ahí que la Secretaría de Educación se haya preocupado por otorgar diplomas, certificados y medallas a nuestros más antiguos educadores. De ahí, igualmente, que muchas de nuestras escuelas ostenten el apellido de los maestros de virtudes más respetables. Y de ahí también que, en la preparación de la Campaña contra el Analfabetismo, hayamos velado continuamente porque el esfuerzo de los instructores sea motivo de reconocimiento por parte del Municipio, del Estado o del Territorio, y, en general, del pueblo de la Nación.

Precisa no aguardar la consagración del fallecimiento para agradecer a los encargados de la enseñanza el amor que dedican a su misión. Bien está, por tanto, que la Academia Mexicana de Educación Integral haya considerado el honor que incumbe a los maestros de ayer. Lógicamente, ese camino la conducirá a exaltar el ejemplo de los maestros de hoy y a abrir, para los de mañana, horizontes todavía más halagüeños y favorables.

Como Secretario de Educación Pública la felicito por su entusiasmo y me permito únicamente manifestar el cordial anhelo de que, al citar por sus nombres y por su cuna a los grandes educadores de nuestra historia, no olvidemos ni un solo instante a las legiones anónimas y calladas, a los millares de humildes guías que, en el campo o en la ciudad, en la vecindad de la fábrica o en el límite del ejido, bajo el techo desnudo de la escuela rural o frente a la cátedra mal tallada del colegio primario de alguna aldea, reciben año tras año nuestra riqueza más promisoría, el tesoro humano de nuestro México, y modelan, en la plástica inteligencia de la niñez, el porvenir auténtico de la Patria.

PROMESA Y FE DE LA JUVENTUD ESCOLAR

CEREMONIAS como ésta impresionan siempre por la manera grave, sencilla y honda en que llaman a nuestro espíritu.

Se asocian, en efecto, en actos de este linaje, a la alegría de los alumnos, que han cubierto una etapa de su deber, la satisfacción de los padres y los maestros —que, con su empeño y sus enseñanzas, hicieron posible la graduación de los educandos— y la esperanza de todo hombre que se da cuenta de la magnitud de los problemas morales, económicos y sociales que plantea el progreso de nuestros pueblos y que comprenden que el camino más firme para afrontarlos con energía y resolverlos con eficacia es el camino de la cultura; de la cultura como generosidad de conocimiento, de la cultura como virtud.

El observador menos dispuesto a la vehemencia tiene que sentirse conmovido ante el espectáculo de una nueva promoción escolar. Están ahí, frente a él, como lo estáis ahora vosotros, jóvenes estudiantes, muchas presencias determinadas por ese común denominador que es el solo hecho de pertenecer a una misma generación. ¡Cuántas vocaciones, cuántos anhelos, cuántos programas de acción o de poesía, de ideal o de realidad!... Basta pasear la mirada sobre vosotros para advertir una feliz multiplicidad de horizontes, de estímulos, de promesas. En algunos, se prepara la inteligencia a realizar el proyecto de un médico o de un maestro, de un filósofo o de un investigador científico. En otros, maduran ya oscuramente los gérmenes de una decisión artística: sueñan con ser novelistas, músicos o escultores. En otros, tal vez, la inquietud todavía no cobra forma precisa. Pero, frente a todos, hay una perspectiva que no requiere derivaciones profesionales: la de ser hombres, hombres y mujeres dignos y justos, demócratas y sinceros. Y, por diversos que sean en vuestro caso los resultados individuales, ese modelo de humanidad es el que yo desearía señalar a vuestro entusiasmo.

Un emperador romano —hablo de Marco Aurelio— dedicaba a la soledad las horas más altas y diáfanas de sus noches. Bajo la tienda de campaña, tras de luchar con los bárbaros del pasado para defender el

Ceremonia de graduación en el Colegio Americano de la ciudad de México.—México, D. F., 28 de junio de 1945.

legado de sus mayores, al temblor de una lámpara vacilante, hablaba consigo mismo. El fruto de aquel diálogo incomparable entre el gobernante y el pensador consta en un libro de reflexiones, que cierto crítico ha calificado como suspiros de un gran corazón en éxtasis.

Os invito a meditar en esta ocasión sobre dos de esas reflexiones. La primera indica: "Dondequiera se puede vivir, se puede vivir bien", y la segunda establece que "lo que no es útil para el enjambre tampoco es útil para la abeja". Que esas dos máximas os conforten en lo futuro, pues, en verdad, dondequiera hay aptitud de vida no debe existir argumento para vivir imperfectamente, para obrar con dolo y para pensar con malicia; porque hacer el mal es negar la vida y pensar el mal, aun sin realizarlo, es traicionar en secreto a nuestros hermanos.

Por otra parte, nada de lo que daña a la sociedad puede brindar al hombre íntimo regocijo. Sobre individualismos menguados no se ha forjado nunca una patria heroica y, como lo manifestó hace siglos Marco Aurelio, lo que perjudica al enjambre perjudica —tarde o temprano— a la personalidad de la abeja; la inhabilita.

Devoción para el bien y fe en la solidaridad humana habrán de ser las columnas de todos los monumentos que levantéis en lo sucesivo. Siempre que acometáis alguna tarea, preguntaos humildemente: ¿Están de acuerdo con ella los postulados fundamentales de mi conciencia? ¿Servirá para que otros hombres y otras mujeres comprendan un poco mejor su destino, sean más libres y más dichosos, más optimistas y más activos, más prósperos y más rectos? Si la respuesta es afirmativa, empeñaos en el intento. Si no, desistid de él. Porque no hay triunfo que valga la pena de conquistarse cuando no está conforme con obtenerlo nuestro concepto del bien, y no existe victoria capaz de enorgullecernos cuando vulnera a la humanidad.

Erigida en México —y poblada por niños y adolescentes mexicanos y norteamericanos— esta escuela tiene el deber de servir la causa de mutuo entendimiento y de respeto recíproco que expresa profundamente la voluntad de nuestro Hemisferio.

Hemos visto, por la guerra tremenda que desataron los tiranos nazifascistas, en qué extremos concluye una educación dirigida por el desprecio, por la venganza y por la sed de un poder sin limitaciones. En América no queremos que las escuelas sean máquinas de destrucción, sino ejemplos de paz y talleres magníficos de concordia, y que todos los

escolares que salgan de los planteles educativos del Continente se sientan mensajeros de nuestro espíritu de colaboración para la justicia y de lealtad en la democracia.

Ese es el papel que os incumbe ahora, jóvenes estudiantes: transmitir a los hombres, con hechos ciertos, sin distinciones de clases, de razas o de fortunas, el mensaje de nuestra fe colectiva en la civilización. Semejante papel entraña un honor espléndido. Por eso, desde lo más entrañable de mi confianza, os digo en estos momentos: sed dignos de ese mensaje; mereced ese honor. La vida os lo premiará.

EDUCACION PARA LA PAZ Y PARA LA DEMOCRACIA

EL 23 de abril de 1944 inauguramos, en Saltillo, el primer Congreso de Educación Normal. Diecinueve meses han transcurrido desde ese día y muchos de los que celebramos aquella fecha nos reunimos, ahora, con dos propósitos: rendir tributo de aprecio a la Escuela Normal de Monterrey, que cumple setenta y cinco años de vida, y continuar el estudio, empezado entonces, de uno de los problemas que más profundamente nos interesan: la preparación de nuestros maestros.

NUESTRA REFORMA EDUCATIVA

No me detendré a examinar los detalles de la reforma educativa —que conocéis—, pero sí procuraré definir el espíritu que la orienta. Ello me induce a inquirir, primero, ¿qué educación esperamos que dé el maestro a los niños y jóvenes mexicanos? La pregunta se presenta como parte del tema que estoy tratando, puesto que si no precisáramos previamente la finalidad social de la educación, mal podríamos apreciar los motivos que nos llevaron a variar los sistemas organizados para facilitar al maestro ese encuentro definitivo consigo mismo, sin el cual resulta el mejor diploma, en manos de quien lo ostenta, un pergamino carente de autoridad.

Creo, como Dilthey, que toda pedagogía es el producto de una filosofía que tiende a formar al hombre. Ahora bien, en la paz que principia ¿qué va a exigir del hombre la convivencia civilizada?... ¿Que sea una máquina silenciosa, obediente al mando de quien la use, para el éxito de un partido, de un gobierno, de una raza o de un modo totalitario de comprender el mundo y la sociedad?

Ante el solo enunciado de esta interrogación se subleva en nosotros lo más genuino e insobornable de nuestra fe en la dignidad humana.

Por el simple conocimiento de los desastres que provocó, en la Alemania de Rosenberg y de Hitler, el automatismo servil de la intelligen-

Inauguración del II Congreso Nacional de Escuelas Normales.—Monterrey, N. L., 30 de noviembre de 1945.

cia, nos sentimos resueltos a no aceptar tan cruel ignorancia de la persona.

¿Querremos, entonces, formar a un hombre que, aislado de la comunidad en que se sustenta, desdeñe los compromisos de la interdependencia social y, en el mejor de los casos, consagre sus energías a labrar su existencia como una estatua y pulir su conducta como un estilo?... Por mucho que nos seduzcan las perfecciones individuales, a las que a veces llegan algunos excelsos temperamentos por esta ruta, pronto advertimos que generalizar esa omnímoda libertad privaría a la educación de su base misma y dejaría a las masas en un estado que ni siquiera compensaría, de tarde en tarde, el difícil advenimiento ejemplar del genio, puesto que el genio surge como una suma y confirma la regla con la excepción.

EL HOMBRE QUE PRETENDEMOS FORMAR

El hombre que habrá de forjar nuestra educación será un hombre íntegro y democrático, dueño de gozar de su propio *yo*, pero sirviendo a la Patria y a la familia no como esclavo —ni, mucho menos, como instrumento—, sino como miembro consciente, libre y disciplinado de la Patria y de la familia. Y, repito, libre y disciplinado, porque toda libertad implica una disciplina, como todo derecho supone una obligación.

En el ideal de ese hombre tendrá, por fuerza, que articularse al concepto de la familia y al de la Patria, un concepto mucho más amplio: el de la humanidad.

Parafraseando a Terencio, podríamos exclamar: “Nada humano nos es ajeno.” Mas no aludo en estos instantes a esa vaga emoción de sentirse humano que no siempre resiste a las tentaciones del interés y que, por exaltación de los instintos, sirve de excusa —cuando no de sarcástico alarde— al imperialismo de los más ricos, a la violencia de los más fuertes y, en todas partes y a todas horas, al capricho de los tiranos.

El concepto de humanidad ante el que me inclino es, por completo, de otro linaje. Sólo merece llamarse hombre el que sabe y puede y quiere ayudar al hombre. Y, cuando el mundo se halle compuesto de hombres así, capaces de disfrutar de lo que reciben tanto como disfrutan con lo que otorgan, la civilización estará salvada.

Cabe afirmar que nuestra educación deberá vencer, para ser cabal,

los errores del excesivo intelectualismo y, a la vez, los riesgos de un pragmatismo frío y utilitario. Quien instruye sin agrandar en el alma de sus alumnos las posibilidades de una libertad entendida primordialmente como respeto y dominio de sí, tal vez adiestre, pero no educa. Y quien, por atender preferentemente al problema interior de la libertad, deja a los educandos inermes ante las dificultades materiales de la vida, los encaminará a las servidumbres del exterior, pues así como en las naciones no hay independencia política que no se construya sobre una independencia económica relativa, así, en los hombres, la ineptitud para un rendimiento social concluye por traducirse en lamentables menguas de autonomía.

Tomando en cuenta estas reflexiones hemos disminuído, en nuestros programas, lo que era jactancia y lujo, y también aquello que, por falta de actividad y experimentación, imponía un abuso mecánico de sí misma a la memoria del estudiante. En materia de planes educativos, nos hemos empeñado en relacionar las asignaturas, partiendo de dos principios: el de que, para ser *activa*, la educación exige un apoyo esencial en el interés de los educandos; es decir, demanda el planteamiento, sencillo y claro, de una situación problemática personal; y el de que hay mucho de artificio en la oposición de la teoría y la práctica en la enseñanza. Sin la práctica, la teoría se convierte, frecuentemente, en fábrica de pedantes, y sin la teoría, la práctica acaba por encerrar a los aprendices dentro del marco de un empirismo árido y rutinario.

EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y LA DEMOCRACIA

La cuestión que debíamos resolver se presentaba a nosotros de esta manera: preparar, en un término limitado, al maestro normal de suerte de asegurar que sus enseñanzas estimulen a los niños y niñas de la República a querer y a garantizar la paz —una paz dinámica, tensa y afirmativa; opuesta, por consiguiente, a las debilidades que conocimos, en los años de tregua armada, con el nombre falaz de *apaciguamiento*— y a sentir, en la libertad, un aliento vital para respetar la libertad de todos sus semejantes, tanto como un impulso de independencia para desarrollar esas facultades que, al ejercerse, no invaden las expectativas legales de los demás.

Ambos propósitos requerían una acentuación reflexiva del culto de la fraternidad humana.

Para conseguir esa acentuación, extendimos en el ciclo secundario el alcance de los programas de educación cívica, estableciéndola en los tres grados: en el primero, a fin de percibir el valor de la sociedad y advertir las formas de su estructura; en el segundo, a fin de entender, aunque sea en sus líneas más ostensibles, el enlace de los fenómenos económicos y, en el último, a fin de conocer la organización política del Estado y la significación de las relaciones jurídicas de los pueblos. Con el mismo objeto, robustecimos la educación histórica del alumno, fijando, para impartirla, tres cursos en vez de dos y ajustándola a las conclusiones a que llegaron los historiadores mexicanos en la Conferencia efectuada en la Capital, en mayo de 1944. Según lo recordaréis, tales conclusiones precisan, como metas de esa enseñanza, “la verdad en materia histórica”, “la creación de un sentimiento de solidaridad nacional, como factor para la integración de la Patria”, y un aprendizaje que considere la historia de nuestro pueblo “como un aspecto de la lucha del hombre contra la miseria y la explotación, la ignorancia y los prejuicios, la injusticia y la tiranía.”

En el ciclo profesional, ampliamos los cursos de Etica, de Literatura Universal y de Ciencia de la Educación; creamos los de Etimologías Griegas y Latinas, Mineralogía y Geología, Cosmografía e Historia de la Educación en México y dimos nueva distribución a las enseñanzas y actividades relacionadas con la formación estética y el adiestramiento manual, gracias a una reorganización del trabajo en los talleres y a nuevos rumbos en la educación musical, danza y teatro, dibujo y artes plásticas. Por último —y dentro de un sistema relativamente flexible— abrimos en el ciclo secundario posibilidad de opción entre cursos complementarios de Matemáticas, Física y Química, Ciencias Sociales, Ciencias Biológicas, Talleres y Disciplinas Estéticas y, en el ciclo profesional, entre Etimologías Indígenas, Técnica de la Enseñanza del Dibujo, Música, Educación de Adultos, Elementos de Psicología para Anormales, Estadística Escolar y Biología.

Con las variantes que explica el anhelo de no imponer rigidez extrema, en nuestra unidad, a los planteles sostenidos especialmente para encauzar la enseñanza fuera de las ciudades, estas reformas han comenzado a ser aplicadas también en las Escuelas Normales Rurales —que

serán de seis grados en lo futuro— y en el Instituto de Capacitación para los Maestros no Titulados.

Decía un ilustre educador español que cuando concluyen las clases, lo que a menudo principia no es una vida libre y feliz, sino el proceso metódico del olvido; “proceso —agregaba— que suele ser harto más rápido que el del estudio y, sobre todo, de éxito más seguro”. He ahí por qué una de nuestras preocupaciones ha sido la de aligerar la plétora de los planes, que sólo conducía a la superficialidad y, por el camino de la fatiga mental, más que a la humildad del saber, llevaba a los educandos a la suficiencia y al dogmatismo.

Queremos que el maestro sea hombre ante todo y no un compendio de fórmulas pedagógicas. Y pensamos que educar al hombre no significa hacer exclusivamente que lleguen hasta su espíritu los datos más depurados de la tradición y de la cultura —lo cual sería instruirle y volverle espejo, más o menos consciente, de lo pasado—, sino despertar en él una confianza tranquila en su poder de creación, de originalidad; colocarlo, desde la infancia, ante una enseñanza en que la vida se reconozca, cual es la vida: como problema, problema eterno, invención constante y perpetuo acoso de responsabilidades privadas y colectivas, que no dominan quienes no pueden convertir el legado de lo aprendido en aptitud personal de renovación.

Vengo aquí de una Conferencia en que los delegados de los países más diferentes proclamaron la necesidad de fundar la paz sobre las bases de una cooperación cultural entre las naciones. Y me congratulo de que mis primeras palabras en público, al volver de Inglaterra, sean en esta sesión de vuestro Congreso.

Por encima de todo lo que se escriba respecto a la técnica de las ciencias, está un programa: sentir la angustia del hombre actual y mejorar las condiciones de su destino. A mejorar esas condiciones se va lo mismo por el camino interior de la educación —que trata de redimir a los individuos del yugo de la ignorancia— y por el camino exterior, que intenta corregir los defectos de la persona, corrigiendo las deficiencias del medio en el cual actúa.

Modelar un tipo de hombre bondadoso, enérgico, activo, sincero, honrado, justo y emprendedor, es nuestro deber y nuestro deseo. Y evitar que ese tipo humano vaya a morir, en la edad adulta, frente a las barreras de una economía aherrojada por las peores iniquidades, de una

industria planeada sin amplitud y de una convivencia internacional regulada para ventaja exclusiva de los más fuertes, es la gran responsabilidad política de los pueblos.

LA VERDAD, ESCUDO DE LA PATRIA

Pienso, ahora, en el discurso que pronunció nuestro Primer Magistrado el 24 de septiembre de 1942 al constituirse el Consejo Supremo de la Defensa. "Para que resulte provechoso su estudio —dijo, en aquella ocasión—, este Consejo deberá reflexionar acerca de lo que somos y de lo que queremos llegar a ser." Y manifestó: "Nuestra defensa —si ha de ser efectiva— deberá, igualmente, ser integral. Defensa militar, pero, asimismo, defensa económica y financiera; defensa del comercio y la agricultura; defensa de los mercados y de los cambios; defensa de las leyes y del espíritu. Defensa del hombre y del pueblo enteros, con sus ideales y sus costumbres, con su derecho al progreso y al bien común."

Las palabras que cito tienen validez, también, ante este Congreso, ya que, en los tiempos difíciles que vivimos, toda reunión de investigadores es una parte de ese Consejo Supremo de la Defensa que, en la paz como en el conflicto, han de formar los representantes del pensamiento, de la actividad y del carácter de la Nación.

Defendemos, en efecto, a nuestro país no sólo cuando lo protegemos de un adversario, sino cuando lo protegemos de la mentira, de la cólera demagógica y de las ilusiones que, para engaño de los incautos, se presentan como proyectos y como metas. Lo defenderéis vosotros aquí siempre que, frente a cada una de las cuestiones que en el registro de temas veo incluídas, os preguntéis, antes de decidir, no cuál es la respuesta que os agradaría más en lo personal, sino cuál es la contestación que interpreta mejor nuestras realidades y que abre una senda mejor hacia la justicia.

¡Desventurada la Patria a la que la verdad no pudiera servir de escudo! Y es para ayudar a que México exista y crezca para lo que os habéis congregado, indudablemente. Por tanto ¿qué mejor presagio me atrevería yo a formular en estos momentos que éste, en el que pongo todo mi aprecio?: Que vuestras conclusiones contribuyan a que entendamos mejor la verdad de México. Y que, al realizarlas, ninguno de

vosotros olvide que la Patria es la promesa de nuestras nuevas generaciones o, lo que es lo mismo, el solar sagrado en el que anhelamos que nazcan, vivan y triunfen hombres más libres y más dichosos de lo que nosotros pudimos ser.

NUESTRA RIQUEZA HUMANA, LA MÁS PRECIADA

En el mundo que está naciendo ante nuestros ojos, México ocupará el lugar que ambicionen y que merezcan nuestros educadores. Y, entre ellos, los más humildes en apariencia, aunque, de hecho, los que han hallado mayor arraigo en la conciencia de nuestras masas: los profesores primarios del campo y de la ciudad. A ellos corresponde el honroso encargo de ir a buscar bajo los relieves, toscos e informes, de la sensibilidad y el carácter no cultivados, la línea justa, el perfil exacto del ciudadano que simboliza ya, en nuestros sueños, el México de mañana.

Cuando pensamos en las riquezas de la República, vienen a nuestra mente muchas imágenes: minas de vetas inagotables, bosques inmensos, yacimientos magníficos de petróleo, surcos henchidos de vigor en potencia, milpas espesas, trigales de oro, frutas del trópico y playas en cuyas aguas las redes captan miles de peces que por sí solos podrían dar alimento, bienestar y comercio a la población de los litorales... Pero ninguna de esas riquezas lo será nunca, mientras dejemos en la ignorancia al elemento que las descubre, que las emplea y que las transforma: el hombre de México.

Oímos por todas partes la misma voz: industrialicemos a la República, formemos técnicos. Plausible empeño. Pero el primer técnico del que debemos cuidar es aquél sin cuyo trabajo ningún otro podría ejercer con verdad y con eficacia su función emancipadora. Y ese técnico es el maestro.

Gran misión, por tanto, la del Congreso que se reúne hoy a deliberar. El conocimiento que tengo de muchos de los catedráticos que constituyen esta Asamblea me inspira la certidumbre de que sabrán estar a la altura de esa misión. Los exhorto, no obstante, a reflexionar con profundidad sobre los temas que serán base de sus debates. Al inaugurar sus labores, formulo el voto de que las resoluciones que adop-

ten sirvan a México; porque México es, a la vez, nuestro maestro y nuestro discípulo. Y, si escuchamos con atención su clamor recóndito, no tardaremos en percatarnos de que nada de lo que pueda perjudicarle debe enturbiar nuestro pensamiento o mancillar nuestra educación.

MISION DEL MAESTRO

LOS JÓVENES que forman la generación normalista de 1945 me han expresado el deseo de que pronuncie algunas palabras en esta ocasión. He aceptado, gustoso, porque nada puede ser más confortador que el sentir palpar, en los estudiantes de ayer, el espíritu de los maestros de mañana.

Línea invisible ésta, que divide al mundo escolar en dos aulas tan parecidas y, en el fondo, tan diferentes. Una, el aula que se deja, apacible y clara, en que la cátedra era sólo un consejo y la presencia de un guía. Otra, el aula que se espera, imaginada más que prevista, donde la cátedra se adivina como un tribunal de vida y una responsabilidad esencial.

De la escuela en que se adiestraron, como educandos, a la escuela en que actuarán, como profesores, estos jóvenes saben perfectamente que hay sólo un paso; pero un paso de inmensas repercusiones.

Y, porque lo saben, han querido que sea usted, Señor Presidente, quien dé honor a esta ceremonia con su presencia. Mas yo no ignoro que esta presencia de hoy y de usted no es un testimonio aislado y excepcional. Presente —con el espíritu— lo hemos sentido invariablemente en el interés que ha manifestado por las escuelas en que se estaban formando los alumnos de esta generación. Presente, asimismo, cuando se sirvió usted aprobar el proyecto de erigir esos edificios que, en San Jacinto, serán muy pronto signo expresivo de la atención concedida por su Gobierno al problema de la preparación de nuestros maestros. Presente, cuando en la elaboración de los presupuestos se ha preocupado usted, año tras año, por mejorar las condiciones económicas de los trabajadores de la enseñanza. Y presente, en fin, en todas las horas en que era necesario dar un apoyo a la conciencia profesional de los futuros educadores de nuestro pueblo.

Porque he ahí, jóvenes mexicanos, la misión que habéis elegido valientemente: la de llevar a los rincones más apartados de la República el

mensaje límpido de la Patria, la verdad de la Patria que ansía luz, unidad, concordia, justicia y sabiduría.

Gran misión de la que debéis desde ahora sentir os íntimamente satisfechos, ya que no existe ninguna más generosa ni más fecunda y, por mi parte, no conozco más noble esfuerzo que el de entregarse a ella sin restricciones ni timidez.

Constructores de la paz, soldados de la paz, eso habéis de aspirar a ser; porque la paz perdurable del mundo no se edificará sobre ruinas de odios y de rencores, sino sobre conciencias libres, de hombres y de mujeres enérgicos y optimistas.

Para el que no sabe, el universo es un acoso continuo, una amenaza incesante, una ocasión perpetua de inquietudes y de zozobras. Todavía débil, en vuestras manos, alborea la llama de la enseñanza. Cuidad de ella con rigor y con humildad, pues humildad y rigor enaltecen la biografía de todos los creadores. Y, para ser positivos orientadores de almas cordiales, francas, verídicas y seguras, no os bastará el certificado que hoy recibís.

No hay jamás un examen final para el buen maestro; porque el buen maestro, mientras vive, se examina todos los días. Y no, por cierto, ante jurados amables y comprensivos, sino ante un jurado en extremo exigente: el de la experiencia.

Para convencer a ese juez constante no es suficiente haber estudiado en los libros, ni es suficiente la inteligencia. Al talento y a la capacidad técnica hay que añadir toda la tenacidad del carácter y todos los caudales del corazón.

El heroísmo no surge exclusivamente en las guerras y entre las armas. El más puro heroísmo suele ser el que brota entre las dificultades y la aridez cotidianas, como las flores de ciertos cactus, alimentado por la abnegación y por el sentido del sacrificio.

Que seáis dignos de ese heroísmo es mi deseo más fervoroso. Y que, al término del viaje, cuando dentro de muchos años hayáis cumplido vuestra jornada, cada uno de vosotros pueda decirse a sí mismo: "He servido a México. No sé ya dónde, pero en muchos hogares de mi país hay virtudes en las que mi personalidad se prolonga, alegrías que agradecen mis penas, bocas en cuyos labios mi nombre es bálsamo, sonrisas de esperanza que me bendicen."

EDUCACION CIVICA

HE INVITADO a todos los profesores de Civismo de las escuelas post-primarias que la Secretaría de Educación Pública sostiene en el Distrito Federal, a fin de recordarles, una vez más, el profundo interés del Gobierno que preside el señor General Avila Camacho por mejorar la formación cívica de las nuevas generaciones de nuestra Patria.

PLANES NUEVOS

La sola comparación de los actuales planes de estudio con los que regían en 1944, indica el creciente apoyo que estamos resueltos a dar a este aspecto de la enseñanza, pues, si figuraban entonces, en nuestras escuelas secundarias, tres cursos de Civismo, con dos horas de clase por semana, existe hoy en cada grado un curso especial, con cuatro horas de clase.

La reforma no estriba exclusivamente en la duplicación del tiempo lectivo. Sin la calidad, la cantidad no representaría una promesa de éxito duradero. En efecto, si los profesores fuesen a limitarse a distribuir en cuatro conferencias lo que han aprendido a explicar en dos, lo que mencionamos como un progreso acabaría por ser un inconveniente, ya que, para otorgar a las cátedras de Civismo la amplitud de que ahora disfrutaban, hemos tenido que modificar el horario todo y, por concederles la extensión que merecen, nos hemos visto en el caso de detener las proposiciones de aquellos que cultivan otras disciplinas y que, por razones obvias, insistían en reforzar sus programas en forma semejante.

Estas observaciones subrayan la trascendental misión de quienes me escuchan y la urgencia en que todos nos encontramos de buscar métodos modernos que permitan hacer de las clases de Civismo algo benéfico en verdad para los alumnos y en verdad útil para el país.

¿Cómo desempeñarían misión tan alta los que no viesan, en su actitud habitual, el mejor discurso? ¿Qué puntualidad podría exigir

Reunión de los Profesores de Civismo y de Historia Patria y Universal, convocada con motivo de la adopción de nuevos planes para las clases de Civismo.—México, D. F., 14 de febrero de 1946.

el maestro impuntual? ¿Qué energía el débil? ¿Y qué devoción por la probidad y por la justicia el maestro injusto?

La autoridad del educador no la impone el acierto del nombramiento. La da el carácter. La ratifica la competencia. Y, entre todos los profesores, los de Civismo son los que deben más afanarse por transformar en testimonio su biografía y su cultura en prueba de última apelación. Menciona Montaigne, en alguno de sus *Ensayos*, la burla hecha por Dionisio acerca de los gramáticos que, ignorando sus propios males, describen los de Odiseo, y de los músicos que conciertan sus instrumentos pero no sus costumbres y sus acciones. Nada desmoralizaría más a vuestros discípulos que no hallar, en vuestra conducta, la demostración de vuestro saber.

He dicho y repetido en todos los tonos que no sólo enseña la escuela, y que, tanto o más que la escuela, enseña la vida. Implicaría, por consiguiente, o una falacia demagógica o un candor incalificable aseverar que haremos buenos ciudadanos si no nos esforzamos por ser nosotros, nosotros mismos, también, buenos ciudadanos. Ello equivale a manifestar que, dentro de la escuela, no reduciremos la educación cívica a las cátedras de Civismo. Toda la escuela deberá preparar al adolescente para asumir con honor la ciudadanía.

ACCIÓN DE TODA LA ESCUELA

Esto nos lleva a la primera de nuestras conclusiones: el maestro habrá de actuar conforme a un plan general de la escuela entera y los directores tendrán que sentir, en cualquier momento, que si son responsables de los diferentes cursos en los establecimientos que administran, su responsabilidad es mayor aún por lo que atañe a la educación cívica.

Estimándolo así, nos acompañan en este acto todos los directores de los planteles post-primarios en cuyos planes dicha asignatura se halla incluída y, además, los maestros de Historia. Los primeros fueron convocados para coordinar más estrechamente sus actividades de orientación. Y los últimos, para atraer su atención sobre la importancia que atribuimos a los lazos que es menester afianzar y multiplicar entre las lecciones de Historia y las de Civismo.

A nuestro juicio, la educación cívica no consiste en estar solamente

enterado de nuestras leyes y del funcionamiento de nuestras instituciones, sino en lograr una conciencia cabal de la libertad y de las obligaciones que la sustentan y que la encauzan, de suerte de comportarnos como desearíamos que se comportaran todos nuestros iguales, sin admitir que los hechos revelen un vergonzoso divorcio entre nuestras reglas y nuestro ejemplo, entre nuestros principios y nuestra vida.

Todas las enmiendas hechas a nuestros planes de estudio y a los programas escolares correspondientes, tienden a abolir esa artificial barrera que han utilizado, con excesiva frecuencia, los polemistas para elogiar la enseñanza académica y menospreciar la práctica o, al contrario, para exaltar la enseñanza empírica y desdeñar el conocimiento teórico imprescindible. Sin los laboratorios y sin el estudio en la biblioteca y el gabinete, el aprendizaje del aula sería simple ejercicio de la memoria y automática aceptación del texto seguido por el maestro. De ahí que estemos tratando de dar cada día mayor significación al trabajo de los laboratorios y los talleres, con incuestionable ventaja de los que estudian lo mismo matemáticas, física y química, que geografía y ciencias biológicas. Pero, si en alguna enseñanza resulta urgente ligar la práctica a la doctrina, es precisamente en aquella que imparten los catedráticos de Civismo. Y aquí apunto la segunda conclusión que quisiera ofrecer a los miembros de esta asamblea: no reducirse jamás a la exposición oral, sino animar esa exposición con investigaciones y actividades que acen-túen, en el alumno, la formación segura del ciudadano.

EDUCACIÓN ACTIVA

La situación psicológica del adolescente es particularmente propicia a la generosidad de una acción social bien inspirada y bien conducida. En mis viajes por la República me he percatado de la colaboración admirable que nuestros colegiales están prestando a sus familiares y a sus maestros en la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Hay que reconocerlo con entereza: muchos adultos quisieran tener la aptitud, el fervor y el entusiasmo cívico, audaz y noble, de la mayor parte de nuestros jóvenes estudiantes. ¿Por qué, entonces, no aprovechar tales condiciones, gracias a una educación activa, haciendo participar al alumno en el mejoramiento del medio en que vive, dentro de los términos

que aconsejan la elemental prudencia docente y el respeto del alumno como persona?

La tercera de nuestras conclusiones derivará de la experiencia que alcancemos con los programas que ha aprobado la Secretaría de Educación Pública. Según sabéis, dichos programas fueron trazados con el deseo de que, en el primer grado, el alumno empiece a adquirir un coherente sentido de lo que es el hombre en la sociedad. El tema central del segundo grado es el examen de lo que son los fenómenos económicos, su repercusión en la interdependencia humana y la conveniencia de dar al pueblo una orientación de progreso productivo, conociendo nuestros recursos y explotándolos para un mayor rendimiento en favor de todos los mexicanos. En el tercer grado, y sobre la base de una concepción correcta de los derechos y los deberes, aprenderá el estudiante lo que es el Estado, cuáles son los factores de una nación, qué características tienen las diferentes formas de los gobiernos y cómo determina nuestra Constitución la organización política y administrativa de la República.

En los tres cursos se atenderá de manera concreta a la realidad nacional, tratando de plantear claramente los problemas que nos son propios, con un criterio democrático que promueva el interés de los educandos por continuar y perfeccionar las mejores conquistas de nuestra historia, dentro de los cauces de libertad y equidad social abiertos por nuestros héroes de la Independencia, afirmados por la Reforma y reivindicados y ampliados por la Revolución.

En este punto, aunque parezca superfluo, os reiteraré que no abrigamos la jactanciosa esperanza de convertir en Sociología las enseñanzas del primer grado, ni en Economía Política las del segundo, ni en Filosofía del Derecho las del tercero. Conocemos nuestros límites y no pretendemos que un alumno de 12 ó de 13 años se inicie con rigor en ciertos estudios que, en su científica plenitud, requieren más largo aliento y son motivo de desarrollo en ciclos ulteriores e, incluso, en escuelas profesionales. Pero tan arbitrario como recargar al adolescente con exposiciones inadecuadas para su edad, sería creerlo ajeno a la curiosidad humana de lo que advierte con sólo oír las conversaciones de sus amigos y las pláticas de sus padres o con sólo pasear la mirada sobre los títulos de las informaciones diarias de los periódicos. Todas las mañanas esos títulos son, para ellos, un llamado del mundo y una pregunta.

Una guerra enorme ha conmovido a la humanidad. Millones de hombres y de mujeres han padecido dolor y muerte. La paz está construyéndose sobre las ruinas de una época lacerada y entre los restos de una de las crisis más lamentables de la civilización. Muchos de los criminales que provocaron el conflicto y utilizaron las fuerzas acumuladas para esclavizar y vejar a los que vencieron temporalmente, han sido citados ante el tribunal que los juzgará. ¿Sería posible que, frente a sacudimiento tan formidable, no supieran los profesores, de Civismo llenar las cuatro horas por semana que les señala el plan que hemos adoptado?

LO NACIONAL

Si pasamos de lo internacional a lo nacional ¿cómo se ahondan, ante nosotros, las perspectivas! ¡Cuántas cuestiones sociales propone la realidad a la inteligencia vivaz del adolescente! La heterogeneidad de nuestro medio invade su casa, rodea sus actos, pesa sobre su espíritu. La insolente riqueza y la miseria absoluta se cruzan constantemente en las calles que pisa, en los viajes que emprende, junto a las puertas mismas de la escuela a la que concurre. ¿Por qué son tan pobres nuestros pobres? ¿Por qué la mitad de nuestros hermanos no sabe leer? ¿Por qué, en la mayoría de los hogares de México, no existe un libro y es, muchas veces, un lujo el pan? ¿Por qué ambicionamos ser más demócratas? ¿Cómo podremos llegar a serlo? ¿Qué es la independencia política de un país? ¿En qué consiste su independencia económica? ¿Cuáles son los derechos de cada quién? ¿Qué deberes suponen y por qué causa? ¿Por qué existe, a menudo, un abismo entre lo que prometemos y lo que somos, entre lo que decimos y lo que hacemos?...

Pensad en que estas interrogaciones no se presentarán a vuestros discípulos como los temas, fríos e impersonales, de una lección. Cada una de esas interrogaciones está asociada al drama íntimo de su vida o de la vida de sus parientes. Y no es con fórmulas oratorias como conseguiremos plantear el problema ante el estudiante, sino con verdades, con datos, serenamente, sin conformismos que entrañarían cobardes resignaciones y sin violencias que destruirían el poder unificador, patriótico y efectivo de toda auténtica educación.

Pensad, por otra parte, que el civismo es el nervio de la Comunidad y que, por desgracia, la mayoría de los colegiales que asisten a las es-

cuelas secundarias de la República no cuenta con elementos para seguir una carrera; es decir: para acrisolar su vocación cívica en establecimientos de categoría superior. Lo que no intentéis en vuestra cátedra, ningún otro profesor lo intentará para ellos en otra escuela. Al despedirse de vosotros, muchos de esos jóvenes van a ganarse la vida. ¿Y qué hará, con ellos, la vida que conocemos? Obreros insatisfechos, empleados torpes, comerciantes precarios, carne de eterna improvisación.

Dentro de la realidad económica que priva entre nosotros, no nos es dable evitar el salto directo entre un ciclo de transición, como el secundario, y las confrontaciones de la existencia. Pero sí nos es dable fortalecer el vigor moral de quienes están obligados a una inmersión tan terrible, por inmediata, en la lucha por la vida. Más aún que instructivo, el papel de la escuela secundaria es educativo. Y el núcleo de esa función educativa se encuentra en las clases de Civismo; porque vuestros alumnos podrán ser o no abogados o electricistas, podrán ser o no ingenieros o farmacéuticos, podrán ser o no médicos o mecánicos, pero indefectiblemente tendrán que ser hombres y mujeres; sujetos de obligaciones y de derechos, miembros de una Patria que necesita que todos sus hijos la ayuden y la defiendan, la honren y la veneren, la perpetúen y la prestigien.

EL CIUDADANO AL QUE ASPIRAMOS

Bajo cada obstáculo que hallamos en nuestro ascenso nacional podríamos descubrir un error o una falta de educación cívica verdadera. Porque no basta con enseñar, en el mejor de los casos, a ser ciudadano trabajador, respetuoso de las leyes y las instituciones de la República y deseoso de cooperar con los pueblos que no vulneren la autonomía y el desenvolvimiento lícito del país. Importa extraordinariamente, también, que el profesor de Civismo enseñe al alumno a sentir que no debe el concepto de ciudadano estar nunca en pugna con el concepto de hombre y que si lo mejor del hombre se realiza en el buen ciudadano, lo mejor del ciudadano es ser hombre íntegro, hombre dondequiera, en su tierra o fuera de ella; hombre que comprenda y estime a todos los hombres; hombre más allá de cualquier prejuicio y de cualquier sectaria parcialidad.

Ahora bien, ese ciudadano del porvenir habrá de corresponder a un tipo leal, honrado, limpio, enérgico y laborioso; exento de los com-

plejos de inferioridad que tanto daño han causado a los mexicanos; enemigo, por definición, de toda mentira, lo mismo la que se exhibe teatralmente, bajo un ropaje de alardes declamatorios, que la que se disimula y se esconde en el egoísmo. Un tipo de ciudadano que quiera a su patria entrañablemente, sin necesitar engañarse, para quererla, sobre los males y las flaquezas que aún la agobian y que sea digno de comprender esas flaquezas y aquellos males, no para exagerarlos con la ironía o el pesimismo, sino para corregirlos con el trabajo, con el sacrificio, con la virtud. Un tipo de ciudadano veraz en todo; veraz con sus semejantes y veraz consigo mismo; fiel a su palabra; superior a las mezquindades del servilismo gregario y la adulación; que no se cruce de brazos ante las dificultades, esperando que lo salven de ellas, tardíamente, un golpe de suerte, un medro ilegítimo, una astucia vil. Un sér que no abdi-que de sus derechos por timidez o por negligencia, pero que no los ejerza abusivamente y que, sobre todo, jamás olvide que la garantía interna de esos derechos radica en el cumplimiento de los deberes, porque, sin el cumplimiento de los deberes, cualquier derecho resultaría un privilegio exclusivo y excepcional. Un sér que ame la vida y que la enaltezca. En fin, un tipo de ciudadano capaz de juzgar de las cosas y de los hombres con independencia y con rectitud, porque sea capaz de juzgarse a sí propio antes que a los otros y que sepa que, por encima de la libertad que se obtiene como un legado, el destino de los pueblos coloca siempre la libertad superior: la que se merece.

PRINCIPIOS QUE SE CUMPLEN

Exclamarán algunos: “¡idealismo!”... Y es cierto, existe en nosotros una voluntad de idealismo práctico, no contrariada —sino acentuada y robustecida— por el deseo de trabajar en la realidad.

La humanidad de nuestros días necesita creer en sus ideales. Y, tanto como creer en ellos, necesita entender que los ideales que se elogian y no se acatan acaban por ser, para los países, lo que la hipocresía es para las personas: confesión de incapacidad y máscara de impostura.

Un escritor que no tuvo el ánimo indispensable para resistir al nazifascismo, escribió hace años —mucho antes de unirse al carro de los opresores de su nación— estas palabras reveladoras de los peligros que cercan a quien pretende dividir la vida en dos porciones inconciliables:

una, la de las realidades, que el ideal no penetra, y otra, la de los ideales, que la realidad no construye: "Al mismo tiempo que ejercía sobre los demás una política de dominio —dijo, refiriéndose al europeo del siglo xix y de los primeros lustros del siglo xx— propagaba ideas de igualdad. De ahí que un día sus ideas tuviesen que oponerse a sus actos."

Y agregó: "Las teorías permanecen por largo espacio sin validez, y parece en verdad demasiado cómodo darse a sí propio el prestigio de las fórmulas liberales sin dejar por eso de aprovecharse de las posibilidades de un mundo que el liberalismo no organizó. Pero vivimos ahora en una época de sanciones y consecuencias, en uno de esos períodos, positivamente dramáticos, en que las palabras encarnan y van a verificarse en los hechos."

Y así, en efecto, los hechos mismos se encargaron de demostrar a ese autor —a él tanto como a nosotros— que, si una conducta desprovista de normas equivale a la más instintiva de las bestialidades, unas normas que se formulan y no se aplican, se vengan siempre, tarde o temprano, de los mendaces que las ostentan para uso y escarnio de los ingenuos.

Si algún compromiso esencial incumbe, pues, a la escuela, es el de enseñar a conocer y a querer los objetivos más puros de la comunidad. ¡Ay de la escuela y de los maestros carentes de devoción para sus principios! ¿Qué significarían nuestros planteles si hubieran de albergar y de proteger a rebaños de seres que no anhelaran fundir en un solo todo, indestructible y armónico, la verdad que se piensa y la que se vive, la que se hace, la del precepto y la del esfuerzo?...

IDEALES DEL MAGISTERIO

VENGO a poner hoy en vuestras manos, jóvenes de la Generación Normalista de 1944, estos títulos que —por justa que sea vuestra alegría en el momento de recibirlos— no constituyen, de hecho, sino un pacto más con vosotros mismos: el de haceros dignos de utilizarlos para bien de la educación.

LOS SACRIFICIOS HECHOS

Cada uno de estos diplomas es el producto de una serie admirable de sacrificios. Primero, el de vuestros padres, que —privándose de una posibilidad inmediata de cooperación económica muy valiosa— consagraron una parte de sus recursos a prolongar el tiempo de vuestro estudio y a proporcionaros los elementos indispensables para obtener el éxito que anhelaíais. En seguida, el de vuestros maestros, que dedicaron al mejoramiento de vuestra preparación el caudal más puro de sus reservas morales e intelectuales, su paciencia más generosa, su amistad más limpia y su más persuadida solicitud. Y, en tercer lugar, vuestro propio esfuerzo; vuestra perseverancia y, en los años más pródigos de una edad requerida por todas las inquietudes, el gallardo desinterés que se necesita para preferir a la seducción de otras profesiones, materialmente más productivas, la profesión del educador.

Sin embargo, no he de ser yo quien al mencionaros la conjunción de esos sacrificios intente disminuir vuestro júbilo y vuestra fe. Antes al contrario, si los presento a vuestro recuerdo es porque abrigo la certidumbre de que el resultado que deseabais los merecía.

Entre las carreras que os aguardaban, al partir de la adolescencia, pocas existen en que pudierais hacer tanto bien a la humanidad como en ésta, callada, heroica, que no brinda sus triunfos sino a los buenos. Y es que, en esencia, todas las otras se hallan implícitas en la vuestra. Un maestro, en efecto, no sólo enseña con la inteligencia y con la conducta. Inspira con el ejemplo, como el artista. Con la audacia prudente del arquitecto sienta las bases de los destinos que se construyen en torno

Entrega de certificados a los componentes de la Generación Normalista de 1944. México, D. F., 24 de febrero de 1946.

suyo. Como el médico, protege la salud de sus educandos. Y, por su sentido de la justicia, en el centro de la comunidad que lo escucha y que lo respeta, debe ser abogado de todas las causas nobles, defensor de los desvalidos y de los débiles.

La calidad del bien que está a vuestro alcance nos obliga a reflexionar, por comparación, en todo el daño social que podríais hacer si no obrarais, según lo espero fundadamente, con sujeción absoluta a los ideales más luminosos del magisterio.

En un instante solemne, como el presente, no tengo derecho a disimular la preocupación que me embarga siempre que firmo el título de un nuevo profesor. Leo su nombre; veo su retrato, adherido al margen del pergamino que ha de servirle de pasaporte y salvoconducto para recorrer los senderos de una experiencia que no es posible augurar con exactitud. Sé que, en la Escuela, fué un buen alumno. La seriedad de sus catedráticos me atestigua, por otra parte, su puntualidad y su afán de superación.

Pero ¿qué harán los hechos con ese nombre? ¿Qué ideas deslizará la vida bajo esa frente? En resumen, ¿cómo y de qué manera cumplirá el hombre las promesas del escolar?

PELIGROS FRENTE AL EDUCADOR

¡Son tantas las amenazas que cercan a un joven educador! La más angustiada de todas está en él mismo. Después de todo, llega a la cátedra con un acervo de conocimientos útiles, firmes, pero no desprovistos de libresco énfasis doctoral. Una excesiva crítica de sí propio puede restar convicción a sus enseñanzas. En cambio, una seguridad excesiva lo hará pedante y, por subordinación limitada al texto, le cerrará en ocasiones los ojos a la verdad.

A éste, que no habréis de estimar como leve y nimio, no tardarán en sumarse múltiples riesgos: las agitaciones de la política, la ironía contagiosa de los escépticos, la lucha —cotidiana e intensa— en un medio ciertas veces inerte, cuando no hostil.

VOCACIÓN Y CONCIENCIA

¿Cómo sobreponeros a esos obstáculos? Aquí también, por fortuna, la mayor garantía de salvación la lleváis en vosotros mismos: es la integridad de vuestra conciencia.

Si os sentís positivamente maestros, maestros de vocación, ningún escollo será bastante para impedir que lleguéis a la meta definitiva. Vuestra vocación y vuestra conciencia os pondrán en todo y en todas partes por encima de la flaqueza y del conformismo, de la ingratitud y del abandono. Pero, desde este preciso momento, debéis comprometeros a ser leales con vuestra conciencia y fieles a vuestra vocación. Una y otra os demandarán incesantemente energía, tenacidad, comprensión y fervor, modestia, pues la verdadera autoridad no es autoritaria y la verdadera energía no es imperiosa.

Entráis a la vida profesional bajo la curva de un arco augusto: el del sufrimiento. Una humanidad dolorida espera el mensaje nuevo y su mayor tragedia consiste, acaso, en que no sabe con qué palabras la paz del mundo se expresará.

México participa de esa esperanza y de ese dolor. Y no participa de ellos únicamente porque lo ligen con todos los otros pueblos los vínculos vigorosos de una solidaridad encendida, profunda y tensa. Participa de ellos, en grado sumo, porque ha padecido durante siglos, en carne propia, injusticia y hambre, luto, crueldad.

CONTACTO CON EL PUEBLO

Yo he caminado por los caminos por los que anda este pueblo nuestro, valiente y grave. En mis viajes por la República he visitado muchas de las ciudades y las aldeas en donde vive, trabaja y sueña. Y, porque sé los tesoros de intrepidez y estoicismo que circulan por sus arterias, os digo ahora: él será vuestro auxiliar más constante y vuestro mejor colaborador.

Id al pueblo, quered al pueblo, sentid al pueblo. Haced suya vuestra enseñanza y haced vuestras sus infinitas aspiraciones de progreso y de libertad. No os encerréis por lo pronto en la escuela capitalina, próxima a vuestra casa, a vuestra familia, a vuestros habituales sistemas de actividad y de pensamiento. Salid del escenario de vuestras costumbres. Descubrid a México entero. El os lo premiará.

A LAS ALUMNAS GRADUADAS DE LA
UNIVERSIDAD FEMENINA

AL VISITAR esta Universidad, donde tantas jóvenes mexicanas están preparándose a superar los obstáculos de una vida que no distingue ya, con la precisión de antaño, los esfuerzos del hombre y los quehaceres de la mujer, quisiera que mis palabras lograsen la más delicada de todas las persuasiones: la que estimula sin lisonja y advierte sin dureza.

Porque, a mi juicio, es en extremo importante animar a la mujer de nuestro país en las nuevas rutas que la lucha por la existencia abre a sus justas aspiraciones; pero animarla de tal manera que no descuide, por alcanzar semejantes aspiraciones, la fe profunda en la fuerza de su destino como mujer.

De todas las vocaciones que os condujeron hasta el umbral de esta Casa, sencilla y grata, creo no equivocarme al manifestaros que no hay ninguna en la que pudierais triunfar absolutamente si olvidarais la vocación que os inspira a todas: la de sentir y pensar como lo que sois: como mujeres de un pueblo libre, no como copias intrascendentes de hombres frustráneos y, mucho menos, como entes neutralizados por el talento, que abandonan el ser por el parecer.

Ante las graves deformaciones que entraña a veces la especialidad del estudio o la del trabajo, he cuidado de prevenir a los jóvenes contra todo lo que pudiera desviarlos de su ambición más honrada: la de ser hombres, hombres completos. ¿Qué extraño, por consiguiente, el que os aconseje, ahora, como lo hago? Esforzaos, también vosotras, por ser leales con vuestra condición esencial: la de ser mujeres y mujeres conscientes, mujeres siempre, en el oficio, en la ciencia, en la profesión.

Y cuando os digo que seáis leales con la misión femenina que os pertenece, no empequeñezco, en manera alguna, la magnitud de vuestras tareas. Al contrario, en numerosos sentidos sé que la agrando. Porque es mucho lo que espera nuestra cultura de vuestro empeño, así como del empeño de todas las jóvenes mexicanas capaces de comprender que si el hogar no está en pugna con el aula, el aula no está reñida con el hogar.

Entrega de títulos a las graduadas de primer año en la Universidad Femenina. México, D. F., 13 de marzo de 1946.

Sin evocar los más célebres casos —y, entre todos, se impone a nuestro recuerdo el de aquella investigadora admirable, excelente esposa y madre tan respetada como querida, Madame Curie— desearía citaros hoy el ejemplo heroico de no pocas mujeres de nuestro México: las maestras rurales que he contemplado, en diversas regiones de la República, igualmente afanosas por atender a las obligaciones de la escuela y de la casa, tan entusiastas en cumplir sus deberes docentes como el mejor de sus compañeros, y tan firmes en su menester abnegado de hijas, hermanas, madres y esposas.

Y es que, cuando sus virtudes no son falaces, la mujer constituye, sin duda, el elemento más sólido y permanente de la moral de una sociedad. Es cierto; ella —como Simmel lo reconoce— “resulta más accesible que el hombre al desconcierto y la destrucción”, pero, en cambio, según el mismo filósofo lo proclama, esa mayor aptitud de acceso a las mutaciones superficiales de la experiencia se halla en la periferia de su persona, pues, en el fondo, la mujer descansa, más decididamente que el hombre, “en el centro propio de su carácter”; “no se pierde en los órdenes exteriores” y parece como si la moral de la colectividad “brotara de un instinto peculiar de su naturaleza”.

No pretendo, naturalmente, reproducir la irónica frase que conocéis: “Sé bella y calla.” Las normas que me interesaría transmitir os son de otra especie: Sé buena y piensa. Sé fuerte y obra. Sé activa y quiere. Sé inteligente; pero, no por serlo, te sientas invulnerable, ya que la máxima inteligencia consiste en ser accesible a todo y, a mayor oportunidad de talento, corresponde mayor vulnerabilidad o, lo que es lo mismo, mayor compromiso de piedad, de ternura, de comprensión.

En las oportunidades a que habréis, con el tiempo, de consagraros, serviréis tanto más a la sociedad cuanto mejor os déis cuenta de que el civismo de la mujer que trabaja, como vosotros, radica ante todo en no traicionar, por ningún motivo, los derechos y los deberes de la femineidad. Gracia, perdón, dulzura, son vuestras fuerzas más prestigiosas y más auténticas. Y de esas fuerzas está grandemente necesitado el mundo en que renacemos, no sin alarmas, al aprendizaje crítico de la paz.

Compañera del hombre no solamente en las alegrías y en las tristezas de la familia, sino en la vida del taller, el laboratorio, el despacho, el diario o la sala de operaciones, la mujer puede y debe infundir a la inquietud de la investigación, a la paciencia estudiosa del gabinete y

hasta a la angustia de las horas más trágicas de la clínica, sus genuinas virtudes de convicción, de humildad, de entusiasmo amable. A su amparo, es amor la beneficencia, emoción la duda, dádiva el saber.

Armonía de hombres y de mujeres habrá de ser la cultura humana. Y tal vez no os parezca un superfluo intento el que me haya permitido recordároslo en este instante, cuando recibís las constancias de una dedicación por la que deseo congratularos con toda mi simpatía.

Que uséis, para el bien común, los conocimientos que os legaron vuestros maestros y que los hechos colmen vuestros anhelos no con alardes artificiales, fútiles y precarios, sino con labor, con acierto, con seriedad.

LA REFORMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

AL INAUGURAR estas conferencias, organizadas con plausible afán de superación por los maestros más distinguidos de la Escuela Normal Superior, considero como un deber el hacer aquí, aunque sea rápidamente, un resumen de nuestras inquietudes más importantes frente al problema de la segunda enseñanza en nuestro país. ¿Qué mejor auditorio que el que me depara vuestra presencia? ¿No sois vosotros los maestros y los alumnos del instituto que ha creado el Gobierno de la República para preparar a los profesores en las disciplinas fundamentales de esa enseñanza? ¿Y qué mejor oportunidad, puesto que estamos —en estos meses precisamente— dando ya forma a la instalación definitiva de vuestra escuela, y así coincide con el esfuerzo de los constructores el interés con que todos nos empeñamos en la aplicación de los planes y los programas que, para el ciclo que os concierne directamente, ha aprobado la Secretaría de Educación?

LA SEGUNDA ENSEÑANZA Y LA UNIDAD NACIONAL

Desde hace mucho, los mexicanos de mente clara se han preocupado por establecer la unidad nacional sobre las bases sólidas de la escuela. En su espléndida carta al Gobernador Riva Palacio, don Gabino Barreda decía: “Para que la conducta práctica sea suficientemente armónica con las necesidades reales de la sociedad, es preciso que haya un fondo común de verdades de que todos partamos, más o menos deliberadamente pero de una manera constante.” Y añadía: “Para llenar esta necesidad —que todos sienten pero que pocos se explican— el único medio es una educación sistemáticamente calculada y que sea igual para todos, cualquiera que sea la profesión que deban abrazar, pues, por más que esas profesiones parezcan disímbolas, todas deben obrar de consuno porque todas tienden a un mismo fin, que es el bienestar social, y todas deben partir de principios concordantes.”

He ahí, señores, magistralmente definida, una de las tesis que con mayor ahinco hemos defendido desde la Secretaría de Educación Pú-

Instalación del Consejo Técnico de la Escuela Normal Superior.—México, D. F., 27 de marzo de 1946.

blica: la tesis de que la unidad nacional exige un ciclo secundario práctico, amplio y bien unificado.

Sean cuales fueren las estructuras de las escuelas preparatorias y vocacionales técnicas, la unidad de la segunda enseñanza es una norma de inalienable y fecunda forzosidad, y quienes la impugnan, ya con criterio académico, en nombre de las profesiones liberales, ya con criterio empírico, en nombre de las carreras técnicas, minan —acaso inconscientemente— algo más que la unidad de un sistema didáctico: la unidad ética del país.

INFLUENCIAS CONTRADICTORIAS

Aceptada esta condición, quedaba por resolver el alcance de las escuelas secundarias en nuestro pueblo. Aquí también los dos extremos de la cadena —la instrucción primaria y la superior— trataron de dominar, cada uno con detrimento del otro. El segundo partía de la errónea suposición de que el deseo del padre puede reemplazar a la vocación del hijo y de que el niño, al salir del sexto grado primario, sabe ya con exactitud lo que habrá de efectuar en la edad adulta.

Si este o aquel alumno han de ser médicos o abogados ¿a qué imponerles —afirmaban los teorizantes— prolongados estudios de matemáticas o de música y tediosas permanencias en el taller de mecánica o de herrería? Y, por su parte, exclamaban otros: si este o aquel alumno van a ser fundidores o ingenieros electricistas, ¿por qué sujetarlos a un tratamiento humanístico innecesario? ¿Por qué infligirles varias lecciones por semana de historia, de civismo, de lengua y literatura? ¿Como si el abogado o el médico no tuviesen manos que ejercitar y los ingenieros electricistas o los fundidores no hablasen en nuestro idioma y se hallaran excluidos de los derechos y las obligaciones de una correcta ciudadanía!

Desde un ángulo diferente, quienes toman la instrucción primaria por panacea querían reducir el ciclo secundario a las mínimas proporciones de una ampliación rutinaria de esa instrucción.

Entre tan opuestas doctrinas, a nuestro juicio, en el punto medio está la verdad. La segunda enseñanza no debe ser ni un bachillerato ni un breve y modesto apéndice pedagógico adicionado a los seis grados de la primaria. Tránsito entre ésta y la escuela preparatoria, sirve de apoyo a la educación superior y, por la misma amplitud de sus horizon-

tes, perfecciona el esfuerzo de la primera enseñanza, dando un marco seguro al despertar de la vocación y respondiendo, por su carácter, a la inquietud de la adolescencia.

Las estadísticas nos confirman en esta idea ya que, de cada cien colegiales que reciben su certificado de educación secundaria, se encuentran en minoría aquellos que inician cursos preparatorios, universitarios o técnicos. Y de éstos no todos alcanzan un título superior.

CINCO BASES DE LA REFORMA EDUCATIVA

¿Qué nos demuestra este hecho? En primer lugar, lo que ya sabemos: que las condiciones económicas de nuestro medio son aún poco favorables al eslabonamiento completo de nuestros ciclos. En segundo término, que, para servir con lealtad a nuestro país, nuestra escuela secundaria debe ser una escuela primordialmente educativa, que capacite a los jóvenes para el bachillerato, pero que jamás ignore que la gran mayoría de ellos no saldrá de sus aulas hacia otras aulas, sino a la vida, al combate, a la lucha por la existencia.

Comprendiéndolo así, la Secretaría de Educación Pública ha emprendido una reforma considerable en esta materia. Por una parte, ha suprimido las fronteras erigidas entre la escuela secundaria y la prevocacional. Por otra parte, al unificar el ciclo, se ha preocupado porque no prevalezcan en él ni el empirismo práctico ni el dogmatismo teórico.

Cinco son los puntos esenciales de la reforma a que me refiero. A continuación voy a mencionarlos.

Todos tenemos noticia del daño que ha producido la tradición memorista de nuestra pedagogía de tipo académico. Sin talleres, sin laboratorios —y, a menudo, sin textos—, los adolescentes se ven constreñidos a repetir, con mecánico automatismo, unos *apuntes* que muchas veces constituyen más un expediente de complacencia que un instrumento de aprendizaje. El primer objetivo de la reforma tuvo que ser, por consiguiente, el de eliminar ese mal, vivificando los métodos didácticos y equilibrando en los planes las horas de exposición con las horas de actividad en los laboratorios y en los talleres.

Nuestro segundo objetivo fué el de substituir a las tareas a domicilio, tan fatigosas para los padres y los alumnos, tan adecuadas a la placidez de algunos catedráticos y tan útiles para el brillo aparente de

ciertas asignaturas, pero tan estériles para el rendimiento efectivo de los planteles, el estudio dirigido en la propia escuela, bajo la orientación diligente de un profesor. El estudio dirigido ha aumentado, es cierto, el horario mensual del trabajo en grupo; pero, en los establecimientos en los que se atiende con sensatez, ha dado frutos inmejorables y ha permitido, entre otras cosas, que los colegiales dispongan en realidad de su tiempo libre, bien sea para dedicarse a los deportes, bien para descansar y esparcir el ánimo en paseos y lecturas de sano divertimento.

En tercer lugar, citaré la constitución de los grupos móviles. Deseamos que el escolar con menor aptitud para determinadas asignaturas no se convierta en límite que detenga el progreso de todos sus compañeros y que, en cambio, mejor dotado para otras disciplinas, no se vea, a su vez, contenido en ellas por quienes avanzan con dificultad y con lentitud. La formación de estos grupos móviles otorgará mayor homogeneidad a cada conjunto; facilitará, en muchos casos, el desarrollo de unidades suplementarias y ayudará a los padres y a los maestros a advertir con menores riesgos de incertidumbre por qué sendas va revelándose la vocación positiva del estudiante.

Otro de nuestros propósitos es el de aligerar los programas, conservando en ellos los temas substanciales, procurando asociarlos con las asignaturas relativas y, en lo posible, presentado cada unidad de trabajo de modo de ligar el aspecto teórico del tema con la experiencia práctica; es decir, con la aplicación del conocimiento en el laboratorio y en el taller.

Por último —y tomando en cuenta que concebimos la educación secundaria como un adiestramiento para la vida y, especialmente, para la vida social— hemos robustecido las enseñanzas de categoría educativa más evidente, como el Civismo y las Historias, Patria y Universal. El hecho de que, en reunión con los catedráticos de Historia y de Civismo, me extendí ya acerca de esta fase de la reforma, me autoriza a no insistir ante vosotros sobre un asunto en el cual, según creo, el criterio de los presentes coincide con el criterio de la Administración.

LENTITUD DE TODA REFORMA

Toda reforma pedagógica demanda tiempo, humildad, paciencia y voluntad general de cooperación. Incurriríamos, por tanto, en ligereza inculficable si nos declarásemos ya satisfechos con las disposiciones que

acabo de mencionar. Para cumplirlas, necesitaremos equipar con talleres y con laboratorios costosos nuestras escuelas. Por fortuna, los elementos indispensables han sido adquiridos y, a partir del 1º de abril, principiaremos a acondicionar los planteles en que esos elementos se instalarán, conforme a un plan que nos dejará en condiciones de que, al terminar el año, las obras más importantes estén concluidas.

Por lo que atañe a los grupos móviles, la Dirección de Segunda Enseñanza llevará a cabo, en 1946, los primeros ensayos de organización, eligiendo para ello los establecimientos en que se cuente con personal que ofrezca mayores garantías para esta prueba. En relación con el estudio dirigido, los inspectores y jefes de clases intensificarán las medidas de vigilancia que todo servicio nuevo requiere singularmente. Y, por lo que concierne a los programas, continuaremos solicitando la ayuda de todos los profesores para pulirlos y retocarlos hasta alcanzar la meta de sencillez y eficacia práctica que buscamos. Mucho se ha adelantado con la revisión de aquellos que regirán durante el presente año lectivo. Sin embargo, y aunque todos son testimonio de un esfuerzo serio y bien meditado, hemos de reconocer con honestidad que tal vez no en todos hayamos podido distribuir las unidades de trabajo con estricto apego a las tres condiciones fijadas por la Secretaría de Educación: aptitud de un cabal desarrollo en el número exacto de clases; selección que corrija la antigua plétora de asuntos, y enlaces convenientemente trazados entre las varias asignaturas, de suerte de reemplazar la artificial yuxtaposición de las enseñanzas por un sistema orgánico y funcional de estudios y actividades que haga participar, en el aula, al adolescente no como simple receptor del conocimiento, sino como agente vivaz del aprendizaje.

En la redacción de cualquier programa se tropieza, a menudo, con un obstáculo respetable y, por eso mismo, muy peligroso: la renuencia de ciertos especialistas, que suelen juzgar como falta de estimación para su saber —cuando no como ofensa para el prestigio de su persona— todo intento de reducción en el índice de los temas a que se hallan acostumbrados. Acontece entonces que el programa de ambición exhaustiva acaba por disfrazarse para imponerse, sin que basten las horas de clase para dar cima a todas sus divisiones y sus capítulos. De admitirlo así, el especialista se pondría a salvo; pero a cambio de un año trunco, que el alumno resentiría en su formación. De ahí que los actuales programas

nos interesen profundamente, pues tienen ante nosotros un valor objetivo y, en cierto modo, experimental; ya que el ánimo que nos guía no es el de acertar por autoridad, cerrando los ojos a los problemas, sino acertar progresivamente, cada día más y con más firmeza, merced al concurso de todos y en bien de todos.

FUNCIÓN DE LA NORMAL SUPERIOR

Para que todas las enmiendas que he enumerado logren el éxito necesario y para que dicho éxito no se reduzca a un corto número de planteles, debemos pensar en la conveniencia de formar a un profesorado de alta categoría y de acendrado y lúcido patriotismo. Este es el papel que incumbe a la Escuela Normal Superior. Desempeñarlo con honra es vuestra función como profesores y como candidatos a profesores.

Reconociendo las dolorosas insuficiencias que han estorbado el desenvolvimiento de vuestras actividades, hemos destinado una partida cuantiosa a la construcción del edificio en el que trabajaréis a partir de 1947. Contaréis ahí con una buena biblioteca y con un cuerpo de gabinetes y de laboratorios abundantes, modernos y científicamente coordinados. La relativa proximidad de la fecha fijada para inaugurar esa nueva escuela es para nosotros un motivo de íntimo regocijo. Llega, pues, en tiempo muy oportuno la constitución del Consejo Técnico a cuyos miembros vamos a dar posesión de sus cargos en este acto. Os felicito por todo ello sinceramente.

Ahora bien, ¿qué ventajas sociales derivarán de esa escuela nueva y del mejoramiento de la segunda enseñanza en nuestro país?

Como todo el sistema educativo mexicano, la escuela secundaria ha de tender, cada día más, a hacer de nuestro pueblo un pueblo fuerte y dotado de una recta conciencia nacional.

UNA EDUCACIÓN QUE NOS HAGA FUERTES

Desde que me encargué de la Secretaría que el Señor Presidente Avila Camacho tuvo a bien confiarme, expresé mi anhelo más persistente: trabajar en favor de una educación para la libertad, para la democracia y para la justicia social. Pero semejante anhelo implica una premisa insustituible: la de trabajar en favor de una educación que

suscite y encauce la energía del país. Ya lo admitía, al final de uno de sus libros, el Maestro Sierra: "Educar es fortificar."

He ahí una de las principales misiones de nuestra escuela secundaria: estimular y organizar las fuerzas latentes de México. En efecto, si examinamos nuestra historia, descubriremos que es el relato de nuestras luchas contra nuestras más lamentables debilidades. Debilidad inicial ante la codicia extraña, que hizo posible al conquistador y al encomendero. Debilidad ante el déspota y el cacique; sujeción al caudillo que arrojó oprobio sobre muchas de nuestras pugnas durante lustros y tiñó con rubores de sangre, de cólera y de vergüenza, algunos de nuestros movimientos libertarios más generosos. Debilidad, por fin, ante lo que somos. Debilidad ante la pereza que nos inhibe cada vez que es preciso acometer una obra larga y tesonera. Pasividad, pesimismo, inercia, negación dramática de la vida.

PASIVIDAD Y REBELDÍA

Hay no poco de esquematismo —y de exageración o abreviación caricaturescas— en la imagen que ciertos pueblos se forjan de los demás. México, por supuesto, no es exclusivamente ese melancólico personaje sentado que, envuelto en un sarape de lana oscura y bajo las alas inmensas de su sombrero, reproducen algunas figuras fabricadas en serie para turistas. Ni es tampoco, exclusivamente, ese audaz jinete que cruza por las películas, disparando las balas de su pistola a todos los vientos de la aventura. Sin embargo, esas dos maneras tan diferentes de concebirnos no son fortuitas. La primera alude a nuestra pasividad. La segunda a nuestra violencia. Y una y otra se explican lógicamente.

"Penitencias de un año por locuras de un día", comentaba un poeta nuestro a propósito de ciertas fiestas peninsulares. Y nosotros podríamos añadir: rebeldías de uno —o de varios años— por aceptaciones calladas ¿de cuántos siglos?...

No existe, pues, contradicción absoluta entre el personaje sentado de las estatuas que adquieren los turistas y el jinete rápido y arrojado. Muchas generaciones nuestras vivieron así, absortas en el reposo, justificando con su resignación el que otras surgieran y cabalgaran entre el fragor de las tempestades. Muchas generaciones nuestras vivieron así, dejando que la historia pasase a su vera, como un desfile, y saliendo sólo de su marasmo para hacer ellas mismas su propia historia en algunas

jornadas inolvidables —la Independencia, la Reforma, la Revolución— cual si la historia se hiciese sólo en las grandes crisis y no fuera preciso construirla todos los días, a todas horas, con la voluntad, con el entusiasmo, con la perseverancia.

A los largos períodos de inercia y a los estallidos bruscos de rebelión debemos tratar de substituir la obra cotidiana, la liberación cotidiana de quien no vive ni en la indiferencia ni en el tumulto, del hombre que está de pie, del que piensa y actúa como hombre enhiesto.

FUERTES, PARA SER LIBRES

La mejor forma de sustentar la paz es aceptar con fervor la lucha, la lucha pacífica del trabajo. Y, asimismo, la mejor forma de eludir la violencia es buscar la fuerza y hallarla en nosotros mismos. La fuerza del carácter, que no ha de implicar imperio sobre los demás, sino independencia, dignidad y dominio de sí. La fuerza del pensamiento, que no ha de ser soledad de la inteligencia, sino decoro, cooperación y dádiva del saber. La fuerza de la salud, que ha de dar a los cuerpos de nuestros hombres y de nuestras mujeres el vigor suficiente para cumplir las tareas enormes que les esperan. La fuerza de la verdad para distinguir entre las promesas de una fraseología ilusoria y los ideales que se realizan o, lo que es lo mismo, para distinguir entre los proyectos y los hechos. Porque no es fantasía lo que nos falta, sino sentido de responsabilidad ante la producción de la fantasía, por lo cual suele ocurrir que, al terminar un proyecto, lo abandonemos; hasta tal grado que, en nuestro léxico psicológico, podríamos definir la palabra *proyecto* como un vocablo que no significa la base cierta de alguna acción sino, al contrario, el mausoleo que levantamos sobre el cadáver de una aspiración fallida.

ESCUELA MEXICANA

Contra todos esos males deberán elevarse nuestros procedimientos de educación. Y, al proponernos modificarlos dentro de un sentido genuinamente mexicano, no lo hacemos con veleidades de agresivo nacionalismo, pues no abrigamos hostilidad para nadie, sino voluntad de defensa para lo propio y de organización efectiva de lo que es nuestro, a fin de colaborar con lo nuestro a la mejor convivencia de toda la humanidad.

Ciertamente, una orquesta es también un conjunto y una armonía. En ella, cada instrumento debe afinarse para ayudar a todos los otros. Ningún director aconsejaría, no obstante, que el violinista aplicase al violín la técnica de la flauta o que el arpista estudiara su trozo en la partitura del clarinete. Así, en la actual civilización. El propósito es universal —que todos se entiendan y se respeten—, pero el recurso más adecuado para alcanzarlo estriba en que cada pueblo sea lo que es y en que, dentro de cada pueblo, cada individuo logre su formación más completa, como persona.

Por eso y porque, en lo internacional, somos partidarios de la solidaridad de todas las razas y todos los hombres, tenemos que sostener, en lo interno, la autenticidad de la escuela mexicana. Nadie nos salvará de nosotros mismos sino nosotros. Y, entre los elementos más importantes de salvación se encuentra la escuela, la escuela entera; porque, según dijo un distinguido escritor boliviano, “toda educación científica es una edificación interior, un trabajo que hace uno mismo sobre sí mismo. Los materiales pueden venir de fuera; pero el trabajo, jamás.”

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION ES EL PROBLEMA DEL HOMBRE

¿QUÉ OPORTUNIDAD mejor que esta ceremonia —en la que celebramos el *Día del Maestro*— para hablar de los ideales de la enseñanza en nuestro Hemisferio?

El problema de la educación tiene que ser entendido como el problema del hombre, del hombre en sí. Ahora bien, cuando volvemos los ojos a los desastres de los que apenas si mutilada, turbia y maltrecha, ha conseguido salvarse nuestra cultura, tenemos que confesar, sin ambigüedades, que el problema a que me refiero, el del hombre mismo, el del hombre en su integridad, es precisamente el que más descuidaron, durante siglos, las grandes fuerzas filosóficas, políticas y sociales.

En nombre del individuo se ha desdeñado y escarnecido a los individuos, a las multitudes innumerables que sangran y que trabajan, viven y mueren sin saber por qué nacen y por qué sufren, desnutridas por la herencia de la miseria, cegadas por la ignorancia, confusas en el oprobio, errantes en la iniquidad.

Por exaltar los fueros de un ente abstracto, no pocos pensadores se olvidaron del ser concreto —que no es, por cierto, el *homo economicus* de los clásicos, ni el protagonista teórico de los “derechos del hombre y del ciudadano”, ni el ejemplar biológico que se estudia sobre las planchas de disección de los hospitales—, sino aquél a quien podríamos designar, recordando a Unamuno, “nada menos y nada más” que como todo el hombre. El que tomó la Bastilla y no declamó en la tribuna de la Asamblea Legislativa. El que defendió Verdún y no recibió el bastón de mando de mariscal. El que murió en Abisinia, asesinado por los secuaces de Mussolini, y no fué sepultado solemnemente bajo las coronas de la retórica ginebrina. El que sucumbió en las plazas de Stalingrado o en las costas de Normandía o en el camino de Birmania o entre las blancas torres de Túnez, sin que su cuerpo sirviera para poblar un sepulcro más a la gloria de algún soldado desconocido...

Y, por otra parte, al conjuro de ese hombre-cifra o, mejor aún, de las masas informes en que se pierde y de las varias acciones y reacciones

Celebración del *Día del Maestro*.—México, D. F., 15 de mayo de 1946.

que determinan los movimientos de dichas masas, se ha pretendido también pasar por encima de sus derechos imprescriptibles como persona, ignorar su valor secreto, pero profundo e insobornable, y uncirlo al carro de una máquina oscura de destrucción.

LA TRAGEDIA DEL HOMBRE

Grande es, sin duda, la tragedia del mundo contemporáneo; pero lo que moralmente le da grandeza es la tragedia de cada hombre, de todo el hombre y de todos los hombres que hacen el mundo. La tragedia del labrador chino que hunde hoy, todavía, un arado inútil en la tierra minada por los obuses. La del granjero holandés, que intenta echar a andar su molino sobre una planicie inundada por el rencor de los agresores. La del obrero de Francia, de Bélgica o de Noruega que, salido de un campo alemán de concentración, vuelve a su fábrica destruída y allí, entre los escombros, busca y no escucha la voz del motor amigo, compañero de producción en la paz de antaño. Y, entre todas esas tragedias, la nuestra propia, la del indio de México, estoico, triste, que acaso no combatió en esta guerra enorme, que no estuvo tampoco preso entre las alambradas de púas de los germanos; pero a quien, por espacio de años y años, la tranquilidad y el progreso ajenos fueron despojo, pobreza, incuria, sarcasmo y ruina.

Y son esos, todos esos dolores individuales, los que hacen, en realidad, el dolor del mundo. Y ninguna de las múltiples soluciones que se proponen para aliviar el dolor del mundo sería correcta, eficaz y justa si no pudiera llevar un poco de luz de aurora y una renovación auténtica de esperanza a todos los hombres y a cada hombre, en su soledad patética y angustiosa.

Frente a esa soledad os alzáis vosotros, maestros mexicanos y americanos; sembradores tenaces de una semilla que redime cuando germina y que no germina sino abonada por el desinterés y la libertad.

¿Qué traéis para enardecer el impulso débil y para reavivar la ilusión marchita de los humildes, de los que callan, de los que dudan?

LO QUE PUEDE Y LO QUE NO PUEDE LA ESCUELA

No creáis que la escuela puede cambiarlo todo de un solo golpe, por el solo ejercicio de la enseñanza —¡qué más quisiéramos!— y, sobre

todo, no déis nunca por cerrado y por concluído el saber humano, que es camino abierto, continuo atisbo, experiencia eterna, y no toméis con dedos de idolatría sus conclusiones, considerando cada fortuito descubrimiento como un fetiche y tratando a los educandos como si fueran mecánicas entelequias, sin individualidad, sin familia, sin Patria, para las cuales la vida se planteara, con aséptico laconismo, en la forma precisa de una ecuación.

De todas las demagogias, la que más me repugnaría encomiar ahora sería la que consiste en exagerar el poder de transformación que la escuela tiene, y en pretender descargar arbitrariamente sobre el maestro una responsabilidad que, por igual, nos incumbe a todos.

Al asistir, con la representación de México, a la Conferencia Educativa, Científica y Cultural que las Naciones Unidas organizaron en Londres, manifesté francamente: "Ningún maestro, ninguna escuela, educan más que la vida misma. Y si la escuela educa para la paz, mientras la vida educa para la guerra, no haremos hombres, sino víctimas de la vida."

Y lo dicho en Londres lo repito aquí, ante vosotros, porque nunca será bastante la claridad que se trate de proyectar sobre problemas de esta categoría. El maestro no puede ser el depositario exclusivo de la ética popular. Es indispensable que exijamos a los maestros que enseñen bien, pero tan indispensable como eso resulta que practiquemos el bien en nuestras acciones. Y es conveniente, asimismo, que los maestros eduquen a sus alumnos en la verdad, pero tan conveniente como eso debe ser, para todos nosotros, vivir verídicamente, sin halagos a la mentira y sin flaquezas frente al halago.

HOMBRES Y CIUDADANOS

"Somos —exclama en alguna parte un ensayista español— somos lo que, en los sueños de nuestros padres y de nuestros maestros, se movía ya oscuramente." Y me pregunto: ¿Cuál es el ciudadano futuro que oscuramente se mueve, como promesa, en el pensamiento de los maestros contemporáneos?... Y lo primero que advierto es que a ningún maestro de calidad puede ocurrirle el deseo de que, en aquella imagen del porvenir, la coraza del ciudadano constriña y deforme al hombre.

Muchos se acercan a murmurarnos que la Patria y la humanidad

están aguardando un tipo construído en serie, para servir las con eficacia y obedecerlas con sumisión. Yo os pongo en guardia contra esas viejas insinuaciones que, en cada siglo, adoptan cambiantes nombres y se presentan bajo disfraces de amable aspecto, pero que siempre —y con apariencias contradictorias— persiguen el mismo objeto: la esclavitud.

Ninguna patria y ninguna forma justa de convivencia internacional pueden querer sustentarse sobre hombres truncos. Aunque parezca una redundancia, la humanidad necesita hombres, hombres completos; no siervos dóciles. La Patria no ansía súbditos, sino hijos y, como todas las madres, ambiciona para sus hijos una dicha fundada en la libertad.

DIFICULTAD DE LA LIBERTAD

Esa libertad es difícil, ¡qué duda cabe! Por algo Simón Bolívar —que conoció como pocos el arte de distinguir el sabor de la independencia— decía que “cuesta más mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de la tiranía.” Pero enseñar el valor y el sentido de ese equilibrio constituye vuestra más alta misión como educadores y, en este punto, no deberéis permitir que nada os detenga, que nadie os supere.

Tenéis al alcance de vuestras manos la noble arcilla de la niñez. ¿Qué váis a modelar con ese elemento? ¿La cerviz inclinada de un indolente? ¿Las manos encadenadas de un indeciso? ¿O, al contrario, el perfil gallardo de una personalidad responsable, enérgica, valerosa; la estatua de un hombre libre?

Y no os figuréis, por ningún motivo, que vuestro papel podrá limitarse a transmitir a vuestros alumnos un caudal de conocimientos, por correctas que sean las bases de la ciencia en que os apoyéis. Enseñar a conocer es enseñar a apreciar, y enseñar a apreciar es enseñar a querer, a querer la vida, en lo que posee de verdadero y de generoso, y a luchar contra el fraude, el recelo, la deshonestidad y contra todos los artificios de la simulación.

Maestros de México:

En un día como éste nos debemos unos a otros la máxima claridad. No es con un falso concepto de molición y de aceptación como lograremos nunca formar las generaciones libres que deseamos. Queremos

hombres virtuosos en el sentido genuino de la palabra, que entraña fuerza, dominio de sí, heroicidad y virilidad. Y un hombre de ese linaje tiene que ser capaz de rigor y de valentía. De rigor para sus pasiones y de valentía frente a las pasiones injustas de los demás.

En la preparación de vuestros discípulos, maestros democráticos de mañana, no deberéis confundir la lección de la tolerancia, que es signo inequívoco de firmeza y de inteligencia, con el precepto conformista y cobarde de la abdicación, que es muchas veces complicidad encubierta y torpe.

Una guerra ha concluído. Felicitémonos. Mas los errores que hubieron de ocasionarla no han desaparecido instantáneamente del mundo junto con ella. Esta paz que apunta en el horizonte no esplenderá mientras no nos sintamos dispuestos a interpretarla según merece: como lucha, también, pero no cruenta; como competencia en el trabajo y en la equidad; como freno para todos los egoísmos, que son los imperia-
lismos del individuo, y como condenación de todos los imperialismos, que son los egoísmos de las naciones y de las razas.

GRACIAS A LOS MAESTROS

¡Qué tarea tan admirable os señala la historia, maestros de nuestro tiempo! Tarea que no se reduce al escenario del aula en que profesáis, sino que empieza y concluye fuera del aula, en el ambiente social, político y económico de la vida. Porque, si aspiráis a ser realmente profesores de libertad, habréis de sentir que la libertad moral no prospera en la servidumbre económica, como tampoco la libertad económica crece y se manifiesta con caracteres estimulantes en el clima de la opresión moral, y cómo una y otra —la ética y la económica— exigen primordialmente el respeto de una libertad política progresiva.

Ante empresa tan ardua, estoy seguro de que, al par que yo, muchos de los que me oyen sienten la inquietud de las propias insuficiencias. Pero esa duda es mejor, por sí sola, que la jactancia. Y yo, que he seguido vuestros esfuerzos y vuestro afán de superación; yo, que lo mismo en mis visitas a las escuelas de la ciudad que en mis viajes a las aldeas más apartadas, he encontrado siempre, tras de cada acto augusto, un maestro humilde, sin amargura de su pobreza, sin rencor por su juventud; yo os digo ahora: Gracias, maestros y maestras, por la lección ab-

negada de vuestras vidas. Y, con particular emoción, gracias a vosotros, profesores y profesoras, que en esta mañana recibiréis, de manos del Señor Presidente de la República, las Patentes de Pensión que os han sido expedidas de acuerdo con las nuevas normas legales en la materia. Sabemos que vuestra jubilación es un descanso bien merecido y no una ausencia, ya que, en cualquier lugar en el que gocéis de vuestro retiro, seguiréis sintiendo siempre a la Patria como maestros.

Y pues en este día se encuentran entre vosotros numerosos representantes de vuestros compañeros del Continente, me vuelvo a ellos con la misma esperanza y la misma fe.

Representantes del magisterio de América:

Un igual entusiasmo debe guiaros hacia iguales metas de fraternidad, de entereza y de independencia. Vuestro destino es nuestro destino. Por espacio de varias jornadas habéis vivido con vuestros colegas de mi país. Y tengo la certidumbre de que les complace hondamente recibir en vuestra compañía este homenaje que, en nombre del Gobierno de la República, rindo a todos los maestros, con la más efusiva cordialidad.

Cuando déis por terminadas vuestras labores, llevad a América el mensaje de solidaridad y de afecto que os entregamos. Y estad persuadidos de que, en cada escuela, México velará porque sea la educación una defensa efectiva de los principios de justicia, de paz y de libertad por cuyo triunfo pugna nuestro Hemisferio.

LA ESCUELA DE ARTE TEATRAL

EL ANTIGUO principio de que el teatro, cuando posee auténticas cualidades, es una escuela viva para el adulto, no ha sufrido mengua con la experiencia. Antes al contrario, en numerosos países del mundo los hechos demuestran hasta qué extremo las representaciones teatrales bien elegidas suelen contribuir a la formación estética y al enaltecimiento moral de la niñez y la juventud.

Deseosa de extender, cada día más, el poder de emancipación de la cultura —poder que no reside tan sólo en la función pedagógica de las aulas, sino en la vida misma, en la nobleza del pensamiento y de la conducta y en la dignificación de la personalidad por las bellas artes—, la Secretaría de Educación no podía dejar de manifestar su interés creciente para cuanto esté en aptitud de servir a la mejor organización del teatro en México.

Tras de las máscaras tutelares, la de Talía y la de Melpómene, en la síntesis de lo cómico —que tantas veces corrige nuestros defectos al presentárnoslos, aislados o amplificados, en el espejo de esa censura interior que la risa expresa— y en la emoción de lo trágico, que persuade por la piedad a que induce al hombre y que, por ejercicio de la belleza, transmuta en serenidad y en perdón supremo los encuentros más lacerantes con el destino y con el dolor; el teatro brinda a los públicos comprensivos una lección de armonía en la convivencia, de libertad en la tolerancia, de autonomía en la crítica y de solidaridad en la aprobación.

Semejante lección constituye un consejo. Y ese consejo es de eficacia tanto más alta cuanto que surge como incitación, no como precepto. Por tal motivo, hasta en las horas en las que entraña norma imperiosa, guarda el aspecto de una adhesión voluntaria e íntima y parece, menos que una ley de la inteligencia, un placer del gusto y un asentimiento cordial del espectador.

De ahí que, entre todas las artes, sea la del teatro la que requiere, fija e indica mayores aptitudes de cohesión social. La soledad del poeta lírico, del compositor o del paisajista tiene un sentido que nunca ex-

cluye la previsión o la acción del público, pero coloca esa acción o esa previsión en el término de otro plano, lo que, a menudo, difiere el juicio y significa un aplazamiento.

En el drama o en la comedia, autor y público son en verdad colaboradores mediatos e inseparables. Inseparables, porque sólo su cooperación en el espectáculo realiza con plenitud el texto pensado para la escena. Y mediatos porque entre ellos debe tenderse, como puente que la lectura no sustituye cumplidamente, la capacidad del intérprete, la voz humana, la presencia del actor.

Así se explica que, en toda época, exista un nexo necesario e inapelable entre esos tres factores de la obra escrita para el teatro: el autor, el actor y el público. Si uno de esos tres factores —de responsabilidad más o menos consciente— desempeña mal su papel, la obra entera falla y, por lo menos como espectáculo, pierde sentido.

En la preparación de cada uno de los factores que aquí menciono puede mucho, sin duda, la educación. Sin embargo, por lo que atañe al público, la empresa es ardua, lenta y compleja, pues equivale a esparcir la cultura en las grandes masas. Por lo que concierne a los autores, existen obstáculos innegables para señalar con exactitud lo que convendría llevar a cabo, por el Estado, como no sea —y a ello tiende esta ceremonia— alentar su fervor creativo, multiplicar los estímulos adecuados a fin de recompensar la generosidad de su producción y acrecer, a la vez, junto con la información del público, la competencia de los intérpretes.

Nace, por consiguiente, esta nueva Escuela bajo el signo de tres deberes fundamentales: servir al actor, al que está destinada directamente; servir al público, proporcionándole actores cada vez más certeros y de más completos procedimientos; y servir al autor también, aumentando las vías humanas de su expresión.

Al crearla, no queremos exagerarnos sus posibilidades. Sabemos que no siempre los mejores actores salen de las escuelas de arte teatral. Por eso, precisamente, procuraremos no imponer al establecimiento que inauguramos una misión que se convirtiese, por académica, en precaria y exclusivista. Nos esforzaremos por hacer de él, ante todo, un órgano de enlace con las agrupaciones profesionales y con otras, que nos revelan un impulso experimental digno ya de apoyo. Lo pondremos, además, en contacto con la provincia, otorgando becas para que estu-

dien aquí los que no tienen a veces, fuera de México, la oportunidad de cumplir con su vocación. Y, comprendiendo que, sin la práctica, toda enseñanza teatral se anquilosaría, cuidaremos de que la actividad en la escena sea para los estudiantes lo que el trabajo en los laboratorios y en los talleres para otros jóvenes: una prolongación que dé vida al salón de clase y que evite, en lo posible, las deformaciones de la instrucción que no educa, de la que engaña.

Reconocemos, por otra parte, que aunque este intento alcance éxito en lo futuro, su rendimiento será, en el fondo, muy limitado mientras no logren nuestra ciudad y nuestro país contar con las salas de espectáculo, cómodas y económicas, que requiere apremiantemente la población.

Considerando, no obstante, que —por conexos— los problemas del teatro en México demandan esfuerzos complementarios, no hemos querido diferir el que nos reúne, porque pensamos que su iniciación servirá, entre otras cosas, para dar un punto de fijación a muchas voluntades que están dispersas y porque juzgamos que la relación que establezca esta Escuela con los autores y los actores, así como con los grupos más estimables de aficionados, coadyuvará a sentar, sobre cimientos de mayor estabilidad, la atención de los varios sectores sociales interesados en el progreso de nuestro teatro.

Si el plantel es modesto —y si nos parecen aún exiguos los medios de que dispone— grandes, en cambio, son los caminos que ofrece a sus profesores y a sus alumnos la avidez de sano divertimento que padece nuestro país. Desde el punto de vista escolar, comisionaremos a los maestros más destacados para que encaucen el entusiasmo que muchas veces resulta el único promotor y el más firme guía de los ensayos teatrales que realizan, en los colegios, con textos en ocasiones inapropiados, compañías improvisadas de niños y adolescentes. Sobre todo en el escenario rural, en lugares en que la escuela tiene que ser, por la simplicidad del ambiente y por la pobreza de los recursos, un compendio siempre rudimentario de la civilización que aflora ya en las ciudades, semejantes ensayos no sólo asumen importancia considerable porque ilustran —con escenificaciones ingenuas— temas que, de otra suerte, marchitaría la exposición teórica del programa, sino que sirven, también, para el solaz general de los habitantes.

Sobre un tablado sencillo y tosco, a la sombra de los árboles de la aldea y frente a un público compuesto en su mayor parte por mujeres

analfabetas y campesinos, he asistido a representaciones de ese linaje, en que la danza, la música y la palabra, subrayando la estrecha línea de un argumento más esbozado que definido, constituían una experiencia conmovedora de teatro rústico mexicano. Ese teatro del pueblo, hoy vacilante por falta de ayuda y de orientación, puede ser con los años base de un arte que los autores cultos no deben menospreciar.

Para los escritores y los actores que buscan sinceramente la originalidad de lo nacional, el conocimiento de las formas más despojadas del arte escénico garantiza un ejemplo y abre múltiples perspectivas. La estancia que hagan en nuestra Escuela los maestros rurales que hayan probado méritos singulares y los viajes que realicen sus profesores, bajo los auspicios de la Secretaría, permitirán sostener un diálogo muy valioso e, incitando a unos y a otros a un esfuerzo de renovación y de técnicas más precisas, evitará que aquellos esbozos —que son millares— se agoten por la repetición mecánica y pierdan, a la postre, todo sabor.

¿Cómo hablar del teatro que hacen los niños sin referirme al teatro que los adultos hacen para los niños? La misión educativa de este género de teatro es, por diversos conceptos, fundamental. Aprovechando el éxito alcanzado, como lo demuestran las funciones organizadas en el Palacio de las Bellas Artes, la Escuela habrá de colaborar en esas actividades, afinando los elementos, convocando a concursos que patrocinará la Secretaría y haciendo alternar, en el repertorio, obras ya consagradas y universales con obras nuestras, que utilicen los materiales de la imaginación popular, tan rica y tan pintoresca en México, y que respondan a situaciones características de la vida y la historia de nuestra Patria.

Acaso piensen algunos que estoy ampliando excesivamente la acción probable de nuestra Escuela. Y tal vez en ello no se equivoquen. Pero es que juzgo que la institución que nace habrá de operar, ante todo, como un catalizador, apresurando la combinación práctica y urgente de incontables aspiraciones cuyo propósito es el de dar a México, merced a espectáculos cada vez mejores y más genuinos, esa liberación que hasta ahora no ha figurado en las proclamas políticas de los pueblos: la liberación del tedio, del ocio desesperante y de la devastadora incuriosidad.

TECNICA E INDUSTRIALIZACION

ESTE es un día de honda satisfacción para el Instituto Politécnico Nacional. Asociamos hoy, en efecto, en presencia del Primer Magistrado de la República, dos actos de incuestionable importancia para el porvenir de esta Casa de Estudios: la inauguración de los Laboratorios de Investigaciones Biológicas y la instalación del Consejo del Instituto y de la Comisión de las Escuelas Técnicas Ferrocarrileras.

Ambas solemnidades —a las que la sencillez de esta ceremonia proporciona su ámbito democrático— no están unidas tan sólo por una coincidencia en el tiempo. Una y otra obedecen a un mismo propósito pedagógico: el de ahondar, cada año más, la preparación científica de nuestros estudiantes, dando a los trabajos de investigación el rango que por derecho les corresponde y procurando definir, a la vez, mediante actividades de consulta y coordinación, un programa de educación técnica nacional, susceptible de mejorar los esfuerzos hechos hasta este instante.

TÉCNICA E INDUSTRIALIZACIÓN

Hemos seguido con interés las labores desarrolladas en el país a fin de formar un plan para la industrialización eficaz de nuestros recursos. Abrigamos la convicción de que el ideal en que tales labores se inspiran constituye uno de los imperativos sociales de mayor significación para el progreso de México. Sin la liberación económica —que la técnica consolida— la independencia política de los pueblos se ve amenazada constantemente por la avidez de las grandes fuerzas que afectan el equilibrio de la comunidad jurídica internacional.

Toda enseñanza, incluso la más humilde, aquella que tiende apenas a transmitir a los iletrados el conocimiento y el uso del alfabeto, robustece los elementos de la independencia política a que he aludido, depurando a una proporción cada vez mayor de los que reciben sus beneficios cierta capacidad de superación en el orden de la cultura. Pero, en particular, la enseñanza técnica —por la acción constructiva en que se

Instalación del Consejo del Instituto Politécnico Nacional y de la Comisión de las Escuelas Técnicas Ferrocarrileras e inauguración de los Laboratorios de Investigaciones Biológicas del propio Instituto.—México, D. F., 1º de agosto de 1946.

traduce— puede y debe contribuir a la emancipación de las masas desheredadas, puesto que las altas finalidades de una técnica generosa no consisten en fomentar el poder destructivo que la guerra acumula para la muerte, sino en orientar e intensificar el poder de creación que la paz demanda para la vida.

LA CIENCIA, CONQUISTA EN FAVOR DEL HOMBRE

La grandeza de las victorias auténticas de la ciencia estriba, precisamente, en que no las obtiene el hombre sobre los hombres, contra los hombres, según ocurre en las pugnas de las potencias, porque las logra el hombre, en favor del hombre, sobre algo que a todos nos pertenece: la energía vital del mundo, de la que sólo tiene derecho a adueñarse la humanidad, para hacer el bien, por la indagación de la inteligencia y con las armas de la sabiduría.

¿A cuántas preguntas no ha contestado ya la Naturaleza, siglo tras siglo y generación tras generación, desde la época prehistórica en que todo parecía oponer una negativa a la tribulación de los clanes desamparados, hasta esta época de las experiencias atómicas y el radar, en la que vemos disminuir bajo la velocidad de nuestros motores las barreras de la distancia y en cuyos años, merced a la fotografía telescópica, podemos examinar en el microscopio un fragmento inmenso del universo, como si fueran, para el astrónomo, glóbulos de una sangre estelar, misteriosa y lúcida, los millones de astros que componen la Vía Láctea?

No hay fronteras, no hay soberanías territoriales capaces de obstruir permanentemente ese camino de libertad que la ciencia brinda al talento, al estudio y a la constancia. Hay una solidaridad superior entre las verdades, la cual acaba, con el auxilio del tiempo, por anular los más sórdidos egoísmos. Porque el inventor que no pusiese el fruto de su invención al servicio de la cultura, se perdería tarde o temprano en su propio invento, como el explorador que no abriese a sus semejantes la zona que descubriera, moriría a la postre en ella, vencido por su conquista y devorado por su descubrimiento.

LA ALIANZA DE LAS VERDADES

Esa alianza esencial entre las verdades no es un acuerdo teórico e idealista. Sobre esa alianza está edificada toda la historia. Y así acontece

que, por ejemplo, cada vez que un alumno de este Instituto utiliza una escuadra, afronta una ecuación o prepara una fórmula química, lo que hace —a menudo sin darse cuenta— es prolongar la cadena de los esfuerzos innumerables que el hombre ha ido depurando y perfeccionando a través de milenios de atisbos, de hallazgos y de tanteos, y mantener abierta la ruta insigne por la que avanzarán con firmeza sus herederos.

Ello implica para cada estudiante —y, con mayor razón, para cada maestro— una responsabilidad tan precisa en el campo de la investigación como en el dominio práctico de la técnica. Sin la investigación, la práctica incurriría en procedimientos empíricos deleznable y terminaría por adaptarse a una rutina conservadora, arbitraria y superficial. Pero, en cambio, la investigación que desdeña las impaciencias con que aguardan sus conclusiones los irredentos, corre también el peligro de anquilosarse en complacencias de cenáculo y diluirse en estériles fantasías.

He ahí por qué, así como pretendemos que el estudiante lleve en su acervo el sentido práctico de las cosas, la solidaridad moral con sus compañeros, y, al propio tiempo, la devoción por la ciencia pura, la curiosidad del saber desinteresado, así también deseamos que los diversos planteles de este establecimiento toquen lo mismo los problemas más altos de la técnica superior, en las carreras profesionales y los cursos de postgraduados, que los problemas más inmediatos de capacitación de los obreros especialistas y los trabajadores calificados que tanta falta hacen aún a nuestro país.

CAPACITACIÓN DE TRABAJADORES

Dentro del criterio que expongo, una de las cuestiones que, por encargo de la Secretaría de Educación, examinará desde luego el Consejo que hoy instalamos, es la que se refiere a los planes y a los programas de las Escuelas de Capacitación, cuyo cuadro completará la función educativa del Instituto.

Necesitamos atender este asunto con seriedad y con rapidez, a fin de que, en breve plazo, las oportunidades proporcionadas por esos planes y esos programas a la clase trabajadora, sean conocidas por las empresas y los obreros de aquellas ramas de la vida industrial de México en que la carencia de un personal especializado nos señala el deber de adiestrarlo correctamente.

El propósito de que las resoluciones que a este respecto adoptemos

no se alejen un solo punto de la clara noción de la realidad, nos indujo a reservar cinco sitios en el Consejo para aquellas personas que el Señor Presidente de la República tenga a bien designar, de conformidad con lo que dispone, en su artículo tercero, el Reglamento emitido el 27 de noviembre de 1945. Dos de esas cinco personas representarán a las empresas de la industria nacional, dos a los trabajadores y una a las financieras industriales.

No creo equivocarme al expresar desde ahora el augurio de que las relaciones que esos nombramientos darán ocasión de afirmar entre los diferentes sectores interesados en el futuro de nuestra técnica, facilitarán la obra de esta Casa de Estudios y ampliarán el horizonte de sus actividades.

MIENTRAS OTROS SE REHACEN, HEMOS DE HACERNOS

Una era trascendental se anuncia indudablemente para los 11,979 estudiantes que, en diversos planteles y en varios grados, reciben instrucción en el Instituto. Los preludios de paz que atraviesa el mundo demuestran, por las dificultades tanto o más que por los aciertos, hasta qué extremo la convivencia internacional exige de cada pueblo, de cada hombre, la entrega máxima, la totalidad de labor, la plenitud en el rendimiento.

Muchas de las angustias que nos alarman cuando el cable nos las trasmite, como balance trágico de la guerra, han sido, y son todavía, nuestras angustias. Hay que decirlo con entereza: numerosas insuficiencias que los observadores anotan en otras partes y en las que advierten los efectos de una anormalidad son, en grandes regiones de nuestro suelo, condiciones normales o, por lo menos, estables y conocidas desde hace siglos.

La desnutrición, la insalubridad, la ignorancia, la falta de maquinaria, esas miserias que la conflagración impuso a no pocos países adelantados, esos sufrimientos que claman ayuda y que imploran recuperación, son miserias y sufrimientos que, por pobreza y por deficiencia técnica, entre nosotros parecen crónicos. No; no es posible que aquello que nos conmueve, cuando lo leemos en un informe o en un periódico, deje de conmovernos cuando lo vemos en nuestro propio pueblo, cuando lo padecemos en nuestra propia carne, cuando lo sentimos en nuestra propia vida.

Mientras otros se rehacen, hemos de hacernos. Al ritmo de la reconstrucción universal, tenemos la obligación de asociar el ritmo de nuestra construcción. Hay millares de enfermos a los que curar, millares de escuelas que establecer, millares de surcos que fecundar. Cada pena de nuestros compatriotas constituye una muda interrogación. La técnica puede dar una respuesta adecuada a muchas de esas interrogaciones patéticas y fraternas. Como jóvenes, como mexicanos y como técnicos, esa es la misión que habéis elegido; esa es la promesa que habréis de elevar a todas horas, todos los días, frente al estandarte de la Patria.

Una ciencia que salve. Una técnica que redima. Si servís estas causas y, sobre todo, si las servís como lo queremos, heroicamente, fervientemente, alcanzaréis a deciros un día —en el día lejano en el que se extinga para vosotros la lámpara del deseo— que no vivisteis en vano ni un solo instante porque cumplisteis, en todo instante, vuestro deber.

DEBER Y MERITO DE LOS INSTITUTOS Y
AGREGADOS CULTURALES

CON POSITIVO interés me informé de la celebración de estas reuniones. Con franco aliento he considerado su desarrollo. Y con satisfacción y con optimismo asisto, hoy, a la clausura de sus trabajos.

Los motivos de aquella satisfacción y las razones de ese optimismo se fundan en la certeza de que, por grandes que sean las inquietudes que aun nos inspira la paz que nace, todos los hombres de buena fe admiten en nuestros días que el problema de la comprensión recíproca de los pueblos y de las razas no es un problema adjetivo de la cultura ni, mucho menos, una cuestión secundaria de la política. Al contrario. Cada vez percibimos con mayor claridad que nada definitivo podrá lograrse, en los campos de la economía, del derecho y del pensamiento, mientras esté amenazada semejante base de comprensión por algo más destructivo y demoledor que una bomba atómica: por la ignorancia y por los prejuicios que suelen hacer del hombre el peor enemigo del hombre sobre la tierra.

Cesan las guerras; pero no las rivalidades que las engendran. Al concluir las hostilidades, vuelven los armamentos a sus depósitos; pero el espíritu sigue armado. Y la coraza —que ya no esplende sobre el torso de los que luchan— todavía endurece el pecho de los que tratan de dividir, en fragmentos incompatibles, el resultado de la victoria.

Ahora bien, señores, al igual que cualquier defensa, la coraza aísla tanto como protege. Vuestro deber, de agentes y guías de la cultura, consiste, por consiguiente, en ir más allá del baluarte de las corazas. Bajo su acero, habréis de buscar y encontrar al hombre. Y hacerlo otra vez accesible, naturalmente, ya no a los dardos de la crueldad y de la venganza, sino a las solicitudes de la colaboración y de la piedad.

Pocas veces se ha visto más solo el hombre que en estos años en que lo ahoga la más amarga de todas las soledades: la soledad en la muchedumbre. Y, al propio tiempo, pocas veces se ha visto más en peligro que en estos años el destino de la cultura.

Acto de clausura del Primer Congreso de Institutos y Agregados Culturales. México, D. F., 8 de agosto de 1946.

En efecto, mientras los fusiles hablaban, todos los seres dignos se unían en la esperanza de que algún día, al enmudecer los fusiles, se elevaría una voz más alta: la de la justicia en la independencia. Pero ahora que, sobre las heridas mal restañadas, en lugar del bálsamo del entendimiento y de la concordia, intentan aplicar muchos intereses el cauterio del egoísmo y de la arbitrariedad, ¿dónde está el aire en que se atrevan a respirar esos seres dignos?

Vosotros, en cierto modo, respondéis con vuestros debates a mi pregunta. La atmósfera indispensable a los hombres libres es la atmósfera del entendimiento mutuo, por los beneficios de la civilización y por obra de la cultura.

Porque una paz sin justicia sería más desastrosa para la civilización y para la cultura que el espectáculo trágico de la guerra. Una paz sin justicia constituiría un funesto engaño. Y ninguna cultura puede erigirse sobre el engaño.

Después de todo, el mundo no necesita paz para odiarse, sino paz para comprenderse y reconstruirse, ya que, según lo decía Rabindranath Tagore en 1934, en una carta magnífica, “la individualidad del hombre es inestimable, pues sólo merced a ella realizamos lo universal.”

Atender, con el mismo empeño, a la universalidad del hombre y a la individualidad concreta en que lo humano se manifiesta, es tarea suprema de la cultura. Sobre las conclusiones de esa tarea sustentaremos la paz que desean nuestras conciencias; si no olvidamos, por una parte, que la conciliación de los intelectuales valdrá bien poco mientras no signifique la voluntad íntima de conciliación de las colectividades que los intelectuales han de representar con integridad, y, por otra parte, que la inteligencia —cuando prescinde de las realidades económicas y políticas— es a la postre tan deleznable como los arreglos políticos y económicos que desconocen o menosprecian las realidades de la cultura.

En el mexicano o el francés, en el brasileño o el soviético, en el norteamericano o el británico, en el oriental o el occidental, se halla al hombre, siempre. El es nuestro gran colaborador, nuestro hermano anónimo, nuestro fin permanente e irrenunciable. Para redimir y salvar a ese hermano anónimo trabaja, con entusiasmo, en cada uno de nuestros pueblos, lo mejor de nosotros mismos.

A LA GENERACION NORMALISTA DE 1946

DENTRO de breves instantes, el Primer Magistrado de la Nación va a entregar los certificados que corresponden a los jóvenes normalistas que concluyeron sus estudios profesionales en 1946.

Momento éste particularmente emotivo, entre otras causas, por el hecho de que esos jóvenes —que ingresaron en las Escuelas Normales para Maestros y para Maestras en 1941— hicieron toda su carrera bajo la actual Administración y, habiendo iniciado su formación superior en los días en que el Señor Presidente Avila Camacho empezaba a ejercer el mandato que México le confió, salen de las aulas cuando expira dicho mandato.

De haberlo permitido las circunstancias, esta ceremonia se habría desarrollado frente a las grandes Escuelas Normales que están siendo erigidas en los terrenos de la antigua hacienda de San Jacinto. Números obstáculos materiales impidieron que aquel propósito se cumpliera. Pero, en proceso avanzado de conclusión, la inmensa obra se encuentra allí, como testimonio inmutable —cemento y hierro— de la importancia que otorga nuestro país a la preparación de esos misioneros de verdad y de libertad que deben ser en el mundo los profesores.

Sin embargo, un acto como el que une hoy nuestras voluntades no necesita ceñirse al marco de una celebración inaugural. Lo que prestigia a una buena escuela es, sobre toda otra cosa, el alma que la enaltece. Y el alma de las escuelas en que estos jóvenes estudiaron es el alma de México, activa y fiel. Basta, para afirmarlo, conocer a los maestros y a las maestras que se graduaron en ellas, durante lustros.

ELOGIO DE LA JUVENTUD NORMALISTA

¡Bajo el signo de cuántas inclemencias fueron forjándose las generaciones que contribuyen al desenvolvimiento educativo de la nación! Recuerdo, en este momento, que yo, en mi infancia, como alumno de sexto grado, fui testigo de la pasión de muchos jóvenes normalistas que

Entrega de certificados a los componentes de la Generación Normalista de 1946. México, D. F., 22 de noviembre de 1946.

continúan luchando ahora como maestros y entregándose, sin reservas, al deber que aceptaron, entonces, con el más absoluto desinterés.

Mucho tiempo más tarde, como Secretario de Educación, visité las Escuelas Normales de la República. El espíritu que prevalecía en sus estudiantes era el mismo que en otros años yo había admirado. El mismo ánimo combativo, en que la intolerancia de los mayores puede suscitar, ciertamente, pasajeras tormentas de rebeldía, pero sobre el cual se recobra la disciplina inmediatamente con un poco de afecto y de comprensión. El mismo sentido de responsabilidad frente a los trascendentales problemas cívicos. El mismo olvido de la comodidad personal, de los intereses mezquinos y transitorios. La misma curiosidad por aproximarse a las fuentes cordiales de la existencia. Y la misma efusión por la obra del magisterio, que es siempre dádiva, abnegación, estoicismo, constancia heroica, Patria en potencia. Patria que se define en lo más radioso de cuanto ponen los acontecimientos a nuestro alcance: la inteligencia del México que vendrá.

Así, lo que había visto en mi mocedad continuaba siendo verdad en mi madurez. Dos guerras habían sacudido al género humano. Millones de combatientes habían caído, en la gloria o en la ignominia. Y aquellos jóvenes parecían los mismos jóvenes, sinceros, puros, leales, fuertes. Y la esperanza seguía poniendo, sobre sus sienes, una invisible corona de entusiasmo y de intrepidez.

PERSISTENCIA DE MÉXICO EN LOS MAESTROS

¿Cómo dudar de México ante esa lúcida persistencia de lo mejor de nuestros maestros en nuestros jóvenes?... Id a las escuelas de la ciudad, visitad una aldea, deteneos en un ejido. En todas partes en donde late, enérgico, el pulso del país encontraréis a un maestro, a una maestra. Sano o enfermo, sonriente o triste, cada uno de ellos es lo que queda de un estudiante que depositó, como los de hoy, su confianza íntegra en el porvenir ascendente de la República.

Viejos mentores en cuyas manos he estrechado a menudo el dolor de un pueblo que anhela paz y justicia y honor y bien, es aquí, entre los jóvenes que más pronto o más tarde habrán de sustituirlos, donde debo expresar todo el afecto que habéis sabido avivar en mi corazón. Lo que hizo vuestra grandeza —la devoción por la independencia— no

se ha perdido. Y esa devoción por la independencia, con todo lo que la independencia implica de obligaciones, de sacrificios, de tenacidad y de decisión, es la bandera que enarbolan también vuestros sucesores.

En cuanto a vosotros, jóvenes mexicanos que habéis elegido la más generosa y más noble de todas las profesiones: la de vivir para que otros aprendan a ser y a vivir mejor, ¡cómo debéis sentirlos comprometidos al recibir el legado de esa bandera!

VIRTUD SIN FLAQUEZAS NI TRANSACCIONES

En el más luminoso de los diálogos platónicos, Sócrates dirige a Simmias estos consejos: “No se camina hacia la virtud cambiando placeres por placeres, tristezas por tristezas, temores por temores y haciendo lo mismo que los que cambian una moneda en menudo. La sabiduría es la única moneda de buena ley y por ella es preciso cambiar todas las demás cosas. Con ella se tiene todo: fortaleza, templanza, justicia. Porque, sin la sabiduría, todas las virtudes que resultan de la transacción de unas pasiones con otras no son más que sombras de virtud; virtud esclava del vicio, virtud que nada tiene de sano y de verdadero.”

Pues bien, jóvenes mexicanos, ésa es la majestad esencial de vuestro destino: la de luchar por establecer en todas las conciencias del México que nace la virtud verdadera y sana, la que no admite flaquezas ni transacciones.

Cada vez advertimos con mayor claridad que la escuela es vida y no sólo preámbulo de la vida. En ella, como en la vida, las verdades no se descubren al margen de los asuntos, en un ondulante friso de reglas y silogismos, de teorías y de principios, sino incorporadas a los fenómenos que observamos y a los obstáculos que vencemos, incógnitas sucesivas de una serie dramática de cuestiones que hemos de contestar por nosotros mismos, a voces con la colaboración de nuestros iguales, a menudo en despojada y patética soledad.

Esa soledad, en que se toman supremas resoluciones, será vuestra compañera en el aula misma e, incluso, en medio de la gárrula agitación de los niños y de las niñas que rodeen la mesa de vuestra cátedra. En esa soledad interior —que tendrá que exaltar vuestro propio esfuerzo— os prestarán su mejor concurso el recuerdo de los maestros que os enseñaron, la conciencia de la solidaridad humana, sin la cual la cultura no

existiría, y la voz recóndita de la Patria, que debe hallar, invariablemente, en vuestras palabras, un eco augusto.

Recoged con satisfacción los diplomas que os pertenecen. Pero no olvidéis que la fe que ponemos en ellos vale, para nosotros, porque esperamos que, en vuestro espíritu, el alma de México no admita nunca la menor mancha y en vuestro ejemplo se yerga siempre, como en el cristal del más limpio espejo, la presencia de un pueblo que está de pie.

PRESENTE Y PORVENIR DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR

TRAS de incontables dificultades, ha llegado por fin el momento que muchos de los presentes aguardaron durante años. El Instituto de Mejoramiento fundado el 30 de julio de 1936, al que la Ley Orgánica de Educación Pública confirió, en 1942, la categoría de Escuela Normal Superior, deja de ser el huésped de otras mansiones, de tradición más antigua en la historia pedagógica mexicana, y viene a ocupar, por derecho propio, una casa digna del linaje de sus estudios y de la confianza que nos inspira su porvenir.

No me detendré en describir el sentido moderno que avalora sus aulas, con capacidad para mil maestros, o la amplitud de la escuela secundaria, en la que podrán inscribirse otros mil alumnos y que servirá a los pasantes de la Normal Superior para obtener la más decisiva de las lecciones: la que nos brinda el contacto diario con los discípulos, la experiencia que ofrece la realidad.

Los datos que al respecto son de interés fueron ya expuestos por quien podía comunicároslos con acierto: por el arquitecto que dirigió la obra.

Tampoco pretenderé atraer vuestra atención sobre el esfuerzo llevado a cabo por las autoridades para organizar este centro de educación, tan indispensable hoy en nuestra República.

AGRADECIMIENTO A LOS COLABORADORES DEL COMITÉ

Pero, en cambio, sí recordaré la ayuda que nos fué generosamente proporcionada por las diversas personas e instituciones que aportaron donativos de trascendencia a fin de colaborar con la Administración en la vasta empresa de hacer escuelas, numerosas escuelas nuevas en el país. Los nombres de esas personas e instituciones —que se honraron honrando a México— figuran en los cuadros de mérito que, al principiar esta ceremonia, se sirvió descubrir el Primer Magistrado de la Nación.

Ceremonia inaugural de la Escuela Normal Superior y del Plantel Secundario anexo.—México, D. F., 26 de noviembre de 1946.

HONOR A LOS MAESTROS DE SEGUNDA ENSEÑANZA

Hay que confesarlo modestamente. Hemos vivido improvisándonos en múltiples disciplinas. Y exigiendo, después, al producto de nuestras improvisaciones, esas últimas excelencias que sólo da —en los hombres, como en los frutos— la natural y pródiga madurez. Así, antes de contar con un número suficiente de maestros aptos para atenderlos, creamos establecimientos de segunda enseñanza en cuyas aulas rodeamos a catedráticos de capacidad y experiencia reconocidas con educadores que, acostumbrados a dirigir en los bancos elementales a la niñez, tuvieron que aprender por sí solos el arte delicado y complejo de guiar a la adolescencia y hubieron de reemplazar el ligero enciclopedismo de la primaria por el estudio de una especialidad.

Lo que asombra no es que, en un país de bruscos atrevimientos, se acometiera públicamente esa audaz acomodación, sino que, en términos generales, quienes la intentaron hayan salido de ella sin lamentables claudicaciones.

Aunque no ignoro cuántas insuficiencias frustran aún los más sólidos entusiasmos, me siento en la obligación de rendir un testimonio de aprecio y de simpatía a esos denodados predecesores que combinaron, en horas críticas, con las responsabilidades del buen maestro, la humildad y la diligencia del buen alumno. Autodidactas algunos, al descender de la cátedra iban a hurgar en la biblioteca las noticias indispensables al día siguiente, o consagraban lo mejor de un exiguo sueldo a adquirir en las librerías los tratados y los volúmenes de consulta. Graduados otros, y graduados estoicamente; no bien traspuesto el umbral de la escuela en la que enseñaban tenían que pisar el umbral de la escuela en la que aprendían: islas tenaces en mitad de un oleaje de jóvenes impacientes que no siempre se percataban de que en los ojos de aquellos compañeros —tan atareados— el afán de saber y el de ser se mezclaban con diáfana coherencia.

Sin pensarlo acaso, esos precursores —algunos de ellos me oyen en este instante y comprenden que mis palabras vibran de gratitud para sus desvelos— eran ejemplo del equilibrio que impone la voluntad entre las cualidades y los defectos de quien anhela cumplir abnegadamente con su deber.

Después de todo, tenemos siempre —decía Goethe— los defectos de

nuestras cualidades y las cualidades de nuestros defectos. Y de los defectos de aquella improvisación, en cuyo ámbito se engendró buena parte de la educación postprimaria de nuestra Patria, surgieron también muchas cualidades. Pero cualidades que, por su género excepcional y por su condición dramática de emergencia, no son aquellas que deseáramos colocar como base única de la segunda enseñanza en el porvenir.

BARREDA Y SIERRA, SÍMBOLOS ADMIRABLES

Dos figuras, labradas en el más resistente de nuestros mármoles, hubieran debido erguirse ante el pórtico del edificio que inauguramos. Las figuras de dos excelsos educadores de la República: don Gabino Barreda y don Justo Sierra. Si el tiempo no permitió que sus estatuas patrocinaran hoy esta ceremonia, ¡qué bien advertimos, en cambio, la eficacia magnífica de su ejemplo!

Uno y otro se preocuparon por afirmar, hasta el heroísmo, una educación secundaria capaz de servir a la unidad histórica nacional. El primero, concibiendo la Escuela Preparatoria con el deseo, según decía, de uniformar la conducta práctica sobre un fondo común de verdades de las que todos partiesen, más o menos deliberadamente, pero de manera constante. El segundo, completando la acción de quien él llamara —¡con cuánto brío!— “el Juárez de las inteligencias emancipadas”. Y completándola con humanismo tan persuasivo que los extremos positivistas fueron perdiendo, bajo su influjo, toda aspereza dogmática, sin caer en el fácil escepticismo, ya que el propio Maestro Sierra hubo de recordar, en una de sus páginas más brillantes, que, pues “nada está gobernado por el azar en el universo y la revelación de la ciencia es la revelación de una armonía con lo existente, debemos contribuir a la vida de los demás para intensificar la nuestra”. Ilustraba su aserto el gran Ministro de Instrucción Pública con la autoridad de esta máxima pascaliana: “Toda la dignidad del hombre reside en el pensamiento. Trabajemos en pensar bien; es el primer principio de la moral.”

Pensar bien. Es decir: pensar con autonomía, con justicia, con rectitud. Pensar, que equivale a pesar verdades. Pensar, que requiere amplitud de razón, libertad de juicio y profundidad de conocimientos. Esa —enseñar a pensar— será la misión primordial de esta Escuela nueva, hecha para instruir a aquellos en cuyas manos van a depositar las gene-

raciones el cendal de la aurora más inquietante: el despertar de la adolescencia a una vocación.

Los bachilleres y los maestros que aquí concurren para obtener algún título superior, deben sentir, desde luego, que sólo vive con entereza quien piensa con libertad y que sólo es fecunda la libertad del que piensa cuando se ajusta a las leyes de la existencia mediante el acatamiento de la verdad científica, el goce de la belleza artística y la independencia del alma por el ejercicio consciente de la virtud.

Porque la virtud que se impone como precepto, sin crítica y sin examen, es moral de siervos y para siervos, que nada nutre ni vivifica en el espíritu de los seres que la aceptan pasivamente y que por eso, por pasiva, no es ni siquiera virtud real.

UNIDAD Y ESPECIALIDAD

Por otra parte, el goce de la belleza o el respeto de la verdad, cuando no son susceptibles de traducirse en independencia del alma y en altruísmo de la conducta, no representan ni una expresión estética genuina ni una progresión científica valedera. El que venga a aprender aquí a educar a la adolescencia perderá su tiempo si no percibe que el hombre es uno, por diversas que sean sus facultades, sus aficiones y sus costumbres. Y que no es posible agrandar al hombre de México añadiéndole simplemente, como si fueran émbolos o tornillos de una máquina fabricada en serie, aprendizajes parciales y limitados que no respondan a un planteamiento vital de lo mexicano y a una concepción esencial de la humanidad.

Por eso he dicho que la misión de esta Escuela consistirá en enseñar a pensar con autonomía, con justicia y con rectitud. O, lo que es lo mismo: enseñar cada especialidad dentro de un plan que jamás vulnere, en el maestro futuro, la unidad interior del futuro alumno, la unidad interior del adolescente. Sin esa armonía fundamental, los programas aislados serían funestos. Y si los profesores que en esta Escuela se formen actuaran como solistas de una rama exclusiva de la cultura, el desconcierto de sus discípulos anularía el valor de la educación.

Los conocimientos no son las piezas intercambiables que la antigua pedagogía quería ensamblar, por quién sabe qué magia mecánica, en el total reformado del educando. No. Ni siquiera son respuestas defini-

tivas a preguntas que, en ocasiones, él no se hace. Más que respuestas suelen ser interrogaciones, incitaciones, apremios del mundo externo a los que el alumno contesta descubriéndose un poco más a sí propio en los espectáculos que descubre y entendiéndose un poco más en la comprensión de las leyes y los fenómenos que le explica y demuestra su profesor.

PRESENTE Y PORVENIR DE LA NORMAL SUPERIOR

El destino que reserva la vida de México a la Escuela Normal Superior es, en verdad, de alcances extraordinarios. Por lo pronto tendrán que concurrir a ella muchos maestros que desean profesar en planteles secundarios de la República y habrán de capacitarse en sus aulas quienes, aun siendo ya poseedores de alguna plaza en colegios de aquella categoría, deban cumplir con los requisitos que fija la Ley Reglamentaria de los artículos 4º y 5º de la Constitución.

Apreciando la trascendencia del destino a que me refiero, la Secretaría de Educación Pública no esperó a que el edificio se terminase para robustecer la estructura interna de este instituto, merced a la elaboración, hecha en 1945, de un plan de estudios en consonancia con las exigencias técnicas del profesorado de postprimarias. Conforme a ese plan se ha establecido una base común de seis materias de carácter pedagógico: *Conocimiento de los Adolescentes, Educación de los Adolescentes, Didáctica General, Didáctica de la Especialidad, Orientación Profesional y Psicotécnica Pedagógica e Historia de los Sistemas Educativos de la Segunda Enseñanza*, además de las cuales los bachilleres que no tienen título de maestro normalista deben estudiar tres asignaturas indispensables: *Ciencia de la Educación, Historia General de la Educación e Historia de la Educación en México*.

Con apoyo en la base que menciono, los alumnos siguen otros 18 cursos, distribuidos éstos entre las materias de la especialidad, las de cultura general y las optativas, en la inteligencia de que —a fin de preparar socialmente mejor a las nuevas generaciones— la antigua asignatura *Historia y Civismo* ha quedado subdividida en *Civismo, Historia Universal e Historia de México*.

Tras de haber intensificado los estudios de un número cada vez mayor de maestros seleccionados entre los elementos que prestan sus servicios en el Distrito Federal, la Escuela Normal Superior ha exten-

dido su acción a los maestros foráneos de segunda enseñanza y de educación normal, mediante cursos intensivos de verano e invierno, atendidos durante los grandes períodos de vacaciones, y ha organizado, en 1945 y 1946, ciclos de conferencias y seminarios en favor de los profesores que no asisten a las lecciones regulares.

LIBERTAD Y ORDEN

A evitar la improvisación que al principio de estas palabras os describí tiende este Centro capitalino, cuyo resultado más útil podría ser el que otros, del mismo tipo y animados por semejantes aspiraciones, completaran su acción docente en las ciudades más populosas de los Estados.

Nuestra esperanza radica en que todos ellos —como lo deseamos para el que ocupará, desde ahora, el edificio que nos acoge— contribuyan a la emancipación efectiva de nuestras masas, ampliando sus horizontes culturales no en proporción de los apetitos de quien se agita en la demagogia confusa de la ignorancia, sino de quien usa correctamente de sus derechos en la disciplina fecunda que da el saber.

Toda escuela —y ésta principalmente— debe ser una ventana abierta a la libertad. En efecto, sólo la libertad es creadora; pero la libertad que crea dista mucho de confundirse con el libertinaje. En el fondo, entre libertad y libertinaje no hay diferencia de grado, sino oposición de naturaleza y de calidad, porque el libertinaje pretende desconocer el orden ético de la vida y las normas lógicas de la ciencia, en tanto que la verdadera libertad ni vulnera ese orden ni ignora esas normas. La paloma de Kant —dice, en alguna parte, un pensador de este Continente— se imaginaba que, sin la resistencia del aire, volaría aún con mayor altura. Mas nosotros sabemos que se desplomaría, como así nuestra libertad, si no se apoyara su vuelo, precisamente, en el conocimiento de las resistencias que se le oponen.

Que este Centro realice el símbolo que menciono. Y que su obra, afirmada en el orden del bien y del pensamiento, se eleve siempre a más nobles metas, para salvación del pueblo al que pertenece y al que debe servir con integridad.

Señor Presidente Avila Camacho: éste es el último acto escolar al

que ha aceptado usted concurrir como Primer Magistrado de la República.

Tal circunstancia —y el hecho, por otra parte, de que de mis labios no ha salido jamás para usted la menor lisonja— creo que me permiten reconocer hoy en voz alta el cuidado estricto, la atención paciente y el férvido patriotismo con que usted siempre se preocupó, durante los años de su gobierno, por acendrar la enseñanza en sus ideales sin alejarla de la verdad de nuestra existencia, por mejorar las condiciones del magisterio y por dar, en fin, a la escuela entera una voluntad democrática insospechable, de moral y de cívica redención.

Mucho es lo que hizo usted por nuestra niñez y nuestros maestros. Y grande también la ayuda que, en consejo, ejemplo y autoridad, obtuvimos de usted quienes recibimos, en el lapso de su mandato, el encargo de orientar y de dirigir a la educación. Por todo ello, como mexicano, gracias, Señor Presidente.

Lo que resta por hacer es tan gigantesco que declararnos ya satisfechos sería un sarcasmo. Pero México hará todo lo que falta porque la obra es indeclinable, porque es urgente y porque nuestro pueblo ha probado y está probando su aptitud para acometerla.

Por eso, al saludar en esta mañana a quienes, como Secretario de Educación Pública, me facilitaron la comprensión de la enorme empresa que exige la integración de nuestro país, me dirijo, sobre todo —en vuestra presencia—, a aquellos que, dado el carácter estable de sus funciones profesionales, continuarán ante un compromiso que se extinguirá sólo con la vida.

Y les manifiesto, Señor Presidente, al mismo tiempo que mi cordial reconocimiento:

Quiera el destino de nuestra Patria que los educadores que se gradúen en este Centro y en todas las Escuelas Normales de la República sientan heroicamente la obligación que les corresponde, la cual consiste en laborar para hacer de México un gran pueblo fuerte, homogéneo por la cultura, vigoroso por la justicia, seguro por el dominio de las técnicas necesarias, defendido por el derecho, organizado para el trabajo y generoso en el ejercicio de la razón.

IV

LA CAMPAÑA NACIONAL DE ALFABETIZACION

LA CONSTITUCION Y EL CARACTER REVOLUCIONARIO DE LA ALFABETIZACION

NINGÚN homenaje más encendido podía hoy rendirse a los próceres merced a cuyos esfuerzos fué promulgada la Constitución Política de 1917, que el asociar la celebración de este aniversario con la Campaña que, por decisión del Señor Presidente Avila Camacho, iniciará en breve nuestro país para combatir el analfabetismo en todas las Entidades de la República.

ESPÍRITU DE NUESTRA CONSTITUCIÓN

¿Cuáles son, en resumen, los postulados vitales de nuestra Constitución? La soberanía del pueblo; la igualdad de todos los mexicanos; la libertad de creencia, de expresión y de asociación; la ilegitimidad de los monopolios; la obligatoriedad de la enseñanza primaria, impartida gratuitamente por el Estado; la distribución equitativa de la tierra, la reivindicación de los recursos de nuestro territorio y la protección otorgada al trabajador a fin de ponerlo a salvo de la arbitrariedad a menudo anónima —y por eso más lacerante— de las organizaciones capitalistas a las que sirve.

Para realizar esos postulados, los hombres que hicieron nuestra Revolución se esforzaron por consolidar las instituciones de la República democrática federal sobre un sistema de garantías a los derechos individuales, conservaron el equilibrio de los Poderes, aceptaron el procedimiento de la elección directa para los cargos de Presidente, de Gobernador, de Diputado y de Senador, y procuraron adaptar el sistema todo a las aspiraciones del “Sufragio Efectivo y No Reección”, lema que invocara el alma ferviente del pueblo ante la evidencia de los peligros que implica la posibilidad de que un caudillo se perpetúe, defraudando la voluntad de los electores y utilizando la maquinaria administrativa para confiscar el gobierno en provecho propio, con exclusiones de fórmula personal.

Actividades de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo en el Estado de Chihuahua. Acto conmemorativo del aniversario de la promulgación de la Constitución Política de 1917.—Chihuahua, 5 de febrero de 1945.

En síntesis, los anhelos que apunto son el espíritu de la Constitución que conmemoramos en esta fecha. Veintiocho años han transcurrido desde su promulgación y, por numerosas que hayan sido las modificaciones introducidas en determinados capítulos de su texto, el monumento íntegro permanece como base de nuestra acción democrática, como triunfo de nuestra revolución social y en ciertos puntos—menester es reconocerlo— como promesa que hemos aún de cumplir por nosotros mismos y enseñar a las nuevas generaciones a cumplir con auténtica intrepidez.

DEBATES SOBRE NUESTRA REVOLUCIÓN

Mucho se ha discutido acerca del éxito alcanzado por los gobiernos que se han sucedido durante estos veintiocho años de vida de la Constitución Política Federal. A lo largo de este debate hemos escuchado lo mismo las negaciones más tendenciosas y más injustas que las apoloías más entusiastas y de más lírica entonación. Ambas actitudes resultan de ideales, de intereses y de pasiones que se creen inconciliables e irreductibles. Si ahondamos en la cuestión, descubriremos no obstante que una y otra han de complementarse y que, si quienes las interpretan y las sustentan son mexicanos —y mexicanos de ánimo insobornable—, las aptitudes de su talento tienen ahora una meta más alta a que consagrarse: la de consolidar la unidad de México no sobre el odio de los partidos, sino sobre el esfuerzo de todos, de todos juntos, para ver más claro en los horizontes de nuestro pueblo, procurando servir a México y nunca —para ningún propósito sectarista— servirse de él.

A los que atacan dolosamente la obra de la Revolución y, para explicar su apetito de contener la marcha constante de nuestra historia, citan a su manera las estadísticas y ponen la edad de oro de nuestra vida en el paraíso supuesto de lo pasado, hemos de contestar que, en efecto, hay en lo pasado de México horas que recordamos con entrañable veneración: ésas, precisamente, en que nuestros predecesores lucharon por arrancarnos de la esclavitud y la sombra a la que aquéllos quisieran que regresáramos.

En cambio, a los que sólo elogios tienen en su lenguaje para lo hecho a partir del 5 de febrero de 1917, responderemos que la conformidad no ha sido jamás una virtud revolucionaria. Por grandes que nos

parezcan —porque son grandes— las conquistas aseguradas desde aquel día, no podemos considerarnos ya satisfechos. En consecuencia, es necesario acoger las críticas constructivas, no para que esas críticas paralicen nuestros intentos de redención; antes para estimularlos conscientemente y para dar a nuestros trabajos la nacional amplitud que buscaron nuestros mayores.

CARÁCTER REVOLUCIONARIO DE LA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO

No son espíritus negativos los que van a forjar el México de mañana. Y no es con adjetivos, sino con actos, como intensificaremos el rendimiento de nuestra Revolución. Un acto de ese linaje es la Ley dictada por el Señor Presidente de la República el 21 de agosto de 1944. Ante la multiplicidad de los iletrados, las dos posiciones a que acabo de referirme se hubieran acaso expresado con análoga vehemencia y con idéntico error. La retrógrada, la que habla en nombre de un colonialismo superviviente, podía haber encontrado en el número inmenso de nuestros analfabetos un argumento nuevo de derrotismo y un pretexto antiguo de hostilidad. La otra habría preferido probablemente silenciar el obstáculo gigantesco, consignar una vez más los guarismos que testimonian el empeño con que México pugna por extender, año tras año y día tras día, los beneficios de la enseñanza y dejar que el tiempo colaborase en la atenuación de un problema que no es posible, dados los recursos de que dispone el Erario en estos instantes, resolver totalmente con más escuelas.

Entre la incredulidad de los pesimistas y la credulidad de los resignados, el Gobierno escogió la línea de la verdad —que es naturalmente, también, la línea de la máxima resistencia— y, al escogerla, reiteró la emoción revolucionaria de su doctrina.

Admitir que, en veintiocho años de dificultades y de lenta ascensión social, México no ha conseguido liquidar una situación custodiada por varios siglos de pobreza y de indiferencia, no implica una confesión de incapacidad. Revela, al contrario, un anhelo patriótico de honradez y demuestra un propósito incontrovertible: el de que afrontemos todos, sin distinción, las responsabilidades humanas que nos conciernen.

Responsabilidad de quien sabe leer y que debe enseñar a quien no

lo sabe. Y responsabilidad del analfabeto que, pudiendo asistir a los cursos nocturnos que sostienen nuestros planteles, huye de ellos por tedio de la enseñanza.

Sabemos y sentimos profundamente que la incuriosidad del analfabeto no es culpa suya y que, así como la cultura es un incentivo más para la cultura, la incultura lleva en sí misma ese corolario: priva a quien la padece hasta del deseo de dejar para siempre de padecerla.

PERSUASIÓN PARA LOS ANALFABETOS

Esto quiere decir que los mexicanos que se aprestan a servir en las filas de la campaña nacional contra la ignorancia no deberán limitarse a enseñar a quienes concurren a sus lecciones. Deberán alentar amistosamente a los iletrados, en cuya mente la propaganda pública no suscite reacciones de interés y convencimiento. Y, durante la etapa de la enseñanza, habrán de velar porque sus discípulos no la descuiden o la interrumpen, usando todos los medios de persuasión y sólo en último extremo recurriendo a la ayuda de las autoridades a quienes corresponde la obligación de hacer cumplir la Ley.

Los frutos de esta cruzada no habrán de medirse exclusivamente por la reducción ostensible de los analfabetos en las columnas de nuestros censos. Tanto como el resultado numérico que esperamos —y que vigilaremos estrictamente, pues no queremos un pasajero éxito de entusiasmo y de vana publicidad— anhelamos acercar a esas dos mitades que, al coordinarse, formarán el México del futuro: la población de los que saben leer y escribir y la población de los que ni eso saben ahora.

No es posible que tengan validez positiva en la conducta de la República los elementos múltiples que la forman en tanto exista esa densa muralla de oscuridad entre los que van y los que no van a la escuela en México. No es posible que adquiera realidad nuestra aspiración democrática incontenible, en tanto que, en un 48 %, nuestros compatriotas estén condenados a asistir a la vida de sus hermanos como a un espectáculo misterioso del que poseen quizá la clave en su corazón pero no en la conciencia de su cultura. Ni es posible tampoco que lo que piensan y dicen y escriben los mexicanos llegue tan sólo, por el libro o por el periódico, a una sola porción de la Patria misma: a la de aquellos que consiguieron romper las cadenas de la incultura.

Que otros coloquen, como esperanza de sus esfuerzos, la homogeneidad racial del pueblo a que pertenecen. Nosotros ambicionamos una homogeneidad en el fondo más practicable y a todas luces más decisiva: la homogeneidad de las tradiciones, de las costumbres y de los propósitos en virtud de la educación. Para obtener semejante homogeneidad, sin la cual la unidad nacional carecería de orientación y de contenido, necesitamos que aunque sea la elemental instrucción no constituya en nuestra tierra un fuero y un privilegio. Que las fuentes generales de información estén abiertas a todos y para todos. Que la Constitución —que este día honramos— pueda ser leída por todos y en bien de todos. Que la igualdad de derechos que atribuye a todos los mexicanos esté cimentada, a lo menos, en la igualdad de aptitud para enterarse directamente de esos derechos. Y que la abolición de los monopolios, que proclama en uno de sus artículos, no se limite a los términos materiales; que alcance, incluso, al más oprobioso de todos los monopolios: el monopolio trágico del saber.

NUESTRO CREDO ES LA PATRIA, LA PATRIA ÍNTEGRA

Se entiende así que la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, como obra en verdad revolucionaria, supone un paso, un indispensable paso, hacia la organización de una democracia genuina en nuestro país. El Gobierno no enseñará a leer a las masas para impregnarlas de un material de lectura exclusivo y partidarista. Aquí están las Cartillas que voy a distribuir entre ustedes para probarlo. Ni una sola de sus páginas, ni uno solo de sus renglones se hallan manchados por una frase de odio, de propaganda, de cólera o de rencor. Nuestro credo es la Patria, la Patria íntegra, la Patria eterna, madre común de leídos y analfabetos, de letrados y de iletrados, a la luz protectora de cuya lámpara la familia mexicana va a reunirse para que los hermanos que saben den lo que saben a los hermanos que ignoran lo que ellos saben.

Acometemos la empresa sin arrogancia, porque comprendemos sinceramente que una experiencia tan ardua y tan importante no probará nada más nuestra capacidad colectiva de aprendizaje. Probará también nuestra generosidad y nuestro civismo, nuestra solidaridad y nuestra moral.

BALANCE DE LA ETAPA PREPARATORIA DE LA CAMPAÑA NACIONAL DE ALFABETIZACION

ESTA fiesta de la niñez y la juventud señala el término de la etapa de preparación de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo.

El 1º de marzo próximo, en las escuelas, en las fábricas, en los sindicatos, en los ejidos, en las rancherías y en todos los hogares de México, principiará el período de enseñanza. De conformidad con la Ley expedida por el Señor Presidente Avila Camacho, a partir de esa fecha —y hasta el último día de febrero de 1946— todo mexicano mayor de 18 y menor de 60 años que sepa leer y escribir, habrá de enseñar a leer y escribir a un analfabeto. Con ese fin, siete millones y medio de cartillas de lectura y siete millones y medio de cuadernos de escritura han sido ya repartidos gratuitamente por el Gobierno. Para acelerar los resultados de la instrucción que se imparte de persona a persona, los profesores, fuera de las horas de su normal trabajo docente, atenderán cursos especiales de alfabetización. A los millares de centros así organizados, están sumándose todos los que la iniciativa privada ha resuelto constituir en las ciudades y en las zonas rurales en que la desproporción entre letrados e iletrados es más notoria.

Cuanto posee de noble nuestro país, lo mismo en los sectores obreros y campesinos que en el ejército, en el magisterio, en las artes, en el comercio, en la industria, en el periodismo y en la actividad de las múltiples profesiones, ha manifestado su determinación de participar en esta cruzada total contra la ignorancia. Soldados y agricultores, catedráticos y poetas, hombres de empresa y hombres de pensamiento, todos unidos van a colaborar para dar a México esa unidad primordial, necesaria e indivisible que es el producto de una igualdad de oportunidades para ejercer dignamente la libertad por virtud y aptitud de la educación.

Campaña cívica esencialmente, ésta no obstante se realiza en plena contienda y con apoyo en una ley fundada en la situación de emergencia en que nos hallamos. La razón de esta aparente antinomia radica

Festival organizado en el Estadio Nacional con motivo de la terminación de la Etapa Preparatoria de la Campaña Nacional de Alfabetización.—México, D. F., 25 de febrero de 1945.

en el hecho de que la paz no se afirma nunca, exclusivamente, en los compromisos logrados por el éxito de las armas.

Entre las muchas maneras de vencer a los adversarios, la más profunda consiste acaso en superar las flaquezas y los errores que nos pondrían a merced de sus nuevas acometidas, ya que demuestran las experiencias hasta qué dolorosos extremos se encuentra expuesto el país que no aduna a la fuerza de la estructura política y económica la fuerza ética, la integridad del carácter, la creencia en sí propio y la voluntad de crecer dentro del derecho y de progresar para el bien común.

Obra de un gobierno emanado de la Revolución Mexicana de 1910, la Campaña que nos congrega es singularmente reveladora de la vitalidad de los ideales que proclamaron quienes hicieron esa Revolución. Sus mejores conquistas: la reivindicación nacional de nuestros recursos, la distribución equitativa de la tierra, el reconocimiento de los derechos del trabajador, pueden resumirse en una fórmula: consumir la independencia de México, pugnando por deparar a los mexicanos, a todos los mexicanos, la ocasión de intervenir eficaz y efectivamente en el desarrollo libre de su país.

Desde un principio, las mentalidades claras y generosas se percataron de que semejante intervención, para ser verídica, tenía ante todo que ser consciente y que de poco serviría una igualdad teórica ante las leyes si no se ofrecía a los seres que la invocaban una igualdad, positiva y práctica, ante la vida. Educar, educar al pueblo, a todo el pueblo y no sólo a los habitantes de las ciudades, fué el anhelo supremo de aquellas mentes claras y generosas. Surgió entonces la escuela rural, con su equipo indudablemente modesto, pero de acción civilizadora para el humilde. Nuevos misioneros, a la sombra de un árbol, sobre una piedra, los primeros maestros rurales empezaron su tarea de redención.

Con los años, las escuelas se edificaron y los profesores se hicieron más numerosos. Pero crecía asimismo la población, la sed de saber se volvía más apremiante. Y en tanto que, por ejemplo, el ritmo de distribución de la tierra podía acentuarse materialmente, el ritmo de esa otra distribución —la de la enseñanza— tenía por fuerza que ser más lento porque no dependía tan sólo de la voluntad del legislador y de la preexistencia de los elementos naturales, sino de la preparación y el aprendizaje, funciones que demandan orientación, cultura, paciencia, tenacidad y, por ende, tiempo.

A capacitar a los maestros no titulados y a multiplicar los establecimientos educativos tiende el aumento que ha recibido en el actual ejercicio el presupuesto de la Secretaría de Educación. No cabría, sin embargo, esperar que dicho aumento bastara para erigir todas las escuelas y designar a todos los profesores. Llega, pues, en su punto la Cruzada que ahora emprendemos y es tanto más oportuna su iniciación cuanto que sentimos que, en el mundo del porvenir, prepararse para la paz no será prepararse para la inercia, la comodidad, el abandono y el aislamiento; sino prepararse para una mayor tensión, para una actividad general, constructiva y reconstructiva, y para una responsabilidad de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos.

Obtener la paz representará el fruto mejor de los sacrificios que ha costado esta guerra a la humanidad. Pero, una vez obtenida la paz, habrá que afianzarla y que organizarla, que definirla y que defenderla: afianzarla por la seguridad, organizarla por la cooperación, definirla por la justicia y defenderla con el trabajo. El heroísmo de un pueblo no se manifiesta únicamente mientras dura el conflicto que lo suscita. Hay un heroísmo que no se menciona en los boletines de las batallas; un heroísmo al que no se otorgan condecoraciones de bélica pertinencia. Y si no nos sintiéramos todos capaces de ese heroísmo tácito e incruento, tendríamos que dudar de la paz futura; porque la paz se ha perdido siempre por suponer que donde acaba el combate puede acabar la virtud y que, desaparecido el peligro, pueden regresar la indolencia, la incuria, el desistimiento y el egoísmo.

México se da cuenta de que, hasta ahora, han carecido de verdad los líricos arrebatos de quienes creen, según lo expresaba Stefan Zweig al llegar al Brasil, que existen tierras afortunadas "donde la libertad, como las plantas de la selva, florece por la propia fuerza de la vida. . ." Toda la historia de México, toda la historia de América —y, en el fondo, toda la historia— prueban, por el contrario, que la libertad no es un don gratuito, espontáneo y fácil, sino una vocación que amerita audacia, intrepidez, privaciones, constancia, luchas, y que la Patria, tanto como un legado, es una promesa. Una promesa y una misión.

Para ser fieles a esa promesa y para cumplir con esa misión, los mexicanos nos reunimos, bajo nuestra bandera, a fin de enseñarnos unos a otros, con la certeza de que la lealtad a la democracia no necesita sólo jurarse sobre el texto de una declaración oficial y que las manos del

instructor y el analfabeto, enlazadas sobre las hojas de una cartilla, exaltarán silenciosamente, mejor que ningún discurso, la fe de nuestro destino...

El hecho de que se hallen presentes aquí, invitados de honor de nuestro Gobierno, los Señores Representantes que asisten a la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, concede a este acto un sentido incuestionablemente simbólico. ¿Cómo referirse, en efecto, a la paz del mundo, sin pensar en la educación? Una educación arbitraria y equivocada, que ve en la guerra la única forma de conservar y de enriquecer el sistema despótico que la guía, impone oprobio a quien la recibe y concluye en contiendas, en odio, en ruinas.

La base de toda convivencia, nacional o internacional, será siempre el hombre. Cuanto eleve el nivel intelectual y moral del hombre, cuanto lo haga más digno y más laborioso, más comprensivo, más justo y más responsable —en síntesis, más humano— contribuirá indefectiblemente a consolidar la paz.

Esta Campaña, en la que México pone todo su entusiasmo y todo su fervor, constituye por consiguiente, también, una aportación a la paz del mundo. Al iniciarla, volvemos los ojos a la tragedia en que se debate la civilización y colocamos, conmovidos, nuestros augurios bajo el signo de una esperanza: la de que el hombre aprenda por fin a leer en el corazón del hombre y no encuentre ahí, como ahora, un mutilado mensaje de cólera y de rencor, sino una máxima de energía y una lección de perenne fraternidad.

EL PATRONATO DE AYUDA EN EL DISTRITO FEDERAL

“LAS FUERZAS materiales no son las únicas que combaten en esta guerra. Por encima de las fuerzas de la materia, como guía lúcido y penetrante, vibra el espíritu. . .” Estas palabras, de nuestro Primer Magistrado, vuelven a mi memoria en el instante de conocer la contribución que habéis decidido brindar a la Campaña contra el Analfabetismo. Y las repito ante vosotros porque, a mi juicio, manifiesta vuestra actitud una entrañable confianza en la capacidad vital del desprendimiento. En efecto, a la clara amplitud del alma, vuestra resolución aduna el ferviente anhelo de que México surja, enaltecido y vigorizado, de este conflicto; la esperanza de que, en nuestra batalla contra la oscuridad, triunfen el bien, la cultura, la inteligencia y el propósito, en fin, de que sea cimiento de la unidad de nuestro país, más aún que la plataforma de sus recuerdos y sus costumbres, la fe de la colectividad nacional en sus posibilidades auténticas de progreso.

Como la guerra, en cuyo ámbito se produce, y como la revolución mexicana, cuyos ideales más puros interpreta y prolonga genuinamente, esta cruzada —a la que vais a asociaros— es una lucha en que los principios de justicia y de libertad tratan de hallar su más tensa y sólida afirmación.

EL SUFRIMIENTO, CRISOL DE VIRTUD DE LOS PUEBLOS LIBRES

Las grandes conflagraciones que sufre la humanidad serían, por cierto, ocasión de espanto sin redención y motivo de eterno remordimiento si no vieran en ellas las democracias un misterioso crisol para sus virtudes y una prueba, una prueba inmensa, por lo voraz de la llama en que se realiza, donde templar su carácter, acendrar su ánimo y limpiar de escorias su voluntad.

De ahí el sentido del combate que libramos ahora los mexicanos contra la sombra que, por espacio de varios siglos, ha mantenido en la angustia y en el dolor a las masas de nuestro pueblo. No todos los

Establecimiento del Patronato de Ayuda a la Campaña Nacional de Alfabetización en el Distrito Federal.—México, D. F., 5 de abril de 1945.

déspotas son personas, individuos de carne y hueso, con un nombre y un apellido arrojados, a la aventura, para atraer los castigos póstumos de la historia. Hay déspotas invisibles; tiranos sin rostro y sin biografía. Uno de ellos es la ignorancia. Bajo sus órdenes silenciosas yace aún la mitad de los habitantes del suelo que a nosotros nos diera cuna, jardín, escuela, oficio, fábrica o profesión, horizontes, recursos, trabajo y arte, y que a tantos y tantos desheredados no puede dar, en las condiciones actuales de nuestro medio, sino el sentimiento profundo de un abandono y la noche de una severa resignación, atravesada, de cuando en cuando, por relámpagos súbitos de violencia.

Por lamentables que sean sus transitorias infiltraciones en la estructura moral de las democracias, el totalitarismo, el nazifascismo, el imperialismo tienen límites perceptibles, fronteras y términos conocidos. Pero esa otra llaga social —la que imaginamos circunscribir al calificar el analfabetismo en un pueblo libre— es una llaga que está en nosotros y un padecimiento crónico cuyo alivio no hemos de diferir para el día dichoso en que hayamos conseguido vencer, al fin, las dificultades económicas que lo causan.

EL ANALFABETISMO, FUENTE DE CRÍMENES Y DE VICIOS

Ved las estadísticas de los crímenes. Asesinatos, asaltos; cometidos, en infinidad de ocasiones, por iletrados. Ved, después, la estadística de los vicios. ¿Cuántos seres, que envilecen la prostitución y el alcoholismo, son reclutados por la miseria en las filas espesas de la incultura? E imaginad, para concluir, lo que ya las cifras no se atreven a revelarnos: los millares de anhelos, fallidos, en los millares de espíritus sin oriente, y los millares de aspiraciones, aherrojadas, en los millares de almas sin expresión. . .

Mientras más de nueve millones de mexicanos son personajes anónimos de ese drama, tenemos nosotros que meditar acerca de la libertad, de la paz y del orden ético del futuro. Y, mientras más de nueve millones de mexicanos pueden apenas adivinar los aspectos externos de nuestra vida, merced al reflejo y a los rumores de un espectáculo que, para ellos, en sus partes fundamentales, está cifrado —como un mensaje que transmitieran, en clave, cancillerías o ejércitos enemigos— tenemos que discurrir sobre ciertos propósitos que, sin duda, son de impor-

tancia esencial para nuestro México, pero que no lograremos certeramente en tanto no incorporemos a nuestro esfuerzo, el esfuerzo de todos, de todos juntos; el esfuerzo de todos nuestros hermanos.

ESTA CAMPAÑA ES NUESTRA PROPIA GUERRA

Por eso advertimos que esta Campaña constituye una, la más urgente, de nuestras guerras. Por eso la Ley que la estableció se fundó en razones válidas de emergencia. Y por eso resulta singularmente laudable vuestro afán de robustecer los métodos adoptados, gracias a la creación de un Patronato de Ayuda que canalice, hacia los Centros previstos por la Secretaría de Educación, todos los elementos dispersos que la iniciativa privada está en aptitud de proporcionarnos.

Se trata, ante todo, de aprovechar la buena disposición de quienes, contando con suficientes recursos, no quieren limitarse a la acción directa e individual que la Ley ordena y, en virtud del camino determinado por el Gobierno en el Instructivo número once de la Campaña, se reúnen a fin de allegar un fondo que será administrado por ellos mismos, del que ninguna cantidad quedará sujeta al manejo de los funcionarios de Educación Pública; pero que facilitará las tareas de alfabetización, bien por el pago de emolumentos para los instructores que darán enseñanza a los nuevos grupos de analfabetos, bien por el margen de libertad que concederá para ampliar y perfeccionar algunos procedimientos: edición de cartillas murales, organización de brigadas, y, acaso, producción de películas cortas, de propaganda y adiestramiento, en las que esperamos contar con la colaboración de nuestros artistas más populares y celebrados.

UNIÓN DE ESFUERZOS

Muchos de estos senderos se hallan abiertos a la actividad que la Dirección Ejecutiva de la Campaña podrá encauzar, dentro de los términos legales, si el Patronato de Ayuda coordina sus trabajos en tal sentido. Aun apareciendo en estos instantes el Patronato, según se indica, como un órgano reducido al Distrito Federal, el hecho de que agrupaciones de semejante categoría hayan comenzado a formarse en otros lugares de la República, me induce a creer que, con el tiempo, las diversas acciones aisladas se ligarán, en beneficio de todos seguramente.

Nace esta magnífica institución bajo los signos más lisonjeros y más honrosos. Industriales, banqueros y comerciantes, acuden a ella, movidos sólo por la patriótica emulación de servir a México, y de servirlo multiplicando los arsenales de la cultura. El esfuerzo hecho es plausible augurio de una esperanza mayor para el porvenir; pues otros, sí, muchos otros, se sentirán alentados por el ejemplo y no admitirán ser considerados menos conscientes —o menos sensibles a la realidad mexicana— que los miembros de esta Asamblea.

En una obra de interés nacional tan indiscutible no hay sectores, clases o grupos que puedan argüir fórmulas de excepción. Mas, si nadie tiene derecho a sentirse exento, algunos deben, en cambio, confesarse comprometidos hasta el extremo de que, en su caso, cumplir solamente con las cláusulas de la Ley representaría, a lo sumo, un modesto mínimo.

NUEVOS EQUIPOS HUMANOS PARA LA INDUSTRIA

Pienso, al decirlo, en aquellos que, como ocurre con los presentes, disponen de capitales y de talleres, de asociaciones y de despachos, de autoridad y de crédito en el dominio de los negocios y de la industria. Si a alguna porción favorecerá la preparación adecuada de los futuros trabajadores será, en el fondo, a la de quienes necesitan y piden nuevos equipos. Ante el dilema de salarios exigüos para brazos incompetentes y salarios justos para colaboradores eficaces, sólo se mostraría indeciso el inversionista torpe y sin corazón.

Aunque no existieran, por ende, las poderosas razones cívicas que he invocado, vuestra aportación a nuestra Campaña seguiría siendo una demostración positiva de inteligencia. Porque el desistimiento y la incuria, que engendra el analfabetismo, no ofrecen únicamente un malsano clima para la evolución de la sociedad. Suponen, al mismo tiempo, las peores condiciones psicológicas y las premisas económicas más desastrosas para el desarrollo de actividades que, como las vuestras, reclaman siempre —y en todas partes— un aumento de verdaderos consumidores.

Escribía Emerson, en alguno de sus *Ensayos*, que “el mayor precio que puede darse por una cosa es pretender adquirirla gratuitamente.” Esta guerra nos ha impartido —entre otras lecciones inestimables— una, que ninguno de nosotros olvidará. La de que, en la cuenta del destino, cada día de libertad y de paz se paga mejor por anticipado, con probidad, con labor y con sacrificio.

El egoísmo —que no se ha jactado nunca de asegurar la fortuna ajena— ha comprobado ser impotente, también, para garantizar la felicidad personal de quien lo practica. Y es que una Patria no se recibe jamás completa. Una Patria se hace; se hace incesantemente. Combatiendo la incultura de nuestro pueblo, estamos haciendo Patria. Y participando vosotros en esa lucha, acatáis a México.

LA ALFABETIZACION DEFIENDE A MEXICO

ANTICIPÁNDOSE a la obra de organización general que requerirá el término de la guerra, México inició, el primero de marzo de 1945, la etapa de enseñanza de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo.

Esta Campaña se halla enaltecida por dos propósitos generosos. Por una parte, servir a nuestro país, proporcionando a todos los iletrados la misma oportunidad inmediata para alcanzar ese primer peldaño de la instrucción que es el conocimiento de la lectura y de la escritura. Por otra parte, servir, en nuestro país, a la causa universal de la democracia, ya que abrigamos la convicción de que una paz duradera sólo se afianzará sobre un acuerdo democrático de los pueblos, y un acuerdo de tan alta categoría sólo será fecundo si los pueblos lo adoptan conscientemente, sabiendo la significación de los compromisos que implica una convivencia libre, justa y civilizada.

En la base de todo problema, nacional o mundial, encontraremos siempre un problema moral profundo: un problema de educación. De poco nos serviría, por tanto, adiestrarnos de manera exclusiva, en el plano económico de la industria y la agricultura, para sortear las dificultades de la postguerra, si a la vez no nos preparásemos a la paz por medio de la enseñanza. Un país en el cual la mitad de los habitantes está compuesta de analfabetos, tiene el deber de integrar su unidad no únicamente con postulados políticos sino con progresos educativos. ¿Cómo podremos, en efecto, dar un valor esencial a nuestra unidad mientras exista esa división dolorosa entre el México letrado y el México analfabeto?

No hay independencia real en la noche de la ignorancia. Enseñando a los millones de compatriotas que no saben todavía leer y escribir, estamos coadyuvando a su independencia. Cada uno de los instructores, que la Ley expedida el 21 de agosto de 1944 ha lanzado a la lucha por el saber, es un continuador de los Insurgentes. En cambio, quienes, por pereza o por egoísmo, no hayan recogido aún sus cartillas para enseñar, ni elegido a algún analfabeto al que redimir, ni contribuido a la

formación de un Centro, son mexicanos sin entusiasmo, en cuyo corazón el amor a la Patria carece de hondura.

Admitámoslo, con franqueza. Si México exigiese que todos sus ciudadanos fueran a defender sus fronteras de un invasor, ¿qué opinión tendríamos de los que se negaran a oír sus órdenes? Pues no otro juicio merecería quien se negase a colaborar en esta Campaña; porque la ignorancia es el peor de los invasores: un invasor que avanza del centro a la periferia, que destruye nuestras posibilidades internas de rendimiento y al que es menester combatir, combatir incesantemente, dondequiera advirtamos su acción maléfica.

Por eso, antes de concluir, pregunto a todos los que me escuchan: ¿estáis cumpliendo con la obligación de enseñar? O, si sois analfabetos, ¿estáis cumpliendo con la obligación de aprender?

En caso afirmativo, México entero habrá de reconocerlo. En caso negativo, tiempo hay todavía para enmendar cualquier apatía inicial. Si sois analfabetos, inscribíos en algún centro de los que, por millares, han sido creados en el Distrito Federal y en todas las Entidades de la Federación. Si sabéis leer y escribir, buscad a un analfabeto. Pedid vuestra cartilla a la Administración de la Campaña contra el Analfabetismo, en la Secretaría de Educación Pública o en la Dirección de Educación Federal del Estado o del Territorio en el que habitéis. Y enseñad, enseñad, enseñad. Enseñad con fervor, con perseverancia, porque no serán sólo vuestros discípulos los que beneficien de vuestro esfuerzo. Seréis, mañana, vosotros mismos. Serán, más tarde, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos. Será la Patria, esa madre augusta que nos protege con su bandera y a la que lo debemos todo, ya que todo, en nuestras existencias particulares, le pertenece.

NOBLEZA DE LA ALFABETIZACION

UN ILUSTRE escritor dijo, cierto día, que cada nuevo amigo que hacemos es un fragmento de nosotros mismos que reconquistamos. Recuerdo en este minuto tan bella imagen porque estimo que en pocos casos podría aplicarse más justamente que al mencionar, frente a los maestros, la Campaña de Alfabetización que hemos emprendido.

En efecto, cada analfabeto es para el compatriota encargado de su instrucción un amigo nuevo, una virtud de su alma exteriorizada, un trozo recuperado de la gran Patria que no sólo debemos poner a salvo de los riesgos que implican las agresiones, sino de aquellos con que amenaza a las sociedades la disgregación producida por la ignorancia.

Cada alfabetizado constituye un factor de renovación, un vínculo de unidad y un elemento más para la emancipación económica del país.

Cada niño, cada mujer, cada hombre que aprende a leer y escribir es un siervo menos. Porque hay que reconocer que no todas las servidumbres constan en leyes y que el analfabetismo protege, a menudo, formas inconfesadas de esclavitud, contra las cuales hemos de combatir incesantemente, con todas las aptitudes de nuestro espíritu y toda la tenacidad de nuestro vigor.

Durante mis visitas a los Centros de Enseñanza Colectiva, surgidos en la Capital y en los Estados y Territorios como respuesta a la Ley del 21 de agosto de 1944, he hablado con muchos analfabetos. He observado cómo, en sus ojos, se va afirmando —según avanza el período de instrucción— la confianza en sí mismos y el interés humano por el estudio. Y he comprobado que, dondequiera pone el maestro —improvisado o profesional— corazón y aliento en el ejercicio de sus funciones, los analfabetos le siguen con entusiasmo.

He contemplado, en mis viajes, espectáculos de carácter inolvidable. Jóvenes madres que, con el hijo de pocos meses pendiente al cuello, empezaban pacientemente a formar, sobre sus cuadernos, las letras de esas palabras que todavía sus niños no habían articulado: la palabra “tierra”, la palabra “madre”, la palabra “pan”. . . Era una infancia, también,

Mensaje a los sectores que colaboran en la Campaña Nacional de Alfabetización, transmitido por la *Cadena Radio-Continental*.—México, D. F., 15 de junio de 1945.

una infancia triste, la que estaba siendo vencida, con humildad, por esas mujeres sencillas, dulces y estoicas. Al admirarlas así, inclinadas por la tarea, a la luz de la lámpara del colegio, tras del trabajo en la fábrica o el hogar, podía pensarse en la Patria misma que, en este año, con la promesa de las nuevas generaciones en su regazo, se inclina amorosamente en la vasta escuela y guía, sobre el papel, la mano de millares y millares de hermanos nuestros.

Ante semejantes escenas no hay mexicano que pueda manifestarse remiso o indiferente. No existe un maestro, un maestro auténtico, que no se sienta comprometido por la nobleza de su misión. Por eso hemos encontrado, en los verdaderos maestros de la República, a los más eficaces colaboradores de la Campaña. Y es a ellos a quienes, en esta noche, envío un saludo de afecto y de gratitud.

EL INSTITUTO DE ALFABETIZACION EN LENGUAS INDIGENAS

EN UNA OBRA de responsabilidad mexicana, como la que persigue la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, no podía ignorarse ni un solo instante la trascendencia económica, ética, política y cultural de extender sus auténticos beneficios a los núcleos indígenas que todavía no hablan el español.

Así lo previó la Ley que creó la Campaña a que me refiero y así lo entendió, también, la Secretaría de Educación Pública, la cual —además de patrocinar la edición de cartillas especiales, como las que servirán, en el Estado de Chihuahua, para la instrucción de los tarahumaras analfabetos— resolvió iniciar los trabajos del Instituto que inauguramos en este día.

Según lo ha explicado su Director, lo que tratamos es de proporcionar a un grupo de maestros normalistas, bien escogido, las nociones fundamentales para aprovechar con rapidez y con eficacia los textos que hayan de redactarse a fin de que los indígenas, sin prescindir de su lengua nativa, con la que se encuentran ligados por vínculos entrañables de familia, de origen, de historia, de geografía y de convicción, aprendan el castellano y adquieran el uso del alfabeto.

Los cincuenta profesores que seguirán aquí los cursos intensivos —que hemos encomendado a catedráticos competentes dentro de cada especialidad— regresarán después a las Entidades en que trabajan, y ahí, cada uno de ellos impartirá a su vez la enseñanza adecuada a treinta maestros rurales, que sean bilingües.

Al cabo de algunos meses contaremos con 1,550 instructores capaces de combatir el analfabetismo en las regiones pobladas por mexicanos que hablan principalmente el náhuatl, el maya, el tarasco y el otomí.

De acuerdo con este método realizaremos una acción gradual, coordinada por la técnica y la experiencia y orientada hacia su meta más importante, que es la homogeneidad idiomática del país, pero sin menos-

Inauguración del Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas.—México, D. F., 1º de agosto de 1945.

preciar el valor moral que cada lengua nativa conserva naturalmente para quien la recibe, desde la cuna, junto con los primeros cuidados de la madre que le dió vida.

Ante pocas cuestiones podrá probarse, como ante ésta, el alcance de uno de los principios que invoqué, en diciembre de 1943, al hacerme cargo de la Secretaría de Educación. En efecto, tomando en cuenta la extensión de nuestro territorio y el aislamiento de algunas comarcas, así como el apego sentimental de nuestras comunidades a su paisaje y a sus costumbres, y la necesidad de fundir los regionalismos, sin destruirlos, diversidad de recursos y unidad profunda de contenido habrán de ser las bases de nuestros procedimientos y las condiciones de nuestros textos.

No es imponiendo teóricamente nuestro idioma como lograremos que se interesen por él, que lo adopten y que lo quieran quienes —de manera parcial o absoluta— lo desconocen, sino apoyando su desarrollo en el dominio formal de la lengua que emplean por tradición y consolidando la unidad mexicana sobre un total armónico de verdad: el de la Patria que respetamos.

LA MISION DE MEXICO ES MISION DE LUCHA

NINGUNA ceremonia podría avivar en nuestros espíritus la llama de la esperanza como este acto en que el pueblo de la República, representado por delegaciones de los Estados y del Distrito Federal, viene a honrar la memoria de nuestros próceres.

Sin la independencia del alma por la cultura y el dominio de la miseria por el trabajo, la proclamación de la libertad política es solamente el anuncio de un gran proceso de evolución, contra cuyas posibilidades de éxito se levantan numerosos obstáculos económicos, técnicos y morales.

Adquirir el derecho a ejercer su soberanía entraña, para cualquier colectividad, la aceptación simultánea de compromisos indeclinables, de obligaciones intransferibles y de sacrificios sociales e individuales reiterados, intensos y generosos. Se califica de libre el país que rompe las cadenas de un régimen colonial; pero, en tal despuntar de su autonomía, únicamente es libre, de hecho, su anhelo de organizarse según métodos que proscriban la obediencia servil ante el extranjero.

Pocas cosas conmueven más al historiador que ese grito de fe emitido por la garganta de un cuerpo inmenso cuyos músculos se debaten —como los miembros de Laocoonte— entre todas las sierpes del sufrimiento y frente a todos los riesgos con que lo cerca la codicia insaciable de los demás.

Durante lustros, ese fué el drama profundo de nuestra Patria.

De cuanto creía ser sólo suyo —y que, por suyo, querían arrebatarse los poderosos— ¿qué le pertenecía? No eran suyas, sino de nombre, muchas de las leyes que, entre apremios y convulsiones, había adoptado sin experiencia, sin examen y, en ciertos casos, contra su propia visión de la realidad. No eran suyas, sino de nombre, las formas externas de una cultura que condenaba a infinidad de sus hijos al silencio y a la inacción y que hasta hacía de lo que indica vínculo indestructible —la unidad del idioma— una suerte de privilegio del que, aun ahora, se hallan pri-

Ceremonia ante la Columna de la Independencia organizada por las Delegaciones de los Estados y del Distrito Federal en la Campaña Nacional de Alfabetización. México, D. F., 2 de septiembre de 1945.

vados varios grupos étnicos del país. No era suya la estructura económica entre cuyas rejas intentaban moverse sus habitantes. Y, para colmo, no era suyo siquiera el producto de gran parte del suelo que, bajo normas inconfesadas de feudalismo, araban y sembraban sus campesinos.

LA MISIÓN DE MÉXICO ES MISIÓN DE LUCHA

Por espacio de más de un siglo, la misión de México hubo por consiguiente de consistir en proporcionar a ese cuerpo preso la libertad que existía sólo, como promesa, en el pensamiento de sus héroes y que, proclamada en sus textos fundamentales, seguía aguardando, impacientemente, la expresión de la vida y de la verdad.

Misión de lucha tuvo que ser la misión esencial de los mexicanos. Y es todavía misión de lucha nuestra misión.

En efecto, en tanto que nuestra tierra no se cultive debidamente, en tanto que muchos de nuestros recursos sigan perdiéndose por carencia de exploración y de explotación, en tanto que todo lo que libramos del vasallaje continúe sometido a la desesperación de la incuria y de la ignorancia, tendremos que sentirnos, todos los días, los insurgentes de una campaña incesante de independencia.

Según lo expresara el Señor Presidente Avila Camacho, "en el mundo que nos rodea no existe espacio para aquellos que temen y desconfían." Ser mexicano ha significado inconformidad e insatisfacción. Y tendrá que significar insatisfacción e inconformidad quién sabe por cuánto tiempo; pues, mientras haya en la República millones de hombres y de mujeres analfabetos, descalzos y desnutridos, millones de niños sin escuela y cientos de millares de familias para las cuales el hogar es una cocina sin lumbre, un lecho sin abrigo y el amago perpetuo de un mañana sin pan, toda voluntad bien intencionada estará impelida por dos afanes imprescriptibles: nutrir a México, educar a México. En síntesis: libertar a México. Libertarlo del hambre y de la miseria. Libertarlo de la pereza y de la incultura. Libertarlo de la mentira y de la enfermedad.

SOLDADOS DEL SABER

A emanciparlo de uno de aquellos oprobios tiende actualmente la campaña que libra nuestra nación contra la ignorancia. Soldados de

esa campaña son los que asisten al homenaje que hoy nos reúne. Cientos de miles, como ellos, luchan en estos meses por aprender. En capitales y rancherías, pueblos y aldeas, campos y fábricas, cientos de miles, como ellos, tienen entre sus manos una cartilla y, con los dedos endurecidos por el contacto del martillo o del azadón, cientos de miles, como ellos, toman un lápiz, forman el nombre de su ciudad, trazan las letras de su apellido, y, al escribir —por primera vez— la palabra México, sienten, sin duda, que ratifican el pacto augusto que existe siempre entre la tierra que nos da origen y nuestras vidas particulares; pacto que ellos están cumpliendo calladamente; pacto que honra a quienes lo aceptan sin restricciones; pacto de esfuerzo que se transmite de padre a hijo y que va, de generación en generación, afirmando la persistencia de la República y aclarando las perspectivas de su destino.

Entre los grupos que, dentro de breves instantes, colocarán una ofrenda en esta Columna, hay sonorenses y yucatecos, veracruzanos y michoacanos, poblanos y coahuilenses, tamaulipecos y chiapanecos... Mexicanos de la sierra y de la llanura, de la costa y la altiplanicie, los que habitan junto a los pinos de las montañas y los que viven bajo las palmas del litoral, de todas partes, de todas las latitudes, de Hidalgo y de Zacatecas, de Oaxaca y de Sinaloa, de Colima y de Guanajuato, han venido a reiterar su respeto a México, su amor a México. Los saludamos con emoción.

ENTUSIASMO PARA LA VIDA

México no es solamente una Patria amante para aquellos que saben y que prosperan. Su luz, como la del sol, se reparte entera, sin preferencias ni sectarismos. Pero México aspira a que todos sepan, para que todos puedan servir su causa y servirla bien. Al atender el llamado que nuestro Primer Magistrado hizo a los mexicanos el 21 de agosto de 1944, todos los presentes probaron con elocuencia que no se demuestra exclusivamente la fe en la Patria merced a la sumisión en la hora de los martirios y de la muerte, sino —también— merced a la lealtad en la hora de las tareas y del estudio, con entusiasmo en la vida y para la vida.

Ese entusiasmo en la vida y para la vida es lo que deseáramos inculcar en todos nuestros hermanos. La Campaña contra el Analfabetismo tiene varias finalidades. Una inmediata y directa: enseñar a leer

y a escribir a los iletrados. Otra, mediata: sentar las bases de una organización educativa de carácter extraescolar, que nos permita afrontar las dificultades de la postguerra. Ambas son tan indispensables que no me detendré a analizar su importancia frente a vosotros. Pero sí me interesa decir, ahora, algo que desde hace tiempo viene formándose en mi conciencia y que no será, por cierto, una novedad para quienes hayan principiado a instruir a un analfabeto.

A mi juicio, el producto más noble de esta Campaña consistirá en haber depurado la noción de unidad de nuestra República y en que los iletrados y los letrados se hayan reconocido unos a otros fraternalmente y hayan comprendido un poco mejor el problema de su existencia, viendo en sí propios —y en sus iguales— cómo hay en todos un mismo fondo de júbilo y de dolor, una misma ambición de justicia y de libertad y un mismo espíritu de bondad, de paz, de progreso humano.

LECCIÓN DEL ANALFABETO

La ley no obliga sino a enseñar. La ley no obliga sino a aprender. Pero quien enseña acepta de aquel que aprende una lección a menudo más alta y reveladora. Maestros involuntarios suelen ser muchos analfabetos cuando llegan a nuestros Centros, con el ruido del taller todavía próximo en sus oídos y la inmensidad de la tierra todavía impresa en el fondo de sus retinas. Ellos poseen, en ocasiones, el acervo de esas verdades, inocentes, humildes, pero absolutas, sin cuyo aprecio no sería genuina nuestra verdad. Ellos nos traen el mensaje del México que padece, la palabra del México que ha estudiado en los renglones magníficos de los surcos y en la escuela sin cátedra del trabajo. Ellos han visto esa Patria austera, que intentamos nosotros engalanar en las calles y plazas de las ciudades, pero al logro de cuya dicha nunca contribuiremos eficazmente mientras sigamos desconociendo lo que es el amor de esa Patria austera para aquellos que buscan, entre sus manos, el supremo secreto de la virtud.

No debemos, pues, envanecernos de la ayuda que estamos proporcionando a los que no obtuvieron instrucción sistemática en la niñez. Como, en página penetrante, lo ha reconocido un escritor revolucionario, a cambio del alfabeto, en cuyo uso les adiestramos, ellos nos dan la oportunidad de perfeccionarnos en el dominio de otro alfabeto, de

un alfabeto que no empleamos, seguramente, para leer lo que dicen los libros y los periódicos, pero que brinda una clave insustituible para entender lo que espera, desde hace siglos, el pueblo de nuestro México.

Y ese misterioso alfabeto del sentimiento, esa clave imperecedera de la piedad —de la piedad para todos los hombres sobre la tierra— habrán de ser, en lo sucesivo, elementos inolvidables en los tratados que definan y consoliden la paz del mundo. ¿De qué serviría, en efecto, el mejor convenio si sus cláusulas primordiales, aunque redactadas en los idiomas más diferentes, se limitaran al valor intrínseco de la letra y no brotaran, más allá del alcance de los vocablos, de la paz persuasiva del corazón?

Si el letrado libera al analfabeto de la ignorancia ¡cuántas veces libera al letrado el analfabeto de sus prejuicios y de sus conceptos superficiales de la felicidad, del provecho y del interés!

He hablado con muchos de los mexicanos que acuden hoy a inclinarse ante la memoria de nuestros héroes. Y he recibido de ellos una enseñanza admirable, que me conforta: la fe de todos en el destino de la Nación, el deseo de mejorarse por el estudio y el don de todos, de todos ellos, para la obra del porvenir.

Este aspecto de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo concede extraordinario valor simbólico a la ceremonia que presenciamos, ya que precisamente sobre esa doble liberación —la de la incultura y la del egoísmo— tendrá que afianzarse, cada día más, la independencia efectiva de la República.

Con la expresión de este voto, saludo a los mexicanos que se congregan al pie de este monumento, los felicito por su sentido cívico del deber y, por instrucciones del Señor Presidente Avila Camacho, les ruego que, al regresar a los sitios en que residen, transmitan a sus familias y a sus amigos nuestra confianza en el resultado de su trabajo; porque el trabajo de construir una Patria grande, dichosa y justa, es la más digna de las empresas que ofrece a un pueblo la humanidad.

EXITO DE LA ALFABETIZACION EN SOLEDAD ETLA, OAX.

VENGO aquí a cumplir un deber de alta significación cívica: el de honrar, en nombre del Gobierno de la República, a una comunidad que, humilde por la categoría de sus recursos y por el número de sus miembros, se ha colocado, por la nobleza de su esfuerzo y por el valor de su patriotismo, en el primer plano de la gratitud nacional.

Hace un año que, encontrándome en Oaxaca, llegó hasta las puertas del hotel en que me hospedaba, una comisión de Soledad Etla con el propósito de invitarme a inaugurar una escuela que los habitantes de la localidad habían levantado por cooperación, merced a un sistema de trabajo colectivo y gratuito, al que tradicionalmente todos concurren con la contribución de sus brazos o con el donativo de los elementos materiales de que disponen: piedra, cemento, arena, medios de transporte y útiles de construcción.

La necesidad de salir, pocas horas más tarde, hacia Tuxtla Gutiérrez, me privó de aceptar aquella invitación. Sin embargo, como advertí el profundo interés de los pobladores de Soledad Etla por mejorar las condiciones de su educación y de la de sus hijos, ofrecí a los comisionados que, aunque tuviese que realizar un viaje especial desde la ciudad de México, los visitaría tan pronto como hubiesen ellos acatado fructuosamente todas las prescripciones de la Ley que inició, el 21 de agosto de 1944, la Campaña contra el Analfabetismo.

Confieso ahora que, al formular tal ofrecimiento, no imaginé que en tan corto lapso el espíritu de progreso y el sentido de responsabilidad de los habitantes de Soledad Etla me proporcionaría la honda satisfacción de venir a atestiguar el ejemplo de una comunidad totalmente alfabetizada dentro de los términos de la Ley.

Muchas eran las razones que me incitaban, entonces, a ser escéptico: la pobreza del medio en que actúan los moradores de este lugar, la proporción de analfabetos que, desde hace siglos, aflige a Oaxaca y, más que nada, esa falta de voluntad tesonera que mina ciertas promesas y que, aunque no invalida la autenticidad de la palabra empeñada, la va bo-

Entrega a la comunidad de Soledad Etla, Oax., de una bandera y de un diploma de honor por su total alfabetización.—Soledad Etla, Oax., 18 de enero de 1946.

rando y debilitando en la fuga del tiempo y ante el curso rápido de los días.

¡Con cuánta alegría me veo, hoy, en el caso de declarar que me equivoqué! Por algo la tierra oaxaqueña fué cuna de ese indio perseverante e irreductible que se llamó don Benito Juárez. La fortaleza de alma de aquel varón que, sin doblegarse a la desventura, supo afirmar, frente a todas las amenazas, la continuidad de un México independiente, parece inspirar todavía a los que viven bajo este cielo. Buena prueba de ello la dais vosotros, hombres, mujeres y niños, que os habéis reunido para entregarnos la más conmovedora de las ofrendas; la que no consiste en palabras, tan pronto dichas como olvidadas, sino en obra cotidiana y modesta, en silencio enérgico y laborioso, en tenacidad, en firmeza, en fe.

Desde el primer momento sentisteis que la Patria es el premio de una entrega total, espontánea y libre, para cuyo triunfo los mexicanos debemos colaborar con cuanto tenemos, y que, asimismo, en esta Campaña Nacional de Alfabetización, cada cual ha de proporcionar a sus semejantes lo que posee: el que sabe, lo que otros le transmitieron, y el que no sabe, su atenta espera, su aprendizaje paciente y su avidez generosa de redención.

Gracias a esta intrepidez de vuestras conciencias habéis superado todos los obstáculos. Y, sobre las privaciones, sobre el dolor, habéis erigido el mejor monumento que un pueblo puede elevar en la roca de su destino: la confianza en su solo esfuerzo y la seguridad de que nada tiene derecho a estorbar el progreso de un grupo de seres que entienden la libertad como es preciso que la entendamos; no como dádiva; no como privilegio; pero como victoria que se conquista —año tras año, día tras día y hora tras hora— en constante pugna con la indolencia y el pesimismo, la incuria y la laxitud.

Esta ceremonia es una fiesta de la cohesión mexicana, una *guelaguetza* —para llamarla con un vocablo que os es muy grato— en la cual cada uno de los presentes no nos ofrece un objeto perecedero, producto de su huerto o de su taller, sino un don invisible pero admirable: el resultado de una época espléndida de labor y enseñanza emancipadora.

Porque, mientras otros dudaban, nunca dudasteis; porque a las tareas de la gleba asociasteis, noche a noche, las de la escuela; porque en este combate contra la incertidumbre y contra la incultura, supisteis

ser vuestros propios guías y vuestros propios libertadores, México os felicita. Y, porque vuestro ejemplo constituye una lección de carácter para el país, os traigo un saludo personal del Señor Presidente de la República y os hago entrega de esta Bandera y de este Diploma de Honor que él os envía afectuosamente, como recompensa de vuestro éxito y estímulo a vuestra virtud.

V

CONCORDIA Y BUENA VECINDAD

UN CONTINENTE DE PAZ

HACE cuatro años que tuve el honor de asistir al acto de grata cordialidad que la Mesa Redonda Panamericana de México organizó en 1937, para solemnizar el *Día de las Américas*.

Como representante de la Secretaría de Relaciones Exteriores hablé a ustedes, entonces, del patrimonio de amistad y de paz que estábamos allegando esforzadamente, no sólo para nosotros, para nuestro presente efímero, sino para las generaciones que habrán de vivir en lo sucesivo sobre las pródigas tierras americanas.

“Estamos haciendo de nuestro Hemisferio —decíamos en aquella ocasión— un Continente de paz. Aquí el grande y el pequeño, iguales ante la humanidad, serán sagrados e intocables en el Derecho. En América la fuerza, transformada en baluarte de la justicia por el proceso de la cultura, rechaza las resoluciones impuestas por la violencia y se pone al servicio de las instituciones democráticas de los pueblos.” Eso es lo que entonces manifestábamos. Y, por mucho que nos quede aún por hacer para materializar el ideal panamericano, podemos ahora agregar que nuestras esperanzas eran justificadas.

Pero, de pronto, advertimos que una amenaza se cierne sobre nuestra paz, sobre nuestra vida, y sobre todas esas nobles aspiraciones, sin cuyo ejercicio ni la paz podría sustentarse, ni la vida tendría los caracteres de dignidad que reclaman nuestras conciencias.

La amenaza de que hablo no ha nacido, por cierto, entre nosotros. Se trata de un viento extraño, que proviene de tierras lejanas y que está abatiendo en estos momentos los mástiles en que ondeaban algunas de las más elevadas banderas de la civilización y del pensamiento.

Sin embargo, a pesar de la inquietud que tal amenaza suscita, es indispensable no perder la confianza en nuestro destino. Todo, en este mundo, tiene su hora. La tiene la borrasca, la tiene la guerra. Pero también la ha tenido, y la conservará eternamente, la superioridad espléndida del espíritu.

Bajo el peso de las graves circunstancias actuales, lo que procede, antes que nada, es reflexionar en el valor que representa nuestra unión de países libres y soberanos. Que el peligro, si existe, sirva al menos para perfeccionar nuestra comprensión y para robustecer nuestra voluntad sincera de entendimiento en un programa de acción conjunta y de defensa común.

Acaso nadie podrá percibir esto último con tanta claridad como la mujer, porque en nadie se han afinado tanto como en ella el sentimiento de la conservación y la inteligencia de la defensa. El hombre se destaca en el desarrollo de la fuerza, en la organización del ataque; pero su preocupación de los fines le hace olvidar, a veces, las causas y los móviles íntimos de sus luchas. La mujer, en cambio, con la clarividencia que su instinto le proporciona, sabe adelantar sus sentidos entre las sombras y discernir en ellas, con lucidez, cuáles son los bienes espirituales que la realidad está afectando directamente. Entonces —tan intrépida como el hombre— los defiende con firme resolución.

Por esto es para mí un singular privilegio el celebrar con ustedes, damas de América, el *Día de las Américas*. Con los ojos puestos en la tragedia que aflige al mundo, no vengo a recomendaros nada que no estéis haciendo ya, día a día, por medio del afecto, en la conciencia de vuestros padres, vuestros esposos, vuestros hermanos o vuestros hijos: procurar el afianzamiento de la cooperación dentro del espíritu de defensa, organizar la fuerza para permitir la bondad y preconizar la seguridad en provecho de la justicia.

Tarea magnífica, que ejecutáis con amor y con admirable perseverancia. Tarea incesante, que los oscuros tiempos en que vivimos no deben interrumpir, pues, si alguna vez llegara el hombre a perder el sentido fecundo de la existencia, estoy seguro de que seríais vosotras las que, en el primer instante de tregua, volveríais a revelarle cuál es el significado auténtico del panamericanismo, cuya doctrina se inspira en un ideal generoso de concordia, de independencia y de humanidad.

II

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

LOS ANTIGUOS, que atribuían a los poetas el don misterioso del vaticinio, hubieran podido extender semejante aptitud a los pensadores. Cabe insinuar lo anterior al rememorar que, en los umbrales mismos de nuestra era, un escritor como Séneca, deslizó, en su *Medea*, estos párrafos augurales: “Años vendrán en los que, tras de siglos de espera, el océano nos entregará su secreto. Entonces, el argonauta descubrirá nuevos orbes y se verá que la isla de Tule no es en verdad la región más lejana y última de la tierra...”

En efecto, tales años llegaron. Y así fué cómo —el 12 de octubre de 1492— los compañeros del argonauta que Séneca preveía, descubrieron un nuevo mundo. Esa fecha, de trascendencia sin precedente, es la que hoy América conmemora.

Todo nacimiento conmueve. El de un sér, el de un pueblo, el de una nación. Pero, ¿qué palabras darán idea de este fenómeno portentoso: el nacimiento de un Continente?...

Como si, por intenso, el orgullo de ofrecer a la Humanidad una Atlántida recobrada, hubiera tenido que ser negado incluso a la mente genial del descubridor, Cristóbal Colón ignoró hasta su muerte la magnitud verdadera de su proeza. Fruto de la más fecunda sorpresa científica de la historia, América fué para él una avanzada desconcertante de aquel Oriente, pródigo en oro, que su esperanza buscaba —a través del Atlántico— por el camino que ilustraron sus carabelas. Las Molucas, Cipango, Catay, ésas eran las tierras que imaginaba la fantasía del Almirante. Tierras de leyenda, frente a las cuales sus naves hubieron de tropezar con la promesa de un hemisferio desconocido.

De improviso, todas las nociones occidentales cambiaron de alcance y de dirección. A la idea del hombre clásico vino a oponerse, de pronto, una idea más amplia: la del hombre ecuménico, planetario, que no podía ya quedar circunscrito a las reglas de la cultura mediterránea. Esta súbita ampliación de la tierra acentuó el poder del Renacimiento, hizo más complejo el significado de la Reforma y fué indispensable para llegar al concepto de la civilización como fórmula universal.

Celebración de la Fiesta de la Raza.—México, D. F., 12 de octubre de 1941.

Durante siglos, una tarea no siempre fácil iba a imponerse a los europeos: sentir a América, entender a América, poblar a América. Durante siglos, el procedimiento elegido para tales finalidades fué la conquista y su aprovechamiento económico, el coloniaje.

América, sin embargo, aunque utilizada ya por el mundo, no se atrevía aún a cobrar conciencia completa y clara de su valer. Despojada de sus métodos de trabajo, privada de su estructura —primitiva, sin duda, pero genuina— tuvo que atravesar, por espacio de tres centurias, un variado sistema de adaptaciones. Descubierta por los demás, le faltaba una prueba inmensa: la de descubrirse a sí misma. Esta obra, iniciada a partir de la Independencia, nos interesa ahora directamente.

Hay que reconocer, en efecto, que América no es tan sólo una gran realidad geográfica de territorios extensos y relativamente poco poblados. Es, asimismo, un compromiso perpetuo de dicha y de entendimiento. Durante años, el “viaje a América” significó para las mentes occidentales cierta posibilidad inmanente de fortuna y de redención. Nacido de la aventura, nuestro hemisferio parecía predestinado a ser una eterna promesa, un refugio eterno y un manantial patético de esperanza. Bajo su cielo, el hombre tenía que sentirse indefectiblemente llamado a poner, por encima de todo, su fe en el hombre. Así, en México, el primer grito de libertad vino a enlazarse entrañablemente con un clamor esencial de igualdad y fraternidad. La abolición de la esclavitud, decretada por Hidalgo el 19 de octubre de 1810, fué expresión de ese ánimo generoso que dió a la independencia de América su alcance auténtico y que, años más tarde, marcó, en estas palabras de los principios constitucionales de Apatzingán, una línea de conducta que, en materia internacional, no ha perdido valor ni significado: “Ninguna nación tiene derecho para impedir a otra el uso libre de su soberanía. El título de conquista no puede legitimar los actos de la fuerza.”

La inspiración libertadora parece fluir espontáneamente del clima mismo de este Hemisferio y es tan clara y tan perceptible que, por ejemplo, apenas el español Mina, el Mozo, pisa nuestras tierras, cuando declara que “la patria no está circunscrita al lugar en que hemos nacido; sino, más propiamente, al que pone a cubierto nuestros derechos.”

Exclamación que revela —desde un principio— el sentido de la vida política americana. Tan pronto como surgieron a la responsabilidad internacional, nuestros pueblos comprendieron que la felicidad de cada

uno de ellos dependería, en primer lugar, de la armonía y del equilibrio de todos juntos. Mexicano o peruano, argentino o chileno, uruguayo o venezolano, cada quien era, naturalmente, ciudadano de su República, pero se sentía al mismo tiempo ciudadano de América. Y es que, a través de las diferencias circunstanciales que no afectan lo íntimo de su ser, nuestros países saben perfectamente que la causa de América forma un todo, que es preciso cuidar colectivamente y cuya seguridad no podría garantizarse en la desunión.

De ahí que, en las épocas de inquietud, esa conciencia común adquiriera eficacia característica. En los años de general bienestar, la corriente de la amistad panamericana circula calladamente, invisiblemente, como la sangre en un cuerpo sano. Sólo en las horas de prueba se advierte, en cambio, que la menor interrupción de ese ritmo podría ser fatal, incluso para los miembros más vigorosos del organismo que América constituye.

Nuestra juventud representa nuestro máximo privilegio. Por obra de esa juventud, carecemos acaso de los reflejos técnicos defensivos en que se escudan otros países. Pero, merced también a esa juventud, ocurre que poseamos, en altísimo grado, la flexibilidad y la frescura de los instintos, la fe en el futuro y el sentido leal de la cohesión.

Tales condiciones robustecen la confianza en nuestros destinos y nos incitan a persistir en la senda que nos conduce, cada vez más seguramente, a la comunión de nuestros ideales y a la coordinación de nuestros derechos. Por eso creemos que la mejor manera de festejar la hazaña que hoy celebramos es continuarla a cada momento en nuestras conciencias, pues nuestro mundo es tan amplio y sus posibilidades tan eminentes que la mayor parte de su existencia queda por construir.

América está en nosotros: esencial, promisor, intacta. Esforcémonos diariamente por encontrarla y por definirla. Para obra de semejante importancia ninguna contribución es superflua, nadie es pequeño, y cada jornada del año puede significar lo que ésta: la consagración de un descubrimiento.

III

LA DEMOCRACIA, AMBIENTE PROPIO DEL CONTINENTE AMERICANO

ESTA es la tercera ocasión en que tengo el honor de traer a ustedes el mensaje de aprecio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, con motivo de la celebración del *Día Panamericano*.

La primera vez fué en 1937. Acababa entonces de celebrarse, en la ciudad de Buenos Aires, la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz y, aunque los acontecimientos asiáticos y europeos hacían ya temer una ruptura general del equilibrio humano por la violencia, América trataba de apaciguar el choque de las pasiones y, entre la tempestad de los intereses hostiles, alzaba en alto su lámpara de concordia.

Cuatro años más tarde, vuestra Asociación me dió nueva oportunidad para celebrar, en este mismo lugar, el *Día de las Américas*. El escenario del mundo había cambiado trágicamente. En Europa y en Asia una guerra cruel oponía a Alemania y a Italia frente a Inglaterra, y al Japón frente a China, en tanto que Francia se había encontrado en el caso de aceptar un doloroso armisticio y países como Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y el Gran Ducado de Luxemburgo, veían vejados sus territorios, desarticuladas sus condiciones normales de vida y ultrajados los principios fundamentales de su derecho inmanente a la libertad.

Desde entonces, el tiempo ha seguido su curso y, con él, la avidez de los agresores se ha cebado sobre otras naciones independientes: Grecia y Yugoslavia yacen entre cadenas, la Unión Soviética fué invadida y, en diciembre último, las potencias totalitarias —al declarar la guerra a los Estados Unidos, tras del atentado de Pearl Harbor— extendieron deliberadamente el campo de las operaciones y acercaron la guerra a nuestro Hemisferio.

Este es el estado de cosas que se observa hoy en el mundo. Frente a circunstancias tan graves, la celebración del 14 de abril tiene una trascendencia moral que despierta en cada uno de nuestros corazones un

Banquete ofrecido por la Mesa Redonda Panamericana para celebrar el *Día de las Américas*.—México, D. F., 14 de abril de 1942.

mismo y magnífico anhelo: el de acercarnos estrechamente para defender la causa de América.

Fieles a la voluntad popular, nuestros Gobiernos han expresado ya su determinación de mantener incólume el espíritu de unidad de este Continente. Solidaridad, firmeza, confianza, trabajo y unión, son los preceptos que, por lo que concierne a México, se desprenden de las palabras que ha dirigido al país el Señor Presidente Avila Camacho. Es necesario elevar nuestro pensamiento. Es necesario asumir las responsabilidades que surgen de una situación que no hemos provocado pero a la que nos sobrepondremos con estoicismo. Es necesario, en fin, izar en todas las voluntades una misma bandera: la del esfuerzo para la salvación de la democracia.

La democracia, para otros pueblos, constituye una plataforma de desarrollo y, en cierto modo, un grado de madurez. Para las naciones de este Hemisferio es, en cambio, un ambiente propio, en el que —al emanciparse— se realizaron y del que no podría desprendérseles sin alterarlas esencialmente. La agresión de las dictaduras tuvo, por consiguiente, desde un principio, repercusión inmediata sobre nosotros. Cada atentado a la independencia de los demás es un ultraje que nos vulnera. Cuando se pone en duda el derecho a vivir con autonomía, es nuestra propia existencia la que está en duda. En un tiempo en que las distancias se han reducido maravillosamente por la velocidad de la máquina y por los métodos de la industria, no hay peligro remoto, ni aislamiento cierto, ni posibilidad absoluta de guerra localizada.

Semejante sentido de universalidad subraya la excepcional importancia que México otorga a la acción panamericana. Abrigamos la certidumbre de que, en esta época de la historia, todo problema es mundial; pero estamos, también, convencidos de que no existe procedimiento mejor —para llegar a la paz humana— que la organización de vastos entendimientos continentales, como el que plantea el panamericanismo. Y ello tanto más cuanto que la norma de estas agrupaciones de Estados debe ser la igualdad democrática y la consideración recíproca de sus respectivas soberanías, según en América imaginamos esta ley de la convivencia; es decir, sin que la amistad que liga a nuestras naciones pueda ocasionar una superestructura limitativa, en la que prevalezcan este o aquel país, con detrimento de los demás.

Así concebido, el panamericanismo resulta una magnífica fuerza

de propulsión. En lo político, porque permite una defensa conjunta de los más nobles principios que rigen el proceso institucional de nuestras naciones; en lo económico, porque da lugar a una conciliación de intereses justos y coordinados; y en lo espiritual, porque ninguno de los perfeccionamientos materiales que pudiésemos obtener mediante el acuerdo de nuestros gobiernos sería perdurable si tal acuerdo no descansara, como descansa, sobre el consentimiento entusiasta de nuestros pueblos.

Por la doctrina que sustenta, el panamericanismo supone, lógicamente, una combinación esencial de voluntades autónomas y concordes. Donde otras potencias buscan hegemonía, nuestras Repúblicas claman fraternidad. En donde otros métodos de gobierno preconizan regímenes de autarquía, nosotros reivindicamos la urgencia de una cooperación franca y generosa, sin prerrogativas fundadas en el prejuicio de una superioridad étnica inaceptable, o en la teoría de una supuesta fatalidad financiera, técnica y cultural.

Una América enérgica y firme se alza frente al peligro. Su voz tutelar nos llama. En las palabras que dice vibra el eco glorioso de los mensajes de nuestros héroes. En nuestras filas todos ellos están presentes. Ellos nos protegen y nos conducen. Y la mejor manera de celebrar el *Día de las Américas* es, sin duda, la de rendirles nuevo homenaje, inclinándonos ante sus sombras augustas y prometiéndonos no omitir ningún esfuerzo posible en la tarea de preservar el patrimonio de independencia que nos confiaron.

Pero vosotras, damas de América, ¿qué papel desempeñaréis en estos años viriles, tensos y austeros? Uno, entre otros, importantísimo: el de conservar intactas las fuentes de la ternura humana. El de evitar que, a fuerza de pretender defendernos de los autómatas, acabemos por transformarnos en ese mismo tipo de hombre que no admitimos, instrumento cruel de las dictaduras.

Los regímenes totalitarios tratan de convertir a vuestras hermanas en elementos sumisos de una producción en gran serie: la del esclavo. Su deber parece, tan sólo, el de concebir. Terminado lo cual, sus derechos de madres desaparecen. Un Minotauro moderno se posesiona, desde ese instante, del siervo-niño. No para devorarlo materialmente, sino para algo todavía más angustioso: para deformar su conciencia, para aherrojar su conducta y para destilar en su alma, merced a filtros muy singu-

lares de educación, todos los venenos de un odio frío, de una venganza metódica y de un resentimiento mecanizado.

De ese emocionante proyecto de hombre que es el recién nacido, las dictaduras han llegado a hacer el esbozo de una simple máquina de agresión. La escuela primero y, después, el taller o el cuartel se encargan pronto de preparar, en el niño de ayer, el bárbaro de mañana.

Las mujeres de América no pueden permitir que un sistema así se apodere jamás de sus hijos. Por eso se agrupan en este día, en torno al ideal panamericano, con emoción tan auténtica y tan profunda. Lo hacen, sin duda, por patriotismo y en virtud de un genuino sentido continental. Pero lo hacen también por fidelidad a su vocación de compañeras libres y generosas.

Frente al nazifascismo, que os hiere en vuestras más delicadas virtudes, la democracia os ofrece una forma cordial de mejoramiento y una promesa constante de redención.

Nunca habrá necesitado más la mujer de la democracia, ni el hombre americano de la mujer. Uno y otra, el hombre y la mujer de nuestro Hemisferio, se conciertan y se completan. Es así como puedo aseguráros que, entre todas las manifestaciones de la cohesión continental, ésta de las mujeres de América nos conmueve particularmente, porque vemos en ella el mejor indicio de que, donde no hable libremente la vida, la civilización será un mito, el adelanto una sombra y el progreso técnico un simulacro macabro de la cultura.

VALORES QUE NO RECONOCEN FRONTERAS

Nos REUNIMOS hoy a celebrar una de las conquistas más importantes del pueblo: la abolición del sistema de tiranía y de oprobio social que simbolizaron, durante varias centurias, las tenebrosas torres de la Bastilla.

Hay naciones que parecen predestinadas a servir de laboratorio y de campo moral de experimentación a las grandes empresas del sér humano. Este papel, que Grecia desempeñó con incomparable esplendor en la era de la clásica antigüedad, correspondió muchas veces a Francia a partir del Renacimiento. En Versalles, bajo la corona de Luis XIV, cristalizó el régimen del absolutismo personal. Más tarde fué también allí, en los salones concebidos por el genio arquitectónico de Mansart y frente a los parques geométricos de Le Nôtre, donde Europa inició, al influjo de la evolución política de Inglaterra, esos ensayos de complicado y precario equilibrio que los historiadores designan con el nombre de "despotismo ilustrado". Y fué también en suelo francés donde se erigió, sobre las ruinas de la estructura monárquica representada por la dinastía de los Borbones, el edificio democrático en cuyas líneas fundamentales habían de inspirarse, más o menos directamente, las instituciones de todos nuestros países.

La fecha del 14 de julio tiene, por consiguiente, un valor humano de alcance tan efectivo que, al celebrarla, estamos rindiendo homenaje no sólo al gran pueblo que consagró con su sacrificio los ideales de la Asamblea Nacional, sino a todos los pueblos que desde entonces, a toda hora y en todas partes, han venido luchando por romper las cadenas de la opresión y por apresurar el advenimiento de un orden en que los postulados de la independencia, del progreso y de la concordia prevalezcan sobre los designios de la reacción, del odio y de la autocracia.

Los acontecimientos universales que mayor repercusión han tenido en la existencia de este Hemisferio son, indudablemente, el establecimiento de las rutas oceánicas, la Revolución Francesa y la presente conflagración.

Velada organizada por el Departamento del Distrito Federal y por el Frente Pro Aliados, para conmemorar el establecimiento de la Democracia como organización política en la edad moderna.—México, D. F., 14 de julio de 1942.

Merced al descubrimiento de América, nuestras tierras quedaron incorporadas al destino de la civilización mundial. Por obra de la Revolución Francesa, los creadores de nuestras nacionalidades autónomas fundaron el movimiento de la emancipación política del Continente sobre bases morales indestructibles. Y ahora, como consecuencia de la guerra llevada a cabo por las Potencias totalitarias, nuestros países se yerguen valientemente, unidos como nunca por el esfuerzo, exaltados por la magnitud del peligro y sólidamente convencidos de que la victoria final de las democracias será el cimiento de una nueva organización internacional, bajo la égida de la libertad y de la justicia.

El 14 de julio de 1789, día de la toma de la Bastilla, Francia encendió la antorcha de la redención popular y enseñó a los hombres que los derechos más esenciales sólo se obtienen en el dolor y en el heroísmo. Siglo y medio más tarde esa misma Francia, tras de una lucha de manifiesta desigualdad, se vió obligada a ceder ante un adversario que, con las manos ennegrecidas aún por la pólvora del combate, quiso borrar de su vida ese lema insigne —de libertad universal y de humano y recíproco entendimiento— que habían escrito con sangre los héroes de la República.

Sin embargo, una convicción nos conforta: el patrimonio espiritual del pueblo francés no ha desaparecido. Los principios de la Revolución han hallado en la tierra de América un campo propicio a su desarrollo. La democracia, esa flor suprema de la cultura política de los hombres, surgió en nosotros al mismo tiempo que nuestra voluntad de emancipación. Nuestra vida independiente está vinculada al régimen democrático con tan estricta firmeza que, lo que para otros fué el resultado de una evolución social lenta y elaborada, constituyó para los países americanos, desde su aurora, la esencia de su proceso institucional.

En la conquista de sus derechos, Francia se adelantó a las naciones latinas de este Hemisferio. Por virtud de esta precedencia, las figuras de Dantón y de Mirabeau o de Saint-Just y de Robespierre se enlazan lógicamente a las de Hidalgo y Morelos en México y a las de todos esos egregios varones que acompañaron o sucedieron, en la obra de la redención continental, al genio magnífico de Bolívar.

Al conmemorar el 14 de julio no tenemos la sensación de honrar una gloria ajena. Los triunfos de la libertad son universales. Ante ellos,

todos los pueblos se inclinan con reverencia, porque existe una parte en el alma que no reconoce fronteras y que celebra, como si fuesen victorias propias, las que se ganan contra las sombras del despotismo. Esta solidaridad en la simpatía adquiere un significado especial en el caso del 14 de julio, pues la liberación de Francia no fué sólo un fenómeno nacional, sino el principio de una nueva era en la historia de la cultura: la era de los Derechos del Hombre y de la participación efectiva y constante del pueblo en la gestión gubernamental.

Por lo que atañe a las garantías del individuo, resulta elocuente advertir la íntima conexión que existió entre la Declaración de Independencia hecha en Filadelfia, el 4 de julio de 1776, y la Declaración francesa del 27 de agosto de 1789. La semilla de la libertad, propagada por los Enciclopedistas, germinó en América antes que en Europa, y, al regresar a París, encontró en la conciencia de los Constituyentes ese fervor generoso —de concepción y de voluntad— que necesitan todas las grandes doctrinas para fructificar con excelsitud.

En los diecisiete principios sustentados por la Asamblea Nacional hallamos lógicamente resumida la obra de Rousseau, de Voltaire y de Montesquieu: la igualdad jurídica de los hombres; sus derechos imprescriptibles a la independencia, a la seguridad y a la resistencia ante la opresión; su facultad de intervenir en la formación de las leyes; su libertad de pensamiento, de opinión y de religión y, por encima de tales consideraciones, el reconocimiento de que la soberanía reside en la nación misma y de que ningún individuo, ningún cuerpo colegiado, pueden ejercer autoridad que no emane expresamente de ella.

Respecto a la vida de los Estados, la Revolución Francesa vino a señalar que el régimen interno y la dirección de las relaciones internacionales forman un todo, en virtud de cuya existencia la paz y el respeto de los convenios están indisolublemente asociados al desenvolvimiento legal de las instituciones democráticas. En consecuencia —y éste es el mayor progreso alcanzado, desde el punto de vista del Derecho de Gentes, por la renovación iniciada el 14 de julio de 1789—, un compromiso internacional no puede ser ultrajado por un país democrático en las condiciones en que acostumbran violarlo aquellas naciones en que el poder arbitrario del rey o del dictador no reconoce frenos internos al ejercicio de su capricho.

A pesar de los márgenes limitados a que mis palabras deben ceñirse,

desearía insistir sobre este concepto, que es la clave de toda coherente organización internacional.

En los regímenes absolutos —como el que quiere imponernos ahora el nazifascismo— no hay paz posible. O bien las fuerzas imperialistas dominan el mundo entero y, entonces, el orden externo está hecho de resignación transitoria y de esclavitud; o bien los pueblos protestan contra las exacciones del despotismo y, entonces, la guerra se ofrece como el único medio honorable de vivir frente a la agresión.

Por su origen y por su esencia, las dictaduras —que cultivan y desarrollan, en lo político, todas las posibilidades de desigualdad que la naturaleza presenta ante nuestros ojos— tienen que convertirse en máquinas de perpetua beligerancia. Donde priva el más fuerte, desaparece el derecho, se reinstalan los métodos cavernarios y esta regresión resulta tanto más detestable cuanto que, realizada en una época en que los adelantos materiales son infinitos, priva de su contenido moral a la civilización y la transforma en una barbarie consciente y mecanizada.

En las democracias, por el contrario, todas las actividades del Estado están orientadas hacia la paz. La guerra, que el Ejecutivo declara cuando la soberanía y la dignidad nacional así lo demandan, es siempre la consecuencia de un proceso arduo y coordinado, en el que interviene directamente la representación popular como un elemento regulador, sin cuya sanción las resoluciones del gobernante carecerían de forma práctica de vigencia.

El equilibrio de los poderes, que es una garantía de autenticidad en el interior, implica, por tanto, en el exterior, una garantía de prudencia y de humanidad. Los países no aceptan ya ir a la contienda armada para acatar los deseos personalistas de un soberano y, cuando consideran conveniente oponerse a sus aficiones de hegemonía, tienen —dentro de su propia legislación— todos los recursos indispensables para lograrlo.

Así, mientras las dictaduras se unen para destruir y sus alianzas constituyen un manifiesto peligro de guerras y de discordias, las democracias se asocian para edificar y sus alianzas se producen con el deseo de consolidar la existencia de todas, dentro de una colaboración permanente en que el bienestar del conjunto es la única limitación razonable de la voluntad de cada país en particular.

Hemos oído, en el curso de los últimos años, las más escandalosas

diatribas contra la democracia. El totalitarismo se ha encargado de esparcirlas y, a falta de una verdadera doctrina política, ha asumido una posición de lucha contra la libertad.

No hay que olvidar que la médula del germano se ha mostrado siempre impermeable a la cultura mediterránea. Las obsesiones gregarias de la Edad Media, la autoridad del caudillo, el terror del siervo, quedaron grabados de manera indeleble sobre la arcilla de su conciencia. Pero sus críticas no han conseguido amenguar nuestra fe en el genuino valor de la democracia. Despojada de sus caracteres accidentales, ésta constituye un sistema en que el hombre es el fin natural de los esfuerzos del hombre. Ahora bien, bajo la apariencia de una cruzada ideológica que, en su penuria mental, toma piezas aisladas de todos los vocabularios, el Eje no persigue sino un nuevo modo de esclavitud. Esta pretendida solución no responde al deseo de una felicidad general sino en la medida en que las dictaduras confunden la noción del hombre con la idea del hombre totalitario. A tal confusión se oponen con energía nuestros países, para los cuales el hombre tiene un valor en sí, independiente de las contingencias de la geografía, de la religión o de la política.

América ha comprometido todo su ser y todo su porvenir en la lucha que está exigiendo la substancia de sus principios fundamentales, porque está persuadida de que, fuera de las bases del régimen democrático, no es posible afianzar la seguridad y el respeto recíproco de los pueblos.

En esta guerra tendremos que aniquilar un conjunto de dogmas bárbaros, depresivos hasta lo indecible de todo humano decoro. Los partidarios del credo nazifascista pretenden constreñir a los hombres a agruparse, según el fatalismo de la sangre o, peor aún, a subordinarse a las condiciones del espacio vital requerido para la expansión de los elementos que se suponen, por derecho divino, privilegiados. Contra tales demencias, la vida de América, por sí sola, es el mejor mentís. La evolución de nuestras Repúblicas ha demostrado, hasta la evidencia, que los determinismos raciales carecen de científica autoridad.

Para América, los tres preceptos de la Revolución Francesa siguen formando un conjunto claro e insobornable.

Queremos la fraternidad, porque sabemos que sólo merced a ella

estableceremos una cooperación real entre todas las razas, todas las clases y todos los Continentes.

Buscamos la igualdad; pero no la igualdad nominal que figura exclusivamente en la letra de las Constituciones, sino esa otra —la igualdad social— que requiere, para ser cierta, un cuidado especial en favor de los desvalidos. Tratar sobre bases de igualdad puramente legal a los débiles y a los fuertes sería favorecer a estos últimos, prolongando los desequilibrios de la naturaleza y sistematizando la transmisión de las prerrogativas impuestas por el poder.

Respecto a la libertad, los años transcurridos desde la hora de la Revolución Francesa nos han hecho sentir la necesidad de orientarla no en el sentido de una exención absoluta de obligaciones y de deberes, sino en el sentido de una posibilidad general de servir para el bien común.

A la luz de estas consideraciones puede apreciarse con exactitud lo que retenemos del patrimonio de la Revolución Francesa y lo que nuestra propia experiencia nos ha incitado a añadir al liberalismo decimonónico. El concepto de los derechos preestablecidos del individuo, en que se apoyaba *El Contrato Social*, es un concepto que carece de fundamento. Como lo dice excelentemente León Duguit: “Robinsón en su isla no tiene derechos, ya que el hombre los adquiere exclusivamente cuando entra en relación con los demás hombres; es decir: cuando vive en sociedad.”

Aunque a la tesis individualista que sustentó la Revolución Francesa se sustituya en nuestro ánimo hoy la tesis solidarista, semejante sustitución no supone, de ningún modo, una oposición de principio al anhelo de independencia que proclamaron los prosélitos de Rousseau. Lo que ocurre, a lo sumo, es que la doctrina democrática ha evolucionado y que, socializándose, ha ganado en fuerza, en capacidad organizadora y en fervor colectivo de persuasión. El camino conduce a la propia meta; pero atraviesa actualmente planos espirituales más elevados. Al culto de la Diosa Razón preferimos la razón misma, y a la teoría de una imaginaria igualdad natural de los individuos sobreponemos ahora la teoría de una igualdad ulterior, obra de la educación y de las costumbres, de la ética y de las leyes.

La herencia que recibimos de la primera Francia Republicana se ha ido enriqueciendo y perfeccionando con las aportaciones de nuestra

vida. Su asimilación es tan absoluta que, a menudo, dejamos de percibirla. Sin embargo, en las épocas de emergencia, la sentimos presente en nuestra conducta, animando nuestras palabras, guiando nuestro destino.

En el ambiente de intensa tragedia en que se debate la humanidad, cuando la ira totalitaria se empeña en derruir los más nobles valores de la civilización y de la conciencia, no hay consejo mejor que el que daba Romain Rolland en la primera página de una de sus biografías: "Respiremos la atmósfera de los héroes."

Entre los que enaltecen la historia, pocos más discutidos y más vejados que los héroes de la Revolución Francesa. Parece como si el sacrificio de la existencia no hubiese bastado a calmar el deseo de venganza de los factores del despotismo. Pero, ¿qué importa esa estéril cólera? La libertad por la que murieron es inmortal y, como Anteo, cobra mayor vigor cada vez que sus enemigos la obligan a tocar tierra. Ningún verdugo puede guillotinarla. La sangre que se derrama por ella la nutre y la vivifica. Su voz es la que nos inspira a luchar con resolución para asegurar a las futuras generaciones una existencia justa e independiente. Por eso, al evocar la epopeya popular del 14 de julio, se acendra en nuestros espíritus una fe inquebrantable: la de la victoria de las naciones que están pugnando por salvar a los hombres del exterminio y de la esclavitud.

EDUCACION Y DIPLOMACIA

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:

No sé en estos momentos qué apreciar más: si el testimonio de afecto que por sí sola me brinda vuestra presencia o el estímulo que para afrontar mis actuales deberes me proporciona vuestra amistad.

Por fortuna, el estímulo que recibo y el afecto diáfano que lo impregna se hallan en íntima relación. Durante años fué para mí un motivo de honor y de complacencia el mantener con vosotros contacto asiduo. De ese contacto, en lo oficial y en lo personal, habré de conservar siempre el mejor recuerdo. Y ahora que un viraje rápido del destino señala otro rumbo para mi ruta, la cordialidad de vuestro agasajo —en el que no puedo ni debo ver una despedida— obliga mi gratitud y me manifiesta elocuentemente una verdad incontrovertible: la de que, por grandes que sean las variaciones formales de una existencia, su calidad positiva reside en su consciente continuidad.

He sido, en efecto, movilizado a un frente que cabría juzgar distinto de aquél en el que vosotros seguís denodadamente colaborando para afianzar el decoro y la libertad de nuestras naciones. No obstante, si he de ser franco, no creo que mis nuevas ocupaciones me alejen en nada del espíritu de armonía, de comprensión, de confianza y respeto humano, que constituyen las cualidades indispensables de una diplomacia bien entendida.

Educar, en un pueblo libre, ha de consistir, sobre todo, en una tarea fundamental de conciliación y de sana preparación para que lo propio, lo nacional, lo exclusivo y lo claramente característico, logre insertarse —sin amenazas ni abdicaciones— en el plano de lo absoluto y de lo mundial.

A la enseñanza para la muerte, en que instruyen las dictaduras a sus esclavos, la educación de las democracias debe oponer una enseñanza mucho más alta: la enseñanza para la vida.

Aquella oprime, castiga, deforma y reduce al hombre a un esquema

Discurso pronunciado ante el H. Cuerpo Diplomático.—México, D. F., 25 de enero de 1944.

exiguo; máquina sectaria que, como el bárbaro analizado por Chesterton, ríe cuando pega y llora cuando le pegan. Esta, en cambio, emancipa, conforma, liga y conjuga, dando a los seres sobre los cuales proyecta la luz de su independencia un sentido triple: el de su dignidad como personas, el de la interdependencia de sus derechos y el de la solidaridad de sus obligaciones.

Las guerras, por mucho que las exalten sus fabricantes y sus ideólogos, no son jamás el recurso, sino la crisis de las culturas. Las provocan los que no tienen ni formas de convencer, ni aptitudes honestas de competir, ni sincero talento para prever sus funestos y últimos resultados; déspotas ciegos para quienes toda verdad natural suena y ofende como una injuria y que usan de los métodos de la civilización con la suicida osadía de aquel ignaro aprendiz de brujo que —pretendiendo imitar al mago hermético y venerable— confabuló en contra suya a todos los elementos que torpemente intentó suscitar contra los demás.

Siempre que uno de esos aprendices de brujo desencadena algún conflicto, los observadores superficiales quieren justificar a las masas crédulas que lo siguen y, para ello, no tardan en descubrir argumentos políticos y económicos, aparentemente sólidos y plausibles. Pero el origen de esa credulidad de las masas es de otra causa y esa causa radica en un sistemático error de la educación.

El auge de las técnicas de la ciencia, no compensado por el criterio de la justicia y no refrenado por los imperativos de la moral, ha lanzado al mundo contemporáneo a un abismo del que apenas vemos ahora las cimas ásperas y difíciles.

Sin embargo, nuestra esperanza en el porvenir de la humanidad no ha sufrido mengua. Sin presumir de zahorí puede ya anticiparse el desenlace de la presente conflagración. Las dictaduras serán vencidas. Y no lo serán tan sólo porque las democracias hayan logrado crear mejores ejércitos que los suyos e instrumentos de eficacia bélica más mortífera. Lo serán, en primer lugar, porque los miembros de esos ejércitos y los inventores o los productores de aquellas armas tenían a la vez un concepto más modesto y más puro, más sereno y más justo, de la existencia. Porque habían estudiado en escuelas y no en cuarteles; porque su ley no emanaba del capricho de un individuo, sino de una voluntad arraigada e insobornable: la de salvar a la civilización.

Ahora bien, para salvar a la civilización en la guerra y en la post-

guerra, hay que cuidar de que la educación popular se realice, en todas partes, dentro de un ánimo en que las cualidades del intelecto no prevalezcan sobre las condiciones de la sensibilidad y en que las condiciones de la sensibilidad no medren tampoco a costa de la solidez íntegra del carácter.

Voluntad, sensibilidad y conocimiento forman el triángulo básico de toda cultura auténtica. El equilibrio de esos tres factores hace posible la perduración de los hombres y de los pueblos. Cuanto llevemos a cabo para que ese equilibrio del alma se perfeccione, ayudará a estructurar una paz del linaje seguro que apetecemos: dinámica y constructiva, progresista e indivisible.

Ved por consiguiente, señores, hasta qué punto las responsabilidades que en este instante me incumben coinciden con los ideales que os enaltecen y cómo mi alejamiento de las funciones que antes nos reunían no significa, en manera alguna, incompatibilidad con vuestros propósitos.

Al reconocerlo así, deseo reiteraros mi cordial agradecimiento por vuestra invitación y asociar mis votos fervientes a los que eleváis sin duda también vosotros por el advenimiento de una era social en que la educación y la diplomacia se hallen unidas para hacer del hombre, no ya el lobo del hombre, sino el amigo, el colaborador y el hermano constante del hombre sobre la tierra.

VI

LA CULTURA COMO BASE DE LA COHESION INTERAMERICANA

MÚLTIPLES y estrechas han sido siempre las relaciones entre México y los Estados Unidos. Y más estrechas y más significativas que nunca lo son ahora, cuando juntos luchamos por un destino que consideramos sagrado: el de la civilización y la libertad.

En el crisol de los sacrificios hemos depositado lo mejor de nuestra existencia: nuestros ideales, nuestros anhelos y nuestra inmutable esperanza en el triunfo de la justicia sobre las vejaciones de la barbarie. Asociados para vencer a las fuerzas del despotismo comprendemos, unos y otros, que esta solidaridad de nuestros países no es solamente el fruto de una pasajera alianza de aspiraciones. Hemos ahondado en nuestra conciencia de americanos y, al profundizar en ella, hemos comprobado que no en vano la geografía y la historia se combinaron para forjar nuestra convivencia.

Nuestras diferencias nos aproximan al igual que nuestras semejanzas, pues —si aprovechamos aquéllas con el sentido complementario que es imprescindible para conciliar la vida internacional— encontraremos que nada se opone al estrechamiento de los vínculos que nos unen, siempre que ese estrechamiento se realice dentro del marco de un respeto recíproco y de una confianza fundada, no en generalidades políticas aparentes, sino en hechos prácticos, lo mismo jurídicos y económicos que comerciales y culturales.

Dado el carácter de nuestras actividades educativas, este último aspecto de la cuestión es el que nos interesa directamente. Espero no equivocarme al decir que todos los presentes estamos convencidos de que la cohesión de los pueblos de este Hemisferio no podría resistir a las amenazas del futuro si no nos sintiéramos capaces de cimentarla sobre una armonía inteligente de lo que implica el denominador común de nuestras determinaciones y nuestros hechos: nuestra cultura.

En ese punto, el compromiso moral de México y de los Estados

Discurso pronunciado al recibir el Grado de Doctor en Letras, *Honoris Causa*, de la Universidad de Nuevo México.—Albuquerque, Nuevo México, E. U. A., 25 de febrero de 1944.

Unidos es de trascendencia definitiva para el porvenir de las dos naciones y, también, para el cumplimiento de la política de amistad de nuestro Continente. La proximidad material y la distinta calidad de nuestros acervos artístico, científico, técnico y literario, son circunstancias que hacen de nuestra vecindad un motivo de prueba muy importante. Sería difícil, por cierto, que lo que nosotros no hagamos para entendernos lo consiguieran, en otras partes de América, las modalidades latina y sajona de nuestra civilización. Ello acentúa la responsabilidad de nuestros intelectuales, cuya obligación más patente consiste en trazar un programa que —sin vulnerar los propósitos nacionales de cada una de nuestras Repúblicas y sin contener ninguna de sus manifestaciones profundas— permita elevar, en el plano internacional, una plataforma de verdadera cooperación cultural interamericana.

A este respecto me parece que nos hallamos, nosotros los habitantes del Nuevo Mundo, en mejor posición que nadie para ensayar la viabilidad del sistema que los pensadores europeos, reunidos en Madrid en 1933, recomendaron a los países miembros del Comité de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones.

Permitidme que os recuerde los principios de ese sistema. El primero de ellos procede de la noción de universalidad y postula, lógicamente, la organización del género humano como unidad ética y jurídica. El segundo resulta de la convicción de que el hombre no puede alcanzar plenitud de cultura sino merced a la libertad del intercambio intelectual entre las instituciones y las naciones del orbe entero. El tercero proclama la conveniencia de impartir a todos una educación general, ampliamente humana, basada en la activa iniciación dentro de las distintas disciplinas del pensamiento, por medio de métodos científicos que orienten progresivamente las aptitudes individuales y que no incurran en el peligro de una especialización excesiva ni prematura.

Esta última advertencia —aunque formulada hace más de diez años— adquiere hoy un valor incontrovertible, ya que uno de los problemas más graves de la postguerra será el de articular los procedimientos educativos de todo el mundo, para que no se repita el error sangriento de que, mientras dentro de un grupo de Estados se enseñaba a los jóvenes y a los niños a creer en la fuerza de la razón y de la justicia, dentro de otro grupo de Estados una serie de pedagogos dog-

máticos y serviles los adiestraba en la técnica de la muerte y los inducía a no respetar sino el látigo y la violencia.

Más pronto o más tarde, la paz se establecerá. Veremos entonces ir y venir delegaciones de diplomáticos, de economistas y de juristas preocupados por dar nueva forma a las relaciones políticas de los pueblos. Nuestro íntimo deseo es el de que esos juristas, esos economistas y esos diplomáticos tengan éxito en su labor. Pero, por grandes que sean sus méritos y por limpias y generosas que supongamos sus intenciones, ¿cómo lograr que conviertan sus postulados en soluciones útiles y eficaces si, al mismo tiempo, no procuramos el establecimiento de ciertas reglas educativas que —respetando los caracteres propios de cada Estado— definan aquello que, en materia de tanta enjundia, debe ser de índole universal?

Me complazco en recoger aquí la sugestión hecha por el Presidente del Consejo de Educación de la Gran Bretaña, en las palabras que pronunció el 27 de mayo de 1943 ante los representantes de la prensa extranjera en Londres: "Por lo que hace a la universalidad, que no olvidaré al proyectar lo necesario para proveer a este país de una educación primaria y secundaria de categoría universal —dijo—, será esencial que ninguna gran nación quede al margen del mecanismo que se establezca." Y, al recoger tan espléndida sugestión, me permito ampliarla porque creo sinceramente que, en lo que concierne a la educación, no puede hablarse de grandes o de pequeñas naciones. El criterio de dosificación de potencias no habrá de prevalecer en la estructura humana de la postguerra. Fuertes o débiles, todos los pueblos que ingresen en la futura organización internacional adquirirán proporcionalmente iguales compromisos y tendrán que participar en la obra educativa con igual decisión.

En efecto, cuando el conflicto termine, sería un trascendental error el que los valores morales —que hicieron posible y gloriosa la resistencia— se dispersaran en nombre de antagonismos nacionalistas que, si incluso en lo material, carecen frecuentemente de fundamento, resultan siempre, en lo que atañe al espíritu, ilógicos y suicidas.

Dentro de los peligros probables existe uno, al que aludiré en este momento: el de oponer, como si fueran categorías irreductibles, las culturas de América y las de Europa. En lo que tienen de grande y de constructivo todas coinciden y deberán conjugarse cada vez más. El

interamericanismo se traicionaría a sí propio si pretendiera aislarse en el plano del saber y de la belleza. El ejemplo de los demás es una ventana que debemos abrir en nuestra conciencia para ver más hondamente en nosotros mismos y para no contentarnos con imitar procedimientos que, por exóticos, nos quitarían lo propio sin proporcionarnos lo universal.

Pienso, por otra parte, que lo más opuesto a lo universal es lo que se dice y se juzga cosmopolita. Ante todo, hay que ser genuinos. De ahí que consideremos con especial interés todos los esfuerzos que están haciéndose en los diversos países de América para atinar en la formación de un pensamiento y de un arte propios, pero velando afanosamente porque, en la interpretación de lo nuestro, no prescindamos jamás del concepto humano que sólo da la comparación de lo autóctono con lo general.

Abrigo, asimismo, la certidumbre de que América no incurrirá en improvisaciones precarias, ya que las conquistas de la historia occidental —que, en muchos sentidos, nos pertenecen— no constituyen sólo un ambiente insustituible para nuestro desenvolvimiento, sino un instrumento admirable de exploración para distinguir e ilustrar nuestras realidades. Después de todo, no hay razón para no aplicar al desarrollo intelectual y moral de las sociedades el epígrafe de uno de los libros más difundidos de nuestro tiempo: “El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al mundo.”

Dentro de este criterio abierto, democrático y libre de la orientación cultural para la postguerra, estoy seguro de que México y los Estados Unidos podrán cooperar cada vez con mayor fervor. Por eso estimo que reuniones como las que acaban de celebrarse en esta ciudad, merecen particular estímulo y, al multiplicarse y coordinarse, encauzarán nuestro esfuerzo con beneficio evidente para nuestras Repúblicas, para el progreso de los pueblos americanos y, en último análisis, para la constitución de una paz orgánica, mundial, justa y permanente.

NECESIDAD DE ENSEÑAR LA DEMOCRACIA

TENEMOS hoy la satisfacción de saludar cordialmente a un distinguido huésped de nuestra Patria: el señor Doctor Studebaker, Comisionado Federal de Educación de los Estados Unidos de América.

Los antecedentes profesionales del funcionario que nos visita son su mejor elogio y constituyen, por otra parte, su más espléndida credencial. Aceptando la invitación que le dirigimos hace algún tiempo, el Doctor Studebaker se ha servido venir a México, a fin de examinar con nosotros ciertos problemas que interesan por igual a nuestros países, y de cuya solución adecuada derivará un entendimiento más hondo y más generoso de los aspectos fundamentales de nuestra vida.

Tales aspectos no son políticos en sí mismos; ni, por sí mismos, puede decirse que afecten directamente el desarrollo de las relaciones externas de nuestros pueblos. Ello no obstante, es preciso manifestar que el porvenir general de esas relaciones no alcanzará auténtica plenitud si no otorgamos a las cuestiones educativas, que son materia de nuestro estudio, la atención esclarecedora y límpida que merecen.

¿Qué valdría, en efecto, la amistad de las colectividades americanas, si la aceptáramos erigida sobre las huidizas arenas del cambiante interés político o en las efímeras concesiones de arreglos económicos temporales? Sería, a lo sumo, una alianza estratégica, sujeta a las eventualidades del éxito o del fracaso; una fórmula de defensa, estimable sin duda en las horas en que los ojos únicamente descubren la luz sangrienta que brilla sobre el reflejo de las espadas... Pero aquella fórmula defensiva no es, por sí sola, expresión total de la solidaridad creadora que apetecemos. Y resultaría muy deprimente pensar que la cohesión de este Nuevo Mundo sólo es posible ante las amenazas de la discordia y bajo el signo del exterminio, pues, al contrario, cuando auscultamos el corazón de nuestro Hemisferio, lo que advertimos es un latido enérgico de esperanza y una aspiración infinita de humanidad.

Asociados durante la crisis más dolorosa que la civilización ha experimentado desde hace siglos, tenemos que preocuparnos por exaltar

Banquete en honor del Dr. John W. Studebaker, Comisionado Federal de Educación de los Estados Unidos de Norteamérica.—México, D. F., 5 de septiembre de 1944.

y garantizar esa civilización fuera de la guerra. Y, al percatarnos de las responsabilidades enormes que nos incumben, comprendemos que no es tejiendo combinaciones políticas transitorias como conseguiremos consolidar la estructura interior de nuestro destino porque, al par que Penélope —que deshacía, de noche, sobre el telar, la obra iniciada durante el día—, la vida suele destejer en la sombra muchas precarias combinaciones y no nos deja, de los colores que por momentos las adornaron, sino la trama de la desnuda y última realidad.

Es, pues, a eso, a mejorar nuestra realidad, a lo que habremos de consagrarnos lúcidamente, convirtiendo en verdad activa los compromisos éticos más profundos; depurando nuestra confianza, eliminando nuestros celos y procurando que la interdependencia material de nuestros esfuerzos no se sustituya a la armonía de nuestros derechos y al equilibrio esencial de nuestras culturas.

Para concretar un propósito tan plausible, no encontraremos elemento mejor que la educación. En América —en la América entera y no nada más en México y en los Estados Unidos— hace falta un acercamiento sereno de los espíritus, una comprensión más justa de lo que somos y una comunidad de principios morales acerca de lo que pretendemos hacer de este Continente, no en virtud de un convenio formal, destinado a yacer en el muerto silencio de los archivos, sino en virtud de ese acuerdo tácito de los pueblos que es el más eficaz y durable de los tratados, el que no se sella con lacre, sino con sangre: la fe de América en la función de la libertad.

Mucho es lo que para respetar ese acuerdo tácito puede hacerse en todas nuestras escuelas, despertando en los alumnos una conciencia continental que no admita el triunfo de la fuerza sin la razón, la opresión del rico sobre el humilde, el desdén del blanco para el indígena o para el negro, la discriminación de las razas y de las clases, y los privilegios de la técnica y del poder.

Las democracias —que han acendrado en el sacrificio todos sus postulados originales— saben ahora que los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad no son exclusivamente palabras trascendentales de nuestro léxico, sino ideales que impunemente nadie defrauda y que cobran valor fecundo cada vez que, al encarnar en la juventud merced al conjuro vital de la educación, afloran dentro del ánimo de los hombres.

Sólo la generalización de esos ideales permitirá que los pueblos se entiendan honradamente. Y sólo podrán ahondarse, como lo ansiamos, merced a una integración cultural humana, apoyada sobre métodos coherentes de educación. El triunfo que las potencias nazifascistas lograron durante el primer período de esta guerra, cuando —en un lapso de pocos meses— uncieron al yugo totalitario a numerosos países que sustentaban en sus instituciones civiles el régimen democrático, no fué, como lo supusieron los dictadores, la prueba histórica de que semejante régimen se encontrase en el grado extremo de la caducidad y la corrupción, sino el producto de la fuerza bélica acumulada por una lacerante mística de dominio y, en ciertos casos, el testimonio de que no es posible que la democracia funcione rápidamente donde los pueblos y los gobiernos dejan de interesarse por renovarla y vivificarla, día tras día, en el corazón de los próximos ciudadanos.

Por democrático que se crea, un país que no educa a sus jóvenes dentro de la fe en el poder redentor de la democracia, no estará en condición efectiva de defender a la democracia. De ahí que juzguemos tan apremiante la necesidad de que los sistemas educativos del Continente y del mundo entero se orienten hacia un espíritu constructivo que enseñe a los educandos a sentir que la perduración de lo nacional —que es el más noble de los deberes— depende del orden que prevalezca en lo internacional; que sólo en la libertad de todos prospera la libertad de cada individuo y que no existirá jamás seguridad absoluta para ninguno mientras, dentro de algunas fronteras, se considere recomendable —e, incluso, justo— lo que fuera de esas fronteras implica llanto, iniquidad, retroceso, vergüenza y luto, esclavitud y miseria, oprobio y desolación.

Tenemos que enseñar a las nuevas generaciones a creer con fervor en la democracia. Pero nunca lo lograremos completamente, si no les damos medios certeros de comprobarla en su propia alma, y si no les enseñamos, al mismo tiempo, a distinguir con exactitud entre la democracia puramente verbal, a cuyo amparo medra a menudo el imperialismo, y la diáfana, la sincera, la que no tiene dos pesas o dos medidas.

Poco durará la paz por la que pugnamos, si no la hacemos indivisible, y si no tratamos de asegurarla contra los riesgos futuros: en lo político, por medio de un respeto absoluto de los derechos inalienables de cada soberanía; en lo práctico, por medio de una colaboración eco-

nómica que garantice el desarrollo autónomo de cada comunidad y, en lo cultural, por medio de una universalidad que no limite el carácter nacional de cada individuo, pero lo apoye sobre un terreno supremo e inalterable: el de lo humano.

Cuanto México y los demás Estados de este Hemisferio hagan por entenderse sobre las bases de esta categoría emancipadora de la enseñanza, contribuirá a robustecer nuestra convivencia.

EN LOS UMBRALES DE UN MUNDO POR REALIZAR

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:

Por determinación del Señor Presidente de la República vuelvo a esta casa, con cuyas tradiciones me ligan estrechamente numerosos años de actividad y de convicción. Y, concluído el período de festejos —al que dieron brillo tan prestigioso las Embajadas que acreditaron vuestros Gobiernos para la transmisión del Poder Ejecutivo de mi país— tengo la honra de entrar, ahora, en contacto oficial con los Jefes de las Misiones Diplomáticas permanentes.

Empezamos juntos, Señores, un capítulo más de las relaciones de nuestros pueblos. Y lo empezamos frente a la aurora de una época de la historia, ante el profundo estremecimiento de un despertar doloroso y esperanzado: el de un mundo por realizar.

Cada generación se interroga: “¿Hacia dónde vamos?” Mas no siempre acontece que tenga, como la nuestra, tantas razones para inquietarse de la contestación que le dé el destino.

Tras de asistir, en el espacio de algunos lustros, a dos conmociones tan gigantescas ¿cómo concebir el progreso en los mismos términos, ingenuos y satisfechos, en que lo concebían ciertos polígrafos del siglo xix?... No hemos presenciado exclusivamente la muerte de muchos hombres. Hemos sentido disminuir, bajo nuestros pies, resistencias que juzgábamos intangibles. Hemos, en fin, contemplado al espíritu en lucha con el espíritu y a la materia crecer en cólera e intentar el suicidio de la materia.

No existen voces, ni técnicas, ni doctrinas que haya respetado el afán del mal y que las propagandas del exterminio no hayan utilizado arbitrariamente. La mentira ha osado ceñirse el casco de la verdad. Hasta una parte de la civilización se ha vuelto sospechosa por los crímenes que, en su nombre, han perpetrado países que se decían civilizados. Dos veces hemos tenido que dar a la cesación del combate el valor del triunfo. Y así acontece que, todavía, como los arqueólogos

Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exteriores al H. Cuerpo Diplomático.—México, D. F., 12 de diciembre de 1946.

de antaño en las excavaciones de Samotracia, estemos buscando —entre escombros— la cabeza de la victoria.

Si me extendí en este negro esbozo, no ha sido por pesimismo. Fué, al contrario, porque sigo confiando en la luz del día venidero y porque abrigo la certidumbre de que esa luz surgirá, a la postre, de un regreso general y consciente a la humanidad.

Es preciso reconocerlo. El hombre ha ensayado en vano escapar del hombre. Por la puerta del superhombre, afirmaba Nietzsche. Y, por esa puerta, se despeñaron las dictaduras. Por su inmersión en la grey, insinuaron otros. Pero la meta subsiste ante nuestros ojos. Volver al hombre. Al hombre, que las violencias de la política trataron de aniquilar en batallas crueles, no para hacerlo más próspero y más dichoso, sino para que prevaleciese un concepto parcial de los muy diversos que podría coordinar con su inteligencia si, en vez de buscar la paz por el vencimiento de sus iguales, la encontrase, primero, en su propio sér.

Acaso uno de los errores más persistentes y más nocivos ha consistido en pensar que la paz es únicamente la consecuencia de un equilibrio exterior, con apego a la estricta observancia de los tratados. En lo formal, la paz asume sin duda ese claro aspecto. Pero su esencia reposa en el consentimiento íntimo de los hombres.

El intenso desarrollo de la moderna mentalidad jurídica nos induce a olvidar, con frecuencia, que no existen solamente en el mundo estados de lucha, que el derecho puede resolver en favor de una y en contra de otra de las partes en conflicto. Existe también —quizá fuera de la acción inmediata de los gobiernos y del habitual interés de los estadistas— una aspiración de armonía entre los espíritus, sin diferencia de raza, de idioma o de religión. Cada año esa aspiración aporta más elementos para integrar un mundo realmente nuevo. Y en ese mundo —si careciésemos de visión para presentirlo y de energía para desearlo— nuestras actuales concepciones del derecho se encontrarían súbitamente envejecidas y superadas.

Después de los horrores de la última guerra y frente a la imagen de la hecatombe en que acabaría una contienda futura, no parecen ya suficientes ciertos preceptos, en la práctica tan elásticos. En efecto, implicaría un sarcasmo proclamar la igualdad teórica de los Estados si la desigualdad de las fuerzas —o de los recursos en presencia— continuase sirviendo para imponer una competencia sin esperanza a los me-

nesterosos y a los humildes. Y sería otra burla estéril que la ley internacional reiterase el derecho de todos al bien de la independencia, si las situaciones de hecho siguiesen avasallando a los menos favorecidos con servidumbres inexorables, económicas, bélicas y políticas. Además de las construcciones jurídicas —siempre perfectibles— hace falta un ambiente de fraternidad generosa y dinámica que no se limite a evitar los conflictos, sino que trate de ampliar y de fecundar la cooperación de todos, para bien de todos.

De una sola fuente podremos extraer ese limpio estímulo fraternal: de la justicia, de nuestra fe innata en la justicia, de nuestra confianza inagotable en el poder de la justicia. Decid a las colectividades humanas que habrá justicia, según lo ofreció la Carta del Atlántico, y veréis cómo aceptan las máximas privaciones, a cambio de no perder su mejor legado, su patrimonio más puro, su libertad. Decidles que el hambre de los pobres no supondrá la hartura de los ricos; que la felicidad de los fuertes no se edificará sobre el renunciamiento de los débiles; que los grandes inventos de un país no serán la compensación del analfabetismo de los otros; decidles eso, que la justicia es posible, que no es un mito, y habrá paz y contento en todos los corazones.

La reciente y tremenda conflagración hizo revivir en las masas su inextinguible sed de justicia. Toca ahora a los gobiernos demostrar con sus decisiones —antes de que se disipe la euforia del triunfo— que estamos efectivamente en los umbrales de una civilización distinta, no cimentada en la rivalidad sino en la dignidad y el respeto mutuo.

Porque una diplomacia que no presentase el sentir de la nacionalidad en que se sustenta sería, a lo sumo, una forma costosa de abdicación. Pero una diplomacia que no se esforzase por apreciar el sentir de la nacionalidad en la cual actúa y, sobre todo, una diplomacia que no asociara a esos dos deberes el de ayudar a todos los hombres para existir en concordia y en libertad, no contribuiría a la paz del mundo.

Ahora bien, en la organización de esta paz difícil estamos todos comprometidos. Y los diplomáticos tanto como el que más. Si insisto en ello no es porque sea yo de los que se gozan en exagerar el papel director de la diplomacia. Ya hemos visto la calidad de los agresores, su soberbia ante los talentos que no se humillan, su desprecio para los pactos, su odio para los libros que los desmienten, su ira ante el heroísmo de la verdad. Tras de experiencia tan lamentable, creer que el

derecho se prueba en abstracto, sólo en los términos del derecho, y que sus postulados otorgan un privilegio de inmunidad a quien los invoca, equivaldría a cavar un oscuro abismo entre los actos y las palabras.

Si bastase la aplicación de una ley escrita para normar la conducta de los Estados ¿cuál sería el valor de la diplomacia?... Por ventura, los países no constituyen enteiquias teóricas y distantes; sino conjuntos de seres vivos, de personas que sienten y que trabajan, que ansían y que recuerdan, con tradiciones y con proyectos; hombres, en suma, a los que tenemos que conocer para comprender y que estimar de verdad para persuadir.

Durante la recepción que le ofrecisteis el 5 de este mes, el Señor Presidente Alemán os manifestó que, a su juicio, "la más importante de las funciones que incumben a los representantes de los gobiernos es la de ser intérpretes sin prejuicios del conocimiento diáfano de los pueblos." El sendero, tortuoso y arduo, de la diplomacia a la antigua usanza tenía que conducir a la incomprensión, y partiendo, como partía, del egoísmo, desembocar por fuerza en la controversia. Pero la discusión en el ágora colectiva tampoco remediaría los viejos males si, por encima de la autoridad de los plenipotenciarios, no se irguiese la autoridad de los pueblos que los designan.

El carácter multilateral de los grandes acuerdos universales necesita erigirse, para no concluir en utópicas ligerezas, sobre una lógica cohesión de convenios y simpatías bilaterales. Así es, Señores, como apreciamos vuestra misión en nuestra existencia. Como un esfuerzo por afianzar entre vuestras patrias y nuestra patria ese puente insustituible que el hombre tiende para acercarse a los otros hombres en lo que tienen los hombres de más humano: su capacidad de colaboración y de comprensión.

Lo que firman las plumas de los ministros en las mesas de los Congresos, puede ser una tregua o un armisticio. Pero la paz, la verdadera y durable paz, debe fundarse en algo más decisivo que un pergamino protocolario. Y los sellos que garanticen su cumplimiento no serán los que impongan, en lacre, los delegados de las cancillerías, sino las huellas que dejan sobre la historia las manos ensangrentadas, fervorosas y auténticas de los pueblos.

Grande es la confianza que depositan hoy los países en los gestores

de su vida de relación. Pero en estas horas, en que todo está nuevamente en juego —porque la paz no se gana con la victoria sino en virtud del uso que se hace de la victoria—, la diplomacia no sería digna de tal confianza si se apartase tan sólo un punto del esfuerzo común que es imprescindible para reconciliar el progreso con la justicia y para hacer de la civilización una redención.

IX

EL COMERCIO COMO NEXO DE CONCORDIA INTERNACIONAL

ENTRE las ruinas de la contienda, ocurre que tropezamos a cada paso con el recuerdo de una insana ambición de los dictadores: la de erigir su dominio por medio de la autarquía.

Transido y convulso aún —porque la crisis de nuestro tiempo no terminó con la guerra misma— el mundo principia a reconocer que aquella ambición fué mentira usada para discursos de propaganda o delirio funesto de megalómanos, ya que los pueblos, por poderosos que sean, han menester unos de otros constantemente, de igual manera que el ciudadano, en cualquier país, tiene siempre necesidad de sus semejantes.

Por contraste con el odio y el egoísmo, las naciones habrán de apreciar, cada día más, el valor de la amistad y de la concordia. Y es así como están afanándose por multiplicar entre ellas todos los nexos, reanudando los que existían y robusteciendo los que, a su juicio, lograrán asociarlas mejor en lo venidero.

Uno de esos nexos es el comercio. El comercio del que —adaptando al caso un antiguo apólogo— cabría decir aquí que puede ser la mejor y también la peor de todas las cosas. ¿Cómo negar, en efecto, que la conquista de los mercados, la parcialidad de las competencias y la estrategia de la agresión mercantil han sido otras tantas causas de injustas *expediciones* y de tremendas guerras en el pasado? Pero el comercio ha constituido, por otra parte, un excelente recurso para la cohesión de las sociedades. Concertado sobre cimientos de comprensión y de buena fe, respetuoso de los intereses ajenos igual que celoso de que se respeten los propios, el comercio abre muchas fuentes de prosperidad económica, afirma entre los Estados sólidos lazos, ayuda al mejor conocimiento recíproco de los hombres, crea multitud de amistades individuales, suscita viajes, favorece el turismo, facilita inclusive la cooperación cultural; y, al acercar los productos de las zonas más apartadas y de las civilizaciones más diferentes, libra a los pueblos de una de las servidumbres más angustiosas: la esclavitud de la geografía.

Banquete ofrecido a la Misión Comercial Belga en la Secretaría de Relaciones Exteriores.—México, D. F., 23 de enero de 1947.

Atestiguando su trascendencia, las Naciones Unidas han comenzado ya a disponer los preparativos de una Conferencia Mundial sobre Comercio y Empleo.

Dicha reunión, que se efectuará en 1947, habrá de estudiar simultáneamente varias cuestiones que no sería recomendable examinar de manera aislada, pues mantener plenitud de empleos y alcanzar altos niveles de vida para los trabajadores, son elementos indispensables en lo que atañe a la expansión de un comercio justo, en tanto que de esta misma expansión se derivará —cerrando a la postre el círculo— la posibilidad de mantener esa plenitud de empleos y de conseguir aquellos altos niveles que deseamos.

Ciertamente, la historia nos ha enseñado que, entre las naciones más industrializadas, la elevación sistemática de las barreras aduanales suele ser origen de controversias y pródromo de conflictos. Pero aplicar un idéntico trato a países preparados desigualmente en su evolución industrial implicaría, para los menos desarrollados, la condenación a un estancamiento y a una subordinación económica inadmisible.

El problema al que se enfrentará la Conferencia a que aludo es, por consiguiente, en extremo delicado y su resolución exigirá un máximo de tacto por parte de las delegaciones, dado que su designio no podrá ser el de incidir, respecto a una materia tan compleja, en los errores en que incurrió el liberalismo del siglo xix al querer tratar como iguales a desiguales.

He apuntado las consideraciones que preceden porque estimo que una de las medidas más eficaces para evitar en la práctica los abusos de la teoría consiste en que los pueblos, sin descuidar los acuerdos de los gobiernos, se conozcan directamente. Así, al concluir las hostilidades, una misión oficial que representaba a las principales fuerzas económicas de México, viajó por algunos países europeos y, en Bélgica, fué acogida con significativas muestras de simpatía. Ahora, una Misión Comercial Belga llega a nuestra República. La recibimos con vivo agrado.

Sus miembros se proponen fomentar el intercambio mercantil de las dos naciones, previo el estudio de aquellos productos mexicanos susceptibles de interesar a la industria belga y de las expectativas que ofrezca nuestro mercado a los artículos manufacturados en Bélgica.

Sé cuán industriosa y activa es la patria de Maeterlinck y Verhaeren. Ahí tuve la honra de representar a mi país en los años que antece-

dieron a la segunda guerra mundial. Durante mi estancia, admiré la belleza de sus ciudades; y, en Waterloo como en el Yser, visité los sitios en que, con intervalo de una centuria, Europa frenó parecidos propósitos imperiales. En la hospitalaria Casa de la América Latina, de Bruselas, asistí a conferencias sobre México organizadas por nuestro amigo el señor Rouma. Y, paralelamente, aprecié la iniciativa y el vigor ejemplar de la industria belga. Recorrí Lieja. Vi la región carbonífera, hormiguero de tesón y de voluntad. Concurrí a las *Floralias* de Gante, inesperada cosecha de invernaderos que burlan con sus estufas más de treinta grados de latitud y realizan el prodigio de que, en las riberas del Lys, esplendan las orquídeas como en las márgenes del Grijalva. Conocí la ordenada fiebre del puerto de Amberes. Y a menudo reflexioné, tras de leer algún capítulo de Pirenne, en cómo un país —pequeño en el mapa— ha llegado a ser grande en la historia, en la cultura, en el progreso económico y ha logrado indiscutibles conquistas democráticas; por qué las ciudades libres de Bélgica supieron resistir a la hegemonía de sus señores y hasta qué punto su independencia hubo de construirse sobre bases magníficas de trabajo. Si evoco esas reflexiones es porque confirman un pensamiento ante el cual me inclino, con la experiencia, cada vez más: el de que en el trabajo y por el trabajo ha de fincarse en definitiva la libertad del mundo.

Ustedes, señores miembros de la Misión Comercial Belga, podrán ver igualmente en México viejos rincones de encanto y de tradición, pasmosas reliquias arqueológicas, fiestas populares de cálido colorido; pero asimismo podrán contemplar, junto al esfuerzo agrícola de nuestros campesinos, las manifestaciones de una industria naciente, que deseamos acelerar, que necesitamos ampliar y, para cuyo desenvolvimiento, la maquinaria de Bélgica está en aptitud de proporcionarnos un concurso sin duda considerable.

Cuanto hagamos, unos y otros, a fin de intensificar nuestras relaciones comerciales no servirá tan sólo a nuestros países. Servirá, además, a esa noble causa por la cual lucharon las democracias: la causa de la solidaridad del género humano, el ideal de una convivencia en que los beneficios del intercambio no se encuentren indefectiblemente regidos por la ley del más fuerte —o la del más rico— sino por las normas de la razón y la ayuda mutua y por los principios inalterables de la equidad.

DIA DE LAS AMERICAS

CELEBRAMOS el *Día de las Américas*. Y no hemos de reunirnos ante esta mesa con el fin de depositar unas cuantas flores sobre el noble recuerdo de nuestros héroes. Hombres como Simón Bolívar y como José María Morelos, como Abraham Lincoln y como José Martí no admiten coronas fúnebres. Porque están vivos, vivos en nuestros pueblos, y porque su presencia reclama de nuestro espíritu determinaciones y no palabras, hechos y no proyectos.

A través del tiempo, los grandes escollos del panamericanismo han sido el egoísmo de las fuerzas imperialistas y la ceguera de los gobernantes incomprensivos que se habituaron a decorar con retóricas redundancias una realidad de abandono y de indiferencia, cuando no de desprecio y de hostilidad.

Lo que necesita, ahora, la unidad a la que aspiramos no son elogios líricos y fugaces, sino esfuerzos perseverantes y coordinados. Es cierto, la voluntad de aislamiento ha cedido ya ante una voluntad mucho más enhiesta: la de amistad. Mas tenemos todavía que percatarnos muy claramente de que la paz es un todo orgánico, en el que cada país desempeña una función necesaria para los otros y de que, en un conjunto cuya prosperidad ha de ser entendida como un éxito indivisible, el dolor, la debilidad y la angustia de una sola de las partes —por pequeña que se la juzgue— minan, en su conciencia vital, la cohesión de América.

PROBLEMAS ECONÓMICOS, POLÍTICOS Y MORALES

Gracias a la práctica de la buena vecindad, pocas veces se ha revelado tan firme esa cohesión como en estos días. Y, sin embargo, pocas veces ha confrontado tantos, tan subterráneos y tan complejos problemas económicos, políticos y morales.

Durante la guerra, el peligro afianzó todos nuestros vínculos, sin que perdiera cada nación la capacidad de sus decisiones. Pero, al terminar la conflagración, y, sobre todo, al nacer la paz —y al nacer en la

forma precaria que lamentamos— el mundo ha venido a encontrarse en condiciones de inseguridad general que no son aquellas que hubo de imponer la conflagración a nuestros países, pero que inquietan porque derivan del malestar económico y, por otra parte, del desencanto que nubla toda victoria que no responde, rápidamente, a las esperanzas patrocinadas para lograrla.

Con el deseo de superar esas condiciones, se ha pensado en robustecer la seguridad colectiva del Hemisferio, dentro del panorama —no sólo regional, sino universal— de los sistemas concebidos, primero, por el Acta de Chapultepec y, más tarde, por la Carta de San Francisco. Ahora bien, en la paz, la seguridad colectiva no implica exclusivamente medidas aplicables, en último extremo, en el caso de una agresión, sino también —y en primer lugar— medidas de defensa frente a amenazas de linaje más cotidiano y menos fortuito: la inseguridad económica y el desánimo de los hombres.

LA DEMOCRACIA, FUERZA COMÚN

El común denominador de la convivencia interamericana ha sido, en las horas más altas, la democracia. Nacimos a la responsabilidad internacional bajo el signo del desquiciamiento de los regímenes monárquicos absolutos. Hemos vivido pugnando contra los regímenes absolutos, de cualquier clase, a menudo en el exterior y a menudo, también, en el interior. Y, si ahondamos en el examen de nuestra historia, vemos que los años en que más temerariamente nos distanciamos unos de otros fueron aquellos en que —unos u otros— nos distanciamos más de la democracia. Esto no debe ser ofrecido a los jóvenes escolares como una lección simbólica del pasado, sino a todos, niños y adultos, como un consejo. Como un consejo para el presente y como un augurio cordial en lo porvenir.

La democracia constituye nuestra máxima fuerza común. Al reconocerlo, no pensamos que facilite ese solo hecho todas las cosas, pues, en nuestro concepto, el error de muchos ha residido en proponer a la democracia como si fuera un régimen indeciso, tímido y deformable, en cuyo seno la holganza de los pasivos y la acometividad de los ambiciosos pudieran ser toleradas sin grave daño.

Al contrario. Si algo nos ha enseñado la catástrofe provocada por el eje nazifascista es que la democracia, para salvarse, necesita mayor

consistencia aún que las dictaduras, más entusiasmo, más sentido de las responsabilidades nacionales e individuales, mayor confianza en la ley de todos, mayor fervor en el sacrificio y mayor abnegación en el cumplimiento de sus deberes.

COMPROMISO ANTE LA PAZ

Apenas salidos de la tensión del conflicto, estamos entrando en la tensión de la paz. Por cierto, en la organización de esa paz vamos a tener que afirmar lo que somos como países independientes y lo que valen los ideales que sustentamos: la libertad, la igualdad y la democracia.

Sólo una paz justa podrá ser una paz enérgica. Y sólo una paz enérgica podrá ser una paz segura. Semejantes anhelos no eran palabras que —una vez pronunciadas, para suscitar optimismo en los combatientes— iban a volver a dormir, cautelosamente, en el diccionario empolvado de las naciones. En efecto, hay ideales que no es posible poner en marcha cuando creemos que nos conviene y paralizarlos después, a nuestro capricho, cuando juzgamos que nos afectan.

Unidos para defender, en la lucha, la dignidad de la civilización y la dignidad del hombre, no habremos de consentir que la dignidad de la civilización y la dignidad del hombre sufran, durante la paz, los quebrantos que no permitimos en los años más duros de la contienda. Y pues voces se elevan de muchas partes con el propósito de erigir garantías formales frente a la guerra ¿qué de extraño tiene que se levanten también muchas otras voces para recomendar el estudio de garantías formales frente a la paz?

Vuelvo aquí al tema de la seguridad interamericana. Y ya que, desde el punto de vista ético, esa seguridad descansa en la democracia, añadiré que, desde el punto de vista económico, su único apoyo válido me parece ser el de una creciente, equitativa y leal colaboración.

DECLARACIÓN DE FILADELFIA

Sólo pueblos fuertes podrán resistir a la paz de acero que se levanta en el horizonte. Pero, cuando hablo de pueblos fuertes, no me refiero a pueblos fortalecidos, más o menos improvisadamente, por el escudo de la preparación militar, sino fuertes por su estructura interna, fuer-

tes por el aprovechamiento de sus recursos, fuertes por su educación, fuertes por su comercio, fuertes por sus industrias y fuertes por su dominio sobre la incertidumbre del desempleo, los azares de la enfermedad y los amagos constantes de la miseria.

Cuando —en 1944— se reunieron en Filadelfia, los representantes de los Estados miembros de la Organización Internacional del Trabajo emitieron una Declaración que tuvo, como tantas otras declaraciones, su hora de notoriedad y de intenso aplauso, y sobre la cual, en tan corto tiempo, ha descendido ya cierto injusto olvido.

¿Qué decía, en suma, aquella declaración?... Que “el trabajo no es una mercancía.” Que “la pobreza, en cualquier lugar, constituye un peligro para la prosperidad en todas partes.” Que “la lucha contra la necesidad debe emprenderse con incesante energía dentro de cada nación y mediante un esfuerzo internacional, continuo y concertado.” Y que “todas las medidas, nacionales e internacionales”, deben apreciarse por el resultado que logren, por cuanto a que “todos los seres humanos puedan perseguir su bienestar material y su desarrollo espiritual en condiciones de libertad y de dignidad, de seguridad económica y de igualdad de oportunidades.”

SEGURIDAD ECONÓMICA

He ahí, señoras y señores, la garantía más positiva de nuestra defensa ante las dificultades de la paz. Fomentar, mediante los beneficios de la cooperación económica y dentro del marco social de la democracia, la seguridad de todos los pueblos americanos, en la justicia, en la independencia y en el progreso.

Tal vez en ninguna parte sea más factible que en la tierra de este Hemisferio dar realidad a una aspiración como la que apunto. Me baso, para decirlo, en la juventud de nuestros países. Porque la juventud de nuestros países valdría bien poco si, esgrimida en la lucha como un derecho, no constituyera, en la paz, una gran promesa y no fuese para nosotros, a cualquier hora, la aceptación de un deber supremo. El deber de consolidar en los hombres la fe en el hombre; el de elevarnos hasta un plano de verdadera concordia y el de usar de todas nuestras facultades —como tiene siempre que usarlas la juventud— con generosidad y con persistencia.

Ante la crisis de nuestro tiempo, un pesimista de indiscutible ta-

lento ha llegado a afirmar que la muerte es, en el siglo xx, la única dignidad ofrecida al hombre. Si hemos de desmentir tal afirmación y si no queremos que sea la muerte la única dignidad ofrecida en serio al hombre de nuestra época, tendremos que preocuparnos por hacer de la vida una auténtica dignidad. Al efecto, tendremos que incorporar a los hechos la jerarquía del pensamiento y, con la buena voluntad de todos, suprimir el abismo que media entre la conducta y los preceptos de la conducta, entre el derecho y las realidades sostenidas contra el derecho, entre el ideal que vence a los intereses y los intereses que frustran el ideal.

Respetándose mutuamente y ayudándose mutuamente, los pueblos americanos se hallan en aptitud de contribuir, con sus principios y con su ejemplo, a la inmensa tarea de colocar sobre las eventualidades de la coexistencia, que es un hecho físico, las virtudes de la convivencia, que entraña —sobre toda otra cosa— una armonía libre de los espíritus.

De ahí que os proponga, en este 14 de abril, un voto al que comunico todo mi aliento: Por una América en que cada nación asegure y prestigie a la América entera. Por un mundo en que la solidaridad de América haga, invariablemente, honor a la humanidad.

PAPEL DE LA MUJER EN EL AFIANZAMIENTO DE LA PAZ

EN LA organización de la convivencia humana, incumbe a la mujer, cada día más, un papel de importancia definitiva.

Al reconocer esa realidad, no me refiero ahora, limitativamente, a lo que piensan muchas mujeres cuando reclaman la dirección de sus compañeras en el campo de la experiencia administrativa y en la función especial de las elecciones. Me refiero, con mayor esperanza aún, a la aptitud de su intervención en favor de la paz y la democracia dentro de un ámbito en el que todas pueden actuar porque a todas indefectiblemente les pertenece: el hogar del hombre, el asilo de la familia, la depuración de las nuevas generaciones por el ejercicio consciente de la virtud.

Nada parece a primera vista menos político que el recinto íntimo de la casa. En efecto, admiramos en ella el santuario en que se conservan las tradiciones inalterables; la quietud que disfruta el trabajador como recompensa diaria de sus esfuerzos y, al propio tiempo, el sendero que le conduce a la plenitud de sí mismo tras de la dura enajenación que, en lo impersonal, le imponen las técnicas exteriores. Constituye, además, la casa el lugar en que busca el adolescente, entre ensueños y juegos, su vocación y, también, el refugio en que la mujer, al inclinarse sobre el futuro, toca en la frente del párvulo que acaricia, la anunciación de una aurora siempre distinta y constante siempre: la de la Patria.

LA FAMILIA, ESCUDO DE PERDÓN

Sí, la familia es eso: tregua de afecto entre las alarmas de la existencia y escudo de perdón ante las cóleras de la lucha. Pero en su círculo se fabrican —a menudo sin que lo adviertan sus propios miembros— muchas resoluciones fundamentales, que no sólo a ellos los comprometen: materia insustituible para el progreso de la comunidad, esencia viva de la civilización y censura o aliento para la integridad del linaje humano.

Sesión inaugural de la Alianza de Instituciones Femeninas de México.—México, D. F., 18 de abril de 1947.

En voz baja, sencillamente, con la sencillez de lo verdadero, en su seno se esbozan esas palabras que con el tiempo, al resonar en las altas tribunas universales, forman la historia. Y por eso, precisamente, podemos asegurar que ha existido siempre una patética relación entre lo que el hombre es en la intimidad y lo que aspira a ser en la vida pública.

Ahora bien, cuando entre esto y aquello se yergue un muro, ¿cómo obtener la felicidad? Porque la felicidad emana de una armonía entre lo que se es y lo que se pretende. Y, cuando no hay una relación espontánea y franca entre lo que el hombre, como padre, hijo o esposo, siente en familia y lo que proclama, después, como ciudadano, en la calle o en el partido, no se encuentra en peligro exclusivamente la dicha de la persona, sino la dignidad del Estado, la persistencia de la nación y, con la persistencia de la nación, el principio más eficaz y más hondo del equilibrio internacional.

OPOSICIÓN DE LA MUJER A LAS DICTADURAS

De ahí que, en las horas más angustiosas, cuando surgen esos usurpadores que son los déspotas sistemáticos, según lo vimos recientemente en el caso de los tiranos nazifascistas, la doctrina política se dirija, con mayor o menor insidia, al desquiciamiento de la familia y a la ruptura de los vínculos del hogar.

Ante cualquier amenaza totalitaria, la mujer resulta, aunque no lo crea, la primera víctima indispensable. Ella, sin admitirlo tal vez, representa la oposición más sutil a las dictaduras. Y, cuando ocurre que, por ganarla para su causa, los dictadores simulan lisonjearla dentro de una artificial paridad con el hombre en serie que sus regímenes preconizan, es cuando intentan causarle más graves daños, porque no hay un perjuicio mayor para la mujer que inducirla a que se traicione y a que renuncie, por quién sabe qué militares automatismos, a la más noble de todas sus cualidades: la lealtad para su destino como mujer.

En cambio, en la democracia, la función política femenina adquiere un carácter tan natural que, en múltiples ocasiones, obra a distancia, fructuosamente, defendiendo la libertad del país en las libertades inalienables del individuo, salvando a la patria entera en su baluarte más firme, el de la familia, y organizando la paz del mundo sobre la base

más perdurable que puede darse a la paz del mundo: el corazón de los próximos ciudadanos.

NO VALQUIRIAS: MADRES Y ESPOSAS

Frente a las valquirias del Walhalla nazifascista, la democracia de América quiere hallar, en la vida de sus mujeres, el testimonio de otra energía, la más difícil: la energía que se requiere para conquistar sin espadas la independencia y asegurar, sin combates, la libertad.

Porque estamos en una época en que, acaso por la cantidad de los elementos materiales acumulados, la violación del derecho podría implicar el aniquilamiento completo de la cultura, nos parece un deber de los estadistas el de no restringir su atención a la simetría de los convenios y de los pactos. Por encima de cualquier pacto se hallan los hombres. Y si se firman pactos contra los hombres, siempre habrá hombres que vivan contra los pactos.

Pero un tratado sin cláusulas y sin sellos habrá de unir, con los siglos, a los países. Y, en gran parte, corresponde a vosotras, a las mujeres, el enseñar a la infancia ese buen tratado.

Comprenderéis, al oírme, con cuánto aprecio veo la Alianza que aquí celebra su primer acto público y qué significación me complace en reconocer a la voluntad que expresasteis en el sentido de que naciera esta Alianza de instituciones bajo el signo de América, con fe en América.

Os felicito por ello muy cordialmente. Y, en el umbral de vuestros trabajos, elevo el voto de que las mujeres de México nunca olviden que la misión más insigne de la mujer consiste en colaborar con el hombre a fin de hacer de nuestra existencia, en cualquier profesión y en cualquier esfuerzo, en cualquier latitud y en cualquier idioma, una lección de fraternidad para el mundo entero y una razón de confianza para la paz.

CALIDAD DE LA CONVIVENCIA HUMANA

EN UN lapso menor de catorce meses ésta es mi tercera visita a la colonia mexicana de la ciudad de Los Angeles. La primera se llevó a cabo el 5 de mayo de 1946, fecha en la que compartí con vosotros el júbilo patrio en la conmemoración anual de la victoria de Puebla. Ahora bien, si ésta —según os digo— es la tercera de mis visitas, tendréis razón para preguntaros: ¿cuál, entonces, fué la segunda?

Contestaré desde luego a vuestra interrogación. La segunda vez que me sentí entre vosotros, íntimamente, no fué porque algún acontecimiento oficial me hubiese proporcionado un motivo para volver a Los Angeles, como ahora. El hecho ocurrió hace poco: el 29 de abril del corriente año. Las circunstancias me habían deparado el honor de acompañar, hasta la capital de la Unión Norteamericana, al Señor Presidente Alemán. Acabábamos de descender del avión y se presentaba ante nuestros ojos el espectáculo inolvidable de un Wáshington adornado con profusión de banderas de México y de los Estados Unidos. El aeródromo se encontraba poblado por una multitud amistosa, cordial y atenta, ante la cual los dos Jefes de Estado se estrecharon las manos con efusión.

Bajo el sol de esa tarde de primavera, lucían los uniformes de los soldados y, en la desnudez de las bayonetas, sus reflejos centelleaban nítidamente. Tras de oír las palabras de bienvenida del Señor Presidente Truman, la voz de nuestro Primer Magistrado resonó en español. En un fragmento de su discurso aquella voz saludó, en nombre de nuestro pueblo, a los millares de mexicanos que han formado un hogar en este país. Mi pensamiento en aquel instante trató de asirse a una realidad conocida. Y el recuerdo de vuestra grata hospitalidad y la sensación de vuestra presencia me envolvieron, de pronto, de tal manera que tuve la impresión de estar con vosotros, como de nuevo lo estoy ahora, escuchando las notas de nuestro himno y colgando devotamente, sobre el monumento de nuestros héroes, las guirnaldas en que es tan pródi-

A los mexicanos residentes en California, Estados Unidos de Norteamérica.—Los Angeles, California, E. U. A., 14 de junio de 1947.

go el fervor de esta gran colonia: las guirnaldas inmarcesibles de la fidelidad nacional.

Todo cuanto pudiera deciros en la presente oportunidad, estaría impregnado de la profunda emoción que entonces me dominó. Imaginé vuestras vidas, vuestros esfuerzos, la avidez que ponéis en no interrumpir el mensaje patético de la Patria. Os vi a vosotros, mexicanos de California. Y, junto con la vuestra, imaginé la existencia de todos esos hermanos nuestros que constituyen lo que ha dado en llamarse el “México de Afuera”. México de afuera, tal vez, por la latitud en que habita, con relación a los límites de nuestro territorio. Pero un México de afuera que lleva siempre a México por dentro, pues sus alegrías son las alegrías de México, y sus pesares, las penas de México. Un México que realiza, por otra parte, con prestigio y con tesón, esa experiencia internacional que —de ser posible en otros países y en más vasta escala— daría a la paz su más sólida contextura: la de demostrar que los pueblos no son solamente buenos vecinos cuando viven con amistad, a cada lado de sus fronteras, sino cuando participan el uno en los trabajos del otro, amparados ambos por el respeto de la justicia y por la lealtad a la democracia.

En este sentido, muchos de los que me oyen pueden considerarse precursores —quizá modestos, pero no por ello menos valiosos— de la política de la Buena Vecindad. Lo que, en la esfera de los gobiernos, ha representado una decisión de fecundas y espléndidas consecuencias, en ellos fué algo más que una decisión: fué una certidumbre y una confianza. Y la prueba de que no se engañaron en tal confianza y de que tal certidumbre no los defraudó, es que nuestras naciones avanzan por el camino que se trazaron, resueltas a hacer de América, según lo dijo precisamente el Señor Presidente Alemán, al llegar a Wáshington, “un ejemplo de cooperación en la dignidad y de solidaridad en la independencia.”

Mexicanos de California: vuestra contribución al entendimiento de nuestras dos Repúblicas es de las más auténticas y de las que enaltece una calidad más firme y más entrañable: la calidad de la convivencia humana. Esas palabras que usan los diplomáticos al final de sus conferencias, en las cláusulas de sus convenios y en las peroraciones de sus discursos —“cooperación interamericana” y “solidaridad continental”—

no son nada más palabras para vosotros. Son testimonios. Actos de vuestra vida. Normas de vuestro carácter. Garantías de vuestra virtud.

Gracias, por consiguiente, señoras y señores, no sólo por vuestra recepción y no sólo por vuestras frases de simpatía; sino también —y en primer lugar— gracias por el estímulo que nos dais en la continuidad de vuestras tradiciones y la persistencia de vuestro culto a los valores diáfanos de la Patria: el honor, la constancia, la fe en el hombre y la esperanza indomable en la libertad.

Que la dicha sea la compañera de todos vuestros esfuerzos. Al formular semejante voto, estoy seguro de que no expreso exclusivamente un deseo propio y particular. Expreso el voto de los que, en México, saben que su destino os interesa fraternalmente; porque hay flores que no se mustian con el tiempo o con la distancia: las que brotan, en el corazón de los hombres, como homenaje a la tierra que les dió luz.

ELABORACION JURIDICA DE LA PAZ

DIRIGIR la palabra, en nombre de mi país, a los profesores y a los alumnos de esta Universidad constituye una distinción que agradezco profundamente.

El grado honorario que habéis decidido otorgarme hoy enaltece todavía más vuestra deferencia, en la que veo, por sobre cualquier consideración, un testimonio elocuente del aprecio que sentís por el pueblo al que pertenezco.

Obliga todo ello tanto más mi cordial reconocimiento cuanto que la ceremonia que nos reúne se lleva a cabo en días de insólita trascendencia para la continuidad del saber y de la cultura. En efecto, vivimos una época de la historia en que la inteligencia debe afrontar sin vacilaciones la mayor de las responsabilidades que le conciernen: dar a la paz del mundo un contenido moral digno del esfuerzo que el mundo ha hecho para merecer y alcanzar su seguridad.

Muchos piensan que la elaboración jurídica de la paz es asunto que interesa exclusivamente a los estadistas y que depende, exclusivamente, del acuerdo de los gobiernos.

Yo no lo pienso. Y no lo pienso porque, si examinamos con franqueza la realidad, advertiremos que, por encima de la mayor o menor aptitud de los estadistas, estará siempre, en la democracia, la decisión de las grandes masas en cuya fuerza se inspiran y se sostienen las determinaciones de los gobiernos. En consecuencia, el orden político de la tierra se erigiría sobre bases frágiles y precarias si no pugnáramos, todos juntos, por lograr que el edificio espléndido de la paz descansa durablemente sobre la conciencia universal de los hombres libres.

He ahí por qué entraña un deber esencial de los estadistas el acercarse devotamente a las fuentes más puras de la opinión. Y he ahí por qué tendrán que apoyar su oído, como en los cuentos, sobre el suelo sonoro de los caminos, a fin de escuchar, de lejos, el galope de los caballos que, a través de la noche, nos trae el porvenir.

Ahora bien, sois vosotros, jóvenes estudiantes, lo mismo aquí en la

Recepción del grado de Doctor *Honoris Causa* de la Universidad del Sur de California.—Los Angeles, California, E. U. A., 14 de junio de 1947.

Universidad del Sur de California, como en la amada Universidad de la Capital de mi Patria próxima y en todas las Universidades en que se enseña a vivir con lealtad por la democracia y a luchar con tesón por la libertad; sí, sois vosotros, los aprendices de un mundo nuevo, quienes afirmáis la custodia de aquellas fuentes. Y es vuestra voluntad, la voluntad de la juventud de nuestros países, el capitán que dirige, entre la tormenta, la carrera de los caballos invisibles y rápidos del destino.

La paz que estamos construyendo, entre tantas dificultades, habrá de encontrar un juez en vuestra existencia y en la existencia de todos vuestros hermanos, en el norte como en el sur y en occidente como en oriente. Porque esa paz no valdría la pena de estructurarse si os la ofrecieran después los hechos como un remedo hipócrita de la paz y si tuvierais que comenzar vuestra propia vida —según tuvimos que principiarla también nosotros— descubriendo cuántas mentiras han sepultado los pueblos bajo las piedras en que labraron sus héroes los grandes nombres de verdad, de armonía, de dicha, de orden, de rectitud. . .

Siempre que me hallo entre jóvenes me siento en el compromiso de aconsejarles exigencia y más exigencia para sí mismos; pues sólo siendo muy exigente consigo mismo podrá el ciudadano, en lo venidero, usar con intrepidez de su libertad.

Vosotros, nacidos en una tierra próspera y venturosa, tenéis mayor responsabilidad aún que los jóvenes de otras colectividades, nutridos con la amargura de la miseria y educados, por el dolor, en el sacrificio.

Quisisteis aprender una profesión. Y universidades materialmente bien provistas y pedagógicamente bien dirigidas os acogieron. Terminaréis vuestros estudios. Y los campos y las ciudades de una nación en férvida actividad compensarán vuestro afán generosamente. Pero existen hoy, todavía, muchos países en los que estudiar constituye un magnífico privilegio, del que apenas disfrutaban las minorías. Y acabamos de salir de una era trágica, en la cual, imperios de técnicas tan audaces como la Alemania nazifascista, no abrían las puertas de sus centros de estudio a aquellos seres que, previamente, no sometían su corazón a la esclavitud de los déspotas insaciables.

El mundo que anhelamos no podrá progresar en la paz mientras la ignorancia, la enfermedad, la injusticia, el hambre y la tiranía sigan condenando a millones de hombres y de mujeres al más horrendo de

todos los ostracismos, el ostracismo en su propio suelo: la discriminación por la raza o por la miseria.

Para cualquier joven de buena fe entraña, por tanto, una obligación el comprender que la democracia no significa únicamente el derecho a participar en la herencia institucional de su país, sino el deber —espontáneo e irrevocable— de trabajar con generosidad y con entusiasmo para que todos los países del orbe obtengan oportunidades iguales de cultura, de independencia y de bienestar.

Sin democracia internacional, las democracias nacionales se hallarían a merced de los agresores. Pero, sin justicia internacional y sin liberación económica de los pueblos ¿cómo hablar, verdaderamente, de una gran democracia internacional?

En vuestra calidad de estudiantes de los Estados Unidos, sabéis que América está constituida por países libres e independientes, dispuestos a colaborar unos con otros para bien de América y para bien de la humanidad. México, mi Patria, es uno de esos países del Nuevo Mundo. En él hay centenares de miles de jóvenes animados, al igual que vosotros, por el deseo de restituir a la civilización su sentido auténtico: el de una redención general del hombre.

Mi pensamiento, en estos instantes, reúne a aquellos jóvenes con vosotros. Y, al reflexionar en la serie de crisis que hemos tenido que atravesar para persistir, os deseo a todos, mexicanos y norteamericanos, una vida más justa y más positiva, una vida de comprensión, de amistad y de ayuda mutua, en la que cada quien honre a su nación dentro de la solidaridad del Hemisferio y cada quien honre al Hemisferio dentro de la solidaridad del género humano.

La paz, señores, no es un descanso sino para los indiferentes y para los egoístas. Pero, en cambio, para quien sabe, como vosotros debéis saberlo, que existir es luchar y vencerse siempre, la paz requiere tanto heroísmo como la guerra.

Que nuestra América ingrese, con heroísmo, en el cumplimiento íntegro de la paz. Y que todos sus jóvenes se hagan acreedores a comprobar, con el éxito del ejemplo, las palabras escritas, hace ya lustros, por un excelso libertador de este Continente: "La conciencia es la ciudadanía del universo."

AMERICA Y LA LIBERTAD

HAY EN LA historia sucesos que, por su vasta repercusión, por la calidad de su contenido y por el símbolo de su ejemplo, apasionan y encienden todos los ánimos.

Un hecho de esa categoría es, innegablemente, la Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776. Los norteamericanos lo conmemoran como la fiesta nacional de los Estados Unidos; pero, por su resonancia en el mundo entero, acontecimiento de tanto alcance posee títulos suficientes para ser celebrado en cualquier lugar donde la democracia norme la vida cívica de los pueblos. Porque el acto que inició la existencia política de la Unión Norteamericana fué aurora de redención para muchos países del Continente, y porque la nobleza de los principios que enalteció había de acrisolarse durante las jornadas de la Revolución Francesa, para regresar a nuestro Hemisferio, convertida en mensaje de fe y en lección magnífica de heroísmo.

Tierras de libertad y esperanza son las tierras de América para el hombre. Lo anuncia ya la naturaleza, con la amplitud de sus horizontes y con el silencio elocuente de sus paisajes. Lo demuestran sus moradores, en lucha eterna contra todo lo que pudiera entrañar un regreso a la servidumbre o un vestigio de esclavitud. Y, mejor que la admiración de sus pampas o de sus selvas, más aún que la remembranza de las hazañas en las que hallaron muchos de nuestros guías cadalso y gloria, lo asevera en nuestra conciencia una voz que mezcla, como si fuesen nombres de un solo sér, las dos palabras con que designamos un mismo anhelo: *América y Libertad*.

Pero ¿qué libertad existe que no descansa en el cumplimiento lógico de un deber? En nuestro caso, ese deber nos impele a organizar una convivencia moral y justa, arraigada con solidez en la convicción de la igualdad jurídica de los pueblos y vigorizada por la armonía de los ideales fraternos que la sustentan. He ahí por qué, a los dos vocablos a que acabo de referirme —América y Libertad— nuestras naciones han coincidido en unir otros dos conceptos: *América y Democracia*.

Conmemoración de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.
México, D. F., 1º de julio de 1947.

AMÉRICA Y LA LIBERTAD

Claro antecedente de esta relación entre la democracia y la vida de América fué el espíritu que orientó a los firmantes del documento egregio de Filadelfia. En efecto, los hombres que hace 171 años, por medio de aquel escrito, manifestaron y declararon su independencia, sabían perfectamente que, al entregarse sin restricciones a la conquista de la libertad para su país, se libertaban al mismo tiempo de la desigualdad que les imponía el capricho de un soberano. En su afán de superación, no les satisfacía tanto el romper con el yugo extranjero, por extranjero, cuanto el propósito de fincar un orden jurídico propio en cuya estructura la majestad del Estado nunca oprimiese la dignidad inviolable de la persona humana.

Así —y aun antes de que un mexicano ilustre lo proclamara— aquellos seres sentían que su convivencia social, para ser pacífica, debía tener por base indestructible el respeto al derecho ajeno, pues semejante respeto es la esencia íntima de la paz.

Para probar la autenticidad de aquel sentimiento, me bastará mencionar aquí dos testimonios de gran altura. Uno, el de Paine, quien escribió con razón que la revolución de Independencia fué mucho más que la simple separación de Inglaterra, ya que se vió acompañada por otra revolución, de mayor trascendencia indudablemente, la cual afectó “los principios y la práctica del gobierno.” El segundo testimonio que citaré es el de Barlow, quien, en una exhortación dirigida a los ciudadanos de los Estados Unidos, declaró que “el arte de gobernar estriba en sustituir las fuerzas morales a las físicas.”

CIVILIZACIÓN Y DEMOCRACIA, CONCEPTOS UNIVERSALES

Acaso la contribución más insigne de los hombres de Filadelfia fué la de plantear esa ecuación sociológica en uno de cuyos términos figura la civilización y en el otro de cuyos términos está la virtud de la democracia. En consecuencia —y no por casualidad— había de corresponder a un historiador norteamericano el señalar a los lectores contemporáneos lo que, en circunstancias distintas, llamé hace poco la relativa modernidad de la idea de civilización. Según el fruto de los estudios de Beard, antes del siglo XVIII el léxico de los pueblos técnicamente más

avanzados no contenía la palabra que ahora emplean muchos regímenes para justificar su existencia y para prometer a los hombres un ascenso constante en fortuna, en saber, en felicidad. Todavía en 1772 —es decir, cuatro años antes de la Declaración que conmemoramos— Boswell no consiguió que el Doctor Johnson la introdujera en su célebre diccionario. Y no fué sino hasta 1798 cuando la Academia Francesa le otorgó carta de naturalización en la ciudad metafórica de las letras.

Ahora bien, en todo acontecer filológico hay una razón histórica indisputable. Y la razón de este advenimiento tardío de la voz *civilización* es que precisa un concepto indisolublemente relacionado con la aspiración de la democracia, tal como la entendieron —después de Locke y de Montesquieu— los independientes de Filadelfia y, en París, los legisladores de la Revolución.

Ambas ideas —civilización y democracia— parten de una premisa profunda: la universalidad de la condición humana. Y ambas suponen, en toda la evolución colectiva, un sentido de lucha emancipadora: la perfectibilidad de la especie, el progreso del mundo en su integridad.

Pero hay algo, a mi juicio, todavía más significativo. Las nociones de civilidad, de cultura, de cortesía, anteriores a la idea de civilización, se referían a una heterogeneidad de ciudades, de monarquías y de costumbres; mas no a un conjunto de Estados en que las instituciones hubiesen emanado de una decisión de la voluntad popular.

NUESTRA CAUSA: DEFENSA DEL HOMBRE

El mayor triunfo ético de los héroes norteamericanos que hicieron la guerra de Independencia, y el de los renovadores franceses reunidos en la Asamblea Constituyente, consistió en definir el punto en que se entrelazan la conciencia de la nación y la razón de ser de la democracia. Ese punto es el hombre mismo; el hombre, como agente de la nación y como gestor de la democracia; el hombre, como poseedor de derechos eternos e indeclinables —a la vida, a la libertad, a la felicidad—, derechos sin cuyo acatamiento no sería posible dar a la civilización el carácter universal que le atribuimos.

Parecería que me alejo del tema ofrecido por el aniversario hoy conmemorado. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa he hecho sino penetrar en él con mayor fervor? Porque el vínculo más fecundo entre nuestro

pueblo y el pueblo de los Estados Unidos es la fidelidad de nuestro entusiasmo por reiterar, en la paz internacional, la independencia de nuestras Repúblicas y por unir a nuestras Repúblicas en la devoción de la democracia, respetando al hombre por encima de la máquina del Estado y reconociendo, en cada hombre, a un ciudadano de la democracia y en cada ciudadano de la democracia a un protagonista de la civilización.

Por defender los derechos del hombre nos asociamos en el curso de la más dramática de las guerras. Y, si se quisiera buscar a nuestra amistad un sentido más amplio aún que la vecindad de los territorios, advertiríamos que la actual franqueza de nuestro trato es el producto de un destino común en cuya grandeza percibimos la misión esencial de este Nuevo Mundo: afirmar al hombre, honrándolo en sus derechos y pugnando por impedir que esos derechos sucumban frente a los amagos de la violencia y a las incitaciones de la injusticia.

NUEVA AMISTAD DE MEXICO E ITALIA

ANTE distinguidos huéspedes extranjeros, que por primera vez visitan el territorio de la República y que llevan apenas algunos días de estancia en la Capital, podría sentir escrúpulo de tener que ofrecerles en español el homenaje de esta comida. Pero nuestros huéspedes son italianos. Y el origen común de nuestros idiomas constituye, para nosotros, una cordial esperanza de comprensión.

Según he dicho en múltiples ocasiones al Embajador de vuestro país, ese origen común, señor Diputado Lombardo, que es signo activo de una fraternidad histórica y cultural, representa la más sólida garantía para el entendimiento constante de nuestros pueblos.

Bajo la promesa de un signo tan elocuente —apoyada, ahora, en la similitud de la voluntad democrática de nuestras dos naciones— vuestra presencia nos es muy grata. Grata por los méritos que os caracterizan, por el espíritu de colaboración que inspira vuestro viaje y por el interés que el Gobierno de Italia manifiesta una vez más, por vuestro conducto, para afianzar, como México lo desea, el futuro de nuestras relaciones espirituales y materiales.

Del círculo dantesco en que se debaten los dos factores negativos de la actual situación internacional —la inseguridad política y el malestar económico— precisa destacar un elemento que puede conducirnos a todos, como afluentes de un mismo río, a la cooperación amistosa, fecunda y franca a la que aspiramos.

Ese elemento tiene que emanar de la decisión con que cada pueblo se consagre a examinar y a resolver sus problemas propios. México así lo ha entendido. Y el Gobierno del Señor Presidente Alemán está dedicando sus esfuerzos más entusiastas a promover la recuperación económica del país. Incluso las medidas restrictivas que ha tenido que establecer para la importación de determinados productos tienden, en su condición transitoria, a asegurar la estabilidad financiera de la República a fin de no intentar esa recuperación sobre bases precarias y deleznales. Nada, en efecto, ganaríamos nosotros —y, con nosotros, el

Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exteriores a la Misión Económica Italiana.—México, D. F., 23 de julio de 1947.

mundo— si, por ciego optimismo o por ligereza, abandonáramos nuestra situación a contingencias desventuradamente bien previsibles. En este sentido, la privación que nos imponemos no defiende tan sólo nuestra divisa sino que, dentro del radio modesto de nuestra acción, contribuye indirectamente a no acrecentar la inseguridad económica del difícil período que atravesamos.

Italia, por su parte, se halla empeñada con admirable estoicismo en robustecer su economía interna para poder reconquistar así el sitio que le corresponde en la prosperidad universal. Apreciando su noble ahinco expreso aquí mis fervientes votos porque los italianos de hoy y sus herederos de mañana logren el éxito que desean y que deseamos junto con ellos.

No digo estas palabras por simple anhelo de cortesía. Las digo con la íntima certidumbre de que, para perdurar, nuestra civilización deberá sustentarse sobre el trabajo de todos los hombres y el progreso de todas las naciones. Igual certidumbre me impulsó a declarar, hace poco tiempo, que acatando la decisión del Gobierno de la República la delegación de México apoyará, en la próxima asamblea general de las Naciones Unidas, el ingreso de Italia a la Organización Mundial. Estamos convencidos de que, dentro de ella, la patria de Vuestra Excelencia unirá su acción a la de todos nosotros en beneficio de la paz y de la concordia entre los pueblos.

No en vano recoge Italia entre las glorias de su pasado —para ella misma y para bien de la tierra entera— el más puro de todos los heroísmos: el heroísmo de la cultura.

Terminados los días de la contienda, buscamos ansiosamente la misma paz. Y comprendemos así, unos y otros, que la guerra impuesta a nuestras naciones y la lucha llevada a cabo en la propia Italia, por muchos italianos, contra el fascismo, fueron episodios de un mismo drama.

Los lazos de esa viril solidaridad, tan superior a las controversias y a las batallas, se estrechan hoy con vuestra visita.

Brindo por vuestra patria, señor Diputado Lombardo, por la prosperidad del gran pueblo italiano, por la ventura de su ilustre Jefe de Estado y por vuestro bienestar personal y el de los familiares que os acompañan. Y os aseguro que la bienvenida que os doy en estos momentos brota de algo más positivo que una costumbre protocolaria, porque surge del corazón de los mexicanos que no quieren ver en la diplo-

macia el arte —después de todo, ilusorio y triste— de engañarse con formulismos, sino uno de los recursos que el hombre tiene para entender a sus semejantes, para hacerse entender de ellos y para ayudar a servir al hombre, dondequiera que el hombre exista, con efusión y con plenitud.

SOLIDARIDAD CON EL SER HUMANO

EL HONOR que me otorga vuestra Academia al recibirme con tan hidalga hospitalidad, conmueve ante todo en mí al mexicano, puesto que sé demasiado bien que la distinción que me dispensáis está dirigida más a la patria que represento que al escritor que he intentado ser.

Y la emoción que me causa vuestra acogida sube de punto al considerar cuántos méritos califican a vuestras personas y a vuestras obras; qué caudal de belleza fecunda el campo de las letras magníficas del Brasil y qué intensa amistad une a nuestros pueblos, ahora vinculados en un esfuerzo de la mayor significación histórica, pero ligados desde su origen por una fraternidad que nos enaltece: no la que emana de la comunidad de la sangre o de la proporción de la geografía, sino aquella que surge de un mismo anhelo y que proviene de la elección de un destino igual.

Pero si vuestra deferencia —en cualquier oportunidad y en cualquier momento— obligaría mi gratitud, la ocasión que habéis escogido para manifestármela tiene que concederle un alcance propio, que me interesa puntualizar y reconocer.

En efecto, no estoy en Río por mera casualidad. He venido hasta vuestra patria, como tantos otros americanos, a templar el acero del que está hecho el escudo esencial de nuestra defensa y a confirmar una voluntad que distingue, parejamente, a México y al Brasil: la voluntad de vivir en paz y de asegurar, en la paz, nuestras libertades.

A la luz de la circunstancia a que acabo de referirme, vuestra invitación de esta noche adquiere el valor de un símbolo. Porque, en la misión de salvar la paz, el papel de los estadistas sería imposible si no contaran con el asentimiento auténtico de los pueblos. Y sois vosotros, los escritores, los pensadores y los poetas, quienes formáis y guiáis ese asentimiento, desde la cátedra o desde el libro, con la pluma o con la palabra, por la virtud de la inteligencia y por la persuasión de la rectitud.

Las fuerzas de la materia suelen vencer; pero sólo las del espíritu consolidan los triunfos que aquéllas logran; porque sólo vencen de ve-

Sesión solemne de la Academia Brasileña de Letras.—Río de Janeiro, Brasil, 4 de septiembre de 1947.

ras los que convencen. Y no hay victoria efectiva y durable sin convicción.

Esa, señores, es la grandeza de vuestro ejemplo y del ejemplo que nos deparan, en todo tiempo y en todo sitio, cuantos se empeñan, como vosotros, en redimir a sus semejantes por el perdón de la poesía, por la gracia de la enseñanza y por el descubrimiento incesante de la verdad.

¿Qué se propusieron los gobiernos americanos al concertar la Asamblea de Quitandinha? Organizar y robustecer la paz, elevando a la categoría de un convenio solemne las tradiciones más puras de nuestra historia en su acción solidaria para garantizar la autonomía de nuestras instituciones, la integridad de nuestro territorio y la dignidad de nuestra conducta. Pero acontece que la solidaridad ante la agresión implica, en quien la sustenta, una solidaridad todavía más importante: la solidaridad con todo el linaje humano al que los agresores atacan en general cuando ponen en movimiento la maquinaria trágica de la guerra.

Esta solidaridad con el hombre en sí o, por lo menos, con lo que tienen los hombres de más excelso —su poder de piedad y de comprensión, su respeto para lo bueno y para lo justo— no depende sólo, indudablemente, de tácticas militares o de fórmulas coercitivas. Esa solidaridad se inspira, por el contrario, en los elementos menos fugaces y deleznable de la mortal condición humana. La lleva el hombre, desde que nace, como el germen de su progreso. Y el ambiente más favorable para que el germen se desarrolle es el ambiente propicio de la paz y de la cultura.

Así, mientras trabajan los gobernantes en el volumen político de las cosas, actuáis vosotros sobre la intimidad inmediata del pensamiento. Y, mientras las decisiones del exterior configuran al ciudadano, vosotros configuráis el perfil del hombre. Todos avanzan, por consiguiente, en dirección de la misma meta, ya que sólo cuando el ciudadano y el hombre coincidan con plenitud se habrá realmente salvado la paz del orbe.

Coexistir es función mecánica. Convivir, en cambio, es función jurídica. Y únicamente quien perfecciona los métodos de la civilización facilita y mejora la convivencia.

Viene a propósito, a mi memoria, el recuerdo de una anécdota popular entre los universitarios ingleses del "grupo de Oxford". Se dice que, en la casa de uno de sus miembros, durante una reunión a la que

asistían algunos intelectuales, un niño, el hijo del anfitrión, interrumpía constantemente las pláticas de los huéspedes. El padre, para alejarlo, tuvo una idea: rompió en fragmentos un planisferio y ordenó al niño que no volviese hasta no haber reconstruido el mapa completamente, adhiriendo todos los trozos sobre un cartón.

¿Cuál no sería su sorpresa al advertir que, minutos más tarde, regresaba el pequeño con la obra hecha y hecha correctamente?

El secreto de aquella velocidad no resultó muy difícil de descubrir. El mapa se hallaba impreso sobre un papel que representaba, por el reverso, la figura de un hombre erguido. Para coordinar los fragmentos, el niño no había tenido que recurrir a sus conocimientos rudimentarios de geografía, sino a algo para él mucho más sencillo: la conocida estructura del ser humano. Al rehacer la figura del hombre, había, cumplidamente, rehecho el mapa.

¿No hay, para todos nosotros, una tremenda advertencia en aquella anécdota?

Sólo pensando en el hombre y procurando reconstruirlo —reconstruir su conciencia, sus esperanzas y su cabal afición al bien— conseguiremos rehacer un día, sin titubeos y sin errores, el contorno político de la tierra, el mapa económico, cultural y social, del mundo en que vive el hombre contemporáneo.

He ahí el supremo deber de quienes consagran sus energías a las altas tareas que os ennoblecen: llegar al hombre, encontrar al hombre y despertar en su alma, por la cultura, esa aquiescencia con toda la humanidad que, para salir de la noche en que se debate, está pidiendo, cada vez más, el clamor lacerante del universo.

Brasileños y mexicanos mezclamos las voces de nuestros pueblos en el coro de ese clamor. Brasileños y mexicanos percibimos muy claramente que lo que buscan las democracias es algo más que un arreglo provisional de medidas precarias y reticentes, pues lo que ansían es una nueva forma de trato entre las naciones y entre los hombres; una nueva manera de entender y estimar los hechos; un nuevo sentido de la justicia; una paz que pague la deuda que tiene el mundo con los millones de víctimas que cayeron en el campo de las batallas para que sus hijos y sus hermanos pudieran cultivar, sin alarmas, el olivo de la concordia y el laurel de la libertad.

Testimonio de esa amistad entrañable que existe entre México y

el Brasil es el recibimiento que vuestra Academia me ofrece y que me honra tanto más cuanto que las palabras con que el señor João Neves da Fontoura ha tenido la cortesía de presentarme, le dan un tono muy representativo de vuestro pueblo: el de la generosidad espontánea del corazón.

Os agradezco, señores, muy cordialmente, este acto de simpatía. Y, en nombre de los escritores de México —que podían, sin duda, esperar un intérprete más certero y autorizado que yo— hago votos fervientes por la prosperidad de vuestra Academia y formulo el deseo de que las letras brasileñas continúen dando al Continente, como hasta ahora, una lección de confianza en la juventud de América y en el porvenir de la humanidad.

VI

ORGANIZACION DE LA PAZ

LA UNESCO Y LA INTEGRACION DEL HOMBRE DEL PORVENIR

UNA GRAN esperanza nos ha dado cita en este recinto: la de afirmar la cooperación mundial por medio de la cultura.

Con mayor o menor cercanía en lo material, todos los pueblos que representamos han sufrido la angustia de la guerra. Unos en sus ciudades, bajo el cielo ultrajado por la metralla; otros en sus campos, profanados por el fuego de los cañones; otros en sus fábricas, transformadas durante la emergencia en talleres científicos de exterminio; otros en el comercio de sus mercados, desprovistos súbitamente de los elementos más necesarios para la vida; otros en sus escuelas, convertidas, por un capricho del adversario, en cárceles o en cuarteles, cuando no, por piedad de las fuerzas libertadoras, en albergue provisional para los heridos o en refugio para los millares de seres que el despotismo dejó sin casa, sin familia, sin profesión, sin sitio siquiera en la sociedad.

Muchos de los delegados aquí presentes vienen de urbes que están en ruinas, de países en que son pocas las puertas cuyos umbrales no cruza ahora el deudo de un combatiente: una madre pobre, una viuda enferma, un huérfano desvalido. Pero si la guerra no impuso a todos, con la misma severidad, esa prueba horrenda, si en la distribución de los sacrificios ciertas naciones pudieron juzgarse menos directamente afectadas por la desgracia, ninguna hubo que se creyese ajena al dolor del mundo; ninguna que no sintiera comprometida su esencia íntima en la contienda; ninguna que no entendiese que aquellas ruinas eran las ruinas de una época de su civilización y aquellos lutos constituían el testimonio de que habían muerto, en su propia conciencia, muchos egóismos, muchos prejuicios y muchas maneras erróneas de estimar la vida, la independencia, el deber, la fortuna y la libertad.

UNA NUEVA ERA

Es así como todos nos encontramos ante la misma tarea: empezar una era distinta en la historia humana. La paz, que buscamos durante

Discurso en la Conferencia constitutiva de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.—Londres, Inglaterra, 2 de noviembre de 1945.

años, ha sido establecida por los ejércitos. A organizar esa paz, en la esfera de lo político y lo económico, se aprestan los gobernantes, los diplomáticos, los obreros, los industriales, los militares; todos los hombres que a sí mismos se llaman —y por razones que respetamos— hombres de acción.

Acontece, no obstante, que el mundo aguarda algo más que un arreglo de límites y de zonas de influencia; algo más que una red de convenios para la explotación y el comercio de sus productos; algo más que un sistema de transitoria seguridad. Y eso, que el mundo aguarda, es un nuevo trato entre las naciones y entre los hombres; un nuevo modo de apreciar los valores de la conducta; un nuevo significado de la alegría, del trabajo, de la esperanza; una nueva meta que proponer al esfuerzo de todos juntos. Sí: una meta que justifique, por su excelencia, el anhelo de marchar hasta ella sin flaquezas y sin reservas.

La amplitud de esta expectativa da una solemnidad innegable a nuestra asamblea. Reconozcámoslo con franqueza. ¿Qué sería de la edad en la que ingresamos si descuidáramos la base intelectual y moral de la educación?

En gran parte, la guerra es siempre el producto extremo de una insuficiencia o de una deformación lamentable de los sistemas educativos de las naciones. Y menciono así esos dos orígenes —primero, la insuficiencia y, después, la deformación— porque advierto que muchas voces se han elevado para indicar como causa de los delitos nazifascistas el extraviado criterio que definió sus regímenes de enseñanza. La observación me parece exacta, aunque incompleta. Es cierto: los postulados totalitarios, que guiaron a los falsos educadores del despotismo, produjeron un daño intenso en la tierra entera. Mas ¿hubiese sido posible implantar y desarrollar esa instrucción para el odio y para la muerte si, en la totalidad de los otros pueblos, hubiese habido un entusiasmo cordial por la democracia, un amor activo de la cultura y, para decirlo cruel pero brevemente, un concepto eficaz de la educación?

EL MUNDO DE LA PREGUERRA

¿Qué veían, alrededor de su empeño, los dictadores? Un conjunto de pueblos adelantados en que existían, incuestionablemente, técnicas progresivas, industrias prósperas y tenaces, universidades doctas y pres-

tigiadas; pero en cuyas aulas las opiniones más discrepantes se criticaban unas a otras, se devoraban unas a otras y, en nombre de la máxima libertad, destruían la fuerza interna en que debe apoyarse la libertad.

Y, a la sombra de aquellos pueblos —en cuyo seno la cultura a menudo se presentaba como flor imprevista de invernadero— ¿cuántos otros sin libros y sin escuelas, cuántas comunidades en la ignorancia, cuántas víctimas en potencia para los teorizantes del *espacio vital* y los doctrinarios del señorío de las razas privilegiadas!

Jamás apreciaremos mejor lo que puede en el hombre la devoción a la libertad que pensando ahora en la enorme desproporción que, durante siglos, dejaron los países civilizados prevalecer entre el proceso cultural de unos cuantos de ellos y el abandono doliente de los demás. Grande, en efecto, ha de ser esa devoción a la libertad cuando ha logrado sobreponerse, aun en las colectividades menos preparadas para la lucha, a la seducción del automatismo y a las tentaciones de la barbarie mecanizada.

FE EN LA EDUCACIÓN

Sin embargo, la euforia del triunfo sería demencia si no buscáramos, desde luego, una garantía para evitar que semejante peligro se reproduzca. A buscar esa garantía, hemos venido de todos los Continentes, con el deseo de fundar una institución democrática al servicio de la educación y de la cultura.

Permitidme, señores, que os congratule de estar aquí, porque vuestra sola presencia indica elocuentemente una restauración de la fe en los poderes del espíritu. Esa fe nos ofrece un indicio claro de la victoria. Indicio más claro aún que el hecho de ver izadas las banderas de los ejércitos aliados sobre los teatros y los palacios en que declamaban su odio los dictadores. Y signo más venturoso porque demuestra que, habiendo sabido derrotar por la fuerza a sus adversarios, los pueblos libres se disponen a ganar igualmente, por la razón, la batalla interior sobre sus conciencias.

LAS MASAS Y EL INDIVIDUO

Nunca ha debido más lo mejor de nuestra existencia a las mayorías; porque fué en ellas, en sus filas inmensas de hombres, de mujeres

y hasta de niños en las que la fe en el progreso y la libertad despertó el heroísmo anónimo que salvó —una vez más— al género humano. Y, al mismo tiempo, sin paradoja, nunca debieron más el progreso y la libertad a la selección y al rigor de las minorías.

Sin los estados mayores de la técnica, de la ciencia y de la estrategia ¿qué hubieran hecho los pueblos para afirmar sus nítidos ideales? Esta doble deuda que tiene el mundo —la deuda para las masas sacrificadas y la deuda para los investigadores que concibieron los instrumentos definitivos de la victoria— precisa el centro de todos nuestros problemas: encontrar una forma de convivencia en que la creación de las grandes personalidades no suponga olvido para las masas y en que la expansión de las masas no implique la asfixia del individuo.

Todo gira en torno al eje que acabo de mencionar. Y, acaso la solución que ya anuncian los acontecimientos entre los cuales nos agitamos, consista sólo en acercar los extremos de la antinomia tradicional, recordando, como lo dijo hace siglos un espíritu insigne, que “lo que no es útil al enjambre, tampoco lo es a la abeja” y que, por tanto, a la antigua oposición entre los derechos del individuo y los derechos de la colectividad, debe sustituirse una organización de la vida en que el mejor ciudadano sea también el hombre mejor.

Sé lo ambicioso de este programa, que seguirá tropezando —como hasta ahora— con incontables obstáculos económicos, políticos, jurídicos, sentimentales y culturales. Cierta manera exclusiva de definir el nacionalismo y el patriotismo, la soberanía y la independencia, la historia y la geografía, el deber y la libertad, ha impedido que el sér actúe, como individuo, con el mismo fervor con que suele actuar como parte de la sociedad a que pertenece. De ahí la urgencia de deparar un denominador común a su desarrollo. Y ese denominador común sólo podrá brindárnoslo la solidaridad moral de la humanidad por la acción del conocimiento y en virtud de la educación.

LA CAMPAÑA DE MÉXICO

Esto, en el plano de su responsabilidad inmediata, lo ha comprendido el pueblo de mi país. Así, en plena guerra, México emprendió, como un servicio de defensa civil de carácter obligatorio, una lucha vital contra la ignorancia, señalando, por Ley del 21 de agosto de 1944,

a todo el que supiese leer y escribir, la misión de enseñar a un analfabeto.

Para algunos de los delegados aquí presentes, venidos de naciones en que el analfabetismo prácticamente ha desaparecido, podrá parecer anacrónico que haya pueblos en los que, al lado de una *élite* universitaria, y sobre los restos de culturas de gran linaje, millones de jóvenes y de adultos no posean siquiera el dominio del alfabeto. Es posible que hasta germine en su pensamiento esa opinión cultivada, antes de la guerra, por no pocos ingenios occidentales: ¿A qué preocuparnos tanto de la instrucción primaria? ¿No hay lugares en que los analfabetos "son tipos más satisfactorios que los que han pasado por las escuelas"?

Debajo de esta argumentación, se oculta un sofisma amargo. Cuanto más convencidos estemos de la importancia de la alta cultura, más habremos de interesarnos por hacerla llegar a extensiones cada día mayores de toda la población. Lo contrario sería tan absurdo como construir presas en un sistema de riego, sin abrir los canales por cuyo cauce habrían de circular las aguas de aquellas presas para fertilizar los terrenos que las aguardan.

En materia de educación toda parcialidad es de consecuencias desoladoras: lo mismo la mística de la instrucción primaria como panacea universal, que la mística de la instrucción superior, como base de predominio. Y éste es el punto álgido del problema: necesitamos, a la vez, perfeccionar nuestra educación superior y combatir la incultura de los humildes: preparar guías, que interpreten al pueblo con honradez, y pueblos aptos para discutir las fórmulas de esos guías, distinguiendo entre la persuasión de los maestros y el hipnotismo de los tiranos.

INTEGRACIÓN DEL HOMBRE DEL PORVENIR

Creemos que al intelectualismo del siglo XVIII y al materialismo del siglo XIX, el siglo XX debe oponer el concepto de una integración equilibrada y cabal del hombre, y que, si la educación de la inteligencia fué la ocupación primordial de los sistemas caducos en nuestros días y si la educación de la voluntad llegó a los extremos imperialistas que reprobamos, los horizontes actuales van a exigirnos una enseñanza para la cooperación internacional por la verdad, por la democracia y por la virtud.

Nuestra Campaña contra el Analfabetismo es ya un intento de reali-

zar ese nuevo concepto de educación porque —dentro de sus limitaciones— trata de educar, para la democracia, en la más democrática de las formas: por el esfuerzo de todos en bien de todos y porque educa tanto al que aprende como al que enseña: al que aprende, por lo que aprende, y al que enseña, por lo que avanza en el conocimiento de las deficiencias y los dolores de la Nación.

Veis aquí las razones que me asistían al declararos, hace un momento, que no sólo debían inquietarnos las deformaciones de la educación sino también, y en muy alto grado, su insuficiencia. Esto me induce a añadir ahora: Está bien que constituyamos un Organismo de Cooperación Intelectual, como el que se propone a nuestro consenso. Pero ¿vamos a limitarnos a cambiar opiniones sobre generalidades teóricas discutibles? ¿O vamos a llamar la atención de nuestros Gobiernos sobre la necesidad de que se cree y se robustezca un verdadero espíritu de colaboración internacional en favor de la educación?

TRES PREGUNTAS

Entendemos que la Organización que se proyecta es un primer paso y, como tal, lo apreciamos y lo aplaudimos. Pero sentimos que deberá seguir a ese primer paso una reunión que afronte valientemente estas tres cuestiones: ¿Qué están dispuestos a hacer los países más ricos y técnicamente más preparados para ayudar a que eleven los otros el nivel de instrucción de sus habitantes? ¿Cómo conciliaremos tal ayuda con el deber de respetar la libertad de cada nación en la elección de sus métodos internos para organizar la enseñanza en su territorio? ¿Y de qué modo coordinaremos esa libertad —que juzgamos inalienable— con la urgencia de decidir acerca de los fines generales de la educación del hombre?

Cuando suscito la primera de estas tres preguntas, no lo hago con el deseo de orientar nuestra conferencia hacia compromisos de sentido unilateral. Creo firmemente, por el contrario, que obligaciones de semejante naturaleza no serían las más propicias para fomentar —entre naciones libres y soberanas— el espíritu de cooperación por el que pugnamos. Pero existen recursos que, sin desdoro para los pueblos, pueden utilizarse merced a un principio de acción multilateral o, por lo menos, bilateral. Pienso, por ejemplo, en la organización de sistemas de becas

concertados en proporción de la magnitud de la renta de los países que las otorguen. Si el monopolio de determinadas industrias y de ciertos procedimientos comerciales ha sido el origen de continuas discordias entre los hombres, ¿cómo habríamos de aceptar que se monopolizasen también, por el solo privilegio de la fortuna, los perfeccionamientos de la técnica, los medios de la investigación científica y las conquistas del saber?

Igual proporción debería regir en la distribución de los gastos que demanden otras modalidades, que nuestros Gobiernos acepten, para intensificar el intercambio de profesores y de estudiantes, el canje de publicaciones, de películas y de datos informativos, sin que nadie pueda negarse a abrir las fuentes de su conocimiento a quienes las busquen para mejorar los ensayos de su progreso.

La obligación que aquí invoco ha de ser entendida en términos de alcance mucho más amplio por lo que concierne a la educación de los pueblos sujetos a protectorado, a mandato o a régimen colonial. La ignorancia en que muchos de ellos han subsistido es un peligro latente para la paz. Y, aunque así no lo fuese, un postulado de elemental justicia nos impulsaría a reclamar para ellos, por parte del organismo que aquí se cree, una atención preferente, limpia de pasiones políticas, pero vigilante, leal, lúcida y generosa.

Esto me lleva directamente a la segunda de las preguntas que formulé en párrafos anteriores. La educación representa el baluarte más consistente y durable de toda comunidad. Ninguna ayuda internacional en esta materia —en que es el alma misma de un pueblo lo que se toca— puede autorizar al que da esa ayuda a vulnerar el derecho de las naciones para elegir los cauces y las normas legales de la enseñanza que se imparta entre sus fronteras. El texto de la Carta de San Francisco es, sobre este punto, de una claridad absoluta e irrefutable. En su artículo segundo, párrafo séptimo, dice efectivamente: “Ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados.”

Sin embargo —y entro, ahora, en el terreno de mi tercera interrogación— el respeto de esos derechos no me parece incompatible, en manera alguna, con la necesidad de fijar, de común acuerdo, las finalidades generales de la educación que asegurará la paz. Tales finalidades son, a juicio de mi Gobierno, las de suprimir los recelos y los rencores, do-

minar el odio, estimular la solidaridad humana, compensar el ejercicio de la inteligencia pura con la práctica y la estimación del trabajo manual, ahondar, en la formación del ciudadano, el sentido de que ninguna ciudadanía ha de exaltarse por encima de las obligaciones sociales de la equidad universal y hacer, en suma, de toda educación nacional respetuosa de las aspiraciones, de las costumbres y de la autenticidad de la Patria, una base de apoyo para la cooperación internacional en la independencia y en la justicia.

EDUCACIÓN Y VIDA

Ahora bien, salta a la vista que una educación así no sería aconsejable en un mundo en el que siguieran privando los abusos imperiales, la ley del más fuerte y, bajo formas disimuladas, el orgullo arbitrario de las Potencias y los prejuicios de las razas que se creen o se dicen superiores.

Sólo tendremos derecho a hablar de libertad, de igualdad y de fraternidad universales, a condición de que nos hallemos dispuestos todos a cumplir esos postulados; es decir: a condición de que la acción internacional y el pensamiento que surja de estas reuniones no estén en abierta pugna. ¿Cuál será el ideal que inspire la verdadera educación? ¿Un ideal de resignación ante el mal? ¿Un ideal de lucha permanente entre los componentes de la sociedad y de las naciones? ¿O un ideal de unión, fundado en realidades tangibles y en medidas que tiendan, leal y sinceramente, al bienestar de los pueblos? No es posible que una educación sustentada en principios inobjectables dé sus mejores frutos dentro de un sistema económico y político que menosprecie la trascendencia de esos principios. La cuestión “¿cómo debemos educar?” está íntimamente enlazada con estas otras: ¿Cómo debemos vivir? ¿Cuál será el régimen del mundo futuro? Y esto es lo que se preguntan millones de seres de todas las razas, de todos los colores y de todas las lenguas; millones de hombres y de mujeres que han sentido, en su carne y en su espíritu, el horror de la guerra y no desean que vuelva a repetirse; millones de hombres y de mujeres que esperan que todos nosotros, los que aceptamos la responsabilidad de pensar y de hablar por ellos, fundemos algo más que una lista de normas y de ideales. Por esa razón, me permito insistir sobre este punto: hay algo más en la cooperación intelectual

que un simple intercambio de conocimientos y de ideas, de profesores y de revistas, de laboratorios y de colecciones de museos. Hay algo más importante que todo eso en la base misma de la cooperación intelectual. Es la cooperación de los intelectuales; la fuerza organizada del mundo de las ideas, para impedir que ocurran de nuevo las monstruosas desviaciones que llevaron a los pueblos a resolver su crisis por la violencia.

Cuando se revisa la educación y se la acusa —a ella sola— de no haber sabido contener a tiempo las pasiones que originaron la última guerra, se revela, en parte, un error profundo. La escuela y el libro pueden hacer mucho, seguramente; pero no pueden hacerlo todo. Si cuanto quieren los pueblos que sus maestros enseñen en las escuelas, lo contradicen después, con sus actos, en el comercio, en la banca, en la diplomacia, en los tribunales y en todas partes ¿qué valor de transformación moral podría jamás poseer la escuela? Si no estuviéramos dispuestos a que la ley de la educación fuese la ley de la convivencia, mejor sería no engañarnos con palabras y con promesas sin contenido. Y, por último, si la Organización que proyectamos no contara con elementos para hacerse escuchar en las horas graves, si en sus planes reinasen la paz, la bondad y el amor para todos los seres sobre la tierra, en tanto que en las resoluciones políticas y económicas imperaran el egoísmo de las facciones, la voracidad de los poderosos y las injusticias y cóleras del pasado, la Historia, mañana, podría acusarnos de algo más que de ingenuidad: de una vasta y sórdida hipocresía. Y, debilitadas por un sistema de educación que no hubiese tomado en cuenta la realidad, toda la realidad, las generaciones del porvenir maldecirían, tarde o temprano, nuestra inocencia.

Ningún maestro, ninguna escuela educan más que la vida misma. Y si la escuela educa para la paz, mientras la vida educa para la guerra, no haremos hombres, sino víctimas de la vida.

No desconozco que estas consideraciones rebasan el marco de las actividades de nuestra Asamblea. Pero dichas actividades valdrán lo que valga nuestra determinación para conseguir que cada uno de nuestros Gobiernos y nuestros pueblos sienta que todo aquello que acepte en el plano de la cultura lo ha de comprometer, simultáneamente, en los demás planos de su existencia y, más que en otro, en el plano político de los hechos.

Dentro del espíritu de las reflexiones que acabo de formular, México se asocia, señores, a la noble intención que os anima en estos instantes. Y se felicita de que esta ciudad, que en los días más tenebrosos dió una clara lección de heroísmo sincero, inflexible y sobrio, haya sido elegida por las Naciones Unidas a fin de deliberar acerca de los deberes más elevados que nos incumben: los de contribuir, también, por la educación y por la cultura, a que se estructure una paz sincera, a que se consolide una paz heroica.

II

FUNCION DE LA UNESCO

EL 17 DE OCTUBRE de 1871, tras de la guerra franco-prusiana, un escritor eminente, Hipólito Taine, se dirigió a los intelectuales de su país, a fin de atraer su atención hacia un instituto surgido en Francia sobre las ruinas de la contienda: la Escuela de Ciencias Políticas. Y argüía, más o menos, de esta manera: Cuando un hombre se encuentra en quiebra, es comprensible que llame a un procurador a fin de que ponga en orden la cuenta de sus actividades y provea, en lo judicial, a lo más urgente. Mas, si no es loco, querrá también aprovechar la experiencia de su desgracia, conocer su origen e investigar los medios para evitar que semejante desgracia se reproduzca.

En situación no tan sólo muy parecida a la que Taine observaba directamente, sino, en el fondo, mucho más grave, se halla el mundo de nuestros días. Y, si bien ciertas voces podrían decirnos que el problema, para nosotros, es diferente, porque no estamos en este instante entre los vencidos, tal manera de razonar, en vez de apagar nuestras inquietudes, habría, al contrario, de reavivarlas. Sería ya una sensible equivocación olvidar el precio de la victoria. Pero entrañaría, seguramente, mayor peligro empezar la paz con una falsa soberbia de triunfadores, pues no hay guerra que no suponga una vasta derrota para los hombres: la derrota de haber tenido que destruir una parte de su existencia a fin de que no pereciese toda en el mal y en la indignidad.

Cuando consideramos lo que ha costado este enorme esfuerzo para volver al progreso en el orden y en la concordia, nos asalta un sentimiento de amargura. ¿Ha de ser ese ritmo —de paz y guerra— movimiento de péndulo indispensable para que el tiempo mida la historia sobre el cuadrante mundial de la humanidad? ¿Y habremos de resignarnos a confesar —como lo afirmaron algunos filósofos alemanes— que el estado normal del hombre es la lucha armada y que la paz puede sólo juzgarse como una tregua, para recuperar las fuerzas perdidas y continuar el conflicto con más furor?

Banquete ofrecido a la Delegación de México a la conferencia constitutiva de la UNESCO por el Instituto Mexicano-Europeo de Relaciones Culturales.—México, D. F., 7 de diciembre de 1945.

HORA DE HEROICAS LIQUIDACIONES

Ante la indignación que levanta en nuestros espíritus ese concepto, percibimos con claridad qué insondables grietas debilitan el edificio de la cultura; cómo ésta tendrá que ser una hora de heroicas liquidaciones y hasta qué punto tenía razón el autor de *La Inteligencia* al recomendar a sus compatriotas una revisión de los engranajes que provocaron la repetición de la guerra y, en nuestra época, el sacudimiento más hondo y la tragedia más espantosa.

Está bien que confiemos una vez más —aunque hoy con mayor rigor— en los encargados de realizar las operaciones políticas y económicas de la liquidación general a que me refiero. Pero tenemos la obligación de pensar por nosotros mismos, ya no como doctrinarios de un régimen o una idea, sino humildemente, pacientemente respecto a las causas del desequilibrio internacional que hemos soportado: indagando qué audacias —o, por lo visto— qué timideces ahondaron las diferencias entre los pueblos y descubriendo por qué motivos, mientras en unos la riqueza erigía monumentos injustos y deleznales, otros pugnaban inútilmente por escapar del hambre y de la ignorancia y en todos, en todos juntos, privaban la incertidumbre, la inseguridad, la desolación. . .

En este examen de conciencia que el mundo emprende, cada país tiene el compromiso de ser intrépido, pues del valor con que profundice en los problemas que le son propios dependerá la eficacia de las medidas que convenga adoptar para el porvenir.

UNA PAZ SINCERA

Hay controversias que acallan, mientras dura la lucha, las necesidades de la contienda; críticas que destruyen, en la emergencia, tanto o más que las armas del enemigo. La fe en los principios por los que vive es la única explicación de que el hombre acepte, cuando combate, morir por ellos. Pero, en los años de transición que han de preparar —si los acontecimientos no nos defraudan— una paz durable, es menester construir esa paz sobre bases incommovibles. A ese fin deberán tender todas las asambleas que se celebren, en cualquier parte. Y a ese fin tendió la Conferencia efectuada en Londres, del 1º al 16 de noviem-

bre, para constituir la Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas.

Se ha hablado mucho de la pedagogía social. Desde antes de nuestra era, el creador de *Fedro* y de *La República* había opinado que, para educar al hombre, hay que educar a la ciudad. Todo maestro genuino percibe, efectivamente, que la enseñanza más limpia suele estrellarse contra las barreras que encuentra, fuera del ámbito de la escuela. Así, en el Congreso de Londres, los representantes de 43 Estados se pusieron de acuerdo para reconocer que la seguridad y la paz del mundo no pueden establecerse tan sólo por la acción de la economía y de la política y que, sin el conocimiento y la comprensión recíproca de los pueblos, poco valdrán los arreglos oficiales firmados por los gobiernos. De ahí que, como preámbulo de la Convención suscrita en la Capital de Inglaterra el 16 del mes pasado, los delegados a que he aludido hayan aprobado una Declaración de Principios que estimo de singular significación y en la que se indica que, puesto que las guerras principian en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz.

Como véis, la importancia de la misión que corresponde a la inteligencia en todas sus formas —la filosofía, las ciencias, las artes, y como resumen de ellas, la educación— cobra, a partir de ahora, un alcance de incalculables repercusiones. El mundo se da cuenta de que las fuerzas de destrucción no han desaparecido con la derrota de los ejércitos alemanes y japoneses. Las armas que apresuraron la paz son un peligro de nuevas guerras y todo cuanto la civilización inventó para no morir podría aniquilarla, mañana, si no procediésemos a un verdadero desarme moral de la humanidad.

DESARME MORAL

Ahora bien, ese desarme moral es el que ha confiado la Conferencia de Londres, en primer término, a los maestros, a los sabios, a los escritores, a los artistas, a los filósofos. La única defensa efectiva contra las amenazas del porvenir está en la honradez de la voluntad y en la firmeza de las conciencias. La frontera de seguridad no será ya más, en lo sucesivo, una de esas líneas fortificadas que no sirvieron, durante la última guerra, sino para inspirar una falsa quietud a las poblaciones. La única frontera natural de seguridad está en el alma del hombre. Y, a robus-

tecer esa resistencia debemos orientar todos nuestros esfuerzos y deberán orientarse los esfuerzos de los intelectuales de todas las razas, en todos los Continentes.

Donde cesa la labor del soldado principia la del maestro, pues, en verdad, todo soldado se sacrifica para que un maestro desconocido logre evitar que el sacrificio de otro soldado se haga, de nuevo, imperioso e indispensable.

Al referirme al maestro no invoco exclusivamente al profesionista de la enseñanza. Invoco, asimismo, a los pensadores, a los poetas, a los investigadores y a los músicos, en fin, a todos los que enseñan con el libro o con la paleta, con la espátula o con el mármol, con la idea o con el ejemplo, con la expresión o con la virtud. A todos ellos se encuentra abierta la Organización Cultural iniciada en Londres. Y nada podía obligar mayormente mi gratitud que encontrar aquí, a mi regreso de Europa, este saludo de simpatía que me ofrecéis de manera tan generosa y en el que advierto una noble confirmación del deseo de entendimiento que anima a nuestros países.

Hace doce años, el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones preparó, en Madrid, una serie de pláticas acerca del porvenir de la cultura. Entonces, uno de los escritores presentes en esta mesa, mi ilustre amigo Jules Romains, pronunció palabras de profética pertinencia. “Uno de los dramas de la civilización actual —dijo, en esa ocasión— consiste en que hayamos de preguntarnos si deberemos renunciar, de una vez por todas, al deseo de anexar a la cultura el total de la humanidad.” Y, exclamaba elocuentemente: “Es preciso que la cultura no permanezca, durante largos períodos, sin vínculos con las masas porque, de un momento a otro, podríamos verla destruída, saqueada, rota. . . ¿Cuál fué el mecanismo de la desaparición, casi definitiva, de la civilización de la antigüedad? Justamente porque llegó a encontrarse rodeada de una masa no penetrada por la cultura, ocurrió el desastre. Se trata, pues, de saber si la ciencia, si el arte seguirán subsistiendo como tropas acampadas en medio de una población hostil.”

Desde los días, relativamente tranquilos, de aquellas pláticas ¡cuántos acontecimientos terribles han venido a justificar la zozobra escondida en los párrafos que preceden! No es sensato ya que el intelectual asuma la actitud desdeñosa y altiva del mandarín. Su misión democrática resulta cada día más clara y más promisoría. Y creo, por mi parte, que

podremos resumirla de esta manera: Convertir en escuela de paz el dolor del hombre, enseñando al hombre a entender y a estimar al hombre dondequiera que el hombre exista y por diferentes que sean su raza, su idioma, sus dogmas, sus recursos y su saber.

Que ésa sea, señores, la norma de todos nuestros trabajos, para bien de un mundo que está pidiendo, por la boca misma de sus heridas, una era en que la lucidez de la inteligencia acompañe, interprete y sirva a la verdad bondadosa del corazón.

LABOR Y PERSPECTIVA DE LA UNESCO

No pocos de los presentes tuvieron la deferencia de reunirse con el que os habla para comentar, hace varios meses, los acuerdos a que llegaron, en Londres, más de 40 gobiernos en su deseo de establecer un organismo mundial orientado a consolidar la paz merced a la educación, a la ciencia y a la cultura.

Algunas semanas antes de aquella reunión, los delegados de esos gobiernos habían firmado, en la capital de la Gran Bretaña, un instrumento en virtud del cual declararon solemnemente su voluntad de garantizar a todos, sin distinciones de raza, de sexo, de idioma o de religión, las posibilidades de un entendimiento fundado sobre el concepto de que la dignidad personal del hombre exige la difusión intensa de la cultura y el desarrollo continuo de una educación democrática para la paz, para la libertad y para la justicia social, y reconocieron que una y otro —la difusión de la cultura y el desarrollo de la educación— constituyen obligaciones sagradas que las naciones han de cumplir dentro de un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua.

Nuestro país, que participó con sincero entusiasmo en los trabajos de la Conferencia de Londres, no tardó en ofrecer testimonios concretos de la lealtad de sus decisiones. En efecto, el 21 de diciembre de 1945, el Senado de la República aprobó por unanimidad los convenios suscritos el 16 de noviembre del mismo año. Y, poco tiempo después, el Señor Presidente Avila Camacho nombró a un distinguido intelectual mexicano, el Dr. Martínez Báez; a fin de que se trasladara a Inglaterra y ocupara allí el puesto reservado a México en el seno del Comité Ejecutivo Provisional del Organismo que tratará de aplicar —por la educación, por la ciencia y por la cultura— los principios de solidaridad internacional y de progreso común del género humano que las Naciones Unidas determinaron en el texto de la Carta de San Francisco.

Lo que muchos consideraron entonces con irónica reticencia ha empezado a adquirir los relieves de una promesa sólida y constructiva. Pese a las inquietudes que, por desgracia, todavía nublan otros sectores

Banquete ofrecido al Dr. Julián Huxley, Director General de la UNESCO.—México, D. F., 21 de mayo de 1946.

del campo internacional, la visita del Doctor Huxley es un indicio del sentido de seriedad con que la Comisión —que aun actúa en Londres y que, en el curso de este año, habrá de instalarse en París— está preparando las actividades del Organismo a que me refiero.

Designado para desempeñar el cargo de Secretario Ejecutivo de aquella Comisión, el Dr. Huxley ha comprendido que nada puede substituir —ni el mejor informe— el contacto directo con los problemas que plantea la realidad. Por eso, con plausible interés, ha iniciado un viaje de estudio por diversos países de este Hemisferio, entre los cuales nuestra República.

Lejos de ser un desconocido para nosotros, el Dr. Huxley se presenta nimbado por justa celebridad. Miembro de una familia que se ha ilustrado tanto en las ciencias como en las letras, el Dr. Huxley pertenece a ese linaje de sabios que no pierden jamás de vista, por espesos que sean los muros de los laboratorios en que se encierran, las aspiraciones morales del hombre medio, el dolor de las masas desheredadas, lo que no cabe en la placa de una preparación o en los términos de un binomio: la angustia de una cultura que se debate entre las múltiples asechanzas de esa barbarie que, por mecanizada, por técnica y por *moderna*, se antoja a cierta categoría de talentos como si fuera el sucedáneo virtual de la civilización.

Investigador famoso, en el refugio antiaéreo del Parque Zoológico de Londres —y en plena guerra— escribe el prefacio de uno de sus libros. Y en ese perímetro, limitado por todas las amenazas de la materia pero abierto, por el espíritu, a todos los horizontes de la esperanza, con estoicismo en el que no adivinamos la menor huella de indiferencia, mezcla al rugido de los cañones, que hacen trepidar la mesa bajo su pluma, las voces íntimas de Sibelius, que le transmite una estación radiodifusora.

¿Sobre qué temas escribe ese solitario, en la noche infernal de Londres, bajo las bombas de la Luftwaffe? Sobre la eugenesia y la sociedad; sobre el concepto de raza y el humanismo, sobre la ciencia natural y la ciencia social y, precisamente —y es lo que deseo destacar en estos instantes—, sobre la singular soledad del hombre.

Todos esos temas le inducen a una indagación todavía más alta. ¿Qué civilización vamos a crear?, se pregunta no sin congoja. Y en tal interrogación coinciden todas las otras que su obra implica.

“Los ideales esencialmente económicos y mecanicistas —exclama— ya no nos satisfacen. Se fundaban en la libertad y prometían igualdad y prosperidad. Pero, en lugar de libertad, los hombres se han encontrado esclavizados a la maquinaria impersonal; su igualdad, puramente política, ha sido acompañada por una grosera desigualdad económica y social, y la promesa de prosperidad, reemplazada por la inseguridad y la frustración de las masas.”

Y concluye: “La civilización sólo se salvará si puede transformarse de tal modo que venza la inseguridad y la desesperanza. Es decir: si halla una nueva substancia para creer en sí misma, una nueva fe social, basada en el concepto de sociedad como un todo orgánico en el que los derechos y los deberes estén equilibrados deliberadamente.”

Una nueva substancia, una nueva fe social... Eso que el hombre solo de Londres pedía a los otros desde el interior de un refugio, en una noche de bombardeo, eso es lo que todos anhelan en estos años en que advertimos que ninguna guerra se gana exclusivamente por la violencia y que la victoria de los ejércitos proporciona amargas desilusiones cuando los gobiernos no se deciden a entrelazar los laureles del triunfo con la oliva de la concordia y las hojas de encina de la constancia.

Esa nueva savia de nuestra fe en los valores humanos de la existencia no habremos de descubrirla, naturalmente, seccionando los tallos secos de las viejas doctrinas desarraigadas por la piqueta de las trincheras y aplastadas por el peso mortífero de los tanques. Sólo en la vida, en la franqueza palpitante y cálida de la vida, encontraremos esa substancia que requerimos para creer en nosotros mismos. Y sólo cultivándonos para apreciar en cada hombre, por separado, y en todos los hombres, en su conjunto, las infinitas aptitudes de transformación y de ascenso que los despotismos se han afanado siempre por restringir y por oprimir, lograremos aquel grado eminente de plenitud y de libertad en el cual, como Scheler quería, los valores vitales no continúen subordinados a los valores utilitarios.

Ahora bien, ese amor por la vida, ese respeto a la vida son obra y premio de la cultura. Las tiranías tienen indefectiblemente que derribarse porque su injusticia fundamental es un *no* rotundo, opuesto —arbitrariamente— a las corrientes fértiles de la vida; porque destruyen más de lo que producen y porque parten del absurdo supuesto de que la

humanidad puede valer por lo que no hace, por lo que ignora, por lo que evita, por lo que acepta pasivamente y no por lo que entraña, en verdad, su grandeza intrínseca: por lo que ansía, por lo que inquiere, por lo que aprende, por lo que expone, por lo que da.

Esa misión esencial de la inteligencia, encauzar la vida, estimular y extender las conquistas éticas de la vida, las democracias la reivindican gallardamente. La educación, la cultura, la ciencia, en lo que tienen de más emancipador, no aspiran sino a cumplirla, entendiendo al hombre, sirviendo al hombre y ayudando al hombre a trabajar en armonía con sus iguales, no por miedo al castigo del poderoso; antes al contrario, por la satisfacción de obtener y de asegurar la superación del débil.

Misión difícil, en cualquier Continente y en cualquier época. Mensajero de esa misión es entre nosotros el Dr. Huxley. Maestros, artistas, literatos y hombres de ciencia lo saben perfectamente: o todos los pueblos cooperan para la paz y la independencia, o la paz y la independencia volverán a sufrir los amagos de una nueva y tremenda conflagración.

Los maestros, los artistas, los literatos y los hombres de ciencia de México aprecian la magnitud de ese compromiso. De ahí que vuestra presencia, Dr. Huxley, signifique para ellos un saludo de todos sus compañeros de un tiempo libre; de todos los que no doblan su voluntad ante el deber que el destino les ha trazado; de todos los que, con el mármol, con el libro y con la paleta o con el compás, con el bisturí y con el microscopio, buscan la razón, la belleza y el bien del mundo y no se dejan arredrar por lo que han sufrido, porque recuerdan, según dijo Emerson, que ningún hombre entiende ciertas verdades mientras no ha tenido oportunidad de luchar con ellas. . .

LA ONU, ESPERANZA DE LA PAZ

A PARTIR del momento en que, presentida ya la victoria, principiaron los gobernantes a discutir el futuro orden jurídico de la tierra, me he preguntado múltiples veces qué es lo que más desea de ese futuro, no el profesional de las técnicas del poder, no el capitán de una vasta industria, no el ministro, el banquero o el comerciante, ni siquiera el intelectual, sino el hombre medio, el anónimo transeúnte, el lector que, sin críticas personales, acepta cada mañana las noticias que sus periódicos le transmiten y, entre todos, el pequeño contribuyente que fué a la guerra y que guarda de la tragedia de nuestro tiempo el recuerdo de esas imágenes fulgurantes que otros se contentaron con admirar, transformadas en documento —cuando no en distracción— sobre la pantalla.

Mientras discurren los diplomáticos, ese hombre espera. Y espera con la ansiedad del pariente pobre que, en la antesala de un hospital, aguarda que acaben los cirujanos la operación que podría restituirle lo que más quiere: el cuerpo, salvado y próspero, de la paz.

Si todos los expertos en cuyas manos confía el mundo esa operación se aproximaran a comprender lo que siente el hombre al que me refiero —el que no se impone, el que no protesta, el que sólo sufre, produce y calla— ¡cuánto no ganarían en hondura su inteligencia, en capacidad de perdón sus propósitos de justicia y en amplitud generosa y valiente su lucidez!

Porque, tras de cada problema internacional, está siempre el hombre. El hombre de cualquier pueblo, de cualquier raza, de cualquier clima. Es decir, la víctima que, en el caso de equivocarse quienes actúan en las altas esferas de la política, tendría que rescatar esa culpa ajena con el hambre de su familia, con un poco más de miseria en su hogar desnudo y acaso —ya lo hemos visto— con su existencia.

He invocado, señores, la presencia de ese hombre medio porque, en todos nuestros países, él es quien mayores acervos morales tiene depositados en el porvenir de la institución cuya Secretaría General des-

Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exteriores al señor Trygve Lie, Secretario General de las Naciones Unidas.—México, D. F., 11 de enero de 1947.

empeña tan dignamente el estadista al que saludamos con lo más persuadido de nuestro aprecio.

¿Qué fué, en efecto, desde su origen, la organización internacional que representa el Excelentísimo Señor Trygve Lie sino la cifra de una inmensa esperanza de libertad?... Lo difícil de las tareas de esa organización ha hecho dudar a muchos del éxito rápido que auguraban. Pero esa duda no debe minar nuestra persistencia. Pensemos en el espectáculo que ofrecía la humanidad hace algunos años. En plena guerra, una disyuntiva terrible se planteaba. Establecer la paz sobre el equilibrio fortuito de unas potencias o levantarla sobre la base de una cooperación general, inspirada en los postulados de la equidad y de la justicia.

Entre ambos extremos, el mundo no vaciló. El advenimiento de las Naciones Unidas fué su respuesta.

Es cierto que no son pocas las controversias que ponen aún en peligro la gestión unánime que soñábamos. Pero las controversias tienen que ser superadas porque no hay razón para que invaliden continuamente los principios humanos de la concordia, así como el mal, la mentira y la fealdad no pueden suplantar en términos perdurables los prestigios del bien, de la verdad y de la belleza.

A través del espantoso proceso de la última paz y la última guerra de nuestro siglo, observamos la afirmación de un factor que ha ido alcanzando, poco a poco, más nítida autoridad: la conciencia internacional de todos los pueblos. Como reacción al rigor de desventuras innumerables —las atrocidades de los campos de concentración, las cámaras de gases letales, la destrucción en masa y el desarraigo de poblaciones enteras— hubo de penetrar en esa conciencia la convicción de que el mundo no alienta por el automatismo del odio, sino por los poderes benéficos de la vida.

Semejante conciencia no es solamente un freno para los gobernantes. Es un consejo para los pueblos. Y ese freno y ese consejo constituyen las garantías más positivas de la organización definida en la Carta de San Francisco. Porque, cuando todo está en riesgo de perecer —y una nueva conflagración supondría la ruina de todo lo que estimamos—, los mecanismos políticos o mejoran o, a la postre, desaparecen.

Afortunadamente, sin salir del plano de lo inmediato, las Naciones Unidas se han dado un juez. Ese juez, por supuesto, no está en nos-

otros, los funcionarios que, en mayor o menor escala, participamos de sus labores. Ese juez sencillo, férvido y vulnerable, de carne y hueso, es el hombre medio al que antes me referí: el que no querrá que se reproduzcan los errores patéticos del pasado, el que sabe ya lo que valen el cadáver de una ciudad, la agonía de una nación, el éxodo de una raza, la vida de una mujer, la mutilación de un hijo, la parálisis de un hermano. Y es menester declararlo con entereza. Si no acertamos —todos unidos— a darle paz y también justicia, porque la paz sin justicia sería un sarcasmo, ese juez sencillo, férvido y vulnerable no nos perdonará.

No poseemos por consiguiente, en estos instantes, ni siquiera el derecho al escepticismo. Ser exigentes no es ser escépticos. Y tenemos la obligación de ser exigentes. Por eso medimos las responsabilidades que las Naciones Unidas han contraído, pero medimos, al propio tiempo, todos los elementos de que disponen para cumplir con su gran deber.

¿Cuándo habían conseguido nunca los pueblos aglutinar tan enormes reservas de acción posible? Junto a su estructura política y militar, diseñada con el anhelo de proteger la seguridad colectiva de los Estados mediante instrumentos de irresistible eficacia práctica, las Naciones Unidas sostienen hoy órganos de consulta y de dirección destinados a mejorar su común acuerdo, lo mismo en los campos feraces de la materia que en el espacio magnífico del espíritu. Mencionaré, desde luego, dos: el Consejo Económico y Social y la Organización Educativa, Científica y Cultural, cuya próxima conferencia se reunirá en esta ciudad a fines del año en curso.

Y no es su trazo exclusivamente el que nos conforta. Muchas de las resoluciones adoptadas en Nueva York comprueban la pertinencia de dicho trazo. En particular aquellas que conciernen al problema del desarme, los esfuerzos desplegados para instituir el control de la energía atómica, la iniciación del sistema de administración fiduciaria, en cuyo Consejo México tiene la honra de figurar, el propósito de reducir el veto a sus justas proporciones y el papel preponderante que ha asumido la Asamblea, a pesar de sus límites constitucionales, como tribuna para la manifestación y la unificación del pensamiento universal.

Mi país, que ingresó a las Naciones Unidas en la hora en que la esperanza se pagaba todavía con el dolor, no puede desconfiar en estos

momentos del destino que la historia ya les señala. De ahí que se congratule profundamente de la visita que le hace ahora un huésped tan distinguido como el Señor Trygve Lie y que celebre, en su persona, a un internacionalista de méritos eminentes y a un gran noruego, con cuya Patria ha mantenido la mía tradicionales vínculos de amistad, acendrados por la abnegación y el heroísmo que el pueblo de Noruega manifestó, en medio de las mayores aflicciones, al sobrellevar una guerra que le fué impuesta, como a nosotros, por fuerzas contrarias a su espíritu de trabajo y al carácter pacífico de su civilización.

A la luz de las consideraciones que acabo de formular, advertiréis fácilmente, Excelentísimo Señor, la efusión con que brindo por las Naciones Unidas y por vuestra ventura personal, así como por la de vuestros acompañantes, entre los cuales se halla un antiguo y muy apreciado amigo de México, el Excelentísimo Señor Subsecretario Benjamín Cohen. Y comprenderéis, además, la sinceridad de los votos que elevo, en nombre del Gobierno del Señor Presidente Alemán, porque vuestro viaje a través del Continente os ponga en contacto íntimo con la unidad de nuestras Repúblicas; unidad que —al reconocer la importancia de los sistemas regionales como recursos de paz y seguridad— la Carta de San Francisco catalogó entre las realidades de ese mundo mejor por el cual sin tregua, durante años, millones de hombres como nosotros, que sentían y amaban la vida como nosotros, ofrendaron su sangre con estoicismo.

LA ORGANIZACION DE ALIMENTACION Y AGRICULTURA DE LAS NACIONES UNIDAS

EL PRIMER término, a menudo nublado de dramatismo, en que la acción política de las Naciones Unidas tiene por fuerza que situarse, ha dejado a los pueblos margen estrecho para estimar, como deberían, otros aspectos fundamentales de la organización emanada de la Carta de San Francisco. Atentos a la elaboración jurídica de la paz —y preocupados por las serias dificultades con que tropiezan los estadistas— los hombres no han apreciado muy claramente la trascendencia de los órganos especiales, de carácter estable y complementario, que en lo educativo, lo técnico y lo económico están destinados a dar a la institución internacional de que somos parte una influencia definitiva para el progreso del mundo contemporáneo.

Esos órganos especiales —si actúan con el acierto que deseamos— habrán de encontrar al fin la fórmula indispensable de entendimiento para que puedan las determinaciones de los gobiernos apoyarse confiadamente en el ánimo de los pueblos y para que los arreglos políticos no sean convenciones teóricas y fugaces, sino frutos bien madurados de una armonía robustecida por el trabajo y afianzada en la realidad.

ALIMENTACIÓN Y AGRICULTURA

Como ejemplos de significación incontrovertible, señalaré la Organización Educativa, Científica y Cultural, que celebrará su segunda Conferencia en esta ciudad en noviembre del año en curso, la Organización Mundial de la Salud y la Organización de Alimentación y Agricultura, fundada en 1945. Esta última, a cuyo Director General, Sir John Boyd Orr, damos hoy la más cálida bienvenida, fué cronológicamente la primera en aparecer y es, sin duda, una de las más eficaces y las más útiles.

Ya en plena guerra, la Conferencia de Hot Springs nos había he-

Banquete en la Secretaría de Relaciones Exteriores, ofrecido a Sir John Boyd Orr, Director General de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas.—México, D. F., 13 de mayo de 1947.

cho reconocer que un mundo sujeto a las amenazas del hambre y de la miseria es un mundo en que la paz sólo consigue brillar por espacios breves, como la flor del cacto en las planicies áridas del desierto.

El hombre no es nada más un espíritu que confía, sino un cuerpo apremiado por las necesidades. Y, entre las solicitudes de la materia, la más cruel es aquella que abre una tremenda desproporción entre las reservas de productos alimenticios y las bocas que esperan esos productos.

LA MISERIA, CULTIVO DE TODAS LAS DEMAGOGIAS

Por mucho que se haya dicho y escrito sobre los orígenes ideológicos de las guerras —y por mucho que la delirante altivez de los dictadores haya justificado a quienes insisten en la gravedad de las controversias que proceden de esos orígenes— un hecho innegable se impone a nuestra conciencia: la producción de alimentos no es suficiente, en la actualidad, para satisfacer las demandas del mundo entero. Ahora bien, mientras no se aumente esa producción y mientras no se adopten las reglas imprescriptibles para distribuir el total de la producción conforme a un programa sensato y justo, las demagogias de toda especie seguirán encontrando campos espléndidos de cultivo en los sectores infortunados de las escasas naciones ricas y en la densidad de la masa humana de las muchas naciones infortunadas.

De poco serviría, pues, atacar el mal en la esfera política superior —que, después de todo, únicamente recoge el síntoma— si no procediéramos a extirparlo en la oscuridad de su oculto germen y si no intentáramos suprimir la raíz de una deficiencia que, en ocasiones, da a los convenios más generosos la vaguedad de un anhelo sin contenido o la ultrajante ironía de una ficción.

El problema de la alimentación y la agricultura se ha complicado, por una parte, con el término de la guerra —de una guerra que cegó muchas fuentes de abastecimiento— y, por otra parte, con un período en que el desarrollo industrial de algunos Estados ha inducido a no pocos pueblos a descuidar las faenas del campo por las atenciones de la ciudad. Al principio de nuestro siglo un poeta europeo se refirió, con terror, a la avidez de las urbes tentaculares. Lo menos que cabría decir en estos instantes, al recordarlo, es que el sociólogo —y, también, el economista de nuestros días— no están exentos de aquel terror. Un

equilibrio entre el surco y la fábrica tendrá que instaurarse, tarde o temprano, si no queremos que, por desdén para el surco, la fábrica se vea en el caso de perecer.

INDUSTRIALIZACIÓN Y PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

En países en los que la conveniencia de industrializar los elementos de la naturaleza se presenta con perfiles inaplazables, como en el nuestro, no se percibe este ángulo del problema con la misma acuidad con que ya lo advierten otras naciones, de industrias muy avanzadas. Y, sin embargo, nosotros mismos hemos de pensar que la industrialización a la que aspiramos sería estéril si no la apoyáramos fuertemente en la producción de materias primas y si, en la producción de materias primas, no otorgáramos atención singular a la producción de los alimentos fundamentales.

Lo que digo explicará a ustedes el interés con que seguimos las labores de una institución como la que Sir John Boyd Orr representa entre nosotros con talento tan distinguido y convicción tan plausible y tan persuasiva. Las finalidades de la Organización de Alimentación y de Agricultura son las de compilar, analizar y distribuir la información mundial respecto a la nutrición y a la producción agrícola, hacer recomendaciones concretas a los gobiernos sobre estos temas, esenciales para los pueblos, y proporcionarles la ayuda técnica que deseen para perfeccionar sus métodos de trabajo.

Formada por 47 naciones, la Organización cuenta con un Comité Ejecutivo de 15 miembros, en el cual, por la América Latina, anotamos la presencia de un delegado del Brasil, de un delegado de Chile y de un delegado de México, el Doctor Francisco de P. Miranda.

El señor Orr, Director General de la Institución, ha decidido visitar diversas Repúblicas de nuestro Hemisferio, a fin de examinar algunas cuestiones de agricultura, de bosques y pesquerías, y con el deseo de concertar la creación de un Comité Nacional en cada país. Entre nosotros, una Comisión de Enlace ha quedado integrada recientemente. En ella figuran representantes de las Secretarías de Agricultura, de Economía, de Salubridad y Asistencia, de Marina y de Relaciones, así como también del Banco de Comercio Exterior y de la Nacional Reguladora y Distribuidora.

México recibe al señor Orr con la más íntima complacencia. Para el Gobierno de la República, que postula un aprovechamiento intensivo de los recursos naturales en beneficio de los destinos humanos, el viaje del señor Orr es sumamente grato ya que, tanto él, en lo personal, como la Organización que dirige, han iniciado una constructiva tarea de investigación consagrada a alcanzar desde la satisfacción inmediata de las más elementales necesidades de la vida hasta el propósito último de nuestra civilización: el logro de un mundo libre de la miseria y garantizado, en la paz, por la independencia y por la justicia.

El magnífico empeño de obtener una verdadera inteligencia universal no ha descubierto, acaso, materialización más feliz que la fundación de las agencias especializadas que rodean y sustentan al órgano político de las Naciones Unidas. Tales centros enlazan, en su seno, los rendimientos del individuo y los intereses generales de las colectividades, próximas o distantes, pero siempre vecinas, en el plano de la co-operación requerida por el progreso.

LA PAZ SIN CONFIANZA NO SERÍA PAZ

En varias ocasiones he repetido que la paz no puede, ni debe, concebirse exclusivamente como un equilibrio político, compromiso precario y frágil entre tesis divergentes cuando no opuestas; sino que ha de verse en ella el lógico resultado de la confianza del hombre en el bien del hombre. A infundir, en todos, esa confianza tienden las nuevas instituciones de las Naciones Unidas. Cada una de ellas está estudiando, tesonera y calladamente, la manera de asegurar a los pueblos el ejercicio de esas libertades por las cuales combatimos en la última guerra y por las cuales —si examinamos la historia en su integridad— comprenderemos que, en el fondo, se ha combatido siempre.

A la UNESCO, centro educativo, científico y cultural, incumbe la función de defender la libertad del pensamiento y de exaltar la libertad por el pensamiento. Es en la mente del niño donde hay que arrancar, ante todo, los prejuicios, los odios y los rencores en que se encienden las llamas trágicas de la guerra. Y a la UNESCO toca el investigar, definir y preconizar los sistemas adecuados para que, en lo futuro, no resurjan tales rencores, tales prejuicios y tales odios.

La Organización Mundial de la Salud se ha fijado como meta la

de llevar a todas las latitudes los beneficios de la higiene. Tarea inmensa puesto que, por primera vez, no se buscan soluciones locales y nacionales, sino soluciones universales, y, por primera vez, el hombre se siente con energía para entender, en conjunto, un problema que inquieta a todos.

Y esta Organización, en fin, para la Alimentación y la Agricultura se preocupa por intensificar la producción de los frutos de la tierra y vela por su apropiada distribución para librar del hambre a la humanidad.

La conciencia pública no parece haberse todavía familiarizado con la noción de que es ahora cuando han sido creados los organismos que buscarán el modo de resolver —a escala mundial— las milenarias angustias del hambre, la ignorancia y la enfermedad.

En medio de la selva oscura, se explora en múltiples direcciones para trazar la senda por la cual puedan las masas salir, para siempre, de esas angustias. Se aspira, nada menos, que a abolir la miseria del cuerpo y la del espíritu. Pero ocurre que la generalidad de los hombres ve los problemas de todos sus semejantes en términos de “nación”; no en términos de “humanidad”. El hombre, que acepta fácilmente morir por una idea, suele mostrarse reacio a vivir por el triunfo de esa idea y a trabajar por el bien común. En consecuencia, habrá de ser tarea educativa de nuestra generación la de acostumbrar a los pueblos a meditar en aquellas materias no dentro de límites nacionales, sino como habitantes de un mundo unido por la interdependencia de la economía y por la solidaridad de la civilización.

Hay que fomentar, por tanto, la obra de divulgación y conocimiento. La labor de las agencias especializadas de la ONU y, sobre todo, los primeros resultados de esa labor podrán ahondar en cada una de nuestras almas la fe en la paz obtenida por el mutuo consentimiento, ya que una paz que no proviniese de la satisfacción y de la concordia correría el peligro de convertirse, tarde o temprano, en otro armisticio disimulado.

México, en cuyos anales el hambre ha dejado escritas páginas lúgubres y que sufre aún el dolor de ver subalimentados a muchos de sus hijos; México, en cuyo territorio hay todavía regiones disputadas por enfermedades que frenan el incremento de la población; México, donde el analfabetismo ha tenido que combatirse mediante una entusiasta cru-

zada nacional; México, que ha debido empuñar las armas para salvar su independencia y para contribuir, como lo hizo recientemente, a la defensa colectiva de la libertad y de la democracia, considera con la mayor simpatía la tarea emprendida por las instituciones que he mencionado y no retrocederá ante el noble deber de aportarles su cooperación.

AYUDA DE LA UNESCO A LA COOPERACION
INTERNACIONAL

EN EL BREVE espacio de algunos meses hemos tenido la honra de recibir la visita de tres de los funcionarios más distinguidos del sistema internacional merced a cuyos trabajos los países que lucharon por defender la libertad y la democracia contra los déspotas tratan ahora de organizar, en el mundo entero, una paz desprovista de odios, de arbitrariedades y de prejuicios.

En enero del año en curso saludamos, en este sitio, al señor Trygve Lie, a cuya habilidad y experiencia han sido confiadas las complejas tareas que incumben al Secretario General de las Naciones Unidas. En mayo, sostuvimos conversaciones muy importantes con Sir John Boyd Orr, Director de la Organización especial para la Alimentación y la Agricultura. Hoy es un investigador eminente quien se halla en México: el Doctor Julián Huxley, cuya capacidad no requiere presentación. En efecto, al conocimiento que teníamos de su obra, podemos agregar la satisfacción del trato a que dió motivo el viaje que realizó, en 1946, a esta Capital.

Dirige el Doctor Huxley los trabajos de la Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas. Ese solo hecho sería bastante para que nuestros votos se conjugaran a fin de desearle el éxito que merece, ya que dicha organización constituye uno de los pilares fundamentales del orden universal que, entre todos, estamos elaborando. Pero su visita, en estos momentos, tiene un significado particularmente valioso para nosotros, pues viene con el propósito de conocer las labores desarrolladas por nuestras autoridades, bajo la activa orientación del señor Secretario de Educación Pública, a fin de preparar adecuadamente la segunda conferencia mundial de aquel instituto. Según se sabe, la conferencia a que aludo habrá de efectuarse en México en noviembre próximo.

Nuestro país se ha sentido vinculado a los esfuerzos de la UNESCO desde los días en que tal sigla no existía aún; es decir, desde los días

Banquete ofrecido al Dr. Julián Huxley, Director General de la UNESCO, en la Secretaría de Relaciones Exteriores.—México, D. F., 9 de junio de 1947.

en que la agrupación actualmente encabezada por el Doctor Huxley parecía a los hombres prácticos sólo un proyecto emanado del optimismo de un grupo de intelectuales.

La guerra embargaba entonces todos los ánimos. Y —hay que expresarlo sin amargura— no todos se daban cuenta de que el programa esbozado por los ministros aliados de educación en el refugio de una Inglaterra asediada por los submarinos y bombardeada por los aviones totalitarios, era un programa que, por lúcido y razonable, iba a encontrar en los pueblos un eco franco de simpatía y un afán vital de cooperación.

México —que siguió con sincero interés los estudios de esos ministros— aceptó complacido la invitación que le fué enviada para establecer, en 1945, en Londres, las bases de un órgano universal consagrado a estrechar los lazos de amistad y confianza entre las naciones, por medio de las técnicas de la ciencia, gracias a los beneficios de la educación y en virtud de la redención generosa de la cultura.

Nacida a la orilla del Támesis, pocos meses después de la Carta de San Francisco, la organización que llamamos UNESCO celebró, en París, el año pasado, su primer asamblea anual. Y la celebró entre el cálido aplauso que justifican los méritos innegables. Ahí, en París, las delegaciones se pronunciaron en el sentido de escoger, para su segunda asamblea, esta Capital.

Ello implica una distinción que agradecemos profundamente y que apreciamos tanto mejor cuanto que no la consideramos un halago aislado para nuestro país, sino un testimonio del interés que suscita nuestro Hemisferio, en el cual se cruzan todas las inquietudes y cuyo territorio se abre, entre el paréntesis natural de los dos océanos que lo ciñen, como un gran pensamiento de fe en el hombre y una gran esperanza en el poder de la libertad.

La obra reservada al educador, al artista y al sabio es la más difícil de cuantas pueda plantear el destino humano a los arquitectos auténticos de la paz. Las organizaciones políticas y económicas reconocen límites tan palpables que, si cometen alguna equivocación, los que actúan en sus esferas tienen por fuerza, para enmendarla, un consejo rápido: el que les brinda la realidad. Pero quienes trabajan en el dominio intangible de las ideas pueden equivocarse a muy largo plazo. Y la lentitud de las reacciones que solicitan en el terreno internacional

entraña dos consecuencias de riesgo idéntico: atenúa, por una parte, el conocimiento de sus aciertos y aleja, por otra parte, la sanción para sus errores.

De ahí la responsabilidad singular que gravita sobre la UNESCO. Responsabilidad que no es suya exclusivamente, sino de todos los pueblos que la han formado, y que aceptamos nosotros con emoción.

En el mundo de Estados y de Potencias —que el político ve como un vasto armonio en el que, según el caso, oprime la tecla de las alianzas o el pedal dramático de las guerras— la UNESCO ve, sobre todo, un mundo de hombres. Esto es, un mundo de semejantes que no saben disfrutar de sus semejanzas y que viven exagerando sus diferencias e invocando también, para exagerarlas, esos principios nacionalistas a cuyo amparo se acrisolan muchas virtudes pero, a menudo, se incurre en muchas vergüenzas de agresión, de injusticia y de incompreensión.

Hombres son los que busca la UNESCO en los ciudadanos de todas las razas y en los habitantes de todas las latitudes. Hombres que hablan diversas lenguas, cantan distintos himnos y se agrupan —para perdurar o para morir— bajo los colores de diferentes banderas. Pero, en suma, seres que ansían, con desiguales recursos, superar las mismas angustias de la miseria, del terror y de la ignorancia y realizarse, completamente, por la liberación económica y cultural.

Sin la adhesión de esos hombres, sin la amistad, la confianza y la ayuda de esos millones de agentes —modestos o vigorosos— del progreso que ambicionamos, ¿dónde lograríamos cimentar una paz total?

Durante siglos, han coexistido los pueblos dentro de un régimen de culturas más o menos herméticas entre sí. No seré yo quien ocupe vuestra atención con análisis deficientes acerca de los debates desarrollados entre los pensadores que oponen al concepto de civilización el elogio de la cultura. Sin embargo, bastaría citar la doctrina de Spengler —y evocar su germánico pesimismo— para comprender hasta qué punto muchos de los desdenes manifestados para el primero de esos conceptos emanan de una inquietud, confesada o inconfesada, ante el deber de proporcionar a las diversas culturas que el hombre exalta un sentido de universalidad sin abdicaciones: el común denominador de la civilización.

No creo que se haya suficientemente insistido sobre la relativa modernidad de la idea de civilización en la historia humana; o, por lo

menos, de la idea de civilización tal como ya la entienden las grandes masas y, especialmente, determinados países de tradiciones mediterráneas inconfundibles. Recuerdo la sorpresa con que un escritor alemán, de sentir latino, observaba —en los monumentos erigidos en Francia, hasta en la más pequeña de sus aldeas, a los héroes de 1914— estas soberbias palabras: “Muertos por la Civilización.” Las autoridades que dictaron tales palabras no despreciaban, seguramente, la significación de la prestigiosa cultura por la que habían luchado esos combatientes. Mas, sin duda, reconocieron que, al hablar de cultura, tenían que limitarse, en rigor, a la cultura de un pueblo, de una época, de una raza; en tanto que, al hablar de civilización, englobaban en un término solo infinidad de ambiciones y de deseos sin frontera en el tiempo ni radicación exclusiva en la geografía.

Es posible que me equivoque; pero imagino que uno de los ideales más positivos del mundo nuevo consiste, precisamente, no en desarticular las culturas para unificar la civilización, sino en fomentar y ahondar la cultura de cada comunidad hasta conseguir que coincidan todas —coherentes y no uniformes— en el plano de ese mutuo consentimiento que la civilización general demanda para existir.

Ahora bien, ¿no es ése el propósito último de la UNESCO? Porque el diálogo de los intelectuales —si se resignara a ser únicamente eso: un diálogo entre intelectuales— no infundiría a las colectividades el noble estímulo que la acción de la UNESCO inspira a nuestras naciones. Los pueblos tienen necesidad de pan, de quietud, de abrigo; pero tienen también —y acaso hoy más que nunca— necesidad de esperanza, necesidad de verdad y necesidad de amor. Unos ganaron. Y su victoria no los conforta. Otros perdieron. Y su derrota no los convence. Todo cuanto hubiera debido servirles para la dicha, ha contribuido a su desventura. El poder, la riqueza, la ciencia misma, se han concertado para amargarlos y amedrentarlos.

Bajo tantas angustias ¿dónde está el hombre? Durante la guerra, apenas si lo vimos pasar, convertido en legión, entre las máquinas de exterminio que lo trituraban. Y ahora, al principiar a formarse la paz, apenas si lo escuchamos gemir, convertido también en legión, entre esas otras máquinas de exterminio que son las argucias jurídicas de un sistema minado por el intento de hacer una política universal y una economía universal con procedimientos locales y nacionales; sin haber sus-

citado, primero, en la conciencia de todos, una voluntad de universalidad enérgica y decidida.

Semejante misión, Doctor Huxley, es la que nuestros pueblos confían a la institución que se halla bajo la dirección de vuestro talento: ayudar a que los intelectuales, los maestros, los poetas, los sabios y los artistas de cada país despierten, en todos sus compatriotas, esa voluntad de universalidad por la educación; que combatan, en la mente de las nuevas generaciones, las fuerzas oscuras del mal, de la violencia y de la mentira; y que demuestren así —no con teorías, sino con hechos— que, de todos los elementos de la fortuna humana, la inteligencia, el saber, la belleza, la verdad y el bien, son los que pueden contribuir de manera más clara y constante a fundar la paz, porque, al revés de lo que acaece con otros elementos, ellos se multiplican al dividirse y se reparten sin decrecer.

VII

LA CONFERENCIA INTERAMERICANA PARA EL MANTENIMIENTO DE LA PAZ Y LA SEGURIDAD DEL CONTINENTE

UNA DESIGNACIÓN generosa me ha concedido el privilegio de presentar, Excelentísimo Señor, el testimonio de gratitud de nuestra Asamblea por las elocuentes palabras de bienvenida con que habéis tenido la deferencia de inaugurarla.

En el cumplimiento de la honrosa misión que se me confía, estoy persuadido de interpretar el sentido de todas las Delegaciones al expresaros la satisfacción profunda que nos produce el que sea aquí, en el Brasil —siempre tan bien dispuesto a la comprensión de los grandes problemas americanos— donde nuestras Repúblicas se reúnan para consagrar los principios de paz en la libertad y de seguridad colectiva por el derecho que fijan, como puntos de orientación, la geografía moral de este Continente.

Fué también a esta tierra brasileña a la que vinieron, en 1942, los Ministros de Relaciones Exteriores americanos. Vibraba entonces, en las conciencias, la indignación provocada por un delito: el despuntar de una aurora inmersa, frente a Pearl Harbor, en la sangre y el fuego de la metralla.

Protegida, durante mucho tiempo, por los océanos que la ciñen, América se sintió nuevamente en causa. Esos odios que los tiranos, parodiando al aprendiz hechicero de la leyenda, fueron capaces de desatar pero no de vencer y de reprimir, representaban un riesgo inmenso para todos los hombres libres. Las balas que perseguían a un chino en China, a un griego en Grecia y en Guadalcanal a un soldado de los Estados Unidos amenazaban —en cada uno de nosotros— el caudal del honor humano, la patria en que deben tener cabida todas las patrias, la ciudadanía de la virtud.

América asumió, sin tardar, aquella suprema ciudadanía. Refrendadas en Río de Janeiro, las Declaraciones de Lima y de La Habana nos

Inauguración de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente.—Quitandinha, Brasil, 15 de agosto de 1947.

indujeron a proclamar que la paz no basta, porque ni ella —con ser tan pura— podría bastar a quien abdicase de los postulados de la justicia.

Frente al reto del mal, exhortamos a nuestros héroes. Y el Hemisferio se puso en pie.

Sucedieron los días, los meses, los años ásperos de la guerra. Y, para intensificar la colaboración afirmada en el Brasil, mi país ofreció al Continente, en 1945, la casa en la que conserva las reliquias más nítidas de su historia. Ahí, entre los ahuehuetes del bosque milenario, los delegados de las naciones americanas aprobaron el Acta de Chapultepec.

Lo que fué, en Río de Janeiro, fe en el derecho y conciencia lúcida del peligro, se había convertido ya en confianza del triunfo próximo. Sin embargo, los hombres —con justas dudas— querían conocer el rostro de la victoria.

Ese rostro ya lo hemos visto. Y no podemos decir que nos satisfaga.

A la unión de las esperanzas, acendrada por la contienda, ha seguido en el mundo, en el despertar de la paz, la desunión de los intereses. Continúa mencionándose, es cierto, la igualdad teórica de los pueblos; pero el hecho mismo de mencionarla hace sentir más cruel la inferioridad material de los desiguales. Y mientras los gobiernos, en la incertidumbre internacional, avanzan, para el desarme, con precaución de convalecientes, las facultades mortíferas de la ciencia adelantan a pasos agigantados, con arrestos de atleta en un maratón.

Resulta urgente aprender a vivir de nuevo. Y aprender a vivir una vida nueva. Por desgracia, menos saciados que fatigados, los países vuelven a sentir su pobreza como un estigma y sus recursos, cuando los tienen, como un elemento escaso para emprender la restauración universal. Necesitamos abolir ante todo en el hombre el horror al hombre, la desconfianza y el miedo al hombre. Y, por otra parte, necesitamos justificar esa acción internacional para la concordia con muchas enmiendas fundamentales en la organización económica de la tierra.

Ante la gravedad de una hora de la que todo puede salir —el máximo bien o, acaso, el máximo daño— América acepta con rectitud el llamado de su destino.

¿Cuál es su papel en estos instantes? ¿Ahondar diferencias? ¿Cultivar odios? ¿Fomentar agresiones?... No, por ningún concepto. Porque si en algo América se comprueba y se reconoce a sí misma es en la misión magnífica de la paz.

No por ser moderno resulta joven el mundo en el que vivimos. Al contrario. Cargado de siglos y de conflictos, de cansancios y de rencores, lo que más necesita el mundo contemporáneo es el fermento cordial de la juventud. Inyectar en él esa juventud —que debe ser generosidad, entusiasmo y fuerza— he ahí el compromiso sagrado de todas nuestras Repúblicas.

El don de la juventud constituirá el tributo mejor de este Continente a la paz mundial. Juventud: generosidad y fuerza. Al decirlo, no me refiero a la generosidad como abdicación; ni mucho menos propongo la fuerza como mística de dominio. Aquélla, la abdicación, fué el error de las democracias a partir de la tregua de Versalles. Y ésta, la mística de dominio, fué el atentado peor de los dictadores, su imperdonable crimen contra la civilización.

Comprendiendo que la estatura ideal de este Nuevo Mundo nunca se apoyará sobre la agresión, sino sobre la dignidad de su resistencia a los agresores, el propósito que guió a nuestras Repúblicas en el curso de todas las conferencias interamericanas fué el de dotar a la comunidad continental con los medios más adecuados para obtener la pacífica solución de cualquier conflicto. Hemos nacido en un Hemisferio que ama la paz y nada de lo que hagamos deberá redundar en detrimento de la paz y de la justicia.

Pero la historia de la humanidad —y, especialmente, la historia de nuestra generación— comprueban, de la manera más dolorosa, que la paz no depende de las voluntades aisladas y que todavía el recurso mejor para preservarla consiste en tomar a tiempo las providencias imprescindibles a fin de asegurarla sin flaquezas y defenderla sin titubeos.

A pesar de las Declaraciones de Lima y de La Habana, al producirse, en 1941, el ataque nazifascista contra un Estado del Hemisferio Occidental, nuestras Repúblicas no contaban con ningún convenio que definiera concretamente su acción común.

Teníamos la ley, pero la ley carecía del requisito de la sanción. En México, los representantes de los países americanos advirtieron el vacío. Así fué como surgió el Acta de Chapultepec, cuya resolución introduce el factor coercitivo, indispensable para el caso de que pueblos pacifistas pudieran verse atacados por otros, que no aceptasen más fronteras y márgenes que la fuerza.

El compromiso de la defensa conjunta figura ya —y con qué diá-

fana exactitud!— en el antecedente más significativo de nuestra agrupación. Me refiero al primer tratado que firmaron, en Panamá, los representantes de Colombia, de Centroamérica, de México y del Perú, el 15 de julio de 1826, ante el estímulo de ese intrépido sembrador que Vuestra Excelencia, Señor Presidente, acaba de recordar con tan bella imagen: Simón Bolívar.

Según el artículo tercero de aquel instrumento internacional, “las partes contratantes se obligaban y comprometían a defenderse mutuamente de todo ataque que pusiera en peligro su existencia política y a emplear, contra los enemigos de la independencia de todas o alguna de ellas, todo su influjo, recursos y fuerzas marítimas y terrestres.”

Ciento veintiún años han tenido que transcurrir para que nuestros pueblos se percaten del valor innegable de aquella cláusula. Hoy, en 1947, volvemos los ojos a los precursores de 1826. Y rendimos homenaje a sus concepciones, inspiradas en la clarividencia genial del Libertador.

Por cuanto acabo de decirlos percibiréis, Excelentísimo Señor, hasta qué punto juzgamos todos como un acierto la invitación que el ilustre Gobierno brasileño hizo a nuestras Repúblicas para congregarse en este lugar, así como la esperanza que sin duda ponemos todos en los resultados, espirituales y materiales, de la Asamblea que inaugura Vuestra Excelencia.

En efecto, en el convenio que se prepara nada podría alterar, ni directa ni indirectamente, la intención defensiva del Acta de Chapultepec. No es una alianza bélica lo que venimos a sancionar, sino una asociación jurídica de naciones, libres y soberanas en sus designios. Unidas para la defensa legítima de sus territorios y sus derechos, nuestras Repúblicas no utilizarán esa unión para amenazar a nadie ni consentirán que su solidaridad se interprete, en ningún momento, como si fuera el lastre de un peso anónimo en la balanza política de la historia.

Ahora bien, por trascendentales que nos parezcan los acuerdos que aquí aprobemos, su aplicación sería deficiente si no consiguiésemos mejorar las facultades reales de resistencia de toda América.

La defensa conjunta es un compromiso de la más alta solemnidad. Pero, tan solemne como aquel compromiso, deberá ser el de ayudarnos unos a otros, constantemente, para reforzar la capacidad defensiva del

Hemisferio en su base misma y no sólo en las prescripciones de los tratados o en la calidad y la técnica de las armas.

En la práctica, las armas y los tratados valen por la aptitud de los brazos que sostienen las armas y por la convicción de los pueblos que ratifican los tratados. Consideremos aquella aptitud y esta convicción.

¿Qué descubrimos, en no pocas regiones de nuestra América?... Pobreza y hambre, ignorancia y enfermedad.

Mientras no luchemos contra esos adversarios inexorables de nuestra seguridad económica —y mientras no luchemos contra ellos con la misma unidad de acción que estamos preconizando para la salvaguardia de nuestra seguridad política— ¿podríamos decir que hemos penetrado en el corazón dramático del problema?

Se impone, en términos apremiantes, la grandiosa tarea de erigir a América en un baluarte de las libertades humanas y de la dignidad democrática de la vida. Para realizar un propósito tan insigne, México estima como uno de los más hondos anhelos del Continente el de aumentar la cooperación económica de todos nuestros países, a fin de que no resulten muchos de ellos inválidos con coraza, artificialmente cubiertos de hierro en los períodos de emergencia, sino colectividades fuertes por su producción, sanas por el aprovechamiento equitativo de sus recursos y resueltas a defender, en lugar de la angustia y de la miseria que para tantas han sido condena injusta, el trabajo emancipador y la producción bien planeada y remunerada en que todas tienen derecho a labrar su felicidad.

Dentro del marco de las Naciones Unidas, la solución jurídica que nos brinda el Acta de Chapultepec es una conquista de alcances incalculables. Pero quedaría trunca si no nos apresurásemos a reflexionar sobre los requerimientos de los países que integran nuestro sistema.

He hablado del Tratado de Panamá. Al hacerlo, sentí ascender nuestro pensamiento hasta las alturas en que Bolívar, con la espada de la victoria, tajó la roca para clavar más profundamente, en la majestad de la cumbre andina, el estandarte de la unidad.

Hace mucho que cada uno de nuestros pueblos tenía una cita con el Libertador. Hoy acudimos a ella, por voluntad de nuestros Gobiernos. Sin embargo, el convenio que proyectamos cumplirá sólo una parte de los deseos de Bolívar respecto a la posibilidad de "obtener un

sistema de garantías que, en paz o en guerra, sea el escudo de nuestro destino."

Cuanto hagamos para mantener la seguridad, elevará un dique frente a la guerra. Pero la solidez de ese dique dependerá de lo que estemos dispuestos a hacer para vigorizar, en la paz, a nuestras Repúblicas.

Naciones débiles por su economía no podrán ejercer acción decisiva y rápida en defensa contra una agresión. De ahí, por ejemplo, que mi Gobierno haya expresado el deseo de que los principios que aquí se adopten sean incorporados a nuestra Carta Constitutiva y que, como lo propuso, esa Carta no resulte una simple codificación burocrática de recomendaciones y de convenios, asimétrica en su estructura por la desproporción entre la obligatoriedad de los compromisos que la fuerza decide y la vaguedad de los votos que aconsejan la ayuda económica y cultural de nuestras naciones.

Nos hace falta un verdadero pacto orgánico del sistema que estamos edificando. Su falta se advertía, aun antes de la celebración de esta Conferencia. Pero se advertirá, todavía más, cuando hayamos concluido nuestras labores; porque se verá entonces, con mayor limpidez que nunca, que Bolívar tenía razón cuando reclamaba, simultáneamente, garantías para la guerra y garantías para la paz.

Excelentísimo Señor Presidente, Excelentísimos Señores:

Sólo una paz consciente de los peligros podrá ser, a la larga, una paz segura. Construyamos, por tanto, esa paz consciente. Y construyámosla en la justicia, vinculando todos nuestros recursos, pues, según ha dicho el Presidente de mi país: "Veintiún repúblicas jóvenes, con grandes reservas naturales, energías humanas insospechadas y una larga tradición de convivencia pacífica en el derecho, no pueden menos que constituir un horizonte de esperanza para todos, máxime cuando el sistema interamericano no fué concebido como un aislamiento, sino como una aportación organizada a la causa de la conciliación mundial."

Enunciadas estas ideas que, según hemos tenido oportunidad de apreciar, constituyen, con diversidad de matices, el común denominador de aspiraciones americanas a las que México ofrece su cálida simpatía, hago uso una vez más del honor que se me confiere para agradecer, en nombre de todas las Delegaciones presentes, la hospitalidad de esta noble tierra que, por espacio de tantos años, buscó diamantes y oro en

las entrañas de la naturaleza, y que se ha percatado de que los mejores diamantes y el oro más luminoso los lleva su pueblo entero en la bondad de su fuerza y en la fuerza de su bondad.

El Brasil ha sido siempre una inspiración para toda América. El discurso de Vuestra Excelencia, Señor Presidente, confirma esa espléndida inspiración. Bajo auspicios de tan elevada calidad, nuestros trabajos tendrán que ser fructíferos.

Esperémoslo así para bien de nuestro Hemisferio y para la protección de la paz del mundo.

PAZ, JUSTICIA Y LIBERTAD, IDEALES DE AMERICA

CUANDO recibí, en Río de Janeiro, el mensaje que me enviasteis invitándome a compartir con vosotros en este día el pan siempre nuevo de la amistad, sentí otra vez la emoción de la Patria próxima. Y digo la Patria próxima porque no obstante los millares de kilómetros que separan a México del Brasil, nuestro país no está ausente del corazón de aquel pueblo lúcido y generoso, y no en vano, como un símbolo y un augurio, la figura de Cuauhtémoc se yergue sobre el cielo de su espléndida Capital.

Vuestra acogida reafirma aquella emoción y la impregna de íntima gratitud. Porque nada realmente justifica esta recepción sino el don de simpatía que os enaltece, ya que el que os habla y los miembros todos de la Delegación que fué a Quitandinha no hicimos sino expresar la voluntad de los mexicanos resumida en las instrucciones que nos impartiera, al salir, el Señor Presidente de la República, Lic. Miguel Alemán.

Por otra parte, nadie fué a la Conferencia de Quitandinha con el ánimo de vencer porque, cuando se reúnen los pueblos de este Hemisferio no es para procurar la victoria precaria de un criterio exclusivo y particular, sino para armonizar todos los criterios y para concertar todos los propósitos. Así, el triunfo de Petrópolis fué sobre todo el triunfo de América, de esa América que Bolívar adivinó, con perspicacia admirable, a la luz inmortal de la independencia, y que nosotros, poco a poco, vamos formando con lo mejor de nuestros esfuerzos.

Espiritualmente, América se sustenta sobre tres ideales inseparables: paz, justicia y libertad.

A través de experiencias muy dolorosas, los hombres de este Hemisferio hemos acabado por aprender que esos tres ideales están indisolublemente ligados por una fuerza profunda e indestructible. Sin paz, la justicia y la libertad se encontrarían siempre en peligro. Pero sin justicia y sin libertad, la paz no sería paz.

Nos hemos comprometido por el Tratado de Río de Janeiro a re-

Banquete del Club de Leones de México en honor de la Delegación Mexicana a la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente.—México, D. F., 11 de septiembre de 1947.

pudiar la guerra como medio de solución de cualquier conflicto y a organizar en común, ante cualquier agresión, la defensa de nuestra América. El Continente americano quiere vivir en paz; pero sabe que para vivir en paz debe estar decidido a defender la paz con todos sus elementos. De ahí el valor esencial de la solidaridad interamericana y de ahí, también, la importancia histórica de la Conferencia de Quitandinha.

Sin embargo, la paz no se defiende tan sólo en el momento en que se levantan contra ella las sombras trágicas de la guerra. La paz debe defenderse a todas horas, todos los días, acatando la ley, perfeccionando la democracia, mejorando el nivel de vida de los países, colaborando para su redención y auxiliándonos unos a otros para la liberación económica de los pueblos.

Comprendiéndolo así, la Conferencia de Quitandinha resolvió que se elabore, a la mayor brevedad posible, un convenio interamericano de cooperación económica y que ese convenio —preparado por el Consejo Económico y Social de nuestro Sistema— se discuta, en enero de 1948, durante la Conferencia de Bogotá.

Unidos para sobrevivir a las amenazas del exterior, tenemos, igualmente, que unirnos para superar las deficiencias, las incomprensiones y las miserias del interior. Si se logra dar al convenio de cooperación económica que deseamos el mismo espíritu que prevaleció en el Tratado de Río de Janeiro, la defensa de nuestra paz descansará al fin sobre bases ciertas y perdurables, y América habrá demostrado al mundo que hay algo más significativo aún que la interdependencia internacional: la solidaridad internacional. Porque la interdependencia es una expresión material del hecho de coexistir y la solidaridad representa, en cambio, el triunfo de un deseo moral mucho más augusto: el deseo de convivir.

Gracias, señores, por vuestra recepción, en la que veo un cordial estímulo para que todos continuemos luchando, en la medida de nuestro alcance, a fin de hacer posible un México fuerte por la constancia y por el trabajo, dentro de una América fuerte por la libertad, para el servicio de un mundo pacificado y fuerte por la justicia.

EL ARCA DE LA PAZ Y LA LLAVE DEL VETO

NOS REUNIMOS en una hora solemne para el linaje humano. Y la solemnidad de la hora no es el producto de nuestra presencia en este salón sino de las inquietudes y las angustias que están sufriendo todos los pueblos.

Ni en mitad de la guerra pudieron sentir responsabilidades más gigantescas los plenipotenciarios de las naciones. Porque durante la conflagración —y fuera de los regímenes dominados por los tiranos nazifascistas— los pueblos, aun sangrando por el flanco, respiraban el aire del heroísmo y unían sus decisiones, fraternalmente, bajo el sol de la libertad.

LA LLAVE DEL VETO

Ahora, los intereses desgarran todos los ideales. Y en vez de que el derecho siga en ascenso, como cuando se opuso a los agresores, la concordia no avanza un paso. Paralizan su marcha discrepancias de criterio entre las Potencias a las cuales confiamos una llave inmutable y autoritaria: el veto internacional.

Concebido como palanca de dirección y, también, como garantía para los pueblos que habían logrado aportar más recursos a la victoria, el veto representa, para esos pueblos, un derecho de calidad extraordinaria y supone, por consiguiente, una obligación de carácter excepcional.

El derecho, no ignoramos en qué consiste. En cuanto a la obligación, no podríamos definirla en términos materiales. Sin embargo, basta pensar en la proporción que debiera existir entre el privilegio y las responsabilidades inherentes al privilegio para sentir que el veto tiene su límite. Ese límite nos lo está señalando, como un timbre de alarma, el peligro de que el abuso del veto haga imposible la paz.

Desde la Conferencia de San Francisco, ciertos gobiernos —entre ellos el de mi Patria— vieron con aprensión el sistema de votación que

Segunda reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas.—Flushing Meadows, Nueva York, E.U.A., 17 de septiembre de 1947.

hoy prevalece en el Consejo de Seguridad. Si, entonces, las delegaciones que advirtieron los inconvenientes del veto, no llevaron su oposición hasta el grado de repudiarlo y si, para hacer constar su criterio, optaron por la abstención, ello se debió esencialmente a su deseo de no escatimar sacrificio alguno en beneficio de la paz, la cual —según se dijo— quedaría protegida por el entendimiento entre las potencias.

EL ARCA DE LA PAZ

Hay todavía, en algunos sitios de Europa, viejos arcones que los guías enseñan a los turistas. En ellos guardaban sus fondos las universidades del siglo xvi. Para abrirlos, se requería la concurrencia de siete o nueve custodios. Si uno solo faltaba, el arcón no podía abrirse.

Algo parecido acontece, en pleno siglo xx, con nuestra organización internacional. Sabemos que yacen, en su interior, verdaderos tesoros de colaboración y de fe en el hombre: los que depositaron en ella, al fundarla, los pueblos que la crearon. Mas, para llegar a tocarlos y a utilizarlos, tienen que coincidir los deseos de las Potencias. Y como desventuradamente sus voluntades no parecen siempre dispuestas a coincidir, el arca de la paz continúa cerrada. Y las naciones se desesperan no sin razón, pues lo que ahí se conserva oculto —y para ellas inaccesible— no es propiedad de unos cuantos pueblos: es el patrimonio moral de toda la humanidad.

¿Cuáles son y cuáles pueden ser las consecuencias de ese hermetismo?... Que los países empiecen a buscar, por sí propios, una solución incompleta, precaria y falsa para los graves problemas que los afligen. Que la Organización de las Naciones Unidas pierda prestigio. Y que, al margen de ella, se esbocen ciertos programas de acción conjunta, los cuales —dentro de un criterio rígidamente legalista— merecerían tal vez reservas, pero que se fundan en este simple razonamiento: el mundo tiene que progresar. Y, si el mecanismo de las Naciones Unidas se opone a los movimientos que el mundo intenta para sobrevivir, las necesidades del mundo acabarán por romper el mecanismo jurídico de nuestra organización.

¿Es deseable que esa ruptura acontezca?

Con todas nuestras fuerzas de convicción, aseguramos y protesta-

mos que no; que semejante ruptura no es deseable y que, al contrario, constituiría el más tremendo de los desastres.

MÉXICO QUIERE LA PAZ

Vengo de un país que tiene una población de más de veintidós millones de habitantes y cuyo gobierno no dispone —para todos sus gastos de administración: defensa, caminos, sanidad, puertos, agricultura y educación— sino del equivalente de un dólar, al mes, por cada habitante. Y sin embargo, ese pueblo, el pueblo de México, quiere la paz.

Hace pocos meses tuvimos que limitar un gran número de nuestras importaciones para no añadir el desquiciamiento de nuestra moneda, desvalorizada desde hace tiempo, a los problemas de la inseguridad económica universal. Y, sin embargo, nuestro pueblo quiere la paz.

Con motivo de nuestra revolución social, México hubo de pagar crecidas reclamaciones a diferentes gobiernos de América y de Europa, por daños que sufrieron sus nacionales en el curso de esa revolución. En contraste, como resultado de la guerra, no hemos obtenido ninguna seguridad de que nos sean cubiertas las indemnizaciones que en derecho nos corresponden. Y, sin embargo, el pueblo mexicano quiere la paz.

En 1942, mi Gobierno firmó una declaración de acuerdo con cuyo texto se comprometían todos los signatarios a no concertar de manera aislada tratados de paz con el enemigo. A pesar de ese compromiso, se ha negado a nuestros representantes —como a los de tantas otras naciones— hasta la facultad de participar en las conferencias para examinar las bases de esos tratados. Y, sin embargo, el pueblo de México quiere fervientemente la paz.

Al enumerar todos estos hechos que, en circunstancias distintas, me servirían para denunciar el estado de cosas que reina en el mundo de la postguerra, no pretendo reiterar antiguos agravios ni iniciar una amarga requisitoria. No. No es ésa mi intención, sino la de probar que, cuando se quiere de veras la paz —y cuando se quiere construirla durablemente— hay muchas razones particulares que pueden ser superadas por cada pueblo y que no existe argumento alguno capaz de justificar que los grandes Estados no repriman sus ansias de predominio en años en que los otros callan y aguardan.

COOPERACIÓN DE AMÉRICA CON LAS NACIONES UNIDAS

Entre los delegados a esta Asamblea figuran los representantes de los gobiernos que concurrieron a la Conferencia de Quitandinha. Ahí, las Repúblicas del Hemisferio occidental consagraron su decisión de colaborar para mantener la seguridad y la paz en el Nuevo Mundo.

Yo tuve el honor de participar en esos debates. Y puedo decíroslo con franqueza: no obstante las sombras y los recelos que parecen desdibujar el perfil de esta Institución, el más hondo anhelo de los Estados americanos fué, en todo instante, el de robustecer la estructura de las Naciones Unidas, coordinando las cláusulas del Tratado que suscribieron en el Brasil con las obligaciones asumidas en San Francisco y procurando dotar, al organismo regional de este Continente, con las medidas más adecuadas para servir la causa de nuestra Carta.

Esa lealtad a los principios de las Naciones Unidas demuestra la fe que no queremos perder, que nadie tiene derecho a perder, en la solidaridad de la civilización humana.

Hicimos ya una experiencia: la de Ginebra. Los países la debilitaron desde su base, al aceptar o al pedir, como requisito, la votación por unanimidad; lo cual, en el fondo, era también un veto, aunque un veto de fórmula democrática, un veto al alcance de todos.

Al intentar la segunda gran experiencia de nuestra época, no cometimos el error del Tratado de Versalles. Eliminamos la condición de unanimidad. Pero, proscrita la unanimidad aparentemente, quitamos el freno de las manos de los pequeños y lo entregamos, sin entusiasmo, a los poderosos.

Por huir de la unanimidad del conjunto, tan difícil en muchos casos, creímos posible la unanimidad de aquellos que tienen, entre sí, probabilidades mayores de oposición. No es extraño, por tanto, que desde la primera asamblea general de las Naciones Unidas, se haya suscitado un movimiento, en el que México participó, con objeto de precisar el ejercicio del veto.

El resultado de ese movimiento fué una resolución de la Asamblea urgiendo a los miembros del Consejo a fin de que usaran el veto con la discreción indispensable para que las funciones primordiales de nuestro organismo no se vieran entorpecidas.

La timidez de la resolución no correspondió a la vehemencia de

las críticas. Y, en el fondo, no hay que sorprenderse por ello. El funcionamiento de nuestro Sistema es tan complicado que impone extrema prudencia a quienes desean corregirlo sin provocar escisiones irremediables.

El veto nació de la guerra misma, como condición suplementaria de seguridad para aquellos que, teniendo mayores recursos —y, por consiguiente, más fuerza— deben también tener responsabilidad mayor.

La fragilidad actual de la paz no aconseja forzar los resortes de resistencia de un solo golpe. Pero cada año, cada Asamblea habrá de empeñarse por avanzar en el sendero de la igualdad. Y, si las Potencias persisten en retener el derecho de veto que les concede el texto de nuestra Carta, convendrá examinar en un clima de paz —y sin prejuicios para nadie— la manera de limitar en la práctica el ejercicio de ese privilegio. En efecto, no es posible ignorarlo: el clamor contra el veto será más intenso a medida que los acontecimientos vayan mostrando que no entraña un vínculo de unión entre los Estados y que su empleo da mayor gravedad a las divergencias puesto que, lejos de alejar los peligros, paraliza la acción reguladora del Consejo de Seguridad.

EL DESARME

Constituídas para organizar la paz, las Naciones Unidas están todavía en espera de que las Potencias se sirvan proporcionarles la materia prima de sus trabajos: la paz ya hecha.

Ahora bien, de los tres adversarios mayores que tuvieron las democracias, la paz ha sido firmada sólo con uno. Y eso, en condiciones que han incitado a algunas cancillerías a meditar en la posibilidad de una revisión. Por lo que atañe a los otros dos, las circunstancias no han permitido sortear los escollos que conocemos.

Una luz penetró en los espíritus cuando, durante la pasada Asamblea, las Naciones Unidas consideraron el problema del desarme. Pronto murió esa luz. En efecto, sin el desarme de las conciencias ¿podríamos confiar en el desarme de los ejércitos? ¿Y de qué modo los dos desarmses —el de los ejércitos y el de las conciencias— conseguirán prosperar simultáneamente en un mundo incierto, en cuyas tinieblas se pretende realizar una política universal con sistemas y medios nacionalistas?

Nuestro idioma diplomático, hasta cierto punto, es el idioma de

nuestro tiempo; pero nuestros actos son todavía muy semejantes a aquellos que cubrieron con millones de cadáveres los caminos trágicos de la historia.

Hablamos del bien del hombre en un período en que el hombre gime, descuartizado por el ímpetu de dos fuerzas que actúan en direcciones contrarias: el internacionalismo jurídico y cultural, y el nacionalismo político y económico.

He ahí, señores, a juicio de mi país, el origen de todos nuestros obstáculos, el germen de todos nuestros problemas.

Si no consolidamos a las Naciones Unidas, todos los esfuerzos volverán a pulverizarse. Y de hecho, perdiendo la paz, habremos perdido también la guerra.

Pero, si aspiramos a consolidarlas, tendremos que enmendar muchas equivocaciones, pasar sobre muchos orgullos, abandonar muchas preeminencias. Es decir: tendremos que emprender una política de sincera igualdad internacional, impregnando de realidad nuestras libertades, aboliendo las fórmulas exclusivas y sintiendo, sin reticencias, que sería una burla para los pueblos haber izado la bandera de la universalidad si continuáramos deshaciendo lo universal con argucias que son herencia del más estéril nacionalismo.

A este respecto, habré de insistir aquí sobre la necesidad de dar a los órganos directivos de las Naciones Unidas el mismo sentido que hemos tratado de dar a sus agencias especializadas: la UNESCO, la FAO y la Organización Mundial de la Salud. ¿Qué persiguen tales agencias?... Fundar y robustecer la paz, creando un ambiente de paz; bien, como la UNESCO, merced a la educación y al impulso emancipador de la inteligencia, para librar al hombre de la ignorancia; bien, como la FAO, para librarle del hambre, mediante un aumento esencial de la producción; o bien, como la Organización Mundial de la Salud, para librarle de las enfermedades, en virtud de la colaboración sanitaria de todos nuestros países.

POR SOBRE LOS ESTADOS, LA HUMANIDAD

Nadie pone en duda los nobilísimos objetivos de las agencias que he mencionado. Pero ¿cómo acertarán sus actividades dentro de un mundo que pide paz a los niños de las escuelas, paciencia a los desnutri-

dos y concordia a los incurables mientras, en el campo de lo económico y lo político, parece disponerse insidiosamente a una nueva y horrible conflagración?

Si deseamos que los pueblos confíen en la labor de aquellas agencias, principiemos por afirmar en nuestros consejos políticos y económicos el mismo espíritu de comprensión, tolerancia y ayuda mutua que inspiró su establecimiento.

Permitid que el representante de un Estado no poderoso os exhorte a reflexionar sobre la urgencia de no admitir que los desacuerdos minen la estabilidad de esta Institución. Acaso porque mi pueblo no es una potencia económica ni militar puede creer que su voz anuncia, por lo menos en parte, el sentir de las mayorías, de esas mayorías que ofrecieron a la Organización de las Naciones Unidas su más alta esperanza y su más férvida convicción.

Recordemos en qué ambiente surgió el organismo que hoy nos invita a contemplar sus zozobras y sus trabajos. Aun antes de la victoria, la Carta de San Francisco dió a muchos pueblos la sensación más honrosa del triunfo próximo. ¡Cómo no iban a acabar por vencer a sus adversarios hombres y Estados que se manifestaban dispuestos a vencerse a sí mismos, anteponiendo al interés egoísta de cada uno el entendimiento recíproco y el bienestar general!

En el cumplimiento de ese deber de ganar la paz para el mundo entero —y de ganarla por la victoria sobre sí mismos— conoceremos a los verdaderos grandes de nuestra época. Ayudémosles a sobreponerse a fin de que puedan desempeñar el papel de vigías eminentes de la paz que les atribuyó su función como árbitros de la guerra.

Pero advirtámosles que el tiempo apremia; que el mundo sufre; que, por encima de la soberanía de los Estados, estará siempre la soberanía del dolor de la humanidad y que las Naciones Unidas sólo se salvarán si se resuelven a ser la expresión genuina de la unión de los hombres, de todos los hombres sobre la tierra.

INDICE GENERAL

I

CULTURA Y ARTE

I. Misión de los escritores	9
Celebración del 21º aniversario de la fundación del P. E. N. Club Internacional.—México, D. F., 1º de diciembre de 1942.	
II. La prensa y la cultura	15
Discurso pronunciado ante el Sindicato de Redactores de la Prensa.—México, D. F., 29 de marzo de 1944.	
III. El aprendizaje histórico	20
Apertura de labores de la Primera Conferencia de Mesa Re- donda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la Historia de México.—México, D. F., 11 de mayo de 1944.	
IV. El Museo Nacional de Historia	26
Inauguración del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec.—México, D. F., 27 de septiembre de 1944.	
V. El Instituto Anglo-Mexicano de Cultura	31
Cereemonia inaugural del Instituto Anglo-Mexicano de Cul- tura.—México, D. F., 29 de noviembre de 1944.	
VI. Enrique González Martínez, poeta de todas las horas	34
Entrega al poeta Enrique González Martínez del Premio <i>Manuel Avila Camacho</i> .—México, D. F., 2 de marzo de 1945.	
VII. Deber y honra del escritor	38
Discurso de ingreso en la Academia Mexicana, correspon- diente de la Española.—México, D. F., 11 de abril de 1945.	
VIII. El Instituto Francés de la América Latina	48
Inauguración del Instituto Francés de la América Latina. México, D. F., 16 de abril de 1945.	
IX. La Historia, perpetua afirmación	51
Apertura de la VII Reunión del Congreso Mexicano de Historia.—Guanajuato, 16 de septiembre de 1945.	

X. El Premio Nacional de Artes Plásticas	57
Apertura de la Exposición Nacional de Artes Plásticas.—México, D. F., 22 de julio de 1946.	
XI. México y la cultura	62
Introducción al libro <i>México y la Cultura</i> , editado por la Secretaría de Educación Pública.—México, 1946.	

II

PROCERES Y MAESTROS

I. Madre mexicana	73
Colocación de la primera piedra del monumento a la Madre.—México, D. F., 10 de mayo de 1944.	
II. Morelos, maestro de la acción	75
Conmemoración del aniversario del fusilamiento de José María Morelos y Pavón.—San Cristobal Ecatepec, Méx., 22 de diciembre de 1944.	
III. Martí, paladín de Cuba	79
Homenaje a José Martí en el cincuentenario de su muerte. México, D. F., 19 de mayo de 1945.	
IV. Ante el sepulcro de Antonio Caso	84
Oración fúnebre en el sepelio del Maestro Antonio Caso. México, D. F., 7 de marzo de 1946.	
V. Conmemoración de la batalla del 5 de mayo de 1862	86
Cereemonia organizada por la Colonia Mexicana de Los Angeles, California, E. U. A.—5 de mayo de 1946.	
VI. Homenaje al Maestro Antonio Caso	92
Homenaje al Maestro Antonio Caso, organizado por el Colegio Nacional.—México, D. F., 6 de junio de 1946.	
VII. José Juan Tablada	96
Inhumación de los restos de José Juan Tablada en la Ronda de los Hombres Ilustres.—México, D. F., 5 de noviembre de 1946.	

VIII. Wáshington, realizador y precursor	98
Commemoración del aniversario del natalicio de Jorge Wáshington.—México, D. F., 22 de febrero de 1947.	
IX. Ejemplo de Cervantes y de Don Vasco de Quiroga	101
Celebración del 406º aniversario de la fundación de Morelia, Mich.—18 de mayo de 1947.	
X. José Gervasio Artigas, paradigma de integridad	106
Inauguración de la estatua de José Gervasio Artigas, donada a la ciudad de México por la ciudad de Montevideo, Uruguay.—México, D. F., 19 de junio de 1947.	
XI. Presencia de Bolívar	112
Celebración del aniversario del natalicio de Simón Bolívar.—México, D. F., 24 de julio de 1947.	

III

ASPECTOS Y PROBLEMAS DE LA EDUCACION

I. Aspiraciones y meta de la educación mexicana	121
Sesión inaugural del Congreso de Unificación Magisterial. México, D. F., 24 de diciembre de 1943.	
II. La unificación magisterial y la movilización de la cultura	130
Clausura del Congreso de Unificación Magisterial.—México, D. F., 30 de diciembre de 1943.	
III. Planes educativos, programas de estudio y textos escolares ...	136
Inauguración del Primer Ciclo de Trabajos de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Textos Escolares.—México, D. F., 3 de febrero de 1944.	
IV. Hacia la mejor capacitación técnica	145
Apertura de Cursos del Instituto Politécnico Nacional. México, D. F., 15 de febrero de 1944.	
V. La educación normal	148
Inauguración de la Convención de Educación Normal.—Saltillo, Coah., 23 de abril de 1944.	

VI. La mujer y la Universidad	154
Discurso pronunciado en la Asociación de Universitarias Mexicanas.—México, D. F., 6 de mayo de 1944.	
VII. El Día del Maestro	156
Celebración del <i>Día del Maestro</i> .—México, D. F., 15 de mayo de 1944.	
VIII. La juventud y la Patria	161
Inauguración del Congreso de la Confederación de Jóvenes Mexicanos.—México, D. F., 1º de julio de 1944.	
IX. El Instituto Tecnológico de Durango	167
Inauguración del Instituto Tecnológico de Durango.—Durango, 11 de septiembre de 1944.	
X. El documento escrito y el libro impreso	170
Ceremonia inaugural del III Congreso Nacional de Bibliotecarios y Primer Congreso Nacional de Archiveros.—México, D. F., 23 de octubre de 1944.	
XI. El Instituto Federal de Capacitación del Magisterio	176
Inauguración del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio.—México, D. F., 19 de marzo de 1945.	
XII. Amplitud de las matemáticas	181
Inauguración del II Congreso Nacional de Matemáticas. Guadalajara, Jal., 28 de mayo de 1945.	
XIII. La Academia Mexicana de Educación Integral	186
Iniciación de las actividades de la Academia Mexicana de Educación Integral.—México, D. F., 27 de junio de 1945.	
XIV. Promesa y fe de la juventud escolar	189
Ceremonia de graduación en el Colegio Americano de la ciudad de México.—28 de junio de 1945.	
XV. Educación para la paz y para la democracia	192
Inauguración del II Congreso Nacional de Escuelas Normales.—Monterrey, N. L., 30 de noviembre de 1945.	
XVI. Misión del maestro	200
Entrega de certificados a los componentes de la Generación Normalista de 1945.—México, D. F., 10 de diciembre de 1945.	

XVII. Educación cívica	202
Reunión de los profesores de Civismo y de Historia Patria y Universal, convocada con motivo de la adopción de nuevos planes para las clases de Civismo.—México, D. F., 14 de febrero de 1946.	
XVIII. Ideales del magisterio	210
Entrega de certificados a los componentes de la Generación Normalista de 1944.—México, D. F., 24 de febrero de 1946.	
XIX. A las alumnas graduadas de la Universidad Femenina	213
Entrega de títulos a las graduadas de primer año en la Universidad Femenina.—México, D. F., 13 de marzo de 1946.	
XX. La reforma de la segunda enseñanza	216
Instalación del Consejo Técnico de la Escuela Normal Superior.—México, D. F., 27 de marzo de 1946.	
XXI. El problema de la educación es el problema del hombre.....	225
Celebración del <i>Día del Maestro</i> .—México, D. F., 15 de mayo de 1946.	
XXII. La Escuela de Arte Teatral	231
Inauguración de la Escuela de Arte Teatral.—México, D. F., 15 de julio de 1946.	
XXIII. Técnica e industrialización	235
Instalación del Consejo del Instituto Politécnico Nacional y de la Comisión de las Escuelas Técnicas Ferrocarrileras e inauguración de los Laboratorios de Investigaciones Biológicas del propio Instituto.—México, D. F., 1º de agosto de 1946.	
XXIV. Deber y mérito de los institutos y agregados culturales	240
Acto de clausura del Primer Congreso de Institutos y Agregados Culturales.—México, D. F., 8 de agosto de 1946.	
XXV. A la generación normalista de 1946	242
Entrega de certificados a los componentes de la Generación Normalista de 1946.—México, D. F., 22 de noviembre de 1946.	
XXVI. Presente y porvenir de la Escuela Normal Superior	246
Ceremonia inaugural de la Escuela Normal Superior y del Plantel Secundario anexo.—México, D. F., 26 de noviembre de 1946.	

IV

LA CAMPAÑA NACIONAL DE ALFABETIZACION

I. La Constitución y el carácter revolucionario de la alfabetización	255
Actividades de la Campaña Nacional de Alfabetización en el Estado de Chihuahua. Acto conmemorativo del aniversario de la promulgación de la Constitución Política de 1917.—Chihuahua, Chih., 5 de febrero de 1945.	
II. Balance de la etapa preparatoria de la Campaña Nacional de Alfabetización	260
Festival organizado en el Estadio Nacional con motivo de la terminación de la Etapa Preparatoria de la Campaña Nacional de Alfabetización.—México, D. F., 25 de febrero de 1945.	
III. El Patronato de Ayuda en el Distrito Federal	264
Establecimiento del Patronato de Ayuda a la Campaña Nacional de Alfabetización en el Distrito Federal.—México, D. F., 5 de abril de 1945.	
IV. La alfabetización defiende a México	269
Mensaje radiofónico.—México, D. F., 6 de junio de 1945.	
V. Nobleza de la alfabetización	271
Mensaje a los sectores que colaboran en la Campaña Nacional de Alfabetización, transmitido por la <i>Cadena Radio-Continental</i>.—México, D. F., 15 de junio de 1945.	
VI. El Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas	273
Inauguración del Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas.—México, D. F., 1º de agosto de 1945.	
VII. La misión de México es misión de lucha	275
Ceremonia ante la Columna de la Independencia organizada por las Delegaciones de los Estados y del Distrito Federal en la Campaña Nacional de Alfabetización.—México, D. F., 2 de septiembre de 1945.	
VIII. Exito de la alfabetización en Soledad Etla, Oax.	280
Entrega a la comunidad de Soledad Etla, Oax., de una bandera y de un diploma de honor por su total alfabetización.—Soledad Etla, Oax., 18 de enero de 1946.	

V

CONCORDIA Y BUENA VECINDAD

- I. Un continente de paz 285
 Sesión de la Mesa Redonda Panamericana con motivo del
Día Panamericano.—México, D. F., 14 de abril de 1941.
- II. El descubrimiento del Nuevo Mundo 287
 Celebración de la Fiesta de la Raza.—México, D. F., 12 de
 octubre de 1941.
- III. La democracia, ambiente propio del Continente americano ... 290
 Banquete ofrecido por la Mesa Redonda Panamericana para
 celebrar el *Día de las Américas*.—México, D. F., 14 de abril
 de 1942.
- IV. Valores que no reconocen fronteras 294
 Velada organizada por el Departamento del Distrito Federal
 y por el Frente Pro Aliados, para conmemorar el esta-
 blecimiento de la Democracia como organización política
 en la edad moderna.—México, D. F., 14 de julio de 1942.
- V. Educación y diplomacia 301
 Discurso pronunciado ante el H. Cuerpo Diplomático.
 México, D. F., 25 de enero de 1944.
- VI. La cultura como base de la cohesión interamericana 304
 Discurso pronunciado al recibir el Grado de Doctor en
 Letras *Honoris Causa*, de la Universidad de Nuevo Méxi-
 co.—Albuquerque, Nuevo México, E. U. A., 25 de febrero
 de 1944.
- VII. Necesidad de enseñar la democracia 308
 Banquete en honor del Dr. John W. Studebaker, Comisio-
 nado Federal de Educación de los Estados Unidos de Nor-
 teamérica.—México, D. F., 5 de septiembre de 1944.
- VIII. En los umbrales de un mundo por realizar 312
 Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exte-
 riores al H. Cuerpo Diplomático.—México, D. F., 12 de
 diciembre de 1946.

IX. El comercio como nexo de concordia internacional	317
Banquete ofrecido a la Misión Comercial Belga en la Secretaría de Relaciones Exteriores.—México, D. F., 23 de enero de 1947.	
X. Día de las Américas	320
Celebración del <i>Día Panamericano</i> organizada por la Secretaría de Educación Pública en la plazoleta Jorge Wáshington.—México, D. F., 14 de abril de 1947.	
XI. Papel de la mujer en el afianzamiento de la paz	325
Sesión inaugural de la Alianza de Instituciones Femeninas de México.—México, D. F., 18 de abril de 1947.	
XII. Calidad de la convivencia humana	328
A los mexicanos residentes en California.—Los Angeles, Calif., E. U. A., 14 de junio de 1947.	
XIII. Elaboración jurídica de la paz	331
Recepción del grado de Doctor <i>Honoris Causa</i> de la Universidad del Sur de California.—Los Angeles, Calif., E. U. A., 14 de junio de 1947.	
XIV. América y la Libertad	334
Conmemoración de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.—México, D. F., 1º de julio de 1947.	
XV. Nueva amistad de México e Italia	338
Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exteriores a la Misión Económica Italiana.—México, D. F., 23 de julio de 1947.	
XVI. Solidaridad con el sér humano	341
Sesión solemne en la Academia Brasileña de Letras.—Río de Janeiro, Brasil, 4 de septiembre de 1947.	

VI

ORGANIZACION DE LA PAZ

I. La UNESCO y la integración del hombre del porvenir	347
Discurso en la Conferencia constitutiva de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.—Londres, Inglaterra, 2 de noviembre de 1945.	

II. Función de la UNESCO	357
Banquete ofrecido a la Delegación de México a la Conferencia constitutiva de la UNESCO, por el Instituto Mexicano-Europeo de Relaciones Culturales.—México, D. F., 7 de diciembre de 1945.	
III. Labor y perspectiva de la UNESCO	362
Banquete ofrecido al Dr. Julián Huxley, Director General de la UNESCO.—México, D. F., 21 de mayo de 1946.	
IV. La ONU, esperanza de la paz	366
Banquete ofrecido en la Secretaría de Relaciones Exteriores al señor Trygve Lie, Secretario General de las Naciones Unidas.—México, D. F., 11 de enero de 1947.	
V. La Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas	370
Banquete en la Secretaría de Relaciones Exteriores, ofrecido a Sir John Boyd Orr, Director General de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas.—México, D. F., 13 de mayo de 1947.	
VI. Ayuda de la UNESCO a la cooperación internacional	376
Banquete ofrecido al Dr. Julián Huxley, Director General de la UNESCO, en la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, D. F., 9 de junio de 1947.	
VII. La Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente	381
Inauguración de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente. Quitandinha, Brasil, 15 de agosto de 1947.	
VIII. Paz, justicia y libertad, ideales de América	388
Banquete del Club de Leones de México en honor de la Delegación Mexicana a la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente.—México, D. F., 11 de septiembre de 1947.	
IX. El arca de la paz y la llave del veto	390
Segunda reunión de la Asamblea de las Naciones Unidas. Flushing Meadows, Nueva York, E. U. A., 17 de septiembre de 1947.	

Este libro se acabó de imprimir en México, D. F., el día 15 de marzo de 1948, en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco 63. Se imprimieron 1,000 ejemplares en tipos Janson 11:14 y 8.10. Se encuadernó en Encuadernación Cabrera, S. de R. L., Comonfort, 29-A.

